

PERDIDO EN SU MEMORIA



Lars W. Jacobson

PERDIDO EN SU MEMORIA

LARS W. JACOBSON

Copyright © 2024 Lars W. Jacobson

Todos los derechos reservados. Perdido en su memoria.

Diseño portada: Barbara Molist

Maquetación: Carlos Pardo

Primera edición

España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Don Miguel por enseñarme la senda y todavía no estar a la altura. A mis queridos compañeros de letras Aida del Pozo y Gonzalo Fernández por estar siempre ahí.

A nuestros heroes sin memoria.

—Mire vuestra merced—que aquéllos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

Miguel de Cervantes

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[Dedication](#)
[Prólogo](#)
[Laura](#)
[El viejo Jack](#)
[Laura O'Keefe](#)
[Cautiva](#)
[La búsqueda](#)
[Sacamuelas Molly](#)
[Jack y Tim](#)
[La guerra del condado de Clay de 1882.](#)
[Jack](#)
[El tiroteo](#)
[James Mulligan](#)
[Patrick O'Keefe](#)
[Frank Mulligan](#)
[Lazy Bear](#)
[El baile de primavera](#)
[Shima](#)
[La locura de Lazy Bear](#)
[Dallas](#)
[Luis y Shue](#)
[Guerra](#)
[Contrabando](#)
[Ciudad Juárez](#)
[El frente](#)
[El indio gigante](#)
[El último adiós](#)
[Sing-Sing](#)
[Mulligan](#)

Prólogo

Siempre me ha gustado el western. Me parece que es el mejor género, tanto literario como fílmico, para contar las alegrías y las miserias que con-forman la vida de los seres humanos. Pero me gusta especialmente el western crepuscular y el spaguetti-western, por acercarse más a cómo debió ser la vida en el lejano Oeste del siglo XIX. Porque esas películas clásicas de John Ford y Howard Hawks, quizá no reflejen la realidad de unos persona-jes que tenían muchas veces más sombras que luces. La nobleza y valentía de John Wayne (el hombre que nunca disparaba por la espalda) o la moral indestructible de Gary Cooper cuando estaba solo ante el peligro, hoy día nos chirrían un poco, parecen dilemas morales demasiado impostados. En cambio, el Sam Peckinpah de “Grupo Salvaje” (*The Wild Bunch*, 1969) o el Sergio Leone de “El bueno, el feo y el malo” (*Il buono, il brutto, il cattivo*, 1966) dotaron sus historias de un mayor realismo, de una ambigüedad moral en los antihéroes que fueron protagonistas de sus historias. Clint Eastwood, icono por antonomasia de este estilo, firmó como actor y direc-tor algunos de los mejores filmes que retrataron al pistolero que ya está desengañado, que trata de alejarse de un mundo que está empezando a cambiar, donde la tecnología y civilización del siglo venidero están a la vuelta de la esquina y ya no queda sitio para él. “El fuera de la ley” (*The Outlaw Josey Wales*, 1976), “El jinete pálido” (*Pale Rider*, 1985) o “Sin perdón” (*Unforgiven*, 1992), son tres obras maestras muy representativas de este género crepuscular, con protagonistas a medio camino entre la mi-tología y la desesperación vital.

Por la misma época vinieron unas cuantas obras maestras más como “Bailando con lobos” (*Dances with wolves*, 1991), “Tombstone” (*Tombstone*, 1993) y “Waytt Earp” (*Waytt Earp*, 1994), donde se redefinió un gé-nero que ya parecía agotado, pero que siempre volvía a resucitar como el Ave Fénix. Además, un director influido por el spaguetti de los 60, Sam Raimi, rodó una maravilla técnica como “Rápida y Mortal” (*The Quick and the Dead*, 1995), con protagonista femenina a cargo de Sharon Stone, y unas escenas a medio camino entre los filmes de Leone y el cómic gore de sus anteriores películas de terror.

Cuando pareció que el western daba sus últimas bocanadas, algunos autores dieron una vuelta de tuerca y lograron apuntalarlo y evitar que se extinguiera por agotamiento. El género ha ido derivando, más o menos conscientemente, hacia el thriller neo-western. Quentin Tarantino fue el primero en poner las bases con un par de películas magníficas como son “Django desencadenado” (*Django Unchained*, 2012), actualizando con su propia visión el personaje clásico de Django, que tan magistralmente había interpretado Franco Nero en los spaguetti de Sergio Corbucci, y “Los odiosos ocho” (*The hateful eight*, 2015), una película larga y pausada, con un ambiente del oeste más frío, que tiene influencias hasta de la mismísima Agatha Christie. El director vuelve a homenajear a los dos Sergios (Leone y Corbucci), con su obra “Érase una vez en Hollywood” (*Once upon a time in Hollywood*, 2019), donde recrea los habituales rodajes en Almería de este género tan presuntamente americano.

David Mackenzie rueda en 2016 “Comanchería” (*Hell or High Water*), una historia contemporánea sobre un par de hermanos delincuentes que se dedican a dar pequeños golpes

para poder salvar de la quiebra el racho familiar. La película tuvo un éxito destacable entre el público y buenas críticas de la industria cinematográfica.

Algo similar ocurrió en la literatura, en el siglo XIX los escritos sobre el oeste americano florecieron a base de narraciones épicas sobre valerosos vaqueros, tiroteos y aventuras en la frontera. Sin embargo, con el tiempo, esa visión romántica del oeste se vio alterada por un nuevo género que emergió de las ciudades en la primera década del siglo XX: la novela negra. Esto se originó debido a la emigración que se produjo en las zonas rurales a las grandes ciudades y a la modernización de las cadenas de producción que trajo la industrialización. En esta transformación, la frontera se mudó a sucios callejones repletos de inmundicia y los vaqueros de antaño, eran gansters que poseían un cinismo implacable; los grandes ganaderos dejaron paso a los jefes del hampa, todo esto para saciar el apetito voraz que tenían los consumidores de historias que buscaban narraciones más acordes con su nueva realidad urbana.

A lo largo del siglo XIX, existieron una serie de títulos que fueron todo un éxito obras como “The last of the Mohicans” de James Fenimore Cooper(1826) y “The Virginian” de Owen Wister (1902). Estas dos novelas representaban una visión romántica y algo adulterada de lo que era el Oeste americano, donde sus protagonistas poseían una carga ética y moral acordes al sentir de sus lectores. En 1920, la novela negra emergió en respuesta a la cruda realidad urbana. El crimen se desarrollaba dentro de las grandes urbes de los EE.UU y los autores dejaron de interesarles el viejo oeste y se pasaron a una nueva narrativa que representaba un mundo repleto de peligros donde sus protagonistas, en muchas ocasiones demacrados detectives privados, estaban más preocupados por sobrevivir que por ser un espejo moral. “The Maltese Falcon” de Hammett es un claro exponente de novela negra protagonizada por un escéptico detective y que contribuyó a crear las bases del género.

El autor que nos ocupa, Lars W. Jacobson, escribió en 2018 uno de esos neo-westerns que bien podía acabar en la gran pantalla de llegar a las manos adecuadas. Se trata de “Camino hacia la extinción”, la historia de Yota, un indio lakota, antiguo integrante de la banda motera Black Hills Warriors, que lo pierde absolutamente todo, y este hecho desencadena el infierno.

La narración repasa su vida, sus creencias, su pasado en Vietnam, sus demonios interiores, su búsqueda espiritual, su encuentro con el amor, su liderazgo innato sobre la banda de moteros que comanda y su enfrentamiento con la banda rival de su antagonista, el genial villano denominado el Profeta. Ambientada mayoritariamente en Texas, uno de los puntos fuertes de la novela es la verosimilitud tan asombrosa que maneja el escritor al describir el paisaje y el paisanaje norteamericano con una fidelidad que ya quisieran para sí algunos escritores yanquis y europeos dados a este género.

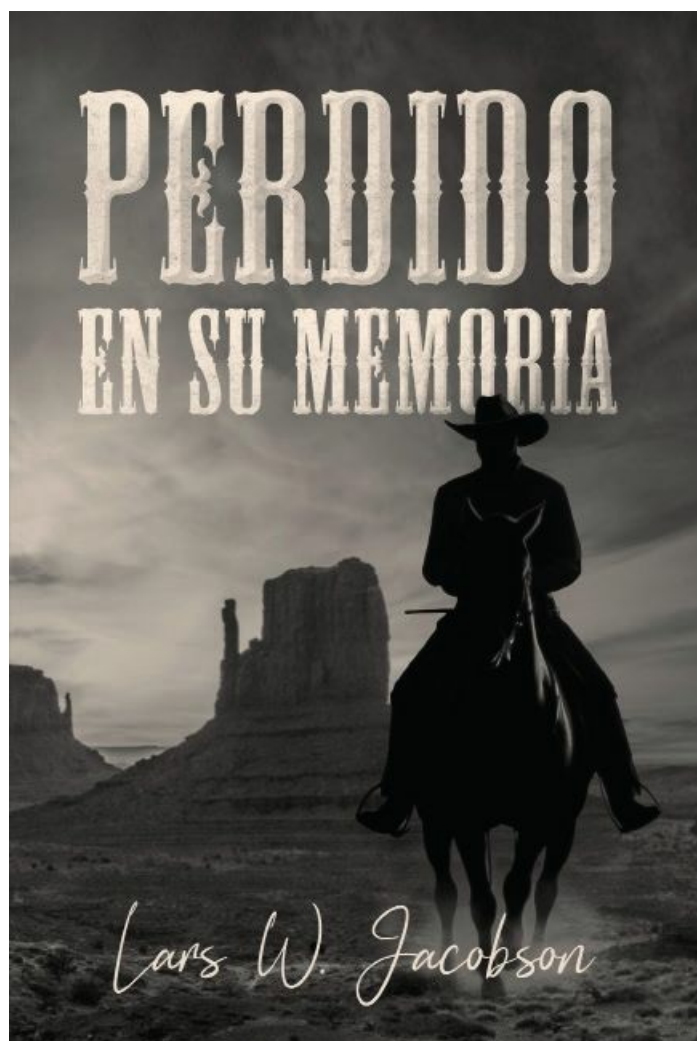
La prosa de Jacobson es pulcra, fluida, con el tono triste de una balada en ocasiones. Tiene el tono del narrador que ha visto mucho cine y ha leído muchos libros. Esa pátina cultural le sirve para armar una historia de las grandes, de las que llegan al corazón y lo hacen latir. De las que obligan a pasar la página, a no despegar la nariz del libro.

Ahora, Lars W. Jacobson escribe “Perdido en su memoria”, vuelve al territorio imaginado para escribir una nueva novela que sigue la estela de la anterior, ampliando el universo “westerniano” creado con el indio Yota. El autor nos presenta una historia del oeste, pero de forma sutil nos transporta en sus últimas páginas a esa evolución en el que el género del oeste se transforma en novela negra. Una nueva historia que eleva un escalón más la maestría con la que maneja los personajes, insuflándoles vida y sentimientos.

Animo al lector a seguir la estela de esta historia de violencia, las sendas del desierto texano y caballos cabalgando hasta perderse en la línea del horizonte.

Bienvenidos de nuevo al infierno.

Benjamín Ruiz



Libro 1: el ocaso del héroe

Hallé lo más bello de las flores en las flores caídas

Antonio Porchia

ÉRASE UNA VEZ EN TEXAS...

14 de abril de 1865. Seis días después de la rendición de los Estados Confederados de

América.

Un hombre se encuentra de pie sobre un pequeño e inestable taburete con una soga rodeando su cuello. Respira con dificultad mientras las gotas de sudor no paran de resbalar por su rostro. La muerte lo acecha, pero no muestra temor. Sus manos están atadas a la espalda.

Viste una camisa blanca con alzacuellos, un chaleco y pantalón negros.

Se hace llamar Reverendo Holland y está a punto de morir.

Un grupo de soldados confederados lo miran. Esperan la orden para retirar el taburete. Son jóvenes cansados y derrotados. Curtidos en la batalla, llevan la marca de la muerte en sus semblantes. Han visto cosas, cosas terribles, que hacen que apenas puedan conciliar el sueño.

Saben que el infierno los aguarda. Muchos de ellos lo han perdido todo: familia, amigos, patrimonio. Pero lo peor de todo es que han perdido la fe. A veces, por la noche, se despiertan gritando presos del miedo más acuciante e intenso, ese que no puedes controlar ni explicar, algunos lo llaman guerra. Cuando ese espíritu te atrapa, ya nunca vuelves a ser el mismo, se mete hasta en el tuétano de tus huesos y te vacía; te convierte en su marioneta, su más ferviente servidor.

Derrotados, como viejos cansados, tosiendo como tísicos, hijos del barro, maldicen al mismo Dios. Han observado demasiadas veces el aspecto de la destrucción retorciéndose en los rostros de los malditos.

Ya no hay preguntas, solo la certeza de que mañana será peor. Esa es la verdad, amarga como el pus que marca, sin piedad, el espíritu de los hombres con llagas gangrenadas e incurables. No sienten nada por el reverendo al que van a colgar, lo hacen sin más, sin preguntarse las razones ni los porqués.

Un grupo de jinetes se acerca y se para a unas pocas yardas. Sobre uno de los caballos, acompañando al jinete, hay un niño. El muchacho no tiene más de seis años. Es el hijo del reverendo Holland. El hombre que está con él sobre el caballo, lo mira con ternura y acaricia su mejilla mientras le susurra algo al oído. Es un hombre delgado. Su cara recuerda a una calavera y sujeta las riendas de su caballo con fuerza.

El niño mira las manos del jinete con temor. Están quemadas, en ellas solo hay pellejo y hueso, revelando las cicatrices de una vida violenta, marcas de la batalla, de una guerra perdida y pretérita.

—Te dije que te dejaría ver a tu padre otra vez, y James Mulligan siempre cumple sus promesas. El reverendo Holland ve a su hijo. Los ojos se le ponen como platos. Desearía bajarse de ese maldito taburete y librarlo de todo ese horror. No quiere que lo vea morir. Él ha sido un hombre recto y justo.

Conoció el amor y supo desde muy joven que todos los hombres son iguales a ojos de Dios. Defendió con las armas esa creencia, por eso abrazó las ideas del abolicionista John Brown. El reverendo Holland tomó el camino del revólver; creó un grupo armado y se dedicó a ser la pesadilla de los esclavistas en Texas; envió junto a nuestro Señor a muchos de ellos, liberando del látigo a los esclavos. Los «honorables» caballeros de Texas pusieron precio a su cabeza y contrataron a una milicia de descarriados, «Los Perros Salvajes», comandada por los hermanos Mulligan para darle caza. Hoy paga el precio.

Las lágrimas recorren el rostro del niño. James Mulligan lo mira y seca sus mejillas con la mano.

—No mates a mi padre...

—Tu padre es un criminal y debe pagar su pena, hoy voy a colgarlo. ¿Tiene algo que decir reverendo Holland? —le grita desde la distancia.

—¡La guerra ha terminado y aunque el Señor me ha llamado a su lado, soy un hombre feliz! ¡He ganado, malditos bastardos, la luz se abre paso entre las tinieblas! ¡Hijo, sé feliz, recuerda que el amor lo es todo! ¿Harás eso por mí? ¡Crea una familia y vive en paz con tu conciencia y con Dios!

James Mulligan levanta una mano y uno de sus hombres retira el taburete de un puntapié. El reverendo Holland comienza a patear el aire, se retuerce sobre sí mismo ante la mirada de aquellos hombres, ante el terror de los ojos de su hijo. La soga quema el cuello del reverendo. Aprieta su garganta hasta dejarlo sin aire y nota como la sangre se le acumula en la cabeza. Todo está a punto de terminar para siempre, ya no le queda tiempo ni para rezar una pequeña plegaria.

—Perdona a mi padre... por Dios—le suplica nuevamente el chiquillo.

—Eres carne de orfanato, muchacho; sin madre y ahora sin padre.

El soldado mira al niño. Los ojos del hombre son fríos, no transmiten nada; han visto demasiado. Hace tiempo que tan solo disfruta con el dolor ajeno. Le gustaría volver a casa, dejar de cabalgar y colgar el revólver, aunque algo, una fuerza poderosa, una maldición, lo aleja de esa idea. Es un moderno Ulises en busca de Penélope intentando regresar a Ítaca, su hogar está lejos, perdido en algún lugar remoto de su mente. Ya no le quedan razones para volver ni para besar a su esposa. Su alma está rota. Ha olido demasiadas veces la carne quemada de sus manos; la tiene metida en su nariz, como un mal recuerdo que tiene que revivir todos los días de su vida, y no quiere volver a sentir las llamas devorando su carne. Por eso tiene que matarlos, matarlos a todos, aunque sea lo último que haga en su miserable vida.

—Hijo, ojalá alguien me hubiese dicho lo que te voy a decir yo ahora porque me habría ahorrado mucho sufrimiento: Dios... no existe. Si ahora mismo le pides a ese Dios que salve a tu padre, no lo hará. Ahora mismo yo soy lo más parecido a ese Dios. Si ordenara bajar a tu padre, mis hombres lo harían.

—¡Pues hazlo, hazlo, porque si no te mataré, lo juro!

James Mulligan sonríe mientras las patadas del reverendo van cesando. El llanto del niño se hace más fuerte y el soldado pone su mano en el hombro del muchacho para consolarlo.

—No me has dicho cómo te llamas. Me gustaría saber el nombre del hombre que va a matarme.

—Jack Holland —le responde mientras gira su cuello para mirarlo a los ojos.



Laura

4 de julio de 1934, Wichita Falls, Texas.

Laura Holland mira cómo los fuegos artificiales iluminan la oscuridad. La ciudad celebra el día de la independencia y solo se ven grupos de jóvenes disfrutando del espectáculo. En el ambiente flota el olor a pólvora y a carne a la parrilla. Un par de muchachos han disparado al aire sus armas ante el desconcierto de los ayudantes del *sheriff* que hacen la vista gorda, otros se pasean con sus automóviles haciendo sonar sus bocinas. Laura se siente bien. Hoy ha conocido a un chico.

Se llama Tim, lleva poco tiempo en la ciudad, es del este, de *New York* y está de paso. Es mayor que Laura. Desde el primer momento en que la conoció se interesó por ella. No la trata como una niña y eso le gusta. Es simpático y por alguna extraña razón le satisface todos sus caprichos por caros y tontos que sean. Tim es apuesto y usa colonia, nada que ver con los chicos de la ciudad. Su ropa es cara y le queda como un guante. Parece un galán de *Hollywood*, tiene una perpetua sonrisa en el rostro y, a pesar de que jamás se habían visto, parece que se conocen de toda la vida.

Los dos jóvenes han caminado hasta el gran estanque, una laguna rodeada de césped que está en medio de la ciudad. Allí los fuegos artificiales se reflejan en el agua. Es una zona prohibida para una chica de quince años, Laura lo sabe. Todas las parejas que buscan algo de privacidad van allí, se tumban sobre la hierba y dejan que la pasión los acune. Por alguna extraña razón que desconoce se ha dejado arrastrar por Tim. Laura tiene frío, o tal vez no sea frío, está nerviosa, sabe que no debería estar allí con un extraño por muy bueno que le parezca Tim. ¿Qué pensarán sus amigas? Hace horas que no sabe nada de ellas. Peor aún, si su abuela se entera de esto, la tendrá todo el verano cantando salmos en la iglesia. Ante el nuevo escalofrío, Tim le pone su chaqueta y coloca su brazo por encima de sus hombros.

—¿Tienes frío?

Laura se siente contrariada, por una parte, quiere estar allí, pero, por otro lado, desearía marcharse. Algo dentro de ella le dice que es lo mejor.

—Debo volver a casa.

—Tengo mi auto cerca, te llevo.

—No, mi abuela es estricta y no le gustaría que llegara a casa en el auto de un desconocido.

Tim la mira a los ojos y decide besarla. Laura tuerce su cara y trata de separarse sin conseguirlo. Él lo vuelve a intentar, quiere besar a la chica. Se ha gastado sus dólares en complacerla y ella se lo debe. Pero Laura sigue resistiéndose hasta que logra soltarse y echa a correr.

—¡Venga Laura, no seas cría! —Le grita mientras ella se aleja.

Laura no sabe dónde han ido a parar sus amigas. Lo más probable es que el padre de alguna de ellas las haya llevado a casa. Le tocará volver sola. Dos millas en total oscuridad por un mal

camino. Sin casas, sin gente. Laura podría gritar a pleno pulmón y nadie la escucharía, nadie. El 4 de julio llega a su fin, la gente vuelve a sus hogares y las calles se vacían. Laura regresa a casa. Todo la asusta, la propia oscuridad con sus ruidos nocturnos la ponen en guardia. Ve el camino como un gran túnel negro que la engulle poco a poco. No quiere ser devorada por esa oscuridad. Por eso, cuando ve acercarse a lo lejos las dos luces de un auto, respira aliviada. Con un poco de suerte será un vecino que la llevará a casa. El coche se acerca y cuando pasa al lado de la muchacha se para. La cara de Tim sale por la ventanilla, con su sonrisa parece iluminar la oscuridad como si de fuegos artificiales se tratara.

—¿Te has enfadado? No me gustaría que la noche terminara así.

Sube, tengo una botella de *bourbon*; lo pasaremos bien.

—¿Por quién me has tomado? No sé cómo serán las chicas del este, pero aquí no solemos...

—Si no entras al coche por las buenas—la interrumpe—, entrarás por las malas. No queremos hacerte daño, pero si no obedeces, será peor para ti.

—¿«Queremos», «peor para mí»? En cuanto llegue a casa haré que mi abuela te dé una patada en los...

No lo vio llegar. Una sombra sigilosa emergió de las tinieblas. Coloca una mano en la boca de Laura. Es una mano huesuda y fría como el hielo, de dedos esbeltos y piel pálida. Lleva un anillo dorado que presiona el labio de la muchacha impidiendo cualquier grito o protesta.

Ella intenta soltarse, pero aquel hombre es demasiado fuerte, la tiene inmovilizada. Laura lucha por entender lo que sucede, siente cómo un extraño escalofrío recorre su espalda violentándola. Sus músculos se tensan mientras intenta liberarse de la garra implacable que la somete.

La joven sabe que no tiene escapatoria, se encuentra merced de esos dos hombres, amparados por la complicidad de la noche.

—¿Una botella de *bourbon*? No sirves ni para raptar a una niñata. —Le dice a Tim mientras arroja a Laura sobre el asiento trasero del auto.

Tim mira de reojo a Laura, una sonrisa de medio lado sale de su rostro, ahora en la oscuridad intuye sus facciones impías. La chica mira al otro hombre. Es muy alto, tiene una cicatriz en la cara que va desde su ojo derecho hasta casi la comisura de los labios que le proporciona una gran dosis de crueldad en sus expresiones. También viste con ropa cara, tiene unos zapatos blancos y negros, estilo *Oxford*, un jersey blanco de pico y unos pantalones color crema. Con calma, el hombre saca una navaja automática de su bolsillo, desplegando la hoja con un chasquido metálico y apoya su filo en la mejilla de Laura, al tiempo que el pánico se apodera de la joven.

—Si intentas escapar te rajaré la cara. ¿Entiendes?

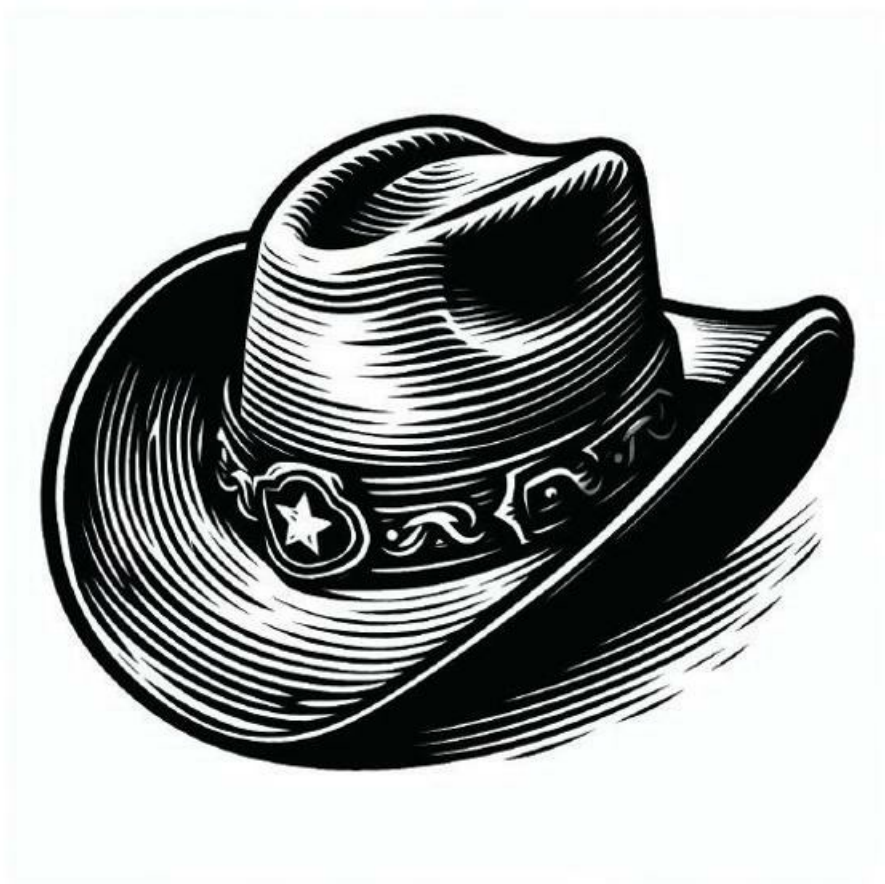
Laura mueve su cabeza afirmativamente.

—Si escapas iré a tu casa y degollaré a tu abuela. ¿Entiendes?

Laura asiente de nuevo.

Esos tipos no conocen a su abuela, Laura O'Keefe.





La señora O'Keefe se despierta sobresaltada cuando un mal presentimiento en forma de escalofrío se adueña de ella. Cree a pies juntillas en sus premoniciones. Desde pequeña las padeció sin conocer la razón de por qué el altísimo la dotó de aquellas sensaciones. Acertó cuando, siendo una niña, dijo que los comanches asesinaran a los Reilly y, años después, su piel se erizó cuando, a varias millas de distancia, la banda de los hermanos Mulligan colgaron a su

padre y hermano.

Sabe al momento que algo malo le ha pasado a su nieta. Se pone la bata y va a la habitación de la joven. Laura no está y su hora de llegar a casa ya ha pasado. Con manos temblorosas descuelga el auricular del teléfono. La sensación de que algo terrible se cierne sobre su nieta se aferra a ella como un mal bicho, un parásito que la devora por dentro, sumiéndola en una condena que no puede asimilar, ser la última de su familia.

—Operadora, póngame con la oficina del *sheriff*.

Durante esa angustiosa semana todos los efectivos del *sheriff* estuvieron removiendo cielo y tierra en busca de Laura. Sus amigas, devastadas a causa de la desaparición de la joven, relataron que aquella misma noche Laura había conocido a un chico del este llamado Tim y que la perdieron de vista durante toda la celebración del 4 de julio. ¿Quién diablos era ese Tim? Las investigaciones sobre él no daban ningún fruto y todas resultaron ser un callejón sin salida. No se registró en ningún hotel de la ciudad. Los testimonios sobre su apariencia eran confusos; algunos testigos lo describían como rubio, mientras otros insistían que era moreno. Era como un fantasma de mil rostros. Todo el mundo lo vio, pero nadie era capaz de concretar una descripción certera.

Muchas personas de la ciudad se apuntaron como voluntarios y recorrieron los alrededores, pero sin conseguir ningún resultado, parecía que la tierra había engullido a Laura sin dejar rastro. El cansancio y el desánimo hizo acto de presencia entre los voluntarios y, poco a poco, fueron abandonando la búsqueda. Incluso el *sheriff*, enfrentado al dilema de mantener a todos sus efectivos en una búsqueda que parecía llevar a un callejón sin salida, decidió abandonarla a regañadientes y de forma unilateral. Alegó que, tal vez, la chiquilla hubiera sido víctima de los coyotes o de algún mal nacido que se aprovechó de ella para después matarla y enterrarla en algún lugar de un vasto territorio, imposible de rastrear palmo a palmo.

Pero ocurrió lo que nadie sospechaba.

Durante aquella interminable semana, la señora O’Keefe participó en todas las búsquedas. Aún cuando todo el mundo abandonó, continuó buscando sin descanso hasta que, un inoportuno desmayo, la postró en la cama por agotamiento y bajo prescripción médica.

Pasaron varios días hasta que recuperó sus fuerzas, aunque su preocupación por el destino incierto de su nieta todavía seguía a flor de piel.

Aquella mañana se levantó y salió al porche. Hacía semanas que no revisaba el buzón, así que le echó un vistazo. Entre un montón de cartas destacaba un gran sobre amarillo con matasellos de *New York*.

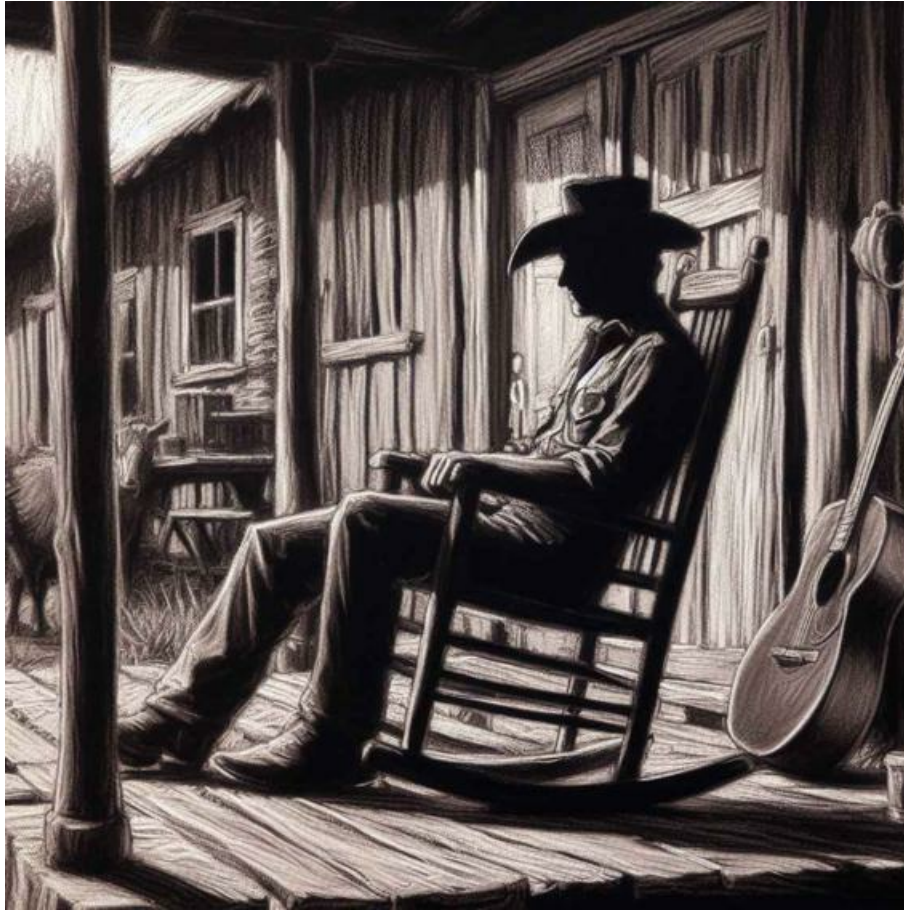
Aquello le resultó extraño, ella no conocía a nadie en aquella ciudad.

Sus ojos se pusieron como platos cuando contempló su contenido.

Era una esquila, la esquila de su nieta, junto con una perturbadora nota de rescate.

«Si quiere ver de nuevo a su nieta con vida, tendrá que hablar con Jack Holland para que pague los 200.000 dólares que debe. No avise al *sheriff*, la vigilamos. En breve le daremos ubicación para entregar el dinero. En caso de que no se lo entregue, esta esquila se hará realidad.»

Por supuesto que no iba a avisar al *sheriff*, era un inepto. ¿Qué podía hacer? Tendría que volver hablar con Jack Holland, por mucho que eso la molestara en lo más hondo de su alma.



El viejo Jack

Jack Holland es una leyenda casi olvidada, un nombre arrastrado por las arenas del tiempo. No en vano fue quien acabó con la banda de los hermanos Mulligan. Para algunos, Jack Holland es el hombre más recto y honrado que ha pisado el condado de Clay. Dicen los pocos que lo tratan que ya no es el mismo, que la vejez lo agarró por la pechera y le golpeó fuerte en la cabeza. Ahora solo se sienta en su mecedora y desde el porche de su ruinoso rancho ve pasar por delante

de sus ojos el devenir del tiempo, un tiempo que se convirtió en un río que fluye en direcciones desconocidas y que lo confunde.

Ya no cuelga de la cintura el *Colt 45* que solía portar y su *Winchester*, polvoriento y oxidado, adorna una pared para la que nadie mira. No resistió la muerte de su hijo Luis en la Gran Guerra. Algo se quebró en su mente, lo sumió en un letargo cómodo e interminable y lo llevó a un túnel donde sus recuerdos se descomponen sin remedio, un lugar del que no quiere ni puede salir. Ahora las pocas reminiscencias del pasado se mezclan con el presente; vuelve a tener breves momentos lúcidos donde se ve a sí mismo como el joven que encarnaba aquel espíritu indómito, el revólver más rápido del condado de Clay.

Sin embargo, esos momentos son cada vez más escasos y breves, la mayoría de las veces se sumerge en su mundo, en la realidad que se diluye en la niebla de sus recuerdos y desordenados pensamientos. A veces su mirada se pierde en el horizonte, como si estuviese esperando algo o a alguien. Los vecinos del condado lo respetan y evitan a partes iguales, como si su presencia solo fuese un espectro del pasado que ya no tuviera sitio en este mundo de vivos. Pero, a pesar de todo, todavía hay quien lo recuerda cuando era un héroe, protector de desvalidos, azote de miserables, una leyenda que sigue viva en las almas de quienes lo conocieron alguna vez.

Jack Holland vive con Rosalía, su hija, quien se encarga de cuidar al viejo. A veces se sienta a su lado en el porche, acaricia su barba blanca y escucha sus murmullos y lamentos. Ella recuerda al hombre y se apiada del anciano. Era muy pequeña cuando lo vio por primera vez cabalgando entre las llamas, abriéndose paso a través de los cuerpos descuartizados. Era como una aparición celestial, un ángel enviado para salvarla a ella y a su hermano Luis de los comanches, que mordía las riendas de su montura mientras disparaba su rifle a todo lo que se movía. Aún hoy, aquel recuerdo crepita salvaje en su memoria. Jack los adoptó, pero nunca pudieron llamarle «papá» y, aunque el vaquero era un tipo duro y curtido, supo fraguar en ellos un par de corazones rebeldes repletos de ternura. Los crio como si fuesen de su propia sangre, les enseñó a disparar, a montar, a marcar el ganado y a domar.

Eran mejores que muchos chicos del condado que los menospreciaban, siempre sufrieron en sus carnes su origen mestizo.

Rosalía nunca se casó, siempre estuvo entre dos mundos. Demasiado gringa para ser mexicana y demasiado mexicana para ser gringa.

De Luis tan solo quedan un puñado de fotografías amarillentas y un par de condecoraciones que su hermana esconde, ya que, cuando el «viejo» las ve, recuerda que su hijo ha muerto y se echa a llorar como un niño. A ella le rompe el alma cuando él, en un leve fogonazo de irrealidad, le pregunta por Luis.

—Viene mañana—le miente Rosalía, tragando saliva para tratar de ocultar sus lágrimas.

Rosalía es su contacto con el mundo. Ella le hace la vida más fácil, le cocina, lo afeita y pelea con él para que se dé un baño; y cuando tiene todas las tareas hechas, le lee la prensa. Ahora es como un niño.

Él la mira de soslayo y sonríe intentando averiguar quién es aquella señora tan encantadora que dice esas cosas tan raras. Rosalía sabe que el tiempo de Jack está llegando a su fin, pero ella se aferra al pasado y a un legado que lleva a fuego en su alma. Algunas veces, cierra los ojos y se lo imagina de nuevo montado sobre su caballo, galopando con su sombrero de ala ancha y aquella mirada fría carente de expresividad cuando era el terror de los fuera de la ley. Rosalía es consciente que la leyenda del ranger morirá con él, su nombre no seguirá sonando en la boca de los hombres, o en los sueños de las mujeres, ya nunca más será el protagonista de canciones e historias que se cuentan en las noches frías del desierto, alrededor de un fuego, sosteniendo una

taza de café. Los viejos tiempos del Oeste morirán con él.

Luego está Petra, una enorme perra mastín de mirada lánguida que se enrosca entre los pies de Jack. Le ayuda a no olvidar su lado tierno. A veces lo hace porque no puede evitarlo, riñe demasiadas veces con Rosalía por las cosas más triviales como si le fuese la vida en ello, después acaricia a Petra y el enfado desaparece. La perra siempre está a su lado, es su fiel compañera. Es raro el día que el «viejo» no pregunte por Rin, su otro tema recurrente, el caballo más conocido del condado, y su compañero de fatigas durante mucho tiempo. Rin era un cimarrón de carácter valiente, jamás dio un paso atrás ante el peligro. Parecía más un perro obediente que un caballo de origen pura sangre español. Si Jack le pegaba un silbido, obedecía yendo a su encuentro, y no es que el bueno de Rin hubiese sido domado y entrenado para hacer esas cosas, no. Desde que Rin era un pequeño potro sintió un apego especial hacia Jack, se puede decir que fue el caballo el que eligió a su jinete y no al revés. Su recuerdo se grabó a fuego en su memoria y es de las pocas cosas que jamás olvida.

Hay una tumba dentro del rancho, la de la madre de Rosalía y Luis.

Jack dispuso que se enterrara dentro de la propiedad para que sus hijos jamás la olvidaran. Muchas veces, cuando Rosalía y Luis eran más jóvenes, preguntaban a Jack por Shima, su madre, y este les contaba lo poco que sabía sobre ella, pero pronto cambiaba de conversación y se centraba en otro tema. Todas las mañanas Rosalía reza una plegaria por su madre y pone flores en su tumba. Por algún extraño motivo, estas son las únicas de todo el rancho que Molly no come ni destroza.

Molly es una vieja mula medio salvaje que merodea por el rancho en busca de alimento y algo de agua, por alguna razón incomprensible le hace gracia a Jack. A veces se acerca a ella y le da un terrón de azúcar o una manzana. Molly se lo agradece apoyando su cabeza en el pecho del «viejo» mientras este la acaricia con ternura. Por lo demás, Molly es el animal más odioso de todo el condado, parece haber salido del mismísimo infierno y no es que sea tozuda, que lo es, sino que la mala bestia ha pateado el trasero a la mitad de los granjeros del condado de Clay. Incluso se han organizado partidas para acabar con ella, pero la mula siempre acaba por refugiarse en las tierras de Jack y allí todo el mundo sabe que es intocable. Su pelaje oscuro y sus ojos penetrantes infunden temor a cualquiera que ose cruzarse en su camino. Pero de todas las personas de la zona, el cartero Bob Young es sin lugar a dudas la víctima preferida de Molly. Con un resoplido salido del mismo infierno y con paso firme, se dirige hacia él amenazante, para recordarle que aquel rancho está bajo su férrea custodia. Bob es un hombre tranquilo y le gusta realizar su trabajo de forma concienzuda. Sin embargo, Nuestro Señor no lo ha dotado de valentía a la hora de pasar por el rancho Holland y enfrentarse al animal. Por eso, reza todas las mañanas por no tener que llegar hasta los límites del rancho. Cuando no le queda más remedio, se acerca con cuidado y deposita a toda prisa las cartas dentro del destartado buzón con la esperanza de que Molly no detecte su presencia. Lo cierto es que Molly posee un gran olfato y lo observa desde la distancia. Ahora ha encontrado algo mejor que atacar al bueno de Bob y no es otra cosa que comerse las cartas que deja en el buzón.

Rosalía se ha encargado de marcarla y herrarla para que todos sepan que no es un animal sin dueño. Jack sabe que detrás de esa fachada de mula odiosa y medio salvaje hay una criatura noble y leal que solo necesita algo de atención. Quizá por eso Jack está dispuesto a darle algo de su tiempo y de su afecto, aunque muchas veces se equivoque de nombre y la llame Rin. Petra no soporta a Molly, siempre que la ve aparecer, lanza dos ladridos de desaprobación, después entra en la casa con el rabo entre las piernas y se olvida de la mula bebiendo algo de agua y acompañando a Rosalía mientras esta hace la cena.

Este era todo el mundo de Jack Holland, hasta que la señora Laura O'Keefe apareció por el rancho.

Laura O'Keefe

No es la señora O'Keefe amiga de escribir cartas ni de mandar telegramas y mucho menos al «santurrón» de Jack Holland, para algunas personas del pueblo, el último caballero en busca del Santo Grial.

Sin embargo, en el mismo momento que recibió aquella esquela con el nombre de Jack Holland y la exigencia de una cantidad de dólares excesiva por el rescate de su nieta, comprendió que, una vez más, aquel fantasma del pasado volvía a cruzarse en su camino. También sabía que, si había alguien que podía ayudarla a encontrar a Laura, ese era Jack Holland, a pesar de todos los años que pasaron sin verse.

De todas formas, Laura es la nieta de Jack, por mucho que la moleste compartir ese vínculo con él y, aunque lleva el apellido Holland, la señora O'Keefe siempre que puede lo omite sin contemplación.

No quiere que su nieta tenga nada que ver con los Holland. Incluso con Rosalía, pese a que reconoce que es una persona íntegra.

Agarró su sombrero y tomó el primer autobús de la compañía *Greyhound Lines* que salía de la estación de *Wichita Falls* hasta Henrietta, capital del condado de Clay. La señora O'Keefe es la típica dama del sur aguerrida, capaz de tomar el té con sus amigas más sofisticadas y a los cinco segundos patearle el culo al primer sinvergüenza que se cruce en su camino. Laura O'Keefe es una mujer curtida, el tiempo la moldeó a base de sangre y lágrimas. Tuvo que soportar las continuas luchas contra los comanches cuando solo era una niña y sufrió a muchas de las bandas de forajidos que merodeaban por todo el territorio, entre ellas a los sanguinarios Mulligan. Todo aquello la marcó de por vida.

Ahora los viejos huesos de la señora O'Keefe ya casi no soportan montar a caballo ni su vista le permite disparar como lo hacía antaño.

Aunque conserva su fuerza innata, ha cambiado al igual que Texas.

Los ranchos han dejado paso a un mar infinito de pozos de petróleo, todo huele a ese líquido negro que convierte a los hombres en bestias y el aire se ha vuelto pestilente. Algunos dicen que hasta Jack Holland ha cambiado, que algo dentro de su cabeza no marcha bien, pero Laura tiene que verlo por sí misma, porque a Jack siempre le gustó llamar la atención, para bien o para mal. Si hay alguien firme en su pensar, honesto en sus convicciones, ese es Jack. ¿Cómo iba a cambiar? Las personas como él jamás lo hacen. Se mantienen inquebrantables en sus opiniones, aunque la tierra tiemble bajo sus pies, aunque el apocalipsis los acaricie. La ley y el revólver. Hubo un momento que ella habría vendido su alma por volver a estrecharlo entre sus brazos; por sentirlo una última vez dentro de ella y ser su Dulcinea.

El tiempo ha pasado y la señora O'Keefe ha aprendido a valorar otras cosas en la vida. Ha dejado atrás las pasiones desenfundadas y se ha vuelto mucho más pragmática, en cierta manera se ha rendido en las cuestiones relativas al corazón. Ahora solo quiere ver a su nieta a salvo y sabe que Jack es la única persona en la que realmente confía para enfrentarse al destino. Sabe que las balas

no tocan al maldito Jack Holland.

A medida que el autobús avanza por la carretera polvorienta, la señora O'Keefe se aferra al único pensamiento que la reconforta: que Laura estará bien, a salvo y, que por otro desafortunado lado, volverá a ver a Jack una última vez, hecho que la molesta. Durante su viaje hasta Henrietta la nostalgia se apodera de ella y piensa en las personas que dejó atrás, su familia, su amor por Jack. Recuerda algunas cosas que la lastiman y la hacen reír al mismo tiempo, acontecimientos que marcaron el devenir de su vida.

«La segunda vez que vio a Jack, este agonizaba delante de la consulta veterinaria de su padre con un par de balazos en la espalda y rogando que atendieran a su caballo. Bill Smith, el padre de la señora O'Keefe, era el veterinario del condado de Clay. Llevó en volandas a Jack a la cocina y lo tumbó sobre la mesa, dejando por el camino un reguero de sangre.

—Laura, ensilla a Rayo y vete a casa del doctor Paterson.

—Padre... Este hombre es un *ranger*, si avisamos a Paterson, mañana tendremos a toda la banda de los Mulligan en nuestra puerta.

—Tienes razón, avisa al doctor Chang, él sabrá lo que hacer.

—Mi caballo... Rin. —dijo el *ranger* a punto de perder el conocimiento.

—Hijo, olvídate de tu caballo, tenemos problemas más acuciantes en estos momentos como salvar tu vida. ¡Alice, agua caliente y mi instrumental! ¡Que Dios nos proteja!

—Salva a mi caballo...te lo ruego.

Chang llegó poco después con Laura. Durante la operación, se escuchaba relinchar de dolor al caballo de Jack que yacía sobre la tierra. La joven no soportó ver al cimarrón en aquel estado, la compasión la embargó y agarró una escopeta y con mano firme sacrificó al animal. Fue lo único que pudo hacer por Rin, ya que sus heridas eran mortales.

Durante la guerra civil, Bill sirvió como sanitario antes de ser veterinario. Vio una infinidad de heridas de bala y mutiló a muchos hombres sobre la mesa de operaciones cuando ayudaba a los cirujanos a inmovilizar a los heridos. No pudo extraerle las balas de la espalda a pesar de esos conocimientos adquiridos en la guerra y a sus estudios veterinarios. Anestesió al *ranger* con algo de láudano y cauterizó las heridas para que dejaran de sangrar. Pero fue el doctor Chang el que extrajo las balas con su extraño instrumental y su medicina oriental.

Por suerte ningún proyectil tocó los nervios de la columna ni tampoco dañó ningún órgano, así que lo único que necesitaba Jack era descanso. Lo ocultaron en el sótano dentro de un granero, lejos de las miradas curiosas y de los que buscaban el favor y los dólares de los Mulligan. La recuperación sería lenta».

A la señora O'Keefe le molesta que le hablen de Jack Holland.

Sabe que lo que se cuenta es una patraña, la gente necesitaba un héroe y Jack estuvo en el momento y el lugar adecuado para ser el paladín de aquellos que no querían mancharse las manos de sangre. Con sus chismorreos de salón, crearon un ser casi mitológico al que incluso no le faltaban canciones donde relataban la vida y milagros del gran héroe. A la señora O'Keefe le tocó ser la bruja malvada que destrozó el corazón del hombre perfecto. Jack porta algo oscuro en su alma, Laura conoce muchos de sus secretos, aunque en todo el transcurrir de los años jamás los contó. Ambos tienen cadáveres en el jardín que es mejor no desenterrar.

La única propiedad que Jack adquirió fue un pequeño rancho ruinoso, las peores trescientas hectáreas de terreno yermo de todo el condado de Clay. Allí quería formar su familia con Laura y criar caballos mustang. Todavía lo recuerda con el traje de los domingos, frente a su puerta, con un ridículo manojo de flores silvestres en la mano pidiéndole matrimonio.

«Tengo un rancho no muy lejos de aquí, es el lugar más bonito de la creación, pero me falta una

esposa para que ese lugar sea perfecto, me preguntaba si tú me harías el honor de serlo».

Ella dijo no.

El autobús se detiene en el apeadero de Henrietta. El pueblo no ha cambiado nada. La misma calle principal, con los mismos negocios de siempre, el bar, el ultramarinos, la misma boutique con los mismos sombreros de *cowboy* y los cuatro cotillas habituales observando cualquier movimiento que les alegre la vista y la lengua. Laura todavía es conocida en Henrietta, no por ser la hija del viejo veterinario, sino por ser la mujer que le rompió el corazón al viejo Jack Holland. Allí no es bienvenida y, aunque el tiempo ha pasado, los más viejos del lugar no la han perdonado. Muchos en el condado soñaban con que alguna de sus hijas o hermanas se casaran con Jack que, por otro lado, era un hombre atractivo, alto, bien formado, de pelo castaño, siempre con un mechón sobre sus ojos verdes. Nunca le faltaron mujeres que lo rondaran, pero él tenía el alma dañada por Laura. Se juró que jamás habría otra. El día que Laura se convirtió en la señora O'Keefe fue la primera vez que vieron bebido a Jack. La estatua del general Lee todavía conserva las balas incrustadas en la piedra que Jack Holland disparó repleto de ira.

Laura O'Keefe va al bar, allí podrá encontrar al chofer del único taxi que hay en el pueblo. Como todavía es pronto, tal vez no esté borracho como tiene por costumbre.

—Pregunto por Pitt...

—El viejo Pitt murió hace tres veranos, señora O'Keefe. El taxi lo conduce su hijo, tal vez pueda encontrarlo dentro de un par de horas, creo que ha ido...

—Da igual. ¿Hay alguien que pueda llevarme al rancho de Jack Holland?

—¿Qué vas... a rematarlo? —resuena una voz alcoholizada desde el fondo del local.

La señora O'Keefe hace oídos sordos, sabe que es el precio que debe pagar por estar allí. Ella no era culpable de haberse casado con Patrick O'Keefe, un irlandés que hizo fortuna con el oro negro. Fue un matrimonio concertado. Su madre, Alice, buscó una posición acomodada para su hija, pues anhelaba que tuviera todo lo que ella nunca

36
alcanzó: viajes, joyas, criados y lujo, algo que el padre de Laura fue incapaz de entregarle, tan solo migajas para alimentar su cansado corazón repleto de trabajo duro y una escueta cuenta bancaria. Todo en Patrick O'Keefe fue del agrado de Alice: su pelo rojo, su cara pecosa y esa manía que tenía de pagar todo al contado. Cuando le pidió la mano de su hija Laura, no se lo pensó. ¿Qué importaba si había daños colaterales? Jack Holland era un Don Nadie, un *ranger* que no llegaría a viejo. ¿Qué futuro le aguardaría a su hija con él? ¿Ir de ciudad en ciudad, hasta que un borracho le disparara por la espalda? Laura se merecía más, no la educó para terminar siendo la mujer de un hombre que lo único que tenía era el polvo del camino y una reputación como pistolero. Patrick era distinto, no en vano, fue también uno de los héroes que acabaron con los hermanos Mulligan y, aunque circularon habladurías de cómo consiguió su fortuna, hizo caso omiso a todas las advertencias sobre que Patrick O'Keefe no era trigo limpio, sino un borracho de bofetada fácil con demasiado dinero. Olvidarse de Jack Holland fue el precio que Laura tuvo que pagar. Sus sueños no importaron. Su hija sería una dama sureña, viviría en la vieja mansión Potter, rodeada de opulencia y de paso, Alice viviría sus últimos años rodeada de esa misma opulencia, se lo ganó, a pulso, aunque para eso tuviera que sacrificar a su propia hija como así hizo. Pero la gente del condado siempre culpó a Laura de la pena que arrastraba en su alma el viejo Jack. ¿Qué podía haber hecho ella en aquella época? Ni siquiera era una mujer, tan solo una niña, a la que los acontecimientos la perturbaron hasta nublarse la razón.

Nunca culpó a su madre por aquello, aunque arrastró su amargura largo tiempo. La muerte de su padre y hermano a manos de los Mulligan, convirtieron a su madre en una superviviente que haría lo que fuese para devolver cierto esplendor a los suyos y así la entregó a una vida oscura,

sin sentido, lejos del que fue el amor de su vida, pero eso ya era agua pasada. Fue en otra época tan lejana que parecía que no le pasó a ella.

No va a encontrar ningún medio de transporte para llegar al rancho. Andando son dos horas de malos caminos con el sol cayendo a plomo sobre ella. Laura es de allí, ha recorrido mil veces aquellas sendas, no se va a dejar amedrentar ni por lugareños con mucho tiempo libre ni por un poco de sol. Cuando lleva media hora de camino ya se ha arrepentido, es demasiado testaruda para dar media vuelta.

Después de un tiempo observa el rancho a lo lejos; se acerca con un nudo en la garganta, preguntándose si ha hecho bien, si ha tomado la decisión correcta. Ya no hay vuelta atrás, pues ha llegado hasta allí y ahora debe enfrentarse a sus demonios. Antaño el rancho Holland poseía un vallado de firmes postes para más de un centenar de cabezas de ganado, hoy esos mismos postes están carcomidos por el tiempo, olvidados para siempre; el establo tuvo capacidad para media docena de caballos, apenas se mantiene en pie y el derrumbe planea sobre él como un grupo de buitres sobre un caballo moribundo. La casa del rancho es de madera, posee en su parte delantera un pequeño porche que ha perdido hace siglos su pintura blanca. A los lados, hay pequeños cactus a modo de rústica decoración.

Una sensación de alivio recorre su cuerpo, necesita beber un buen vaso de agua a causa del calor. Hasta que se encuentra con Molly que la empuja por la espalda y la hace caer con todo su peso sobre el camino manchando su ropa cara de dama sureña. No contenta con eso, la mula muerde la tela del vestido de la sofocada mujer y la arrastra unas yardas hasta donde descansa Jack, mientras sigue relinchando con ganas, como si aquella mala bestia se riera de ella en su cara. Laura se levanta furiosa y se sacude el polvo de la ropa al tiempo que recoge su sombrero mientras maldice al animal.

—¡Jack Holland, te exijo que sacrifiques a este animal inmediatamente! —grita alterada.

Jack se levanta de la silla, observa la escena y sonríe con picardía.

—¿Sacrificar a Molly? ¿Está usted loca? No olvide que lo que pisa son mis tierras.

—¿Es que no me reconoces? Soy Laura, Laura O'Keefe.

—¿O'Keefe? La verdad... No tengo el placer.

—¡Te estás burlando de mí como esta maldita mula, maldito truhan! Él la mira con una mezcla de sorpresa y ternura. Rosalía asoma la cabeza por la ventana de la cocina al escuchar las voces. Hace más de una década que no ve a la señora O'Keefe. Su hermano Luis se casó con Shue, la hija de la señora O'Keefe. Cosas del destino o del karma. Dicen los románticos del lugar que fue un amor de leyenda, cuando Luis no regresó de la Gran Guerra, ella se fue marchitando. Se podría decir que murió de amor, aunque en realidad murió de gripe, como muchos de los lugareños. Rosalía hace años que no sabe nada de su sobrina. Laura O'Keefe lo quiso así y Rosalía se cansó de las ínfulas de aquella dama sureña, estirada y elitista.

—Rosalía... Ha pasado mucho tiempo.

—Creo que no el suficiente.

—A mí también me disgusta estar aquí, pero no tengo adónde acudir. Se trata de Laura, la han raptado.

—¡Laura! ¿Qué Laura? —pregunta Jack.

Rosalía mira para la señora O'Keefe y con un gesto serio le dice que pase dentro de la casa.

—¿Es cierto lo que dicen de Jack? —pregunta Laura.

—Me temo que sí.

—Pero yo lo veo bien, está en buena forma y aparenta ser más joven que yo, cuando me lleva unos cuantos años.

—No es su cuerpo, se trata de su cabeza. Demasiados disgustos, la muerte de Luis...

— Todos hemos sufrido pérdidas—la interrumpe.

—Claro... ¿Qué pasa con mi sobrina? —cambia de tema.

La señora O'Keefe saca la petición de rescate en forma de esquila y se la deja leer a Rosalía. Una mueca de preocupación cruza la cara de Rosalía.

—Te puedo asegurar que Jack no tiene doscientos mil dólares, ni idea de lo que puede ser esto, quizás en el pasado sí, pero ahora...

Durante estos años metió a mucha gente entre rejas, podría ser cualquiera.

—Tiene que haber alguna cosa que recuerde, aunque sea mínima.

—A veces piensa que Luis está vivo, otras que sigue siendo un *ranger*. ¿Has visto cómo está el rancho? Si Jack estuviese en sus cabales, no viviríamos en esta ruina.

—No sé qué puedo hacer, Rosalía, estoy perdida. Creí que Jack podría ayudarme en esto.

— Si vas al *sheriff*, pasarán el caso al gobierno federal.

—Lo sé y de esos todavía me fío menos.

—Conozco a un par de viejos *rangers*, vienen a visitar a Jack de vez en cuando, tal vez puedan ayudarnos. Los avisaré.

—Por supuesto correré con todos los gastos.

—Eso estaría bien, porque la pensión de Jack no da para mucho.

Lo mejor será que regrese mañana a tu casa.

—Ni lo sueñes, estaré presente en esa búsqueda. No voy a ser ninguna carga, eso te lo aseguro. Todavía puedo montar mejor que muchos.







No ha salido el sol cuando Jack Holland saca los pies de la cama.

Se sirve una taza de café y lía un cigarrillo mientras mira la oscuridad desde la pequeña ventana de la cocina. Por algún motivo recuerda a la mujer que el día anterior los ha visitado. Le era familiar, pero no sabe de qué la conoce. Habló de Laura, la única mujer que ha querido en toda su vida. Se mira en el espejo, él no ve al viejo, ve al joven *ranger* que fue. Cree que está en 1883 cuando era un joven agente de la ley.

Han secuestrado a Laura, han raptado a la mujer que ama y él va a hacer todo lo que está en su mano para salvarla. Los Hermanos Mulligan pagarán por ello. Llevará el infierno a su encuentro y no parará hasta que paguen con pólvora y sangre todos sus delitos.

Se viste con rapidez: unos pantalones, una camisa azul, sus botas de montar y su viejo sombrero Stetson color marfil de copa alta y ala ancha. En su cuello su eterna bandana roja y su viejo amuleto indio.

Se dirige al establo, prepara la cabezada y las riendas para Rin, se coloca un par de espuelas, se pone sus viejas chaparreras y carga sobre su espalda la silla de montar regalo del antiguo gobernador Roberts.

Por alguna extraña razón, no hay caballos en el establo.

Vuelve a la casa, descuelga su rifle de la pared, busca en un cajón cartuchos y los carga en la recámara. Se ajusta la funda de su *Colt 45*, el cinturón está repleto de balas y por un momento hace bailar el revólver en su mano para después enfundarlo con rapidez. Mete en sus alforjas una pequeña cacerola, algo de tocino, carne seca, café, harina, un puñado de frijoles y su cantimplora llena de agua. Rebusca por los cajones de la cocina su insignia de *ranger*, hasta que da con ella.

La estrella está algo oxidada, pero para él brilla como el primer día. Con orgullo se la coloca en la camisa. Camina hasta el porche acompañado por el tintineo de sus espuelas y lanza un agudo y corto silbido.

—¡Vamos, Rin! ¿Dónde te metes?

Molly surge de la oscuridad y va hacia Jack.

—¡Buen muchacho! —acaricia a la mula pensando que es Rin.

El vaquero la sujeta con mimo, le pone las bridas, la embocadura y le ajusta el frontal por detrás de las enormes orejas de la mula, coloca el ahogadero, las riendas y ensilla a Molly. Enfunda sus manos en un par de guantes de cuero, se monta y se dirige hacia donde todavía no ha salido el sol. Cuando ha recorrido pocas yardas, echa un vistazo al porche de su rancho. Petra mira melancólica cómo se aleja. El vaquero suelta otro silbido, con la mano le dice a la perra que lo acompañe y esta sale disparada, como un rayo a su encuentro.

Jack cabalga en la oscuridad siguiendo un rastro que el tiempo y la enfermedad han borrado de su memoria. Recuerda ciertos aspectos de su vida que han cristalizado y han permanecido indelebles. Siente la misma rabia de antaño cuando se enfrentó a los Mulligan y piensa en Laura. La ama, para él no ha cambiado nada. El deseo de tenerla entre sus brazos está presente como cuando la vio por primera vez.

La gran bola naranja asoma su nariz en el horizonte, iluminando el desierto con su mágica luz y convirtiendo el cielo en un manto azul tan profundo que, por un momento, le hace sentir pequeño.

El viento sopla suave y lleva el aroma del desierto hasta su nariz.

Huele a hierbas silvestres, a margaritas y amapolas, al rocío de la mañana, pero también al ciclo de la vida y la muerte. Y con la muerte, la promesa de días repletos de aventuras y peligros. A medida que progresa en su avance, nota la presencia de pequeños animales, sobre todo roedores y lagartos aclimatados a un lugar tan inhóspito como ese. Sobre el cielo divisa a las aves carroñeras planear sobre el viento en lo que parece un vuelo plácido y majestuoso. Jack se siente pletórico, repleto de energía, como si aquellos días de juventud en los que nada podía detenerlo hubiesen regresado. Para él, esos días fueron ayer. A su alrededor, el horizonte árido del desierto lo rodea en todas direcciones, salpicando su orografía con arbustos como el mezquite y la yuca. Los cactus, nopales en su mayoría, añaden un toque de color con sus hojas rojas, verdes o amarillas al paisaje. Se alzan como titanes sobre la arena, guardianes impertérritos de espinas afiladas. Petra olisquea el terreno, va de piedra en piedra, de flor en flor, sin perder de vista a Jack.

El vaquero comienza a silbar una melodía y Molly mueve sus orejas casi al compás. Al cabo de un rato, el golpear de los cascos de su mula y el silbido del viento son los únicos sonidos que lo acompañan.

El sol ya calienta con fuerza el aire y lo siente sobre su rostro como si fuesen las bocanadas de un gigante. Sabe que el camino será largo y que deberá ser cauto. El desierto es peligroso, tanto te puede dar la vida como quitártela en un instante, en un insignificante chasquido de dedos. Jack siente la adrenalina cabalgar por sus venas, sabiendo

que cada paso lo acerca a la verdad, listo para enfrentarse a todas las dificultades que la divina providencia le tenga preparadas.

Cautiva

Laura observa con cautela a través de la pequeña ventana, su única conexión con el mundo exterior. Lleva días encerrada en aquel lugar, sin ninguna explicación. El cuarto en el que se encuentra es oscuro y lúgubre, y está repleto de viejos cachivaches oxidados. Las paredes son tablas de madera carcomidas por el clima y los insectos. Cuando el viento sopla con fuerza, los tablones crujen y parecen bailar al compás. En ese pequeño espacio solo dispone de un camastro polvoriento y un balde donde hacer sus necesidades. Al menos, la luz entra en forma de chorro por esa minúscula ventana, iluminando el cuarto en las horas centrales del día. Siente cómo el calor del desierto palpita como un corazón desbocado. Afuera, el sol lo engulle todo como un dragón imparable que escupe fuego sin cesar.

A través de la puerta, Laura escucha a los hombres. Casi siempre están borrachos, inmersos en partidas de póquer o peleándose entre ellos en una sucesión de trifulcas sin sentido que parecen no acabar jamás. Ahora son más, al menos cinco. Escucha la voz del hombre de la cicatriz, se llama Jesse y parece el jefe. También ha escuchado otros nombres como el de un tal Pawnee, al que no ha visto ni oído. Spinelli, un tipo con acento italiano al que ha visto de pasada cada vez que abrían la puerta, es un hombre delgado, con el pelo oscuro peinado hacia atrás y de piel morena, viste un traje con corbata y cuando no tiene la chaqueta puesta se ve la pistolera en la que porta un 45.

Luego está Callum, un hombre grueso y calvo que al parecer hace de cocinero sin demasiada fortuna por las críticas que le dedican sus compinches. Cada vez que Laura lo ha visto, tenía un vaso de *whisky* en su mano y una botella sobre la mesa. Viste con una camiseta interior blanca sin mangas repleta de lamparones. Por último está Tim, «El guapo», como lo llaman ellos. A veces le trae la comida. Ni siquiera la mira a los ojos. Sigue con esa ridícula y malvada sonrisa de medio lado. Cuando lo ve, Laura aprieta los puños, pues con gusto le metería una buena patada en la entrepierna, como hizo su abuela con el charlatán de Michael Moore cuando fue a la puerta de su casa a reclamar cien dólares.

Ya han pasado un par de semanas desde que la secuestraron. No sabe la razón. Ella no es nadie. Su abuela tiene una posición acomodada, pero en la ciudad hay familias con más dinero. De todas maneras, Laura tiene un plan. No piensa estar allí más tiempo. Por la noche volverán a estar borrachos como de costumbre y, entonces, se largará. Sigue mirando por la ventana. Parece que está en un antiguo poblado minero abandonado. Si lograra salir de allí, tal vez podría llegar hasta uno de los automóviles y conducir hasta algún poblado para pedir ayuda. No hay más opciones disponibles. Sin agua ni comida, aventurarse en el desierto sería un suicidio. Además, la oscuridad y las alimañas la siguen aterrando. Hacerse con uno de los coches es, de largo, la mejor opción. De nuevo entra Tim, trae un plato de alubias recalentadas y una rebanada de pan duro, la misma comida del día anterior.

—Su comida, milady.

—Cuando te encierren en la penitenciaría del estado; espero que allí también conserves la

sonrisa.

—¿No tienes apetito?

—De lo único que tengo ganas es de que recibáis vuestro merecido y os cuelguen.

—¿Sabes? Llevo muchos días sin catar los pechos de una mujer y, aunque seas todavía una niña, empiezo a mirarte con otros ojos.

Tim arroja el plato de alubias al suelo con rabia, el estruendo del impacto resuena en el cuarto y la comida se desparrama por el suelo.

Se acerca a la muchacha y con fuerza la sujeta por la mandíbula. El aliento del chico huele a cerveza. Laura trata de liberarse, coloca sus manos en el pecho del muchacho y lo empuja con todas sus fuerzas, pero sus esfuerzos resultan inútiles y no logra zafarse. Alguien sujeta por la espalda a Tim y lo separa con violencia de ella.

—¡Te he dicho que dejes a la chica en paz!—Laura reconoce la voz del hombre de la cicatriz. Es Jesse.

—¿Qué importa? Sabes tan bien como yo que al final tendremos que matarla.

Jesse se mantiene firme en su postura.

—Aquí las órdenes las doy yo. Ya te he dicho que podríamos ne-cesarla y te recuerdo que en Texas también existe la pena de muerte.

¿Quieres terminar colgado por una niñata? Además, James quiere que la conservemos. Te recuerdo que él no será tan comprensivo como yo.—Cuando yo mande, os vais a enterar.

Tim se larga de allí algo sofocado. Con gusto violaría a la chica, ya lo ha hecho otras veces en *New York*. Pasaría su lengua por sus pechos aún sin formar y después la rajaría, así de simple. De todas formas, siempre se ha salido con la suya. Nunca le ha pasado nada porque está su tío James para pagar la fianza, repartir dólares y tapar bocas.

¿Qué más da si una de esas putitas con ínfulas de princesa sale mal parada? A nadie le importa y él quiere a Laura para divertirse, se lo merece. No ha ido a ese condenado lugar a ser el guardián de nadie.

La quiere morder, anhela herirla. Pero Jesse manda, al menos por ahora. Tiene la absurda idea de que, cuando su tío muera, lo heredará todo y entonces Jesse lo tratará con respeto y si no, matarile. Sabe que no la puede pifiar. Ya lo ha hecho demasiadas veces. Siempre lo acaba estropeando todo, no se puede controlar. Las violaría a todas, esas pequeñas putas se lo piden una y otra vez, sus voces resuenan en su cabeza como un eco que no cesa.

Se sienta en la mesa y agarra la baraja. Necesita dejar de pensar en Laura. Los hombres lo miran y se ríen, todos conocen a la bestia que lleva dentro y ese odio sin freno que tiene por todas las chicas.

Todavía no saben qué hace ese animal allí. Si hay alguien que lo puede estropear todo, ese es «Pretty Boy». El muchacho solo era el cebo, una cara bonita que atrae a las chicas. Jesse sabe que esa parte del trabajo está hecha, ahora es prescindible, aunque todo a su debido tiempo.

Con gusto le metería una bala en la cabeza y abandonaría el cadáver en el desierto, pero es el sobrino de James, su jefe le tiene preparado otro final más acorde al monstruo que habita en el interior del muchacho. Tim es un bastardo al que James jamás ha soportado, y a quien ofrece trabajos esporádicos para contentar a su mujer, pero qué diablos, ni siquiera lleva su sangre.

Laura recoge las alubias del suelo y las coloca en un viejo papel de periódico. Necesita comer para tener fuerzas y poder escapar de allí, y eso con el estómago vacío es imposible. Observa a Tim por el rabillo del ojo mientras abandona la habitación. Sabe que esos hombres son peligrosos y no debe bajar la guardia. Ignora de lo que son capaces, pero se lo imagina. Mientras come piensa en lo preocupada que debe estar su abuela. Supone que a esas alturas la estarán

buscando y que ella es capaz de movilizar a la Guardia Nacional para encontrarla, pero también sabe que, dado lo vasto del territorio, es como buscar una aguja en un pajar. Debe encontrar una forma de salir de allí por sus propios medios, antes de que a Tim se le crucen los cables y pierda el control por completo.

Llega la noche y escucha a los hombres discutir. Están borrachos, y dentro de un par de horas no podrán ni levantarse. Agarra un pequeño trozo de metal oxidado. Uno de los tablones no para de moverse a causa del viento, que lo hace temblar como un potrillo recién nacido. Lo coloca a modo de palanca y tira con fuerza. El tablón cruje como los huesos de un anciano, gran parte se ha deshecho en pequeñas virutas a causa de la carcoma. A pesar de eso, apenas puede colar su cabeza. Lo vuelve a intentar, el tablón se dobla dejando una buena abertura por la que al fin cabe todo su cuerpo. Cuando cesan las voces de los hombres, huye de su prisión. El frío la sorprende y se mete en su cuerpo, violentándola. Mira a su alrededor y ni rastro de los coches.

Busca por todos lados, pero no halla ninguno. ¿Qué puede hacer? Si sigue allí la asesinarán, pero si se marcha, será el desierto el que la vaya matando, poco a poco y sin piedad. Tal vez de sed, por un golpe de calor o quizás lo haga de forma agónica tras la picadura de una cascabel. Su cuerpo será devorado por alimañas hasta dejar sus huesos pelados, pero, aun así, prefiere eso que caer en las manos de Tim.

—¡Tiene que haber algún coche por aquí! —se repite una y otra vez. Finalmente, tras unos minutos angustiosos, suspira aliviada al descubrir un *Ford A*. Por suerte, David O'Hará, un chico de Wichita Falls, le enseñó a conducir hace dos veranos, antes de que ella le estampara una bofetada cuando intentó meterle mano. Lo abre, le da al contacto y el motor tose como un perro cansado. El coche comienza a avanzar hacia la oscuridad del desierto y lo engulle hasta que desaparece.

La búsqueda

Mike «Pistolero» Smaikel y Pete Doherty son dos rangers recién jubilados, dos hombres curtidos por el sol y la pólvora cuyos rostros están marcados por las arrugas que el paso del tiempo esculpió en sus almas de aventureros. Son dos tipos de aspecto rocoso, de sombrero de ala ancha y enormes hebillas en sus cinturones, que vivieron el final de los viejos tiempos y conservan en su memoria las formas de antaño. Dominan el territorio como la palma de sus manos y no hay tugurio, madriguera o escondite que no conozcan a doscientas millas a la redonda. Si hay alguien allí que pueda encontrar a Laura son ellos.

Mike es un tipo fornido y algo pasado de kilos. Tiene un andar pesado y firme, pero cabalga mejor que nadie. De su cintura cuelgan dos *Colts Frontier* con las cachas de nácar. Jack le enseñó a disparar cuando no era más que un *ranger* novato, con acné juvenil recién salido del cascarón. Se ganó cierta reputación cuando abatió a B.F. Grass, un conocido atracador de bancos. Le metió cuatro balazos en el pecho cuando huía con el botín.

Meses atrás, su nombre fue la primera opción para abatir a Bonnie Parker y Clyde Barrows, antes de que Frank Hamer los emboscara y acribillara en aquel camino secundario de Luisiana, en el 34.

Pete es un hombre tranquilo, el típico *ranger* que te gustaría tener a tu lado si te ves expuesto a un tiroteo. Aunque hay quien dice que no es tranquilo, que en realidad es frío como la muerte. Jamás le ha temblado el pulso a la hora de disparar, y eso le ha reportado más de un problema, ya que primero dispara y luego pregunta. Él dice que eso lo ha mantenido con vida. Es alto, delgado y posee una nutrida barba blanca algo descuidada. Viste con sencillez y siempre lleva un pañuelo azul al cuello y un chaleco de cuero marrón que le da una apariencia de tipo duro. Ambos han dejado atrás una vida de servicio y sacrificio, pero todavía conservan intactas sus aptitudes. Saben que el desierto es peligroso, Jack se lo enseñó. El desierto no es un lugar apacible, hay que saber leer sus señales y ellos las saben leer. Cuando Rosalía les pidió ayuda para buscar a su sobrina, aceptaron sin pensárselo dos veces. Tal vez no lo hubiesen hecho si llegan a saber que la señora O'Keefe estaría en aquella excursión.

Eran cerca de las siete de la mañana cuando los *cowboys* vieron llegar a las dos mujeres. Mike escupe al suelo cuando ve a la señora O'Keefe. No le gusta aquella mujer, porque destrozó el corazón de su amigo. Tampoco es santo de devoción para Pete. Ambos se miran buscando las razones por las que ella debe estar allí. Han preparado monturas y provisiones para adentrarse en el desierto durante un par de semanas. No quieren escuchar su voz estridente quejarse a cada paso.

—Rosalía. —Saluda Pete mientras se lleva su mano derecha al sombrero y tuerce su gesto al ver a la señora O'Keefe.

—Hola muchachos, tengo nuevas y malas noticias. Jack ha desaparecido. Ensilló a Molly y se largó. Petra tampoco aparece por ningún sitio.

—Si va con esa vieja mula y con la perra estará bien. Seguro que ellas saben volver a casa, son

dos animales muy listos. —La tranquiliza Mike con tono calmado.

—También se llevó sus armas—añade Rosalía.

—Eso es más preocupante. Crucemos los dedos para que no llegue a utilizarlas. —Mike responde con un tono serio.

—Debió escucharme cuando Rosalía y yo hablábamos sobre mi nieta Laura—interrumpe la señora O’Keefe.

—Usted, como siempre, tan oportuna. No le bastó con arruinarle su juventud que ahora...

—¡Basta! Sé que no les gusto, pero estamos aquí para buscar a mi nieta y a Jack. Cualquier otra cosa puede esperar.

Los antiguos *rangers* asienten a regañadientes. Suben en sus monturas y se alejan del pueblo hacia el desierto en busca de la nieta de Laura y del último caballero del Santo Grial.

Siguen el lecho seco de un pequeño río retorcido que los comanches llamaban Te-y-os. Durante las estaciones de calor pierde todo su caudal, pero cuando llegan las lluvias torrenciales se vuelve peligroso, con corrientes y rápidos capaces de arrastrar un carromato. En las orillas hay una sucesión de sauces llorones secos que han perdido todo su follaje. Los lugareños dicen que esos árboles los ha plantado el mismo Lucifer por la cantidad de hombres que fueron colgados en sus ramas y, si no conoces la zona, existen peligrosas arenas movedizas capaces de tragarse a un hombre. Pronto el pequeño grupo deja atrás Henrietta. Pierde de vista los caminos y las sendas más transitadas. Laura ama aquel paisaje pues la lleva a su niñez, a cuando vivían sus padres y sus hermanos.

A lo lejos observa las cabezas de ganado desperdigadas. El horizonte azul se pega a la tierra ocre y parece no tener un fin claro, el cielo es surcado por aves en un vuelo dócil y majestuoso. Un súbito temblor se apodera de sus manos cuando el grupo llega a un paraje.

Allí estaba la granja de sus padres. Ya no queda nada, solo su recuerdo. Está en su memoria, en ella siguen viviendo sus padres y sus hermanos. Laura nunca ha dejado de recordarlos, piensa que de esa manera son eternos. Tiene que apartar la vista cuando pasa por el árbol donde aparecieron su padre y su hermano Henry colgados.

Lo recuerda demasiado bien: su cabeza inclinada hacia un lado, las manos atadas a la espalda y un gesto tranquilo. Rosalía se da cuenta y apoya su mano sobre las de Laura que descansan sobre el fuste de su silla de montar. Una lágrima recorre su mejilla al recordar cómo tuvo que cortar la sogas de sus cuellos y cómo cavó la tumba para ambos.

—Es duro pasar por aquí—dice casi para sí misma.

—Lo sé—contesta Rosalía— Jack me lo contó. Él creía que nunca lo habías perdonado por eso.

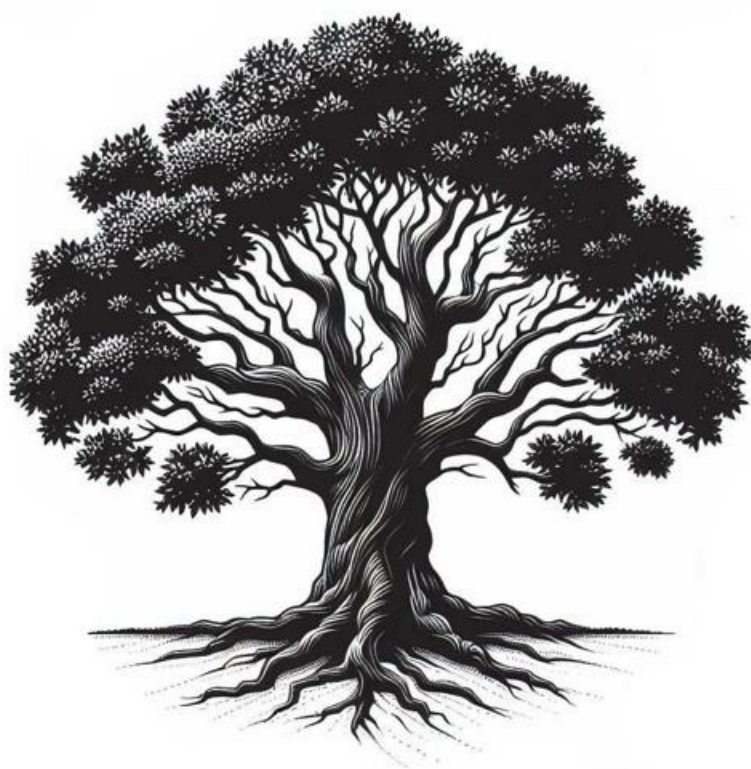
—Fue mi madre la que no le perdonó. Imagina cómo fue que me obligó a casarme con otro hombre.

—Siempre creí...

—Ya, siempre has pensado que la bruja de Laura O’Keefe destrozó el corazón de Jack.

Rosalía asiente.





Tim abre sus resacosos ojos, trata de enfocar su vista, pero todo lo que ve son manchas y formas caprichosas de objetos que no logra reconocer. Ha sido una noche intensa y larga. La cabeza está a punto de estallarle, como si alguien le estuviese golpeando con un martillo una y otra vez. Necesita otra copa y un cigarrillo para empezar a funcionar de nuevo. Los muchachos se liaron jugando al póquer, terminaron todo el *whisky* que les quedaba y acabaron pegándose por una escalera de color sin saber quién había ganado la partida. Todos duermen la mona. Tim mira con desdén a Jesse, que descansa su cabeza sobre la mesa, sentado en una incómoda silla mientras duerme.

—Se cree muy duro—masculla —pero no es más que otro perro.

Cuando James muera yo seré el jefe y entonces un día se despertará dentro de un pijama de cemento. Siempre está defendiendo a Laura y esa puta es mía.

Sabe que ese es el momento adecuado para hacer daño a la chica, la clase de daño que le encanta causar a las «putas» que se cruzan en su camino. Su senda es tortuosa y torcida de principio a fin. No hay nadie que pueda pararlo y, aunque ella intente gritar, nadie se despertará para socorrerla. Tapará su boquita de zorra consentida con el filo de un cuchillo. La propia idea lo excita. Ya no puede parar, nota cómo su corazón bombea sangre a un ritmo infernal. Agarra un cuchillo y fantasea con pasárselo por todo su cuerpo, rajar su cara y sus pechos de niña y así saciar su apetito voraz y primitivo.

Comprueba el filo, no está demasiado afilado, pero le da igual.

Avanza hasta la puerta donde tienen encerrada a la muchacha mientras toca su miembro. Está duro y pocas veces se le pone así. Abre la puerta y echa un vistazo mientras comienza a

masturbarse.

—¿Dónde estás putita? Tengo algo aquí para ti, te vas a arrepentir de haberme humillado delante de los chicos.

Solo escucha los ronquidos de Spinelli atronando la estancia. No hay rastro de la chica y piensa que se esconde, algo que todavía lo excita más.

—Solo estás retrasando lo inevitable. ¿Te crees que va a venir tu abuelita a salvarte? ¿Eres la puta Caperucita? Caperucita la cachonda, así te voy a llamar.

Mueve unas cajas en busca de la chica. Destapa unos cachivaches oxidados que yacen cubiertos por una lona. Nada, Laura no aparece por ningún sitio y entonces se fija en las tablas rotas. Hasta un tipo como él sabe que la muchacha ha escapado. Vuelve con prisa hasta donde está Jesse, que duerme profundamente, ajeno al caos que se está produciendo y comienza a zandearlo.

—¡Jesse despierta! ¡La puta se ha escapado! —grita.

Jesse abre un ojo muy despacio mientras frunce el ceño.

—Como sea uno de tus juegos... te meteré la *Thompson* por el culo, te lo juro—le advierte con voz ronca y resacosa.

—¡Te digo que se ha esfumado!

Jesse apoya un codo sobre la mesa. Bosteza y se restriega los ojos tratando de espabilarse. Necesita pensar, pero no logra concentrarse ni aclarar sus ideas. Ni siquiera se acuerda de lo que ocurrió la noche pasada.

Se levanta de la silla todavía confundido. Mira a Spinelli y a Callum, que se han despertado a causa de los gritos de Tim. Al contrario que Pawnee, que duerme la borrachera como si el asunto no fuera con él. Acto seguido Jesse va hacia la estancia donde retienen a Laura.

No confía en lo que dice Tim y quiere ver por sí mismo que la chica se ha escapado. A veces la mente del muchacho le juega malas pasadas y se inventa cosas. Ve las tablas rotas y echa un vistazo por la minúscula ventana; hay huellas de neumáticos en medio de la calle.

—Y además nos ha robado uno de los coches —sentencia.

Va corriendo hacia donde está estacionado el otro coche, y comprueba que tiene los neumáticos rajados. «Chica lista» piensa Jesse.

Spinelli y Callum se reúnen con él.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Si James se entera nos despellejará vivos —dice Callum mientras se encoge de hombros.

—Despertad a Pawnee, es hora que ese indio malnacido se gane el sueldo.

«Semanas atrás, Jesse se encontraba en las bulliciosas calles de *New York* haciendo de escolta para James «Rompepiernas» Bannon y su nueva «amigueta», una rubia despampanante llamada Susie con muy pocas luces en su cabeza. Bannon era un jefe del hampa local que tra-picheaba con las drogas y la prostitución. Se ganó cierta popularidad arrebatando algunos barrios a los italianos y al final, se alió con estos como socio preferente, subiendo en el escalafón como la espuma. El dinero refinó a Bannon, pero su apelativo durante mucho tiempo se lo ganó a pulso. Sus métodos eran expeditivos y llamaban la atención de los grandes jefes. Bannon era un fantasma, nadie sabía de donde salió, con ese acento de algún estado del sur y esas formas tan violentas que hacían que sus enemigos se mearan de miedo en su presencia, ni tan siquiera aquel era su verdadero nombre, Bannon era una mentira, pero una mentira con mucho poder y dinero.

La pareja, vestida con sus mejores galas, se pavoneaba por *Broadway*. El distrito teatral de *New York* era una amalgama de luces brillantes, llamativos carteles anunciando los grandes éxitos teatrales y una marabunta de gente yendo y viniendo por todas partes. Aquello era el epicentro del glamur y la cultura. Las fachadas de los grandes teatros se erigían majestuosas, capturando la

atención de los espectadores.

Mientras caminaban en dirección a uno de esos espectáculos, James vio un cartel en el que se anunciaba una charla sobre el Lejano Oeste. A pesar de las airadas protestas de la rubia, entró a un pequeño auditorio donde daban la conferencia, acompañado de Jesse y de otro de sus matones, un hombre corpulento de mandíbula cuadrada y cara de pocos amigos. Los cuatro se mezclaron entre el público y tomaron asiento. James escuchó con atención al conferenciante.

Era un individuo de unos cincuenta años de cabello canoso, gafas de ratón de biblioteca y una sonora voz que resonaba por toda la sala del auditorio. Vestía traje gris y se expresaba con la seguridad de alguien que sabe de lo que habla. Disertaba sobre los famosos pistoleros que vagaron por el oeste más salvaje como Billy «El niño», Wild Bill Hickok o Doc Holiday e intercalaba anécdotas y narraba los famosos tiroteos en los que participaron. La conferencia se desarrollaba sin sobresaltos hasta que una voz sonó al fondo del auditorio.

—¿Y qué me dice de Jack Holland? —preguntó James con su tono tensionado, como si al decir aquel nombre sus entrañas se revolvieran contra él.

—¿Jack Holland? Vaya, hacía tiempo que no oía ese nombre. No cabe duda que fue un gran pistolero, acabó con la famosa banda Mulligan. Según los registros que manejo, todavía vive. Fue un *ranger* muy famoso en su época —contestó mientras los potentes focos no le dejaban ver al hombre que lo interpeló.

Los puños de James se cerraron con fuerza a causa de la ira. Había algo en aquellas palabras que despertó una furia en su interior, un recuerdo que llevaba dormido muchas décadas de su vida. Cuando la charla llegó a su fin, James se acercó al conferenciante acompañado de sus dos matones, Jesse y el corpulento guardaespaldas.

—¿Qué desean? —les preguntó temeroso el hombre cuando los vio llegar a su encuentro.

—Escucha, mamarracho, no vuelvas a decir que Jack Holland acabó con la banda Mulligan porque no es verdad—le dijo en un tono cargado de orgullo.

El hombre bajó sus gafas hasta la punta de su nariz y observó a James con detenimiento.

—Y eso, ¿cómo lo sabe usted? —preguntó en una mezcla de desafío y curiosidad.

James lo miró con arrogancia de la punta de su cabeza hasta los pies. Pensó para sus adentros que aquel hombrecito no era nadie, que hablaba de los viejos tiempos del oeste; seguro que no había estado allí jamás, tragando polvo y respirando el olor a mierda de ganado.

Sus estudios desde el cómodo escritorio de alguna universidad idealizaron toda la leyenda del oeste, tal vez por no sentir el silbido de las balas rozar su cabeza o no tener el aliento pútrido en la cara de hombres de gatillo fácil dándole órdenes sin cesar.

—Porque yo estuve allí cuando sucedió—respondió en un tono amenazante.

—¿Usted? No debía ser más que un chiquillo cuando Jack Holland acabó con los Mulligan.

James bajó su cabeza y la movió en señal de desaprobación.

—Veo que usted no lo entiende. Muchachos—les habló a sus guardaespaldas—hagan que este tipejo no vuelva a contar mentiras.

Jesse y el guardaespaldas corpulento se echaron sobre el hombre y comenzaron a golpearlo hasta dejarlo tirado en el suelo, con las gafas incrustadas en su cara y los cristales rotos.

Cuando salieron del teatro, les esperaba Susie tiritando de frío y protestando airadamente. El corazón de James latía como si en su pecho hubiera una estampida de caballos salvajes mientras caminaba envuelto por las luces de la ciudad. Era hora de reclamar lo que le correspondía por derecho y enfrentarse a su pasado. Mientras la gente pasaba a su alrededor, James trazaba un plan en su cabeza. La esperanza de recuperar lo que en su momento le habían quitado lo superó hasta dañarlo. No lo hacía por dinero, eso lo tenía a mares. Lo hacía por el chiquillo que alguna

vez fue. Una mezcla de nostalgia y rabia se apoderó de su ser. Era hora de desenterrar los antiguos fantasmas del pasado que lo acechaban en sus pesadillas nocturnas. Después de todo, él era un Mulligan.

James contrató a un detective de *Dallas* para que averiguara todo lo referente a Jack Holland. Fue un trabajo fácil para el sabueso, ya que no tuvo que ni que desplazarse a Henrietta. Consultó un par de registros y dio con la pista, los mil dólares más fáciles que ganó en toda su vida. El detective envió aquella información: la dirección de Jack y que tenía una nieta llamada Laura, que vivía en *Wichita Falls*, entre otras cosas. Todo comenzaba a tomar forma.

James envió una serie de cartas a Jack Holland, cada una más amenazante que la anterior, pero nunca recibió una contestación. Así que decidió quitarle algo que a Jack le hiciese daño: le quitaría a su nieta y solo se la devolvería cuando él recuperara lo que por justicia le correspondía. Pocos días después, ordenó a Jesse que reuniera a unos cuantos chicos y que preparara la operación para secuestrar a Laura Holland.

De paso, que se llevara a *Pretty Boy*, ya le ha metido en demasiados líos con la pasma. Si podía ser que no regresara jamás. «Si podía ser» significaba «métele una bala en la cabeza y entiérralo donde nadie lo encuentre».

Sacamuelas Molly

Han pasado más de seis horas desde que Jack se ha subido a lomos de Molly y se nota cansado. Le echa un vistazo a Petra, y observa que está con la lengua de fuera y jadea. Pronto aparecerá ante sus ojos el viejo refugio, una caseta de madera mal construida, con una pequeña cocina y una estufa para mitigar el frío nocturno del desierto. Está situada en una pequeña llanura atravesada por una vieja senda para el ganado. El lugar es conocido por los mexicanos por «La Llanura de San Cristóbal» y por los cowboys como «Wild Coyote». Jack ha pasado muchas noches allí. Ahora se detendrá a echar una cabezada, comer algo y dejar que los animales descansen. Sube una pequeña loma que hay antes de llegar al refugio, se baja de la grupa de Molly y se queda absorto. Donde estaba el refugio se yergue como una mole salida de la nada una construcción con un gran cartel que dice: «Wild Coyote, Café y desayunos». Y donde antes había una senda para el ganado, ahora hay una carretera asfaltada. Cuando se dispone a cruzar la carretera, un coche a toda velocidad pasa muy cerca y su conductor toca la bocina.

—¡Ten cuidado, viejo! —grita a través de la ventanilla.

Por un momento, las manos de Jack tiemblan mientras una nube de polvo se levanta a su alrededor. Petra lo mira con ojos cansados.

Hay algunos autos aparcados justo delante de la puerta del local. Huele a café recién hecho. Deja a Molly en la puerta sin atar y habla con Petra mientras se decide a entrar a la cafetería.

—Petra, espera aquí con Rin. Si ocurre alguna cosa pégame un ladrido.

Cuando entra, la puerta emite un tintineo. Los pocos clientes se giran y miran al viejo. Parece un fantasma salido del siglo pasado con su capa de polvo incrustada hasta en el alma. Un grupo de hombres jóvenes comienzan a reír. Jack avanza hasta la barra mientras se quita el sombrero.

—¡Mirad, ese «viejo» parece recién salido de una película de Tom Mix, vaya pinta! —exclama uno de los jóvenes.

—¿No lo conoces, Merle? Es Jack Holland.

—¿Jack Holland, el *ranger*? Ahora es una mentira, solo hay que mirar el aspecto que tiene. ¿No lo veis? Solo es un pobre loco que se piensa que es Billy el Niño. «Demente Jack» lo llamamos en mi casa.

—¿Viejo? Si debemos tener la misma edad —le dice el vaquero mientras apoya sus brazos en la barra y gira su cabeza para mirar a los jóvenes de reojo—. Café solo —le pide a la camarera.

Los chicos se miran unos a otros y se vuelven a reír. La camarera va a su encuentro con cuatro cervezas. Las apoya en la mesa, mientras uno de los muchachos mete su mano por debajo de la falda de la mujer para apretar con fuerza sus nalgas.

—¡Merle, te he dicho mil veces que no hagas eso!

—No decías lo mismo el otro día cuando...

—No ha oído a la muchacha, es mejor que guarde sus manos en los bolsillos —le dice Jack.

Merle se levanta despacio y se dirige desafiante hacia Jack. Es el bravucón del pueblo, el típico muchacho que consigue todo a base de amenazas y puñetazos. Merle no entiende lo que es un no

por respuesta. Está acostumbrado a tomar lo que quiere, siempre metido en líos, casi siempre en la cuerda floja. Es un muchacho fuerte, acostumbrado a terminar las peleas por la vía rápida. No va a permitir que un viejo le diga lo que tiene que hacer y menos delante de sus amigos. Nadie le ha enseñado lo que significa la palabra respeto. A él solo le interesa tener sus dólares en el bolsillo y beber cerveza hasta que amanezca.

—¡A ti qué te importa, viejo!

—Vamos, Merle... ¡Déjalo en paz! —le dice Penny, la camarera.

Los demás chicos siguen a Merle. Son sus secuaces, sus chicos de los recados. Ellos harán lo que Merle haga. Son demasiado débiles para enfrentarse a sus decisiones. Todos en algún momento de su vida han probado los puños del matón y ninguno quiere volver a casa con la cara partida, así que le ríen las gracias.

Merle agarra por la camisa a Jack.

—¿Qué pasa viejo, quieres problemas?

Jack aparta su chaleco y enseña su placa en forma de estrella.

—Estás a punto de cometer un error, muchacho. Puedes llamarme *ranger*.

Merle se ríe. De todas formas, nunca ha sentido demasiado apego por la autoridad. Ha terminado demasiadas veces en el asiento de atrás del coche patrulla esposado y pasando la noche del sábado en el calabozo.

—Tal vez fuiste la ley hace mucho tiempo, viejo, pero ahora eres un don nadie.

Merle golpea en el estómago a Jack, que se dobla como un roble recién talado, mientras Petra comienza ladrar desde la puerta. El muchacho sonríe con satisfacción al contemplar al viejo toser a causa del puñetazo, mientras intenta recuperar el aliento.

—Ahora puedes irte con viento fresco, abuelo. No olvides llevarte ese ridículo sombrero contigo

—le dice mientras lo empuja hacia la puerta.

Merle y sus amigos se vuelven a sentar en la mesa, se ríen de su gran hazaña mientras la camarera los mira con desaprobación. Jack vuelve a incorporarse aferrándose a la barra, agarra su sombrero despacio y se lo ciñe en su cabeza. Desenfunda su revólver y comienza a disparar sobre las botellas de cerveza de los chicos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco disparos, a la velocidad del trueno. El líquido ámbar lo moja todo mientras los cristales de las botellas y las astillas de la mesa se precipitan sobre el suelo. Jack comienza a bailar en la mano su revólver, y lo enfunda con rapidez.

—¿Habéis visto eso? —pregunta uno de los muchachos mientras le tiemblan las rodillas.

Todos los ojos se clavan en Merle. Sus amigos y la camarera temen su reacción. Se levanta despacio mientras la cerveza derramada todavía se desliza por todo su pantalón. Apoya sus puños en la mesa, clavándose algunos de los minúsculos cristales de las botellas de cerveza.

—¡Ahora sí que me has enfadado!

—¡Merle, no lo hagas!!

El vaquero vuelve a desenfundar su revólver y comienza de nuevo a bailarlo, dándole un sinfín de vueltas sobre su mano: primero hacia delante, después hacia atrás. Lo vuelve a enfundar para, acto seguido, volverlo a desenfundar ante la mirada de todos. Es un viejo ejercicio de arrogancia y desprecio de antaño que los muchachos no logran entender. Parece un viejo espectáculo del «Salvaje Oeste», pero el público no aplaude ni se divierte. Alguno se palpa el cuerpo intentando saber si está herido. Merle sonríe y camina hacia Jack mientras se estalla los nudillos de las manos. Una sonrisa malvada se instala en su cara. Merle es el rey del pueblo y nadie va a retarlo de esa manera; nadie le arrebatará su trono. Jack no se mueve, ajeno a lo que le espera.

La tensión se corta en el ambiente y nadie dice ni una palabra.

—Eso está muy bien abuelo—le dice Merle—, pero si no me equivoco, has disparado cinco veces y eso es un *Colt*. Seguro que eres de los que ponen cinco cartuchos con una recámara vacía sobre el percutor para que no se te dispare el arma mientras cabalgas. No te quedan balas, viejo. Es tan violento el puñetazo que recibe Jack en la cara que su cuerpo vuela hasta la puerta. El vaquero, que por fortuna pierde el conocimiento, no ve la mole de doscientas cuarenta y dos libras avanzando como un toro bravo hacia él. Petra, en un acto instintivo, logra abrir la puerta del local apoyando sus patas en el picaporte. Siempre fue una perra lista. Comienza a ladrar y a gruñir a Merle, intentando proteger a su amo, pero no consigue más que recibir una patada que la hace escapar con el rabo entre las piernas. Merle agarra a Jack y lo arrastra por el suelo hasta la puerta. Justo cuando el matón atraviesa el umbral, como salida de la nada, recibe una potentísima patada en forma de coz por parte de Molly en toda su mandíbula izquierda. Sus amigos y la camarera ven saltar los dientes acompañados de un chorro de sangre y escuchan el relincho de Molly una y otra vez, como si la condenada mula se burlara de ellos. Merle queda inmóvil, tirado en el suelo K.O. como si el «Bombardero de Detroit» hubiese pasado por encima de él con un derechazo. Jack abre los ojos, de su labio inferior sale algo de sangre. Se levanta y observa a Merle.

—Rin, viejo amigo, has vuelto a salvarme. —Acaricia a la mula en su crin, se monta en la grupa de Molly y se larga de allí.



Unas horas más tarde, el grupo de Laura O’Keefe se detiene en el «Wild Coyote». Dejan los caballos atados junto a un abrevadero y entran al local. Son los únicos clientes. Penny limpia la barra mientras espera a que la cafetera termine porque necesita tomarse un café para tranquilizarse. Ha sido un día muy largo, repleto de sobresaltos que prefiere olvidar. Mira de soslayo a los nuevos clientes.

—¿Cómo te va, Penny? —le pregunta Pete en forma de saludo.

—He tenido días mejores.

—¿Nos servirías una taza de café? Llevamos un buen rato cabalgando y nos duele todo el cuerpo.

—Claro...

—¿No habrás visto a Jack Holland por aquí? —pregunta Mike mientras se acomoda en la barra.

—¿Si lo he visto? Casi hay una desgracia por culpa de ese viejo.

—¿Qué ha hecho? —pregunta angustiada Rosalía.

—¡¡Sacó el revólver y disparó sobre las bebidas de una mesa!!

—¿Hirió a alguien? —pregunta Pete.

—No, pero ya conocéis a Merle.

—¿Merle?

—Sí, el chico de los Collins.

—Lo conozco—comenta Mike—. Tiene el diablo en el cuerpo.

—Pues la mala bestia que acompaña a Jack, esa maldita mula, le metió una buena coz a Merle en la mandíbula que le saltó varios dientes. Tuvo que venir la ambulancia a por él. No digo nada del viejo; ojalá hubiese más hombres como Jack Holland. Todo pasó por intentar defenderme— Penny coloca cuatro tazas sobre la barra y las llena de café humeante.

—¿Últimamente no habrá visto gente extraña por aquí? —le pregunta Laura.

—No sé a qué llama usted extraña. Por aquí pasa mucha gente. Desde que pavimentaron el viejo camino, el tránsito es continuo.

—Me refiero a gente que no sea del pueblo, gente del este que le resulte llamativa.

—Hay un grupo numeroso haciendo una película cerca de aquí. Vienen de vez en cuando a beber cerveza, pero nada más. Dejan buenas propinas.

—¿Nada más? Piénsalo bien Penny, es importante. —La vuelve a interrogar Pete.

—Hace semanas pasaron otros hombres del este, y pararon a tomar una cerveza. Me fije en su auto cargado de provisiones. Me pareció que eran cazadores.

El grupo saborea el café mientras se miran. Cuando salen del local Pete le susurra algo al oído a Mike.

—¡Vamos a tener problemas!

—Lo sé, ya sabemos cómo se las gastan los Collins.

—¿Qué pasa, Pete? —le pregunta Rosalía.

—Los Collins, la familia de Merle, es la que controla el *Ku Klux Klan* en la zona. Lo único que nos faltaba era a esos fanáticos buscando a Jack también.

—Esos no harán nada contra Jack, te lo aseguro—afirma Rosalía. En el pasado ya les dio su merecido.

El grupo se monta en sus caballos y se aleja.





El altercado en el «Wild Coyote» sume a Jack en un estado de nervios difícil de controlar. Su corazón late desbocado y su mente es una cascada de pensamientos sin aparente relación. Comienza a hablar para sí mismo, murmurando palabras sobre temas inconexos que solo él entiende en su particular universo repleto de caos y oscuridad; como si estuviese atrapado en un laberinto de recuerdos y emociones sin ningún sentido. Reminiscencias del pasado se mezclan con el presente. Su mente se enreda como un ovillo de lana que el destino y la suerte manejan a su antojo.

Cabalga un par de millas ante la atenta mirada de Petra. De pronto, las orejas de la perra se yerguen. Olisquea el ambiente y percibe que algo les está aguardando. Tras atravesar una loma, se topan con una gran llanura abarrotada de comanches en sus caballos, adornados con plumas y pinturas de guerra. Parece que el Salvaje Oeste hubiese resurgido de la nada, y con él, Jack Holland. Los comanches lanzan un grito de guerra y comienzan a perseguir a un par de vaqueros que huyen despavoridos a lomos de sus monturas mientras disparan a sus perseguidores. Jack hunde las espuelas en Molly y la mula corre hacia los comanches, mientras Holland saca su revólver y comienza a disparar para defender a los dos hombres. Al notar un proyectil sobre su cabeza, uno de los comanches se aparta del grupo. Jack, sin balas en el revólver, trata de alcanzar a la partida comanche. Cuando lo logra, varios de ellos comienzan a mirarlo extrañados.

—¿Qué diablos está haciendo usted aquí! —le grita un comanche en un perfecto inglés de Montana.

El comanche que se apartó de la persecución va hasta un coche cercano, equipado con una gran cámara en el asiento trasero. El camarógrafo maneja una gran manivela con destreza, intentando capturar la escena. Mientras tanto, uno de los hombres de los asientos delanteros del auto mira a

través de unos anteojos oscuros el devenir de la secuencia, sin dejar de repetir con una gran sonrisa enigmática en el rostro:

—¿Quién diablos es ese tipo?

El falso comanche, con una visible cara de enfado, comienza a hablarle de malos modos al hombre de los anteojos oscuros.

—¡John, ese extra está utilizando munición real! ¡Para esto ahora mismo o tendré que ponerlo en conocimiento del sindicato! Esto no es lo que se acordó.

—¡¿Pararlo!?! No cuentes con eso, sigue grabando— se dirige al operador de cámara— esta secuencia no tiene precio.

—Aún no se han constituido en sindicato y ya están dando por saco—dice el cámara.

Jack ve a los dos vaqueros refugiarse detrás de unas rocas, así que azuza a Molly de nuevo y la mula pasa como una exhalación atravesando el grupo de los comanches. Cuando está cerca de los vaqueros, desmonta de un salto, agarra el rifle y se parapeta con ellos. Está a punto de disparar sobre los indios cuando una mano firme se posa en el rifle.

—¡Espera amigo! ¡Esto es una película con actores, no un ataque comanche!

—Los comanches son astutos y pueden pasar por actores—contesta Jack, cauteloso.

—Duke, ¿quién es este tipo? —le pregunta el otro vaquero.

Duke se encoge de hombros. El coche con la cámara derrapa justo detrás de los tres vaqueros, y John, el director, baja del vehículo y camina hacia Jack con la mano extendida.

—¡Querido amigo, no sé quién diablos es usted, pero no he visto una cabalgada así en todos mis años de director! ¿Cómo se llama?—pregunta mientras estrecha la mano de Jack.

—Soy Jack Holland.

—Sí, seguro, y yo el general Custer —bromea el actor caracterizado de vaquero que acompaña a Duke.

—Pero yo... Pensé... —balbucea Jack, sintiéndose confundido.

Aquellos hombres se dan cuenta de que algo le ocurre a Jack, así que se muestran comprensivos. John se acerca con paciencia y le explica que están rodando una película del Oeste. Le pide que guarde el rifle y ordena a unos hombres que lo lleven al set de rodaje.

Minutos más tarde, Jack se encuentra debajo de una lona en forma de gran tienda saboreando una copa de vino acompañado de Petra y viendo cómo Molly recibe un extra de forraje. Duke, con un brillo especial en su mirada, se acerca a Jack. Siente curiosidad por conocer quién es en realidad ese vaquero. Mientras le habla se quita el sombrero en señal de respeto.

—Jack. ¿Podría hablar con usted un momento? —le pregunta con cierto nerviosismo.

—Claro, hijo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verá, mi gran pasión es interpretar a hombres como usted, pero siento que algo me falta. Creo que no doy con lo que quiero transmitir al público, lo que es un verdadero hombre de la frontera. En cambio, cuando lo vi a usted, esa forma de caminar balanceándose, hasta el modo en que habla... Actúa como un verdadero vaquero. No es una mentira como soy yo. Me gustaría aprender de usted para hacer de mis personajes algo mucho más creíble. ¿Podría darme algunos consejos?

Jack ve honestidad en las palabras de aquel delgado y alto muchacho. En el fondo, se siente halagado.

—Duke, la autenticidad es la clave. Cuando te vi cabalgar no lo hacías nada mal, pero pensé que eras el vaquero más limpio que vi en toda mi vida. Debes llenarte de polvo, que tu barba sea de varios días.

Tu atuendo tampoco ayuda...

Mientras Jack habla, Duke escucha con atención, no solo en lo que dice, sino cómo lo dice. Parece que mastique las palabras antes de soltarlas, y tiene un genuino acento texano que lo hace parecer un hombre duro y recio. En un momento en que Holland se levanta de la silla. El actor comprueba cómo se mueve, su forma de caminar dando pequeños pasos, la colocación de sus manos, cómo posa el pulgar encima de la culata del revólver o cómo ladea su sombrero sobre un lado de la cara, lo que produce una serie de claroscuros en su rostro que lo dota de un aspecto pétreo.

— ... nada, ningún verdadero vaquero se vestiría como lo haces tú, ponte unas buenas chaparreras antes de nada y sácate esa bandana; parece salida de un lupanar.

Una carcajada resuena en la carpa. Duke es un hombre afable que no se toma a mal las palabras de aquel viejo.

—¿De verdad es usted Jack Holland?

—¡Por supuesto, muchacho!

—¿El Jack Holland que acabó con los Mulligan?

—Los Mulligan... Laura...Debo irme, muchacho.

Duke ve cómo Jack vuelve a los lomos de Molly y se aleja del set de rodaje, perdiéndose en el horizonte.

—Esperemos que no se encuentre con los locos del peyote —se repite a si mismo.





«Desmemoriado Jack», la mente más olvidadiza del condado de Clay, sigue cabalgando hacia su destino, que no es otro que acabar con la banda Mulligan y rescatar a su amada Laura. El sol brilla con intensidad, parece que su cabeza es como un huevo frito sufriendo en una gran sartén. Está tan ensimismado tratando de controlar aquella sensación de calor, que no nota la extraña silueta que se acerca desde el horizonte más próximo, hasta que un grito llama su atención. Una mujer desnuda avanza hacia Jack riéndose y alzando sus manos al cielo. Al principio, el vaquero piensa que no es más que una demente, una loca que persigue a su propia locura. Sin embargo, al alzar la vista, ve que detrás de ella la sigue un numeroso séquito de hombres y mujeres vestidos con túnicas blancas ondeando al viento, tan inmaculados como fantasmas. Supone que la mujer está siendo perseguida por miembros del *Ku Klux Klan*, así que raudo y veloz va hacia el séquito con la intención de salvar a la damisela. A medida que se acerca, comprueba que las extrañas figuras con túnicas no portan armas ni lanzan amenazas, al contrario. En su lugar, alzan sus manos al cielo en señal de fervor religioso, correteando como dulces ninfas del desierto. La

primera mujer, la que va desnuda, se acerca a Jack portando un collar hecho de bellas flores silvestres.

—Hermano, te esperábamos. Ven con nosotros, adoraremos al Sol juntos para honrar a nuestra fuente de calor celestial.

El resto del grupo rodea a Jack. En un primer momento, el vaquero no se siente cómodo; su instinto de supervivencia le dice que no baje la guardia, pero comprueba que «Rin» y Petra están tranquilos.

Un hombre, el más mayor, se dirige a Jack.

—¡Saludos, hermano viajero! —dice el líder de aquella extraña congregación—. Ven con nosotros a nuestro campamento. Allí fumaremos y beberemos.

A Jack no le parece mala idea. De todas formas, el sol se ocultará pronto, y no estará mal estar cerca de un fuego y en buena compañía.

Caminan unos minutos antes de llegar a su campamento, en cuyo centro se halla una hoguera rodeada de unos cuantos cojines de colores. Cae el sol, y un tambor suena de forma monótona. Las mujeres comienzan a bailar desnudas alrededor de la hoguera, mientras que el resto de los hombres acompañan con sus palmas al tambor que, poco a poco, va subiendo en intensidad y cambiando de ritmo. Un extraño brebaje pasa de boca en boca hasta caer en manos de Jack.

Al probarlo, primero se moja los labios. El líquido es amargo, pero no le resulta desagradable, así que se echa un buen trago que le hace arder la garganta. Un estado de paz invade su espíritu, y sus ojos se recrean en las mujeres desnudas. El tiempo se empieza a volver lento, con una cadencia casi tenebrosa y a la vez, cargado de una gran dosis de tranquilidad que amortigua sus miedos. Ve cómo aquellas mujeres se mueven despacio y contempla con agrado su desnudez. Sus sentidos recobran cierto vigor que no tenía desde hacía tiempo. Se siente pletórico y en paz. Una sombra se mezcla con los bailes. La sombra se mueve a su libre albedrío y no provoca ningún temor en Jack que, con curiosidad, persigue sus movimientos, pero la sombra esquiva sus intentos por saber quién es. Entonces la ve, entre las llamas de la hoguera y los bailes desenfundados, ve su rostro repleto de paz, tal y como lo recordaba; es *Lazy Bear*. Se levanta y contempla cómo la sombra es tragada por el desierto, así que lo llama gritando.

— ¡*Lazy Bear*!

Corre unas yardas hacia la oscuridad y de pronto, como si alguien hubiese prendido una potente lámpara, un sol abrasador vuelve a quemar su cabeza y entonces, lo ve avanzando entre las ondulaciones que el calor hace rebotar contra la arena del desierto y que distorsiona su imagen. Sonríe tal y como él lo recordaba. Quiere estirar sus manos temblorosas para tocarlo, pero cuanto más lo hace, más se aleja.

—¿Dónde te habías metido? —le dice Jack.

—Aquí, siempre contigo. ¿Recuerdas lo que nos pasó? Me dispa-raste.

—¿Lo hice?

—Tenías que hacerlo.

—Es extraño, no lo recuerdo, cuando pienso en ti, una sensación de desasosiego me atrapa, pero ya no sé la razón.

—¿Recuerdas al menos qué te dije sobre el amuleto?

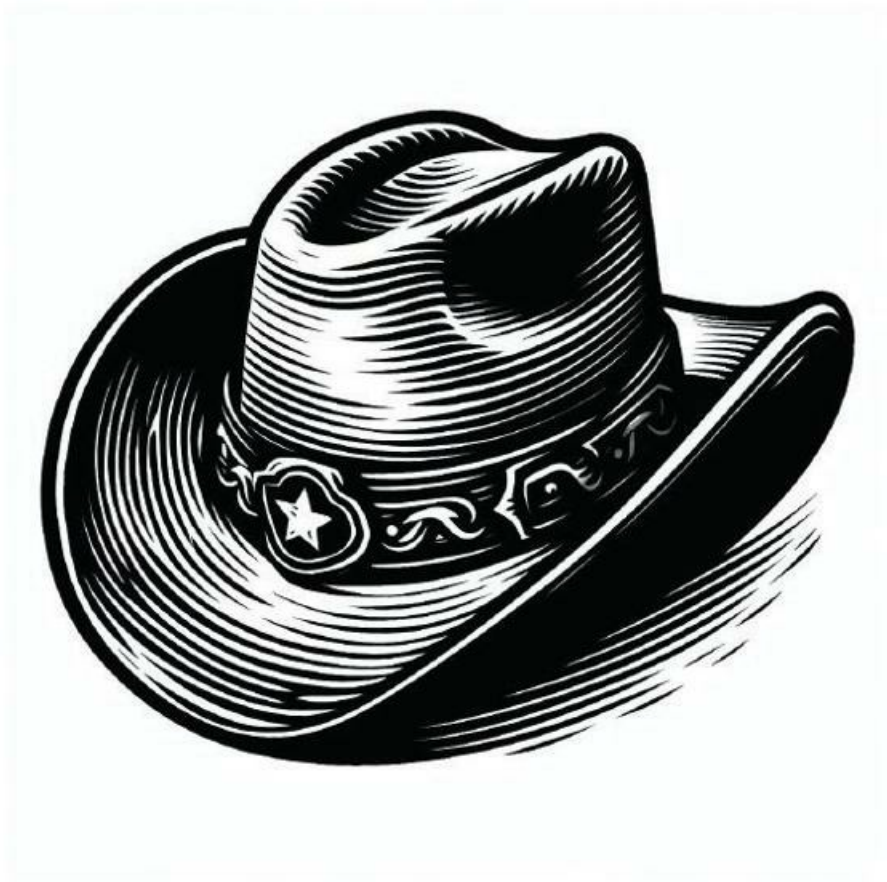
—¿El amuleto? Es verdad, me avisaste sobre algo, pero no lo recuerdo.

—¡Tienes que intentar recordar! —Enfatiza *Lazy Bear*.

Lazy Bear coloca sus manos mojadas en el rostro del vaquero y con suavidad, comienza a restregarlas por toda su cara. Jack, sumido en un profundo estado de letargo, siente la frescura de las manos del indio en contraste con el abrasador sol del desierto. De pronto, abre los ojos

despacio, emergiendo de las profundidades abisales de un sueño profundo y se encuentra con Petra lamiendo sus mejillas de forma casi compulsiva. La cabeza de Jack parece a punto de estallar.

Echa un vistazo al campamento de los adoradores del sol tratando de conectar con la realidad. Algunos todavía duermen. Sin embargo, la confusión se cierne sobre el vaquero, pues de la noche pasada no se acuerda de casi nada. Solo recuerda ver a *Lazy Bear* entre sus sueños y de sus últimas palabras. «Desmemoriado Jack», se pone en pie intentando sacudirse la confusión que envuelve su mente como un pesado velo que no deja ver su vida pretérita. ¿Recordar qué? Se sube a lomos de Molly y se van de allí, trotando hacia el horizonte mientras el sol arroja majestuoso sus abrasadores rayos sobre el desierto.





Pawnee es un enorme indio de algo menos de seis pies de altura y de unos cuarenta años. Tiene el pelo largo y negro y la tez morena.

Lleva un pañuelo azul sobre su frente. Viste un peto vaquero raído, botas negras y porta un pequeño macuto donde lleva todo lo necesario para sobrevivir en el desierto como víveres, una cantimplora y hierbas medicinales, también porta una pequeña navaja, cuerda y enseres para cocinar en medio de ninguna parte.

Las marcadas facciones de su rostro cuentan su historia. Profundas arrugas de expresión, talladas por una vida de soledad. Siempre en el filo, siempre al margen de la ley de los hombres. No pertenece a ningún clan. Ni él mismo sabe a qué tribu pertenece, su lengua no es comanche ni apache, y no conoce a nadie que le diga qué clase de dialecto habla. Su padre raptó a su madre siendo casi una niña y la dejó embarazada, lo que los convirtió en parias a ojos de los indios locales. El padre de Pawnee creía en los dioses de los blancos. Siempre leyendo la biblia, siempre pecando. De niño jugaba solo y se dedicaba a explorar los parajes de la zona. Conoce cada loma, cada cactus, se sabe las piedras del camino como el catecismo, sabe leer el cielo, las estrellas y las marcas de la tierra, conoce los vientos, las lluvias y el nombre de todas las alimañas que recorren ese condenado lugar apartado de la mano del Altísimo. Pawnee jamás morirá en ese desierto, sabe dónde hay agua y dónde cazar para saciar su apetito y dónde se oculta la serpiente de cascabel y el escorpión. Él es el desierto y el desierto es él. Por eso, cuando Jesse le ordenó ir en busca de la muchacha, no le importó, solo tiene que hacer lo que siempre ha hecho: moverse por el desierto y encontrar lo que busca.

—Llévate a Tim contigo y encárgate de que no regrese—le ordenó Jesse.

—¿En serio? —pregunta incrédulo el indio.

—Son órdenes de James —le susurra.

Llevan poco más de media hora de camino. Tim no para de quejarse: que si el calor, que si la arena, que si las piedras. Ya se ha vaciado media cantimplora y tiene la camisa empapada en sudor. Pawnee va a su ritmo, pero el joven Tim «el guapo» no puede seguirlo. Si el indio aumentara un poco la marcha, Tim se perdería y sería comida para coyotes y pumas. Sin embargo, Pawnee tiene otro final para él, uno más acorde con la personalidad del muchacho. Tim no se ha portado bien con el indio; siempre lo mira con desconfianza y no se dirige a él más que cuando le ordena alguna cosa. Lo ha escuchado más de una vez hablando de forma despectiva sobre él, llamándolo «salvaje» y «corta cabelleras».

Ahora espera su oportunidad para devolverle tanto «afecto». El «Salvaje» no es un indio sumiso de esos que siempre se callan y miran hacia abajo; puede destripar a sus enemigos en lo que tarda una ave en agitar sus alas.

Después de seguir las marcas de los neumáticos, se topan con el coche empotrado en un banco de arena. Pawnee sabe que Laura anda cerca y que está cansada de caminar en círculos. Allí no hay sendas ni caminos y menos lugareños a los que pedir ayuda. Debe estar cocida por el sol, a punto de desfallecer, sin agua ni alimento. El indio sigue el rastro; al principio, los pasos eran largos y Laura corría, pero poco a poco se han vuelto más cortos. La chica está cansada; dentro de unos minutos solo tendrá que estirar su mano y será suya. Tim le exaspera con sus constantes quejas. Al indio le gusta el silencio. Desde que salieron del campamento minero, no ha abierto la boca. Escuchar a Tim le está levantando dolor de cabeza, le molesta el zumbido de su voz en sus oídos, así que le hace una propuesta que, conociendo al muchacho, no podrá ni sabrá rechazar.

—Si te callas un poco, te dejaré a la chica para ti.

El silencio se hace entre los dos hombres, algo que reconforta al indio.

Pawnee continúa leyendo las marcas del suelo; la chica está tan cansada que ya se arrastra, busca una sombra, algo que la libere de los latigazos del sol. Sus rayos son como alfileres en la piel de los blancos, escarban con saña hasta quemar, hasta desterrar toda esperanza de que se va a salir de allí de una sola pieza. Pawnee echa un vistazo; hay una roca gigantesca no muy lejos, Laura está allí, muriendo si el indio no hace nada. Se acercan con paso decidido. Ambos hombres la ven: está tirada en el suelo, deshidratada y quemada por el sol. Si no bebe en breve, morirá. También sabe que debe tapparla para alejar los rayos del sol de la piel de Laura. Ordena a Tim que se quite la camisa, algo que no le gusta al joven.

—¿No la querías para ti?

Tim se desnuda con rapidez mientras Pawnee moja los labios de la joven con agua e instintivamente la chica comienza a beber. El indio humedece la camisa de Tim y la coloca encima de la joven para refrescarla.

—Cava—ordena Pawnee a Tim, al tiempo que le entrega una pequeña pala plegable que saca de su macuto.

—¿Por qué yo?

—La quieres para ti, no pretenderás que sea yo el que cave su tumba.

Tim comienza a clavar la pala en la arena, mientras Pawnee sigue atendiendo a Laura.

—¿Cuánto debo cavar?

—Hasta que yo te diga.

El sol cae a plomo sobre el muchacho. En unos pocos minutos Tim está desfondado. No puede con los brazos y la pequeña pala parece pesar una tonelada. La arroja al suelo mientras agachado toma aire dentro de la tumba que ha cavado. Ese es el momento que estaba buscando el indio;

ahora Tim es tan manejable como un pedazo de barro; puede hacer lo que quiera con él. El indio va hacia la fosa, agarra la pala y ofrece su mano a Tim. Cuando este se la da, lo golpea con la pala en la cabeza y lo tira dentro de la tumba. Tim cae con todo su peso sobre la arena y se queda tendido inconsciente. El indio comienza a tapar la tumba; es un trabajo que hace sin dificultad y ni siquiera suda a pesar del ejercicio físico y de los profundos rayos del sol que inciden sobre él. Cuando Tim se despierta nota que su cuerpo está enterrado. No puede mover sus manos ni sus pies y ve todo a ras de suelo; pues solo su cabeza sobresale de la tierra. Nota cómo de una de sus cejas mana sangre y comienza a recordar que Pawnee lo golpeó. Mueve sus ojos en todas las direcciones hasta dar con las piernas del indio.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Sácame de aquí ahora mismo o haré que mi tío te arranque la piel a tiras!

—¿Te gusta el dolor, verdad? Pero te gusta ver cómo otros sufren. Nosotros, los «salvajes» sabemos mucho sobre el dolor, y ahora tú vas a recibir una lección, tu última lección.

Pawnee saca unas cuantas tunas de su macuto. Los abre con su navaja y se los restriega por el cráneo a Tim. La carne del nopal se desparrama por toda su cabeza, creando una capa dulce sobre su piel.

En unos días, las hormigas fuego, devoradoras de carne humana, dejarán los huesos tan pelados que nadie podrá decir que ese esqueleto era Tim, alias «el guapo». Atraídas por el dulzor del nopal y el sabor de la carne, las hormigas se darán un buen festín.

Tim puede ver a duras penas cómo Pawnee se aleja con Laura en brazos, mientras las primeras hormigas llegan en tropel, esgrimiendo sus pequeñas fauces. Nota algún pequeño pellizco en su carne, nada preocupante. Ahora son decenas de insectos, dentro de poco serán miles. Un extraño escalofrío recorre todo su ser al pensar que será pasto de una multitud de hormigas insaciables dispuestas a llenar su despensa.

—¡Pawnee lo siento, por favor, sácame de aquí! —es la última súplica que escucha el indio de boca de Tim.

Tim intenta agitar su cabeza con fuerza, pero no puede. Las hormigas suben por sus mejillas, se esparcen por su pelo y bajan hasta su nuca. Comienzan a morder la carne, y el muchacho siente la quemazón de sus picaduras por toda su cabeza. Vuelve a gritar, con más fuerza esta vez, pero sigue siendo inútil. Está atrapado en medio de una colonia de hormigas con un apetito voraz.

Jack y Tim

El sol golpea a Jack, que a duras penas se sostiene a lomos de Molly. El peyote lo ha deshidratado, pero sabe que no puede desperdiciar el agua. Petra jadea sin parar. Necesitan una sombra y reponer fuerzas. El sonido de un grito, imperceptible para Jack, hace que la perra levante sus puntiagudas orejas. Holland avanza con cuidado, teme que algún comanche se oculte entre las pequeñas lomas y salte sobre él. Desenfunda el revólver y lo amartilla. Observa a la perra.

Petra levanta una de sus patas delanteras, como si señalara una dirección. Jack todavía sabe leer las señales de los animales, no duda en seguirla. Petra, cada vez está más ansiosa, mueve la cola con rapidez mientras su hocico escruta el terreno en busca de algún rastro. La perra se vuelve a quedar inmóvil, levanta una de sus patas delanteras, volviendo a señalar una dirección, mientras mira con cara lánguida a Jack. El vaquero se baja de su montura con el revólver en la mano, avanza unas yardas. Observa un montón de pisadas sobre el terreno.

Son de dos hombres y por el tamaño de una de las huellas, uno debe ser un gigante. Jack se apoya sobre la gran roca y la bordea despacio, con el arma apoyada sobre su cadera. Un quejido lastimero llega a sus oídos; una voz no para de quejarse y blasfemar.

—¡¡Indio de mierda, cuando te agarre te mataré!!

Jack escucha la voz, pero sigue sin observar a nadie. Petra suelta un ladrido, y el vaquero baja su mirada y ve la cabeza de Tim *Prettyboy* cubierta de hormigas de fuego sobresaliendo de la tierra como si fuese un melón. Tim tiene suerte de que Jack lo haya encontrado; le esperaba una larga agonía. Son unos insectos que conoce bien, a pesar de que es una especie invasora en Texas. Jack agarra su cantimplora y hace un círculo de agua en la arena; alrededor de la cabeza de Tim, para evitar que las hormigas lo atraviesen, mientras aparta a las que están sobre la cara y el cráneo del muchacho. A pesar de que la cabeza de Tim está untada en una sustancia pegajosa y dulce, no se la quita.

El agua por esas latitudes escasea, y esa sustancia le hará bien para curar las pústulas. El muchacho delira; tiene fiebre debido al veneno de los insectos. Jack moja sus labios, y Tim recupera la consciencia.

—¿Quién eres? Sácame de este agujero, te lo suplico.

—No tenía pensado dejarlo aquí. Ha debido enfadar a alguien muy vengativo.

—Un indio que trabaja para mi tío me dejó aquí y se llevó a la chica.

El sol ha trastocado la conciencia de Tim, y comienza a hablar por los codos como si Jack tan solo fuese una aparición, un espejismo, una broma de su recalentada cabeza.

—¿Chica?

—Era mía, él me lo prometió, pero el muy cabrón se la llevó.

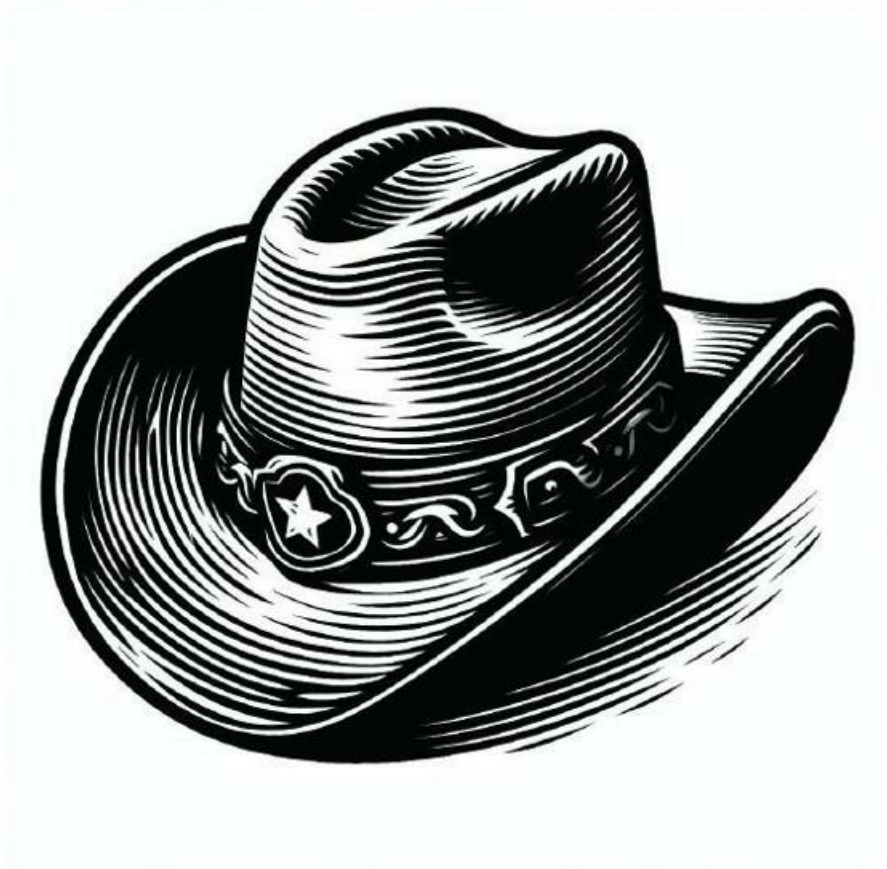
Laura era mía.

—¿Laura? La banda Mulligan la secuestró. Llevo un par de días buscándola.

—¿Mulligan?... ¿Cómo lo sabe? Todo el mundo piensa que mi tío se apellida Bannon. Yo sé

dónde está... En un viejo poblado llamado Pico de plata, pero no sé llegar.

—Por eso no se preocupe conozco esta región como la palma de mi mano—contesta mientras comienza a desenterrar a Tim.



El sol empieza a elevarse cuando el pequeño grupo comandado por los antiguos *rangers* avanza por el desierto. Durante la noche, se habían tomado un buen descanso después de la maratónica jornada a caballo. El calor comienza a apretar, y se puede ver hervir con sus continuas ondulaciones en el horizonte. Los cuatro jinetes van callados, todos tienen en mente que el altercado en el *Wild Coyote* pudo terminar de la peor forma. Deben apresurarse a interceptar a Jack antes de que ocurra una desgracia y, de paso, explorar un par de viejas «madrigueras» en donde podrían tener secuestrada a Laura. Mientras siguen los pasos de Jack, se encuentran con un escenario inesperado: un set de rodaje en medio de la nada. Cientos de personas, entre extras, técnicos y actores. El grupo se dirige hacia un extra disfrazado de comanche.

—Disculpe, estamos buscando a un hombre mayor que va acompañado de una mula y un perro. —le interpela Rosalía tratando de llamar la atención del falso indio.

—Ayer a última hora estuvo por aquí, habló bastante con el director y con Duke. Tal vez ellos puedan decirles más.

—¿Dónde podemos encontrar a esos caballeros? —pregunta Laura. —Si pasan aquella loma llegarán a una gran tienda, allí podrán encontrarlos.

El grupo se dirige a la tienda. Al llegar, desmontan de los caballos y se acercan a un par de caballeros fornidos que permanecen en la entrada.

—Nos gustaría hablar con Duke —dice Pete.

—Ahora mismo ha dado orden de que no se le moleste.

Laura echa un vistazo al interior. Al fondo, un hombre de largas piernas descansa acostado entre dos sillas de loneta con una toalla húmeda sobre su rostro.

—¡Es importante! —exclama Mike, con brusquedad.

Los hombres que custodian la tienda se cruzan de brazos y se interponen delante del grupo, impidiéndoles la entrada con su imponente presencia. Miran de arriba abajo a los viejos *rangers* y se intercambian miradas nerviosas cuando comprueban que van armados. Laura, cansada de la actitud de los guardaespaldas, comienza a vociferar para que Duke la escuche.

—¡Comprendo que Duke no quiera ser molestado, pero no podemos permitirnos perder más tiempo! ¡Dos personas a las que queremos están en peligro y necesitamos continuar nuestro camino cuanto antes!

Solo queremos saber qué pasó con un hombre mayor que iba con un perro y una mula, eso es todo.

Aquella retahíla llega a los oídos de Duke, qué sobresaltado, se quita la toalla de la cara, se levanta de la silla y se dirige hacia el grupo. Cuando las mujeres lo ven, comprueban que ya lo conocen. Lo habían visto en infinidad de películas y sus corazones comienzan a latir a causa de la emoción.

—¿Ese no es...?—pregunta incrédula Laura.

—¡Qué me cuelguen si no lo es! —le responde Rosalía.

Duke se acerca al grupo sonriendo, sabedor de que las dos mujeres lo han reconocido. Camina de forma extraña, despacio, haciendo sonar sus espuelas de tal manera que ambas mujeres piensan que lo hace igual que Jack.

—Lamento que mis guardaespaldas les hayan causado problemas. A veces los fans son demasiado intensos, ya me entienden. ¿En qué puedo ayudarles?

Laura, asombrada todavía por la presencia del actor, decide no andarse por las ramas y vuelve a preguntarle por Jack.

—¿Jack Holland, el famoso *ranger*? —pregunta incrédulo el intérprete—¿De verdad que era él? Ayer vino un hombre que se hacía llamar así, pero la verdad pensamos que nos tomaba el pelo. Mantuvo una buena conversación conmigo.

—No le mintió, es el mítico Jack Holland—le contesta Pete.

—Pues su amigo se podría ganar bien la vida como asesor. En cinco minutos me dio un par de buenos consejos. Cuando le hablé de la banda Mulligan se sobresaltó y farfulló algo sobre una tal Laura y se fue.

—¿Qué dirección tomó? —le pregunta Mike.

—Se fue como una centella por aquella pequeña loma—contesta mientras señalaba la dirección, elevando su mentón.

—El viejo aún sabe moverse por el territorio, se dirige hacia el antiguo campamento minero Pico de plata, es lo único que hay en esa dirección—añade Pete mientras rasca el suelo con una de sus botas.

Después de hablar con Duke, el grupo reanuda su camino por el desierto siguiendo los pasos de Jack. Saben que están cerca, lo que les anima a continuar la búsqueda y, con una pizca de suerte, también encontrar a la joven Laura. Mientras cabalgan en silencio, a Rosalía se le ocurren mil preguntas para hacerle a Laura. Rosalía no tiene las respuestas de muchas cosas y sabe que Laura

lleva una carga en su espíritu, lo ve en sus gestos y en algunas palabras que han intercambiado. Se pregunta si las razones por la que todo el mundo en Henrietta la odia son reales. Rosalía piensa que es el momento adecuado para conocer más detalles sobre Laura, Jack y por qué no, también sobre ella misma.

—¿Qué pasó entre Jack y tú? —le pregunta Rosalía a Laura.

Laura se queda sumida en sus pensamientos y en un parpadeo vislumbra su vida desfilando delante de sus ojos. Recuerda que en algún momento de su vida lo amó con locura, compartió momentos difíciles con él, cuando el territorio era un barril de pólvora a punto de saltar por los aires. Laura sabe que Jack alberga un lado oscuro que todo el mundo obvia sin el menor reparo. Sus vidas tomaron rumbos diferentes porque el destino se burló de ellos de forma cruel.

—A veces la verdad no es lo que uno quiere escuchar, tal vez sea mejor que vivas en la ignorancia—responde a Rosalía mientras un recuerdo se pierde en el horizonte de su alma.

Rosalía, con la mirada fija en el desierto, responde con una mezcla de determinación y enfado.

—¿Me permites que eso lo decida yo?

En ese instante, Laura comprende que Rosalía tiene derecho a conocer toda la historia. Sabe que el camino que les espera está cargado de un buen repertorio de verdades amargas.

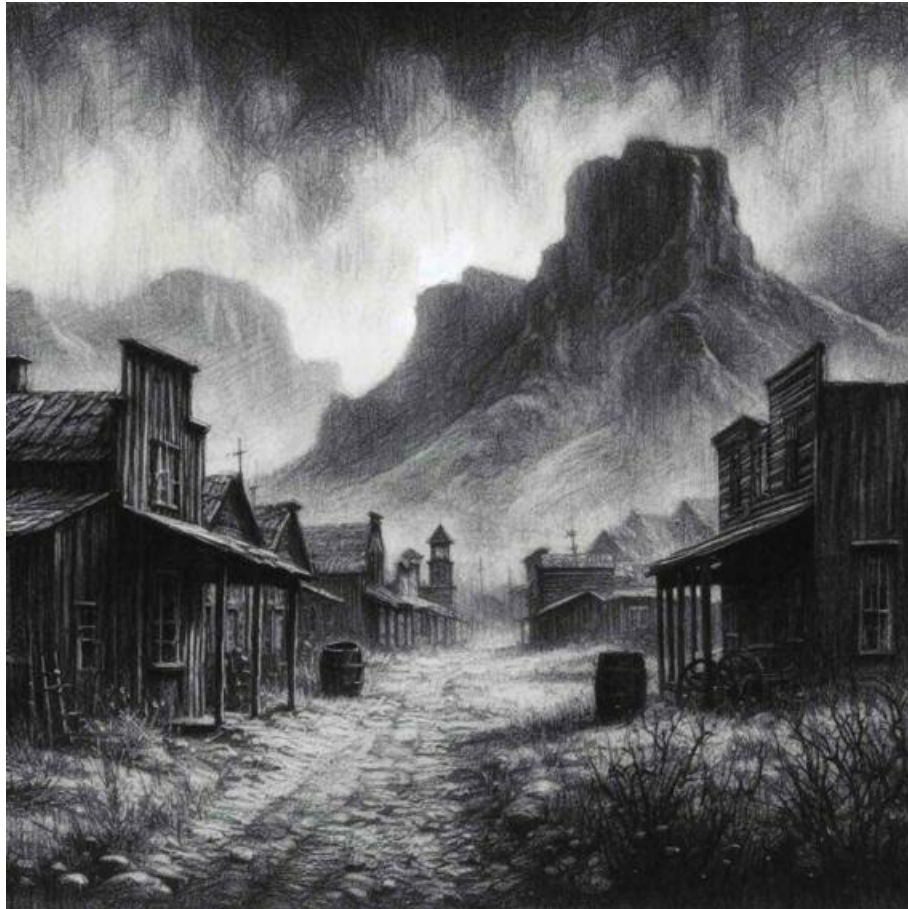
—Pues prepárate, hoy te enfrentarás a una avalancha de verdades, mis verdades—responde, decidida a compartir su versión de la historia, por muy cruda que esta sea. —Bueno, hay muchas cosas que desconoces, muchos secretos enterrados. Supongo que ya no importa y que, de alguna manera, tienes derecho a conocer toda la verdad.

Ahora Jack y yo somos unos ancianos y ya no importamos a nadie, ni siquiera nuestros secretos importan.

Libro 2: la vida en el filo

Lo que se hace por amor está más allá del bien y del mal.

Friedrich Nietzsche.



La guerra del condado de Clay de 1882.

Erwin Potter era un rico y poderoso ganadero que había llegado al territorio junto al coronel Christopher «Kit» Carson hacía algo más de dos décadas. Por aquel entonces, el condado era un avispero de comanches y kiowas. La mayoría de las tierras pertenecían a familias mexicanas de origen español que llevaban generaciones asentadas allí. Pronto se hizo con gran parte de ellas utilizando estratagemas legales, pleitos maliciosos y tasas judiciales que hubieran insultado al mismísimo Lucifer. Todo ello con el beneplácito y la complicidad de las autoridades, hasta que su propiedad se convirtió en la más grande y próspera del condado. Miles de hectáreas de terreno, con el mejor pasto de toda la región. Sin embargo, a Erwin Potter no le bastaba; él quería más, incluso las tierras de sus vecinos de origen anglosajón.

Pero en aquella ocasión, la ley le dio la espalda. Solo le quedaba la pólvora.

Henrietta, derrotado pueblo confederado de rancio abolengo, estaba en el centro de todo aquello. Un vasto territorio en el que Erwin Potter tenía sus ojos clavados, a veinte millas al suroeste de *Wichita Falls*, en el centro del condado de Clay. En 1860, era la única ciudad de todo el territorio de Clay. Poco a poco fue creciendo, incluso hasta tenía una oficina postal. Durante la Guerra Civil, la ciudad fue abandonada por los soldados de la guarnición que iban al frente, y los ataques de los comanches y kiowas contra la población blanca fueron imparables. Aquellas tribus eran expertas en la guerra; no en vano, los comanches consiguieron, años atrás, un vasto imperio luchando contra españoles, mexicanos, e incluso también contra otras tribus como los apaches y navajos, a los que consideraban inferiores. Eran jinetes consumados y en la batalla no daban un paso atrás, además de ser expertos en la guerra de guerrillas. Resistieron los envites de los colonos blancos y las continuas persecuciones del ejército; se vieron en la obligación de luchar por sobrevivir, hostigados hasta la inanición en un mundo que estaba evolucionando y donde ellos ya no tenían cabida. Tras serles arrebatados sus hogares y sus tierras sagradas, fue inevitable que se revolvieran contra el hombre blanco y que corriera la sangre. Por aquellos días, los residentes no tuvieron otra elección que abandonar el asentamiento hacia otros condados más seguros como el de Cooke.

Después de la guerra, hubo varios intentos de organizar asentamientos. El primero fue organizado por el doctor Elderidge en el 65, pero debido al ataque de los comanches, tuvo que poner pies en polvorosa cuando buena parte de los colonos fueron asesinados de la forma más vil, arrancándoles las cabelleras y mutilándolos sin piedad.

Otro grupo de colonos fue el de Goodleck Koozer, un cuáquero que tenía la firme convicción de que, si trataba a los «pieles rojas» con justicia y dignidad, los indios serían buenos vecinos y la convivencia un lecho de rosas. Sin embargo, *White Horse*, un jefe kiowa que se unió a los Comanches, convirtiéndose en su caudillo, no tenía el mismo concepto de vecindad que el cuáquero al que arrancó la cabellera, además de secuestrar a su esposa e hijos. La justicia de los blancos puso precio a la cabeza de *White Horse*, pero tardaría muchos años en ser capturado.

En 1870, los colonos empezaron a regresar a Henrietta, primero en pequeños grupos y luego

como un torrente que no tenía fin. Se volvió abrir la oficina postal y la ciudad se transformó en sede judicial. Henrietta también se convirtió en punto de suministro de minas en el condado de Foard. Se establecieron una decena de pequeños asentamientos mineros alrededor de la ciudad, y muchos buscavidas llegaron al encuentro de su sueño, de una quimera llamada plata.

Erwin Potter siempre estuvo allí, ni siquiera los indios fueron capaces de atacarle, de arrancarle de su terruño al que se adhirió como una garrapata. Dicen las malas lenguas que siempre comerció con ellos y estos le dejaban en paz a cambio de armas y *whisky*, pero eso nunca pudo probarse. También se dice que *White Horse* era hermano de sangre del señor Potter; se comenta que durante la incursión en el territorio del coronel Carson, Potter perdonó la vida del kiowa y surgió una amistad que duraría hasta que las campanas del infierno tocaron a muerte por el señor Potter, pero esa es otra historia. El indio era otro instrumento de terror más que el señor Potter utilizaba a su antojo.

Erwin Potter contrató a «Los Perros Salvajes», una milicia confederada que durante la Guerra Civil se dedicó al asesinato, el asalto y la violación. Tras esta, se convirtieron en la banda de «Los Hermanos Mulligan». Se les buscaba en varios estados, vivos o muertos. Dejaron un rastro de sangre asaltando bancos, trenes y robando ganado hasta llegar a Texas. James y Frank Mulligan eran los jefes de aquella banda de forajidos de gatillo fácil y sin una gota de piedad en sus venas.

Para ellos, la guerra no había terminado. Los Mulligan no firmaron ninguna rendición. Solo cesaría cuando una bala se incrustara en sus cabezas o la bandera de la Unión dejara de ondear en el Sur. Antes de que eso ocurriera, enviarían a muchas almas junto al Altísimo.

Las órdenes de Potter fueron claras: los Mulligan debían echar, utilizando los medios más convenientes, a los pequeños propietarios para que estos abandonaran el condado y poder adquirir sus tierras por una miseria. A Erwin no le importaba si había víctimas; solo quería más tierras, expandirse como la gripe y amasar una gran fortuna digna de sus sueños de grandeza. Codearse con la flor y nata de Dallas, Austin y Houston; él, que solo conoció el trabajo duro y el desprecio de los que se creían superiores, estaba a punto de entrar en los círculos de poder. Los «Perros Salvajes» eran su llave, y los Mulligan solo conocían una manera de hacer las cosas. Pasarían a cuchillo a todo aquel que osase interponerse entre ellos y las miles de razones que esgrimía, en forma de dólares, el señor Potter.

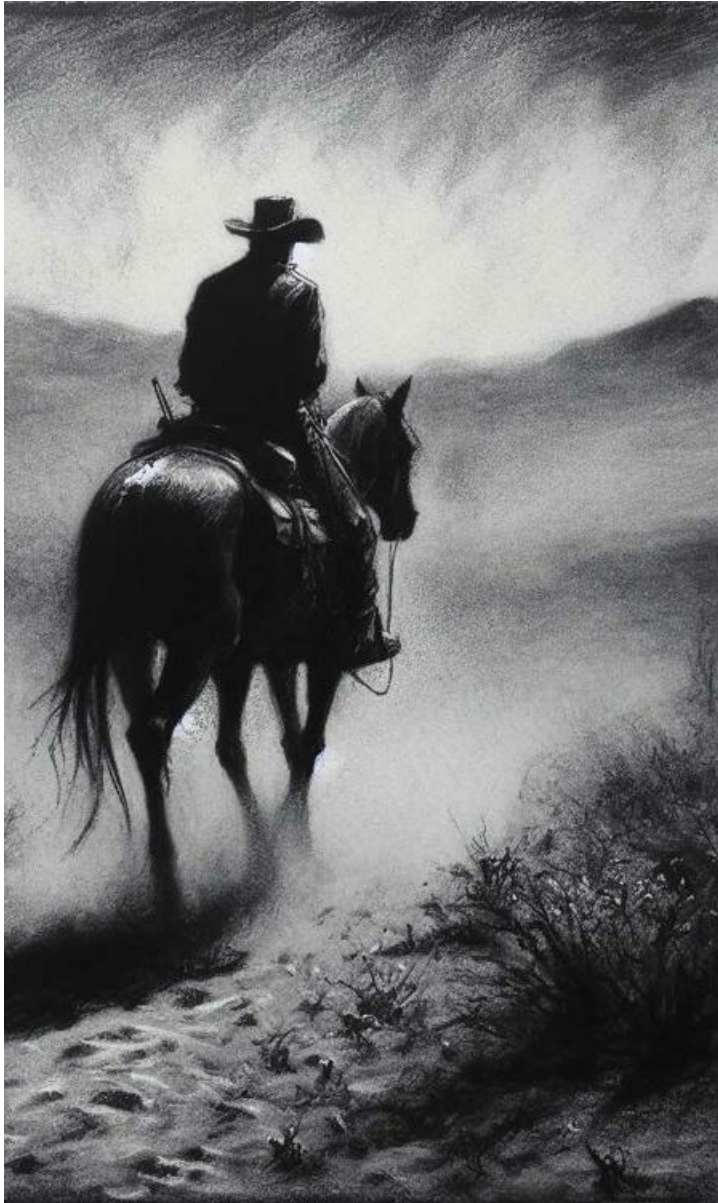
La primera propiedad en caer fue la de Josh Garrett. Cuando el granjero vio a una treintena de jinetes bajar desde la loma a galope tendido hacia su granja, no se lo pensó dos veces; metió el culo en su cabaña y agarró la carabina *Sharps*. El fuego se vio a varias millas a la redonda. De Josh Garrett no quedó nada más que un cuerpo carbonizado; sus hijos y mujer aparecieron colgados de la rama más alta de un viejo roble que lindaba con la propiedad de los Garrett. Se divirtieron con ellos. A los muchachos los hicieron bailar al son de los *Colt* y a la señora Garrett, antes de colgarla, la violaron muchas veces y escribieron sobre su piel, con un cuchillo, la palabra «Mulligan» en forma de aviso, de firma. Querían dejar claro que no existía en todo el territorio otra banda de forajidos más cruel y despiadada que ellos; un mensaje para que nadie se cruzara en su camino. El apellido Mulligan corrió por todo el territorio como potro desbocado, y poco tiempo después, con solo mencionarlo, los niños de bien lloraban, los mexicanos se santiguaban y las mujeres se encerraban en sus casas presas del miedo. Poco tiempo después, Erwin Potter adquirió la propiedad de los Garrett en subasta pública, por un precio muy inferior a su valor real.

Aquello, en un principio, no preocupó a los vecinos del viejo Potter. Creyeron que Garrett tuvo mala suerte y que aquellos malnacidos pasarían de largo hacia otros condados, pero no fue así. El

territorio se convirtió en una trampa mortal; poco a poco, otras propiedades, pequeños ranchos y granjas, cayeron ante los Mulligan. Todos los ranchos fueron adquiridos por el mismo ganadero, Erwin Potter.

No pasó mucho tiempo hasta que la gente de bien se organizó en cuadrillas en busca de justicia. Los forajidos se movían en territorio indio, sabían que allí eran intocables. Solían comerciar con los comanches vendiéndoles caballos, armas y *whisky* a cambio de protección.

Tan solo una cuadrilla de granjeros mal armados osó internarse en territorio indio, y fueron masacrados; *White Horse* se encargó de ello, y sus despojos fueron pasto de los buitres y los coyotes. Los que no murieron en la confrontación fueron torturados, pues era habitual entre los comanches y kiowas quemar o escarpelar a sus enemigos.



Jack

En aquel año de nuestro señor de 1880, a mediados de mayo, un ranger fue enviado al condado de Clay. Su nombre era Jack Holland.

Aunque su aspecto era el de cualquier *cowboy*, desaliñado y sucio a causa del polvo del camino, no se trataba de otro jinete errante más.

Su barba, a medio formar, recorría su rostro, dejando claro que era un hombre joven. Vestía chaparreras marrones y botas negras con unas viejas espuelas del ejército. Atrás había quedado su infancia en un orfanato y su entrenamiento con los *rangers*, su única familia.

Llevaba un cinturón marrón con una gran hebilla plateada, donde descansaban una gran cantidad de balas dispuestas con precisión para su *Colt 45*. Su camisa carmesí presentaba bordados en negro de formas caprichosas y llevaba una bandana roja alrededor del cuello, atada con un par de nudos que protegía su respiración de las partículas en suspensión que el viento arrastraba. Su sombrero de fieltro gris, un Stetson muy común para la época, completaba su atuendo.

Jack Holland se encontraba en ese umbral donde los jóvenes se transforman en hombres. Era delgado, con el pelo castaño como un campo de trigo y los ojos de un verde profundo. A pesar de los rasgos juveniles de su rostro, existía algo pétreo en sus facciones, como si su espíritu sostuviera una pena indeleble que escarbaba en su alma. Parecía que llevaba al diablo en su sonrisa.

Cabalgaba solo, inclinando su cuerpo hacia atrás y apoyando su peso en los estribos de su caballo. Sus largas piernas se estiraban mientras el trote del caballo era lento y pausado, acariciado por el cálido viento sureño. Su única idea era encontrar una pensión decente donde pudiera darse un baño. Acostumbrado a pasar largas jornadas montado en su caballo Rin, sus manos sostenían firmes las riendas, a pesar de las interminables jornadas que lo habían llevado hasta allí.

Pronto los ojos curiosos de la ciudad se fijaron en aquel jinete solitario. El tiempo pareció pararse de repente y notó en su nuca, las primeras miradas escrutadoras de los lugareños, que parecían penetrarle hasta el tuétano de sus huesos, con la esperanza de adivinar las razones por las que aquel joven jinete pisaba aquel miserable terruño

alejado de la mano de Dios. Todos vieron que el joven lucía su estrella de ranger con orgullo, además de ser un auténtico caballero sureño, a pesar de sus manos curtidas y su ropa de *cowboy*.

Para Holland, Henrietta era otro pueblo más, siempre bajo un infinito cielo azul eléctrico que se transformaba en naranja cuando el sol se ocultaba y los grandes montículos rojizos desgastados por el tiempo proyectaban sus monstruosas sombras. Los edificios más viejos de aquel condenado lugar estaban contruidos de adobe, herencia de su pasado español y mexicano, mientras que el resto eran estructuras precarias y anárquicas, levantadas a toda prisa por colonos anglosajones, sin ningún atisbo de gusto.

Henrietta apenas contaba con una calle polvorienta que, cuando llovía, se convertía en un lodazal que se mezclaba con los excrementos de los caballos y en donde transitar se hacía casi imposible.

Nada más entrar en el pueblo, se percató de que tres hombres, desde la entrada de uno de los salones, lo miraban con cierta arrogancia, mientras que uno de ellos, de forma instintiva, acariciaba la culata del revólver.

El *ranger* tomó una habitación en el *Moonlight*, el salón de la ciudad, y pagó al mozo del establo para que Rin recibiera un extra de forraje y agua. El pueblo, si se le podía llamar así, llevaba varios meses sin *sheriff*, ya que el último huyó como una alimaña cuando supo que «Crazy» Clay merodeaba por el condado en busca de algún oponente digno de su revólver. Por ese motivo los lugareños vieron con buenos ojos al *ranger*; no estaría mal algo de ley y orden para variar, sobre todo ahora que los Mulligan asolaban el condado.

Henrietta era el típico pueblo del oeste levantado desde la nada por colonos en busca de un futuro más próspero. Contaba con iglesia, escuela, juzgado y un ayuntamiento que también servía como registro de la propiedad; además, de un buen número de negocios como dos ultramarinos que dotaban al lugar de cierta vida, aparte de surtir de víveres a la multitud de ranchos, granjas y minas que se salpicaban como la viruela por todo el condado. Demasiadas almas para un lugar tan dejado de la mano de Dios.

El alcalde, que era el borracho oficial de la ciudad y que se llamaba James Morrison, dejó que Jack utilizara el viejo calabozo, un cuartucho con una mesa y un tablón de anuncios repleto de carteles de «busca y captura» y una minúscula «jaula» donde los indeseables y borrachos pagaban sus culpas y resacas. Lo cierto era que todas las tierras que cayeron en manos de Potter llamaron la atención en Austin y enviaron a Jack para investigarlo. Aunque no todo fue una grata bienvenida, la presencia del *ranger* molestó a ciertos poderes de la ciudad, sobre todo a las personas que tenía Potter en su bolsillo.

La mañana después de su llegada, Holland se dirigió hasta el juzgado para echar un vistazo al registro de la propiedad. Antes de poder entrar se topó con dos hombres que interrumpieron su marcha, cosa que incomodó al agente de la Ley.

El más viejo, un hombre orondo que vestía completamente de negro, portaba chistera y un regio bastón en su mano derecha, el cual le proporcionaba cierta dignidad, se dirigió a Holland mientras se atusaba su nutrido bigote cano.

—¿Adónde cree que va, joven?

El vaquero llevó sus dedos al borde de su sombrero y movió levemente su cabeza a modo de saludo.

—Soy el ranger Holland.

—No le he preguntado quién es usted, sino adónde se dirige.

—No veo razón para tener que contestar a sus preguntas.

—¡Qué impertinente! Joven, sepa usted que está hablando con el Juez Carline—le dijo el otro hombre con cierta dosis de arrogancia.

—Juez o no, sigo sin ver ninguna razón por la cual deba contestar; ahora mismo no estamos en el juzgado...

—Pues más vale que tenga una orden para hacer lo que tenga pensado

—le interrumpió el juez Carline.

—En este pueblo no nos gustan los forasteros, aunque luzcan una estrella sobre su pecho. Hijo, lo mejor que puedes hacer es subirte a tu caballo y volver al agujero de donde has salido. Aquí nadie te va a ayudar —. Le espetó Paterson con cara arrogante, repleta de odio.

—Pues el alcalde Morrison...

—Ese borracho...

—...no opina igual.

—...no vería una estampida de búfalos, aunque los tuviera a dos yardas de su nariz.

—¿Y usted quién es en este pueblo? —le preguntó al segundo hombre.

—Soy el Sr. Paterson, exalcalde y presidente de la cámara de comercio, además del médico de esta distinguida villa.

—¿Cámara de comercio? ¿Doctor? ¿Este cuchitril? Eso es como decir que usted es un don nadie.

—Don nadie o no, si tiene pensado, por ejemplo, visitar nuestro importante registro de la propiedad, sepa que es un órgano federal y que necesitará el permiso de un juez federal. Y sé que, además de mí, no hay ninguno más en todo el condado. Que tenga un buen día...*ranger*.

Minutos después, el juez Carline se subió en su calesa y atravesó un par de millas de terreno árido y agreste hasta la mansión de Potter. La mansión Potter era una impresionante propiedad de miles de acres que se asentaba en medio de una gran llanura y que el ganadero convirtió, cambiando el paisaje a base de dólares, en su Edén particular. Antes de llegar a la mansión, había que atravesar un largo camino flanqueado por sauces llorones, que dotaba a la senda de un ambiente de claroscuros casi mágicos debido a los haces de luz solar que atravesaban las hojas de los árboles. La construcción recordaba a las viejas mansiones de las grandes plantaciones de algodón y azúcar de Alabama. Su planta era cuadrada, desde ella se erguían veinticuatro columnas corintias dignas del mismo Partenón, ventanales amplios y altos con sus contras de roble y una galería donde Potter, para mitigar las altas temperaturas, solía sentarse en una mecedora a fumar su pipa, tomar *whisky* escocés y pensar cómo fastidiar al prójimo. La edificación contaba con tres plantas que llegaban a un friso repleto de filigranas y, encima de este, coronando la mansión, un tejado de dos aguas que cubrían una inmensa guardilla. El interior era un reflejo de lo que Potter pretendía en la vida: todo era grande, majestuoso, desde los altos paneles y molduras de madera hasta la imponente escalera española, además de los dos comedores, cuatro salones gigantescos y un impresionante vestíbulo, donde los criados negros recibían a las visitas, además de un gran número de dormitorios, todo decorado por Madame Lafinur, una decoradora de interiores de París que resultó ser una meretriz de *Kentucky* llamada Conny y que a punto estuvo de convertirse en la señora Potter.

Cuando el juez se bajó de la calesa, todo el servicio se plantó delante de él con sus uniformes relucientes de esclavos modernos. El mayordomo negro inclinó su cabeza y las cuatro doncellas negras hicieron una reverencia al unísono.

—Otis, ¿dónde está Potter?

—«Masa» le espera en la biblioteca—contestó el mayordomo mientras recogía el abrigo y la chistera del juez.

Carline dejó atrás el vestíbulo y atravesó un gran pasillo hasta llegar a una inmensa biblioteca, algo, por otra parte, paradójico, ya que para el señor Potter, leer era una pérdida de tiempo. Erwin se encontraba de pie, fumando un puro de grandes dimensiones, lo cual recargaba el ambiente de la estancia con una capa de humo azul que flotaba por todos los rincones. Potter era un hombre de buena presencia. Poseía dos amplias patillas sobre su cara, un bigote al estilo imperial y una incipiente calvicie.

Con los años, su barriga creció como si tuviese vida propia. Sin embargo, tenía un gran concepto de sí mismo. Se gastaba una ingente cantidad de dólares para que los demás también tuvieran esa misma opinión sobre él: manicura, perfume. Las frecuentes visitas del barbero eran solo una pequeña prueba de su narcisismo desbocado, muy alejado del estereotipo del hombre del condado. Con un gesto de su mano, le indicó al juez que se sirviera una copa.

—¡Déjate de tragos ahora! Tenemos problemas.

—Carline, deja que te diga una cosa: no hay voluntad ni problema en este mundo que no

dobleque la cantidad de dólares adecuada.

—¡Un *ranger* anda metiendo la nariz en nuestros asuntos! Mi contacto de Austin tenía razón, has molestado a ciertas personas, esas personas con las que es mejor no meterse.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó mientras se servía una copa.

—Mi informante ha dicho que intentarán demostrar que conseguiste esas tierras de forma ilícita.

—¿Y cómo van a demostrar eso? ¿Acaso participar en una subasta pública es un delito?

—¡Vamos Potter... No hay que ser un lince para comprobar que todas esas tierras lindan con las tuyas! ¡Si logran relacionarte con los Mulligan estarás acabado!

—¡Y tú!—le contestó con sus ojos cargados de rencor—. ¿Crees que ese *ranger* llegará a esa conclusión? La mayoría de esos agentes de la ley son *cowboys* sin educación, buscavidas sin oficio ni beneficio. ¿Cómo se llama ese muchacho?

—Jack Holland, es el hijo de aquel asesino abolicionista que se hacía llamar Reverendo Holland.

—Recuerdo al reverendo. Cabalgó defendiendo las ideas del difunto John Brown, aquel mezquino abolicionista. Colgamos a Holland cuando yo comandaba a los Perros Salvajes. Haz que investiguen al muchacho, tantéalo, tiene un precio como todos y si con plata no compramos su lealtad, hablaré con los Mulligan para que lo llenen de plomo.

—¿Crees que es un buen momento para matar a un *ranger*?

—Es un momento como otro cualquiera. Recuerda que nos debemos a una causa mayor. ¿Te crees que la República de Texas se va a construir sientio tibio y timorato? Se necesita mucha sangre y dinero.

Yo estoy dispuesto a verter esa sangre y amigo Carline, te aseguro que dentro de unos años Texas tendrá tanto dinero como para darle la patada a esta maldita nación, y volveremos a ser la Estrella Solitaria.

—Sabes que soy fiel a la causa, pero no veo cómo vas a conseguir ese dinero. No pienso que tus reses puedan pagar a un ejército por muchas cabezas de ganado que tengas.

Potter se llevó su dedo índice a la comisura de sus labios en un gesto que indicaba silencio. Sabía algo que nadie más conocía, un secreto que, si sabía jugar sus cartas, lo convertiría en la persona más rica e influyente de Texas.



El tiroteo

Jack miraba el fondo de un vaso de whisky mientras la música de la pianola atronaba el Moonlighth. Ya era mediodía y, aunque nunca le gustó beber solo, en aquel momento lo necesitaba. Notaba la mirada de todos; él era el forastero, el nuevo. Sabía que lo que le dijo el juez Carline era cierto. Necesitaba una orden emitida por un juez federal para ver los registros de las propiedades adquiridas por Erwin Potter. Por otro lado, aquel era un requisito que se saltaba todo el mundo y más cuando un servidor de la ley quería consultarlos.

Jack no era de los que se rendían tan fácilmente. A la mañana siguiente se plantaría delante de Carline para obtener aquella orden y no dejaría ese condenado pueblo hasta cumplir la misión que sus superiores le habían encomendado.

Una joven voluptuosa y medio desnuda se acercó al vaquero y lo agarró por el brazo. Un corsé negro apretaba su cintura, sus pechos parecían a punto de estallar y salir volando de un momento a otro.

—¿Me invitas a una copa, vaquero?

Holland la miró de soslayo. Era una chica atractiva, rubia con un lunar de pega cerca de la comisura de sus labios y que se restregaba contra el *ranger* para que este abriera su cartera.

—No soy un vaquero—le dijo mientras se apartaba su chaleco, dejando que la joven viera la estrella sobre su pecho.

La chica se dio la vuelta y, con muy malos modales, se fue por donde vino en busca de algún *cowboy* con ganas de pasar un buen rato a cambio de unos cuantos dólares.

El alcalde Morrison entró en el salón para mojar de nuevo su seco gaznate. Cuando vio al *ranger*, se acercó hasta él. Se apoyó en la barra mientras le hacía un gesto al barman.

—¿Qué pasa muchacho, un día duro?

—Creo que el juez Carline y yo no haremos buenas migas.

—¿Y eso?

—No me deja echar un vistazo al registro.

—Viejo tramposo... Bueno, tampoco es que todo esté perdido.

Consiga un mapa y yo le diré las tierras que han sido adquiridas por Potter...

—¿Cómo sabe que estoy aquí por eso?

—No lo sabía, pero era de esperar.—Sonrió—Cuando alguien como Erwin Potter deja tantos cadáveres por el camino, siempre llama la atención de alguien con mucha más ambición.

El alcalde Morrison volvió a sonreír. Jim era un tipo delgado, hacía semanas que no se afeitaba y su ropa, algo raída por el tiempo, le hacía ver al joven *ranger* que vivió tiempos mejores. Al igual que Carline, llevaba chistera y camisa azul de gamuza con más de un lamparón de grasa, además de unos pantalones negros con una cuerda de esparto como cinturón. Su aliento olía a cerveza y a bourbon. Decía una leyenda que, si le dieran un centavo cada vez que lo echaban del salón, sería el hombre más rico del pueblo.

Lo cierto es que consiguió la alcaldía subiéndose en una caja de madera bajo los efluvios del

alcohol a pregonar, a diestro y siniestro, todos los pecados del pueblo; fue un discurso tan sentido que arrasó con Paterson a las primeras de cambio. Hablaban las malas lenguas que aquello fue un pequeño revés para Potter y que ahora tenía al alcalde Morrison señalado.

—Tenga cuidado, muchacho, Potter maneja a los Mulligan y a los comanches. Si anda metiendo la nariz en sus asuntos acabará con una bala en su espalda.

—Lo tendré, aunque todavía no ha nacido nadie que me gane con el revólver.

—Muchacho, ni se le ocurra decir eso, da mala suerte. He visto sobre la arena a tantos grandes pistoleros que sus palabras me rechinan en el alma. Los Mulligan no vendrán a por usted en una lucha justa, será un tiroteo desigual y usted no tendrá ninguna posibilidad. Esto es el condado de Clay, no una novela de tres centavos. No le servirá de nada decir «arriba las manos». La cortesía en este territorio no está bien vista.

—Le agradezco el consejo.

Al salir del salón, su mirada se fijó en un carromato en donde viajaba un fornido hombre y una joven que podría ser su hija. La mujer le pareció el ser más bello de la creación, una flor delicada que había florecido en un páramo polvoriento. Se preguntó quién era aquel ángel de cabello largo y castaño y qué hacía en ese lugar dejado de la mano de Dios. En un instante, sus ojos se cruzaron, y no pudo evitar que su cabeza se moviera al mismo tiempo que la carreta. La continuó mirando con cierta insistencia. La joven se dio cuenta y, en un acto improvisado, le sacó de forma ostentosa la lengua, lo cual sorprendió a Jack que, pese a su maleducado gesto, se llevó su mano derecha al ala de su sombrero e inclinó su cabeza a modo de saludo.

—Laura, ¿qué diablos estás haciendo? —escuchó el *ranger* mientras el carromato se alejaba.

—No se lo tenga en cuenta, Jack. Acaba usted de chocar con el alma más libre de todo el condado de Clay, Laura Smith. No hay joven a cincuenta millas a la redonda que no haya probado su mal carácter. Por lo demás, es una chica excelente. —comentó el alcalde Morrison, que vio la escena y se acercó al *ranger*.

—¿Laura... Smith? —repitió tartamudeando.

—Sí, muchacho, Laura, la hija del veterinario. Vive a dos millas del pueblo, su casa no tiene pérdida, pero solo vaya si tiene algún problema con su caballo; si sus deseos son otros es mejor que prepare sus posaderas porque esa gacela salvaje lo va a patear hasta que se vaya de sus tierras —sonrió. — *Ranger*, creo que es mejor que se tome otro trago y que de paso invite a un servidor, su rostro está tan pálido que parece que haya visto un fantasma.

La presencia de aquel ángel de la belleza no le dejó ver que a su encuentro llegaban los tres hombres que el día anterior lo habían mirado con arrogancia. Lo esperaban en medio de la calle y no tenían buenas intenciones.

—¡No nos gustan los *rangers* en este pueblo! —dijo uno de ellos.

—¡Este pueblo pertenece a los Mulligan! Es mejor que regrese al agujero al que llama hogar si no quiere salir con los pies por delante.

—Señores, se lo ruego, no me hagan perder el tiempo. ¿Ustedes son de la banda Mulligan? —preguntó Jack mientras el alcalde Morrison se separaba unas cuantas yardas antes de que el tiroteo comenzara.

—Ajá—contestó otro de los *cowboys* mientras jugueteaba con un palillo entre sus dientes.

—Pues por orden del gobernador Roberts, están detenidos. Es mejor que tiren sus armas.

—¿Tirar nuestras armas? Tanto sol le ha calentado la cabeza.

—Si no obedecen tendré que matarlos.

El hombre con el palillo en la boca sonrió.

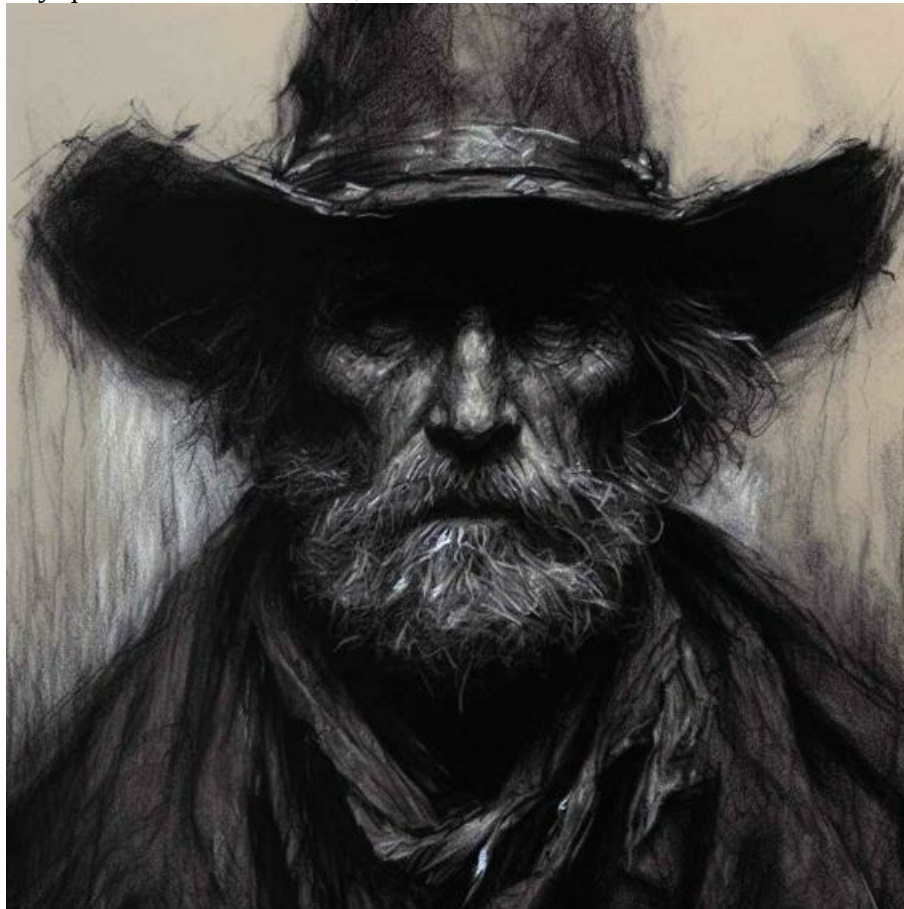
Durante esa pequeña conversación, el *ranger* estudió con detenimiento a los tres hombres. El

individuo de la izquierda desenfundaba con la mano derecha, ya que tenía el revólver sobre la pierna izquierda con la culata girada. Esta peculiaridad le indicaba que no era rápido a la hora de disparar, pero también pudo observar sus ropas. Llevaba pantalones del ejército confederado. Había participado en la contienda, lo cual era un claro indicio de que sabía usar el arma y, aunque no tenía velocidad, con seguridad tenía puntería. El hombre de la derecha sudaba demasiado y mostraba temor; sus ansias de que todo terminara se hacían patente en la palidez de su rostro. El problema era el del centro. Poseía dos *Colts 45*, con las culatas marcadas. Era un pistolero con muertes a sus espaldas, seis o siete, tal vez ocho. Para tener más, debías ser un virtuoso con el revólver. Lo más probable, como decía el alcalde Morrison, es que te quedaras por el camino, siempre hay otro pistolero más rápido. ¡Siempre! La suerte no dura, y al final es normal que termines siendo un nombre olvidado por todos, con tu cadáver descansando en una tumba a la que nadie lleva flores. Así que cuando desenfundó, lo hizo contra el pistolero. Llevó su mano izquierda al martillo percutor y apretó el gatillo. Un tiro certero. El pistolero cayó al suelo con una bala en el pecho. Después, Jack apuntó al *cowboy* de la izquierda que estaba a punto de dispararle, pero el *ranger* fue más rápido. Una bala en el estómago, le hizo caer de rodillas sobre la arena de la calle.

—¡Dile a los Mulligan que este pueblo ya no es suyo—le habló al tercer hombre—que si tienen algo que decirme, les estaré esperando...

El hombre asintió aterrorizado.

...y que mi nombre es Jack, Jack Holland!



James Mulligan

La cueva, en pleno territorio comanche, era un gran agujero esculpido por el tiempo y la naturaleza, donde la banda Mulligan se escondía de la ley. Apartada de los ojos de los hombres de bien, para llegar a ella había que pasar una suerte de estrechos desfiladeros protegidos por hombres armados con rifles de repetición.

En la cueva escondían su botín, un grandioso tesoro que en años de saqueos y asesinatos fueron amasando. Incluía grandes cantidades de plata en forma de monedas, candelabros y cuberterías, collares de perlas que alguna vez colgaron del cuello de alguna dama, y oro saqueado de las bocas de sus víctimas, que derretían y formaban pequeños lingotes. También había sacos repletos de polvo del preciado metal conseguido por atacar a la multitud de pequeñas minas que salpicaban el territorio, así como bolsas repletas de dinero de sus atracos al ferrocarril y a las diligencias que surcaban el país. Allí, en la cueva, estaban seguros. El jefe *White Horse* llegó a un pacto con Potter para que nada ni nadie perturbara a la banda de los hermanos Mulligan.

Una delgada silueta apareció en la entrada de la cueva. Su rostro hirsuto y cadavérico transmitía temor incluso a sus propios hombres.

Su nombre era James Mulligan. Conservaba los pantalones de su antiguo uniforme confederado y portaba unas botas de caña alta adornadas con unas espuelas mexicanas de plata arrancadas de un hombre al que él mismo asesinó. Sus manos, enfundadas en guantes de cuero, ocultaban las terribles quemaduras que se ganó durante la contienda civil. De su cintura colgaban dos *Colts Navy*. Nunca fue un gran pistolero, aunque fuese de gatillo fácil. Compensaba esa carencia con grandes dosis de maldad; siempre estaba dispuesto a desenfundar si sabía, de antemano, que sus balas serían las primeras en atravesar el cuerpo de su adversario.

Una treintena de hombres esperaban la señal para subirse en sus monturas y hacer lo que mejor se les daba: matar. Eran hombres curtidos en la batalla, algunos antiguos granjeros reconvertidos en asesinos y ladrones que, en la violencia, vieron la escapatoria de una vida repleta de miseria, sin moral, sin remordimientos, sin Dios. Otros eran truhanes sin oficio ni beneficio, despojos de una guerra que perdieron, en la que eran arcángeles de la destrucción, sin más amos que la pólvora y el botín.

James Mulligan sonrió mientras una gota de sudor cruzaba a gran velocidad su rostro. Ante él se abrían grandes claros, cielos infinitos de un azul tan profundo como la propia inmensidad. Sumergió una taza de metal en un barreño de agua, se enjaguó la boca y la escupió casi al momento.

—¡Traedme a esa sabandija cobarde! —les ordenó en relación con el hombre que sobrevivió al tiroteo en el pueblo.

—Ha muerto; no soportó la paliza que le diste.

—¿Cómo decía que se llamaba el *ranger* de Texas? —preguntó al resto de sus hombres.

—Holland, Jack Holland.

—¿Holland? —Se preguntó a sí mismo, tratando de hacer memoria. Un gesto de contrariedad

cruzó su cara. En un instante fugaz, recordó al reverendo Holland y a su hijo. No supo jamás la razón por la que perdonó la vida al chico. Los niños crecen y se convierten en problemas. Por esa razón, tenía la «virtud» de pasar a mujeres y a niños a cuchillo. Nunca le gustaron los flecos. La venganza, él lo sabía bien, mueve a los hombres. Cualquier día uno de esos niños se convertiría en hombre y le dispararía por la espalda cuando quizás él fuese un anciano y ya no pudiera sostener sus armas para defenderse.

Con Jack tenía un mal presentimiento, de esos que al final no te dejan dormir y se convierten en un gran problema.

Una semana antes, el señor Potter les hizo un encargo: atacar a un pequeño propietario llamado Patrick O'Keefe, otro incauto que pensaba que aquel terruño seco y árido era suyo. La misión era como todas: no dejar piedra sobre piedra y colgar a todo aquel que se interpusiera en su camino. Pero aquellos hombres estaban cansados de esperar; la desidia hizo mella en ellos. Eran como leones enjaulados que no hacen otra cosa que recorrer sus jaulas una y mil veces. Las peleas en el campamento comenzaron a ser algo habitual; incluso uno de sus hombres perdió una oreja en una de aquellas trifulcas. Así que James tomó la decisión de no esperar ni un día más.

Montaron en sus caballos y recorrieron el largo desfiladero. Cuando lo cruzaron, divisaron los espacios abiertos, los montículos pedregosos que se elevaban hasta acariciar el cielo. Fueron al trote hasta abandonar territorio comanche; allí la protección del jefe *White Horse* se terminaba. La nube de polvo que formaban se veía a millas a la redonda, pero se disipaba con rapidez a causa del viento. Llegaron a un gran valle en donde proliferaban los pequeños brotes verdes que se abrían paso por la aridez del terreno. Por fin divisaron el rancho O'Keefe, una pequeña choza de tablas de madera, un granero algo destartado y una cerca para guardar el ganado, en donde había una vieja yegua enferma y famélica que era atacada sin tregua por un enjambre de moscas. James sacó un catalejo. Por un momento oteó el terreno; un par de niños pelirrojos ayudaban en las labores del campo, mientras que una niña más pequeña, también pelirroja y de largo cabello, arrastraba un pesado cubo de agua. James movió el catalejo y observó la cabaña: la puerta se abrió y salió una mujer barriendo con desgana. Volvió a mover el catalejo buscando al hombre, pero no lo vio. Escupió al suelo y masculló unas palabras.

—La sabandija de O'Keefe parece que no está. No queméis la casa.

Dejaremos un par de hombres esperándolo. Vamos allá.

Clavó las espuelas a su caballo y salió al galope. Todos los hombres lo siguieron. Esta vez no hubo disparos de «bienvenida». Los dos chicos miraron hacia el grupo de bandidos con curiosidad, dejando de realizar las tareas. La chiquilla dejó caer el cubo, al tiempo que la mujer salía al porche al escuchar los cascos de los caballos. El grupo de jinetes se fue acercando hasta que se detuvieron a escasas yardas de la casa.

Solo James se aproximó a lomos de su caballo hasta la mujer. Cruzaron sus miradas y un pequeño silencio incomodó al forajido.

—¿Qué desean, caballeros?

James sonrió. Echó un vistazo hacia atrás y contempló a sus hombres; acto seguido, desenfundó su revólver y disparó tres veces contra la mujer. La primera bala la alcanzó en el vientre. La segunda destrozó su ojo derecho. La tercera se alojó en el corazón.

—¡Que no quede nada de este condenado sitio! —gritó James repleto de cólera.

Los hombres comenzaron a disparar, mataron a la yegua, a las gallinas y al perro. Quemaron el granero ante la aterrada mirada de los tres niños, pero respetaron la destartada casa como había ordenado James.

—¡Cuando vuelva mi padre acabará contigo, malnacido! —gritó con rabia la chiquilla,

intentando aguantar el llanto.

—¿Se lo vas a contar?

—Se lo diré todo, también lo de madre.

—¿También le dirás cómo murieron tus hermanos?

La chiquilla observó a sus hermanos que la miraban de reojo haciéndole muecas para que se callara.

—Pero... mis hermanos están vivos.

—No, no lo están. ¿No los ves colgados de esa rama? —preguntó James mientras señalaba hacia un viejo árbol.

—No.

—Colgadlos.

Los bandidos prepararon las sogas para los muchachos. Colgaron las cuerdas de una rama y arrastraron a los chicos hasta allí sin que estos dijeran ni una palabra. Luego, colocaron las sogas alrededor de sus cuellos y ataron los extremos al fuste de dos sillas de montar. Los forajidos clavaron levemente las espuelas en sus monturas y los caballos avanzaron, haciendo que los chicos se elevaran del suelo lo suficiente para que sus piernas comenzaran a patallar en el aire.

—¿Ves? Te dije que estaban colgados de esa rama.

—Bájalos, por favor... no le diré nada a padre.

—Yo quiero que se lo digas, dile cómo sufrieron antes de morir.

¿Los ves? Mira cómo se mueven, es gracioso. ¿Verdad?

—¡No, no lo es, bájalos!

—Mira... mejor no le digas nada—. James desenfundó y disparó su revólver volándole la cabeza a la chiquilla. Desfiguró su rostro angelical de tal manera que era irreconocible, un amasijo de pelo, hueso y sangre.

Un nuevo recordatorio para los incautos como O'Keefe. Aquel era el territorio de los Mulligan. Ellos eran la única Ley. Una Ley no escrita en los libros y que era impuesta con pólvora y sangre inocente.

Al terminar su función particular de muerte y destrucción, el grupo de forajidos se largó de allí sin mirar atrás, mientras una densa nube de humo negro y denso ascendía al cielo.



Patrick O'Keefe

Pronto llegó al pueblo la noticia de que la granja de Patrick O'Keefe había sido atacada por la banda de los hermanos Mulligan. Jack cabalgó durante todo un día, hasta llegar a la propiedad. Lo primero que vio en la distancia fue como aquel duro irlandés cavaba cuatro tumbas, y los cadáveres de dos forajidos que eran devorados por los buitres. Cuando estuvo a su lado, desmontó del lomo de Rin, se remangó la camisa y se puso a cavar sin mediar media palabra, mientras el sol caía con toda su vertical. Cubrieron las tumbas con piedras muy pesadas para evitar que las alimañas desenterraran los cadáveres. Clavaron una cruz de madera retorcida y seca en cada tumba, bajaron la cabeza y Jack pronunció unas palabras:

—Jehová es mi pastor;
nada me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará descansar;
junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma;
me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.
Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno,
porque tú estarás conmigo;
tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

Patrick, un hombre de mediana edad, bien parecido y robusto, tenía unos profundos ojos verdes y una tupida mata de pelo pelirrojo sobre su cabeza. Se asentó en el condado al comprar una parcela que nadie quería, pero que, por desgracia, lindaba con las muchas propiedades que poseía el señor Potter. Si bien el acaudalado ganadero le ofreció una buena suma por sus tierras, el irlandés nunca aceptó.

Sufrió en sus carnes a los grandes propietarios y nobles ingleses en su Irlanda natal. Sabía lo que era arañar la tierra con sus propias manos y no conseguir nada. La verde Irlanda le dio la espalda, lo condenó al hambre y al miedo, a escuchar los ladridos de los perros de los terratenientes pisándole los talones, a sentirse extranjero en su propio país. Fue algo natural convertirse en un agitador, en un subversivo que se dio cuenta, demasiado pronto, de que jamás echaría a los caciques ingleses de su tierra. Así que decidió que la única forma de sacar algo de provecho a aquella situación, era asaltar a incautos recaudadores de impuestos o entrar en las mansiones de los grandes terratenientes en busca de todo lo que le convirtiera en alguien rico.

Formó una banda con conocidos y vecinos, gente que probó demasiadas veces el látigo inglés, rebeldes e inadaptados que no tenían nada más que perder que sus vidas. Se echó a los caminos, robó y mató para sobrevivir hasta que, un día, vio su cara en un cartel de «se busca» con una recompensa demasiado succulenta. Terminaría traicionado por sus propios hombres, con un

cuchillo en la espalda o un disparo a quemarropa en el corazón. La justicia inglesa jamás le perdonaría sus tropelías; tampoco Patrick era de la clase de hombre que suplicara clemencia. Su Majestad se podía meter su gracia por el ano; él brindaría por ello con una buena pinta y cantando canciones prohibidas en el infierno, si era menester.

O'Keefe tenía las manos cubiertas de sangre, demasiadas veces agarró lo que no era suyo. La plata inglesa no está hecha para las sucias manos irlandesas. Su destino era acabar colgado en cualquier cruce de caminos, esperando a que el diablo le arrebatara su alma. Así que decidió poner un océano de por medio entre la justicia inglesa y su cuello. Metió a su familia en aquel viejo «cascarón» rumbo al nuevo Edén. América era la tierra prometida donde por fin lograría ser dueño de su destino.

De todas maneras, no se arrepentía. Siempre fue un hombre codicioso, con demasiados sueños de grandeza, amante del dinero ajeno y con una facilidad pasmosa de meterse en líos. Sabía pelear y disparar; llevaba toda su triste existencia luchando, primero en las batallas de otros, después en sus propias batallas. Su nombre se hizo popular en su Irlanda natal, las jóvenes cantaban en secreto sus «hazañas» y fantaseaban con tenerlo entre sus sábanas. Los niños soñaban con unirse a su banda y derramar sangre inglesa. ¡Dios salve a Irlanda! Con todo lo que pasó para conseguir aquel trozo de tierra dejado de la mano de Dios, no iba a regalárselo al primero que tocara en su puerta.

—Gracias, *ranger*... Me ensañé con esos dos bellacos. Me esperaban para matarme como hicieron con mi familia. Escapamos del hambre en Irlanda y mire... Pronto me reuniré con ellos. Aquí ya no tengo nada, pero antes me llevaré a alguno de esos hijos de puta por delante. ¡Maldito seas, Erwin Potter y malditos esos bastardos de los Mulligan! Yo era como ellos, pero jamás me dejé comprar por un rico terrateniente —dijo mientras apretaba los puños y miraba al cielo con sus ojos repletos de cólera—. Colgaron a los chicos, eran buenos chicos. Mi mujer era un ángel, pero lo que le hicieron a mi niña... No son seres de este mundo *ranger*. El día que se decida a perseguir a esos malnacidos no me deje fuera. Con gusto pondré mi rifle a su servicio.

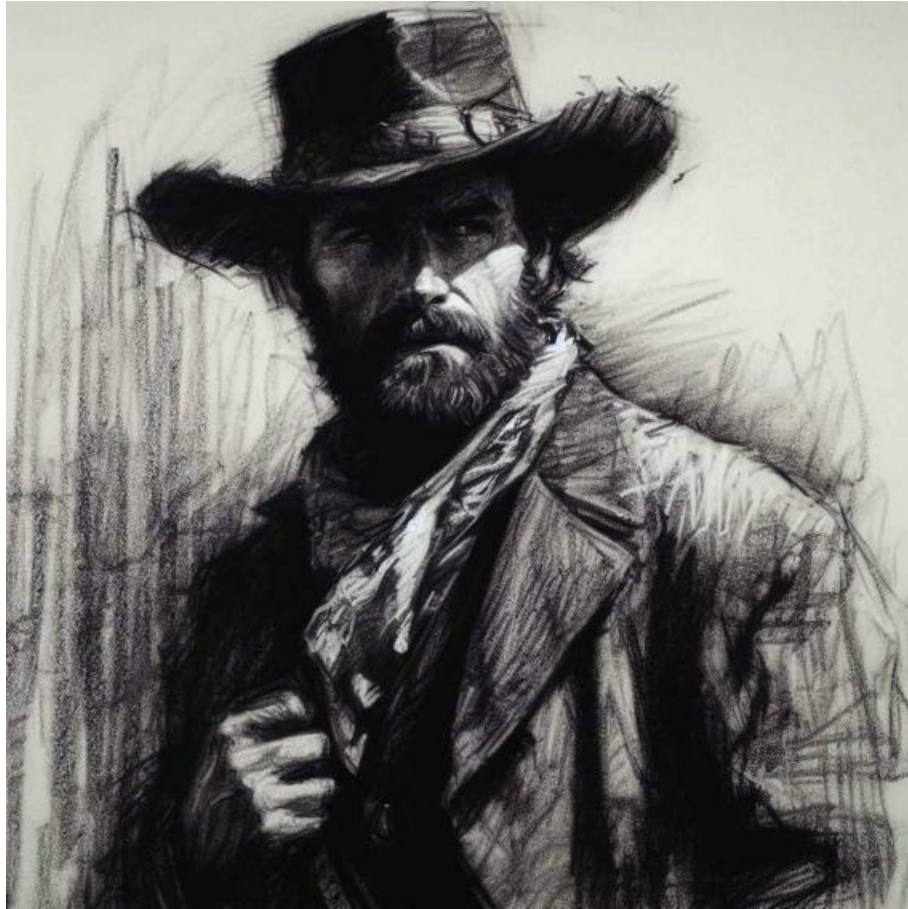
Solo me ausenté un par de días para vender el último buen caballo que nos quedaba. Con el dinero, íbamos a buscar un pozo. Necesitamos agua para plantar, en este arenal no crecen más que matojos y malas hierbas. Ahora ese dinero me servirá para comprar balas.

Jack lo miró con cierta dosis de ternura y piedad. Sabía que pronto debía montarse en su caballo y emprender una lucha sin cuartel contra Erwin Potter y sus secuaces. No sería fácil; en la ciudad contaba con demasiados apoyos. Su dinero llenaba muchos bolsillos y acallaba bocas, incluyendo la del mismísimo juez federal Carline. Si no jugaba bien sus cartas y medía con cuidado sus movimientos, podría encontrarse al otro lado de la ley. Carline tan solo tenía que dictar una orden y convertir al ranger en un proscrito con una recompensa sobre su cabeza, ya fuera vivo o muerto.

—Mi nombre es Jack Holland y dentro de poco tiempo, le proporcionaré la justicia que usted necesita. Tenga por seguro que cabalgará a mi lado. He venido a parar este baño de sangre y necesitaré buenos hombres dispuestos a todo.

—No se preocupe por eso, sé matar y puedo llegar a ser un hombre cruel, pero no busco justicia ni Ley, eso es para los débiles.

—Podemos llamarlo venganza, eso no me quitará el sueño.



Frank Mulligan

Tres años antes

Una casa solitaria en medio de una inmensa pradera. El viento soplaba con violencia en los campos, dibujando con la hierba alta caprichosas formas. La construcción parecía una isla en medio de un océano furioso. Ante Frank, el pasado se erguía en forma de enclenque cabaña, como una inmensa columna dórica que lo golpeaba en la memoria. En aquella frágil casa fue casi feliz, tan feliz como se puede ser cuando no se tiene nada. Fue la casa de su familia y después, la casa de James cuando se casó con Audrey. Ella seguía viviendo allí con Jim.

Frank acarició al caballo dándole una palmada en las polvorientas crines.

—Buen chico.

Lo espoleó suavemente y avanzó hasta la casa despacio. La cabaña no había cambiado mucho, estaba tal y como la recordaba antes de ir a la guerra. Era una construcción humilde de madera, con un pequeño porche donde descansaba una mecedora que perteneció a su madre. La cabaña estaba repleta de recuerdos. Allí James y él dejaron de ser niños. Nunca hubo cariño en aquel hogar. Su padre era un buhonero que casi nunca estaba; se pasó la vida recorriendo los caminos hasta que un verano ya no regresó. Su madre era una ferviente metodista que intentó inculcar la palabra del Señor en sus hijos a base de hambre, castigos y penurias varias.

A pesar de todo, Frank siempre tuvo a su hermano James para protegerlo, de algún extraño modo que no entendía, seguía siendo así.

James le pidió que emprendiera un viaje en busca de su hijo Jim. El chico vivía con su madre, no se conocían. Por eso, una noche de *whisky*, a James se le metió entre ceja y ceja que había llegado la hora de convertir a su hijo en un hombre. Su madre ya lo había tenido demasiado tiempo entre sus faldas. Solo el chico le unía a esa mujer, ella se lo robó y a los Mulligan no les roba nadie. En algún tiempo remoto, la quiso, pero aquel James ya no era este James. La guerra oscureció su carácter y lo convirtió en un ser medio hombre, medio bestia.

Algo siniestro creció en su corazón hasta ocupar todo su espíritu, y su voluntad; no lo podía explicar con palabras, pero ese algo tenía un hambre voraz. «Aquello» necesitaba sangre para acallar los gritos de su interior, las pesadillas en las que moría en el campo de batalla, atravesado por una bayoneta, o por un trozo de metralla, mientras las voces de los muertos lo llamaban desde el infierno.

Se acostumbró demasiado pronto a tomar lo que quería, a tener entre sus sábanas a mujeres de las que jamás aprendería su nombre, y el calor de hogar ya le sabía a poco. Se olvidó de su antiguo ser como quien se olvida de un pariente lejano que hace años que no ve.

Frank desmontó y ató al caballo a uno de los postes de madera que formaban el porche. Subió los tres escalones; la madera se quejó como una vieja que se muere. Por fin, abrió la puerta; olía a estofado.

Audrey siempre fue una buena cocinera. La mujer no se encontraba en la casa, así que Frank agarró un plato y se sirvió un poco de ese delicioso guiso. Colocó su revólver sobre la mesa y comenzó a engullir como si aquel plato de comida fuese el último bocado sobre la faz de la tierra. Escuchó unos pasos que se acercaban desde la puerta trasera. Audrey vio a Frank, fue una visión que ya no esperaba.

Frank la vio; iba cargada con un barreño de ropa seca. Audrey estaba envejecida; el tiempo no la trató bien. Su cabello, antaño castaño, se volvió en gran parte blanco. Su ropa tampoco acompañaba; parecía una pordiosera, una granjera a la que la cosecha ha dado la espalda.

—Frank...

El forajido levantó los ojos del plato de comida y la miró sin decir nada, mientras seguía masticando despacio.

—... no esperaba verte nunca más... Ha pasado mucho tiempo, os creía muertos.

Frank la continuó mirando con cierto desdén hasta que, con la boca todavía llena, se dignó a pronunciar unas palabras.

—¿Y Jim?

—¿Qué quieres, Frank?

—Hacía tiempo que no comía como Dios manda.

—¿Qué quieres de Jimmy? Él no es como vosotros.

—James ha decidido que es hora de hacerlo un hombre. Tú ya lo has malcriado bastante. He venido a llevármelo.

Audrey soltó el barreño y la ropa se desparramó por el suelo. Agarró un cuchillo y avanzó con rapidez hacia Frank, mientras que este seguía comiendo. Colocó el filo en la garganta del bandido.

—¡Dile a tu hermano, cuando lo veas en el infierno de dónde vienes, que jamás se llevará a mi hijo, jamás! ¿Entiendes lo que te digo, sabandija inmunda?

—Veo que con los años no has mejorado, siempre fuiste de armas tomar.

—¡¡Te rajaré el cuello como no saques tu culo de aquí!!

Frank soltó la cuchara y agarró la muñeca de Audrey, la sostenía con tanta fuerza que hizo que la mujer soltara el cuchillo. Acto seguido, agarró el revólver de encima de la mesa y golpeó con la culata la frente de Audrey y esta cayó al suelo.

—Malnacido—masculló dolorida desde el piso.

Frank dio unos pasos y se colocó a pocos centímetros de Audrey.

En el fondo, sintió pena por ella y por Jim. Sabía la vida que le esperaba al chico, huyendo y con precio puesto a su cabeza solo por acompañar a la banda de «Los Hermanos Mulligan». Frank sabía que el chico estaría mejor con su madre, en la escuela, trabajando en las labores del campo y acudiendo los domingos a la iglesia, pero su padre lo quería a su lado para convertir la vida de un simple muchacho en una vorágine de destrucción y muerte.

—¿Dónde está Jim? Audrey, no lo volveré a preguntar.

—Pronto llegará de la escuela. ¿Qué le dirás cuando me vea sangrando? ¿Que has sido tú? Siempre habéis sido unos cobardes. Mira a tu hermano, tiene que mandarte a ti para raptar a su propio hijo y así no dar la cara. Siempre has sido su chico de los recados. Sin un revólver en la mano, sois medios hombres...

—¡Cállate! ¡Cállate! —Por un momento fugaz, volvieron a rebotar en su cabeza, a hurgar en sus sienes, las palabras que su madre les dedicaba mientras los azotaba en una ronda de castigos que no tenían final.

Pero Audrey no se calló; siguió hablando, cargando su lengua de una retahíla de reproches que

parecían no tener fin. Palabras que Frank se negaba a escuchar, pero que se colaban en su espíritu, dañándolo y enmarañando sus sentidos hasta volverlo loco, convirtiéndolo en el ser más pequeño que había en el universo.

...unos estúpidos malnacidos sin un sitio donde caer muertos.

Seréis pasto de los buitres, nadie os llorará, iréis directos al infierno. Ni vuestra madre os quería. No me extraña que tu padre os abandonara...

—¡Cierra esa boca! —le gritó Frank mientras la apuntaba con su arma.

—¡Dispara... vamos! ¿A qué esperas? ¡Eres capaz de dejar a tu sobrino huérfano!

Frank apretó el gatillo y la bala atravesó el cráneo de Audrey. Su cuerpo se desplomó sin vida en el suelo. Un dibujo sanguinolento se plasmó poco a poco en la pared; estaba formado de pelo, sangre y pequeños fragmentos de hueso; era la imagen de la propia Muerte. Durante la guerra, Frank la vio muchas veces. Al principio, intentaba apartarla de sus pensamientos, pero era una lucha imposible de ganar. No le quedó más opción que convertirla en su musa, vivir solo para ella y regarla con *whisky*. Así la vida que llevaba era mucho más agradable, sin los continuos remordimientos sobre el bien y el mal, sobre Dios y el maligno que su madre les inculcó desde pequeños, con aquellas interminables lecturas bíblicas que tanto los traumatizaron.

No pudo soportar las palabras de Audrey. En realidad, cuando disparó, sintió que le disparaba a su madre. Necesitaba que se callara y que dejara de repetir que él y su hermano acabarían devorados por las llamas del infierno para toda la eternidad, que su castigo no tendría fin, solo sentirían dolor, para siempre.

Miró a Audrey mientras se metía un puñado de tabaco para mascar en la boca. Sintió en su alma la necesidad de largarse de allí, pero antes debía borrar esa maldita cabaña de la pradera. Agarró una lámpara y la estrelló contra la pared. El queroseno empapó la madera y la atmósfera se impregnó de su olor. Frank encendió una cerilla y el queroseno hizo el resto. Una gran bola de fuego volvió el aire irrespirable y las llamas se elevaron, envolviendo a la cabaña en una masa de calor repleto de continuas ondulaciones. Frank se alejó al trote, echó un corto, pero intenso vistazo, como si esperase que, de un momento a otro, su madre emergiera de allí envuelta en fuego, con su Biblia en una mano y el cinto de cuero en la otra.

—¡Muérete! —susurró entre dientes.

Frank siguió el camino de la escuela y, si Audrey le dijo la verdad, pronto vería a Jim por aquella senda que tantas veces recorrió él cuando era un mocoso. Lo divisó en la distancia; no era un chico demasiado alto, los Mulligan nunca lo fueron. Tenía el pelo castaño muy alborotado, portaba un par de libros atados a un cinturón con hebilla. Sus ropas, algo raídas, le quedaban pequeñas. Se acercó al muchacho al trote. El chico lo saludó.

—Buenas tardes, señor.

—¿Sabes quién soy?

—Le he...—el muchacho dudó— visto en una foto que tenemos en casa, usted es mi tío Frank.

—He venido a llevarte con tu padre.

—Madre me advirtió que un día vendrían.

—¿Y qué te dijo?

—Si eso ocurría, debía correr al pueblo y avisar al *sheriff*.

—¿El *sheriff*? ¿Sigue siendo el viejo Hunter?

El chico asintió.

—Ese hombre no sería capaz de atrapar ni su propio sopor. ¿Vendrás conmigo?

Jim negó con la cabeza.

—¿Y qué harás?

El muchacho encogió los hombros mientras observaba cómo una columna de humo se elevaba hasta las nubes.

—¿Qué le ha hecho a madre?

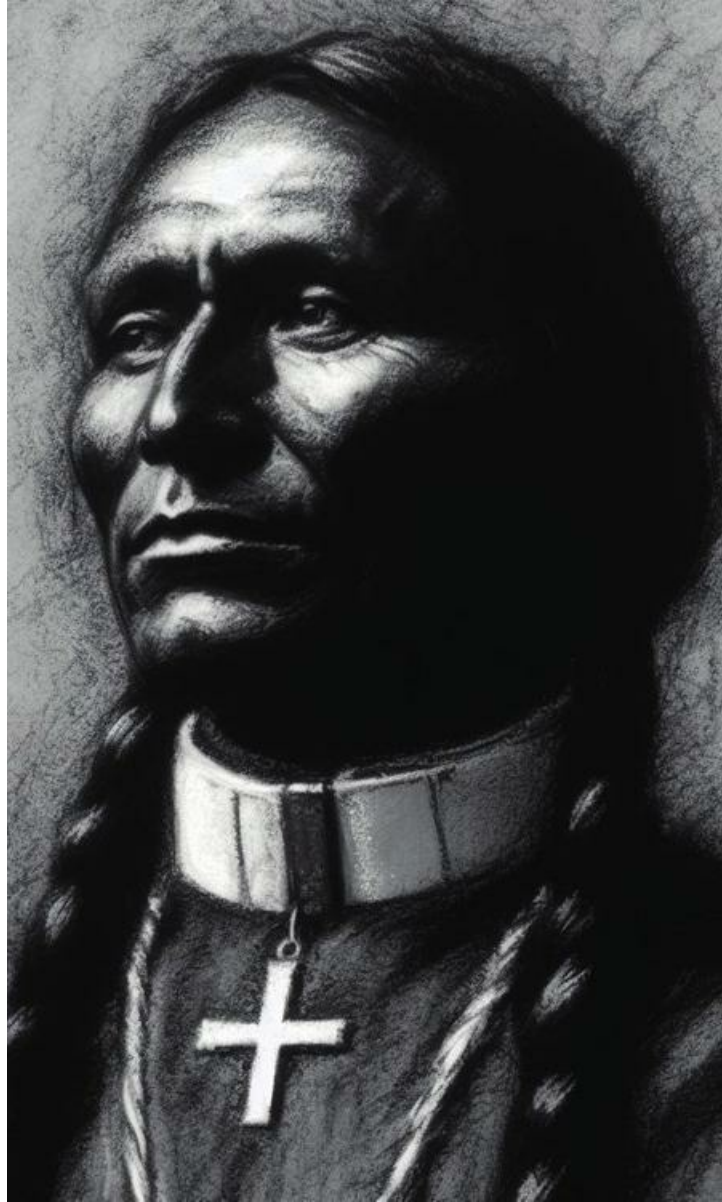
—Deberías obedecerla, sé un buen chico. ¡Corre!

Jim echó a correr. Se dirigió de nuevo hacia el pueblo. Frank vio cómo se alejó y sonrió: para él, era como un juego. Hizo que su caballo diera dos vueltas sobre sí mismo y le clavó las espuelas. El caballo se elevó sobre sus cuartos traseros e inició la persecución. El jinete lo volvió a golpear con las riendas sobre su grupa. Frank vio al chico, corría con desesperación, acosado por el aliento del caballo. Se inclinó sobre la silla de montar y con la mano derecha alzó al muchacho.

—¡Te atrapé, pescadito!

—¿Qué le ha hecho a madre? —le gritaba mientras intentaba soltarse.

—¡Olvídate de ella, tu padre y yo estamos construyendo algo muy grande para ti, solo para ti!



Lazy Bear

Era una mañana soleada de domingo. Jack Holland caminaba por la calle principal. Al final de la vía, la iglesia de madera se alzaba desde el suelo como una aguja que apuntaba al infinito; parecía brillar inmaculada, como si fuese más del cielo que de la tierra. El reverendo daba la mano a los muchos feligreses que salían de su interior. Todos ellos, ataviados con sus mejores galas, inclinaban su cabeza y estrechaban la mano del pastor. Jack observó cómo el reverendo se acercaba con paso rápido hacia él. Vestía todo de negro y llevaba un sombrero también negro que lo protegía del sol. Parecía un pájaro de mal agüero provisto de alzacuellos. Sostenía una biblia con su mano derecha y la izquierda la tenía cerrada en forma de puño. Se detuvo a poca distancia del ranger y comenzó hablar.

—No lo he visto en el sermón, *ranger*.

—He tenido demasiados sermones en mi vida, pastor.

—Stone, hijo, Pastor Joss Stone. Nunca es tarde para volver a los brazos del señor.

—Si usted lo dice.

El Pastor Stone notó cierta apatía en las contestaciones del *ranger*, cosa que lo incomodó de sobremanera, así que cambio de tema y le contó lo que realmente quería decirle.

—Necesito sus servicios como agente de la ley.

—¿Y eso?

—Un indeseable, un piel roja. ¿No se ha enterado? Se ha instalado en las afueras del pueblo, justo a pocas yardas de la iglesia, se hace llamar reverendo, un salvaje con un pequeño séquito, furcias y bastardos de su misma raza que lo acompañan. ¡Le pido...le exijo que lo eche de la ciudad! —enfaticó levantando el puño a la altura de su cara. —Ese personaje ha venido a socavar la convivencia de este pueblo con sus blasfemias. Además, me pide que abandone a mi rebaño, alegando no sé qué derecho. Es un impío, su lengua ensucia las palabras del Altísimo...

—Vale, vale —lo interrumpió— le he entendido, echaré un vistazo y veré lo que puedo hacer, pero eso no entra dentro de mi jurisdicción.

—Ni que decir tiene que, si el salvaje se pone violento, nadie le echaría en cara si lo mata.

—¡Pastor Stone, eso no es muy cristiano que digamos!

—Yo solo soy la voz de mi congregación, muchos querían colgarlo, se lo aseguro.

Jack Holland caminó hasta los límites del pueblo. Justo detrás del templo se encontraba un gran tipi. Su aspecto sorprendió al *ranger*.

Era una construcción de forma cónica, recubierta de pieles de bisonte tan blancas que irradiaba una luz pura, casi celestial. Algunos niños indios jugaban a su entrada, correteando sin parar, y varias mujeres, también indias, se afanaban en diversas tareas domésticas.

Caminó hasta su entrada y echó un vistazo dentro del tipi. En su interior vio a una veintena de indios realizando un culto cristiano y, al frente de ese culto, se encontraba otro indio. El predicador indígena poseía una gran melena negra recogida en dos largas trenzas que le llegaban hasta la altura del pecho. Llevaba una camisa negra con alzacuellos y, por encima, una chaqueta

de piel de ante marrón con una sucesión interminable de flecos que cubrían las mangas. Sus pantalones, también de ante, poseían otra gran cantidad de flecos que recorrían toda la pierna. El *ranger*, por respeto al culto, esperó a que el oficio terminara. La voz del indio resonaba dentro del tipi en forma de salmo y en un perfecto inglés.

—... Y de verdad os digo que, si perdonáis a los que nos dañan, si perdonáis a los que nos persiguen, las puertas celestiales se abrirán para nosotros y nos sentaremos en la gran pradera junto a Dios. ¡Alabado sea!

Una vez que la congregación salió del tipi, el indio se dirigió a Jack.

—He soñado con usted *ranger*. Creí que era un espíritu, pero veo que es de carne y hueso.

—¿Cómo?

—Pronto estallará una guerra y necesitará mi ayuda y la de Dios.

Se avecinan tiempos difíciles; los vientos de la guerra sacudirán este condado. Pero supongo que usted habrá venido a petición del pastor Stone. ¿No es así?

El *ranger* asintió.

El reverendo indio sacó de un bolsillo de su chaqueta, una hoja de papel doblada en varias mitades. Se trataba de un documento emitido por «La Iglesia Episcopal de los Estados Unidos», en el que se decía que el portador de ese documento, un tal reverendo Preston Smith, estaba legitimado para predicar el Evangelio en la ciudad de Henrietta, ocupando cualquier edificio donde se prestara el culto de dicha confesión.

—Reverendo, no tiene aspecto de llamarse Preston.

—Durante algunos años fui criado en un orfanato, ese fue mi nombre cristiano, el que me puso el predicador. Mi nombre cheyenne le pareció del todo inapropiado.

—No es nada habitual ver a un indio predicador.

—Los caminos del señor son inescrutables. Lo cierto es que estaba a punto de arrancarle la cabellera a un «casaca azul» del 7º de caballería en *Little Bighorn*—sonrió—cuando un chorro de luz celestial inundó mis ojos y una voz profunda que nacía de mi interior me dijo: «Te bautizarás y llevarás mi palabra por todos los confines del mundo conocido».

—¿En serio?

—No, claro que no. Hace mucho que estoy bautizado—le contestó para después soltar una sonora carcajada.

—Esto no le gustará al pastor Stone, pero nada tiene que ver con mi trabajo.

—Mañana mismo ocuparé mi iglesia. Estoy en mi derecho como pastor. Dígale al señor Stone que recoja sus cosas y que se vaya. Creo que en el rancho Potter será bienvenido. Allí necesitan consuelo cristiano. Ese tal Potter está condenado al infierno.

—Creo que algunas personas de su congregación no estarán de acuerdo. Tendrá problemas.

—Lo que está escrito es inamovible. Lo que vendrá mañana nadie lo sabe. Por cierto, esta noche, pase por aquí. Tendré algo para usted.

El vaquero asintió.

—*Lazy Bear*.

—¿Perdón?

—Mi verdadero nombre, *Lazy Bear*.

Horas después se vio al pastor Stone subido en un carruaje, camino a las tierras del Sr. Potter. Dijeron que su semblante serio reflejaba

un gesto de odio y revancha. Movía sus labios para que solo él pudiera escucharlos, como si su propio pensamiento no le bastara para apuntalar sus verdades, sus miedos y odios más profundos. Lo cierto era que el pastor Stone fue colocado allí por antiguos poderes, como el doctor Paterson

o el juez Carline. Dios era otro modo de controlar a la plebe, de tenerla subyugada bajo los designios de un poder al que las gentes de Henrietta no querían perturbar.

Era como si encontraran una protección celestial que les libraba de todo mal.

Aquella misma noche, Jack se dirigió de nuevo al tipi. No le sorprendió escuchar cánticos indios resonar dentro de la tienda. Echó un vistazo dentro y contempló a media docena de cheyenes tocando varios tambores al unísono y cantando en lo que parecía algún tipo de ritual pagano en el que el nuevo pastor de Henrietta participaba. Cuando *Lazy Bear* vio al *ranger*, salió de la tienda y le recibió con una amplia sonrisa.

—Me complace verlo aquí de nuevo. Tengo algo para usted. He rezado y ayunado para cargar de poder este amuleto...

El indio tenía un collar en una de sus manos, algo parecido a un rosario, formado por un indeterminado número de cuentas y una pequeña placa redonda de madera con un extraño símbolo.



— ... mientras lleve colgado en su cuello este collar, ninguna bala lo rozará. Es una medicina poderosa; será invisible para ellas, pero debe librarse del gigante indio. Algún día se encontrará con él y este poder se esfumará como el humo. No se olvide, se lo ruego, jamás aparte de su memoria esta advertencia.

—Gracias —le dijo a pesar de que jamás había creído en supercherías.

—No me las dé a mí. El cielo tiene un plan para usted. Yo tan solo soy un vehículo para

otorgarle su gracia.

Jack Holland se alegró de que *Lazy Bear* se quedara en el pueblo siendo el nuevo predicador. Le inspiraba confianza y tenía la certeza, sin ningún tipo de duda, de que serían grandes amigos. El nuevo reverendo se ganó el cariño de gran parte de la congregación con su mensaje de paz. Algo que, por otro lado, el pastor Stone no hacía, ya que su oratoria estaba cargada de odio. Odio al distinto, al mestizo, al mexicano, al forastero. Por supuesto, algunos «notables» ciudadanos siguieron a Stone porque necesitaban su mensaje de confrontación.

Sin embargo, ¿quién no era extranjero en aquella tierra apartada de los designios de Dios? En la región, *Lazy Bear* se hizo popular y pronto todos los bancos de la iglesia se colmaron como nunca de almas para ser redimidas de pecados pasados, siempre con una palabra de perdón y oración. ¡Aleluya!





El salón del rancho Potter se llenó del humo azul de los habanos, que revoloteaba anárquico por todos los rincones, iluminado por la tenue luz de las lámparas de aceite. El ambiente olía a tabaco, un aroma recargado que lo impregnaba todo. La estancia era la más acogedora debido a la gran chimenea que calentaba el ambiente en las noches frías. Allí, el señor Potter, recibía a sus importantes visitas, hombres de negocios de *Houston*, *Austin*, *San Antonio* y *Dallas*, sobre todo tratantes de ganado de la floreciente industria cárnica.

En aquella ocasión, estaban presentes el juez Carline, el señor Paterson y el pastor Stone, entre otros «ilustres», con la excusa de organizar el gran baile de primavera, pero repletos de planes secretos para exprimir a la región y doblegarla a sus deseos. Los cuatro debatían mientras fumaban habanos con vigor y daban pequeños sorbos al *brandy* que el criado negro del señor Potter les servía en finísimas copas de cristal tallado.

Aquella cargada atmósfera iba pareja con la barroca decoración de la sala, con enseres de ébano Luis XV que le conferían a la estancia de un carácter ostentoso y rococó.

Cada pieza del mobiliario era una obra de arte: sillas con acabados dorados, una majestuosa mesa de comedor y estanterías repletas de libros.

Casi todos los muebles tenían detalles de nácar y marfil que combinaban con las filigranas en tonos más discretos en verde y azul, de ellas emanaba elegancia y opulencia. Antiguas armas colgaban con orgullo, junto a cabezas disecadas de bisontes, osos y antílopes. Y en el centro de todo, dominando la escena desde la chimenea, un retrato imponente del señor Potter, vistiendo el uniforme confederado, montando a caballo como si fuera un gran rey, emulando ser azote de malhechores y rufianes.

El señor Potter se levantó de la mesa, se dirigió hasta la chimenea y avivó el fuego mientras agitaba con cuidado, en su mano derecha, el *brandy*.

—Lo primero que debemos hacer es neutralizar a ese maldito *ranger*—inquirió Potter—juez, ¿cómo va la orden para detenerlo?

—Cursada, solo falta que estampe mi firma en ella. De todas maneras, creo que podríamos tantearlo. Tenerlo de nuestro lado sería beneficioso para todos. Dejaríamos fuera de juego a todos esos yanquis de *Houston* y *Dallas*. Tal vez sea un patriota texano.

—¿Qué hay de las tierras de O’Keefe? Me han dicho que no todo salió como esperabas—preguntó Paterson ansioso de noticias. Potter chupó de nuevo el puro y soltó una gran bocanada de humo azul.—Los Mulligan hicieron su trabajo, pero no encontraron a O’Keefe.

Solo es un pequeño inconveniente, en cuanto ese maldito irlandés pase a mejor vida, sus tierras serán mías.

—Potter... querrá decir nuestras, para nuestra república—apostilló Carline.

—¿Qué hay de *White Horse*? —preguntó Paterson.

—Ese viejo indio está reclutando pieles rojas. Pronto tendrá un pequeño ejército y podrá echar a todos los mexicanos que se asientan en el noroeste. Nadie hará preguntas. De todas maneras, tienen razón, creo que deberíamos tentar al *ranger*. Lo de la orden de detención está bien, pero conozco a esa clase de personas. No se detendrá ante un papel por mucho que sea una orden federal.

—Bueno... Pero para eso están los Mulligan—contestó Paterson.

—Estoy seguro de que ese ranger tiene su precio, es hijo del pecado, tiene el signo de Caín en el alma. Por cierto, necesito que «Los Mulligan»maten a ese condenado indio, que lo quiten de mi iglesia...

—Todo a su debido tiempo. —le contestó Potter—. Me molesta más ese borracho de Morrison. Ha sido un incordio durante todo este tiempo y ha llegado su momento. Haremos una cosa, invitaremos al ranger al gran baile, le haremos una oferta que no pueda rechazar, esa misma noche Morrison pasará a la historia. Así, de paso, mandaremos un mensaje a Holland que no podrá esquivar ni ignorar, o está con nosotros o contra nosotros.



El baile de primavera

Por toda la región corrió como la pólvora que la cámara de comercio organizaba un gran baile para recaudar fondos para las familias más necesitadas. El evento tendría lugar en el rancho Potter, un marco incomparable donde sin duda la música, el ponche y el whisky serían el mejor reclamo. Una buena excusa para que las señoritas en edad casadera encontraran a su media naranja en forma de futuro marido. Casi todas encargaron tela para nuevos vestidos a una boutique de Wichita Falls que en realidad no era más que un almacén donde se despachaba un poco de todo. Sus tiernas mentes fantaseaban con la idea de ser la más hermosa y que su carné de baile estuviese repleto de nombres. Algunas se dejaron la vista cosiendo día y noche para llegar a la cita del baile, mientras esperaban con entusiasmo y expectación a que una de las invitaciones se colara por debajo de sus puertas.

Laura, la hija del veterinario, no era diferente al resto de las chicas, pero ese dulce anhelo lo ocultaba en un halo de total indiferencia.

Muy al contrario que el resto de sus hermanos, que practicaban una y otra vez los pasos de baile. Lo cierto es que Laura era más conocida en la región por ser todo lo contrario a lo que debería ser una señorita. Le encantaba montar y disparar, sabía manejar el lazo mucho mejor que muchos curtidos *cowboys* y no permitía ser cortejada por ningún chico de las granjas vecinas. Tenía clara su idea de lo que debía ser un esposo y no iba a permitir que cualquier granjero de tres al cuarto le amargara la vida. Por supuesto, no pensaba pedirle a su padre los dólares necesarios para hacerse un vestido, así que el bueno del veterinario convino con su mujer, a espaldas de Laura, en hacerle un vestido en secreto.

Una buena mañana, un pequeño sobre se deslizó por debajo de la puerta. La primera en descubrirlo fue Mary Smith, la hermana de Laura, quien, totalmente descompuesta por la emoción, lo abrió con cuidado para no dañarlo.

«La Cámara de Comercio y el Rancho Potter tienen el honor de invitar a la familia Smith al Baile de Primavera en beneficio de nuestros vecinos más necesitados. Se ruega etiqueta para acudir al evento».

Un pequeño grito de emoción salió de la boca de Mary. Después, echó a correr como alma que lleva el diablo en busca de su padre, mientras agitaba de forma compulsiva la pequeña invitación.

—¡Nos han invitado! —vociferaba sin parar.

Pasó por delante de Laura a la carrera.

—¡Nos han invitado!

También por delante de su madre.

—¡Nos han invitado!

Y de sus hermanos más pequeños Henry y Charlotte.

—¡Nos han invitado!

Hasta que, por fin, llegó donde estaba su padre trabajando. La joven jadeante le entregó la

invitación, todavía con las manos temblorosas presas de una emoción que no podía contener ni un solo instante.

—¿Qué es esto? —preguntó Bill simulando intriga.

—Es la invitación del baile, padre —contestó Mary.

—Qué pena... No podrás ir.

—¿Qué? ¿Y el vestido que me he estado probando?

Sus ojos, en un instante, se llenaron de lágrimas.

—Es para tu hermana Laura—sonrió.

En un breve instante, Mary percibió que su padre estaba bromeando. Las lágrimas se tornaron en una gran sonrisa y un abrumador alivio la volvió a llenar de gozo. Terminó por abrazar a su padre, llorando y riendo sin poder contener el aluvión de emociones que la invadían. Todas aquellas sensaciones estaban en parte provocadas por un joven teniente de caballería, Adrian Scott. Se habían conocido el verano pasado y se juraron amor eterno, casi de inmediato. Estaban hechos el uno para el otro. Hacía varios meses que no se veían, pero, con toda seguridad, estaría en el baile. El joven teniente aprovecharía el evento para pedir su mano y, aunque era más joven que Laura, ya se veía en el altar vestida de blanco, acompañada de toda su familia y atravesando un pasillo de sables en su honor.

Los Smith habían llegado a Henrietta hacía un puñado de años, procedentes de una ciudad llamada *Greenville*, en *Carolina del Sur*. Aún conservaban en sus mentes el recuerdo del tortuoso camino hacia el oeste en un carro de bueyes, cuando Laura y Mary todavía eran unas niñas. La determinación de Bill, siempre con sus ojos fijos en el horizonte en busca de una nueva tierra, arrastró a la familia a un viaje por media nación que duró muchos meses, repleto de vicisitudes y piedras en el camino.

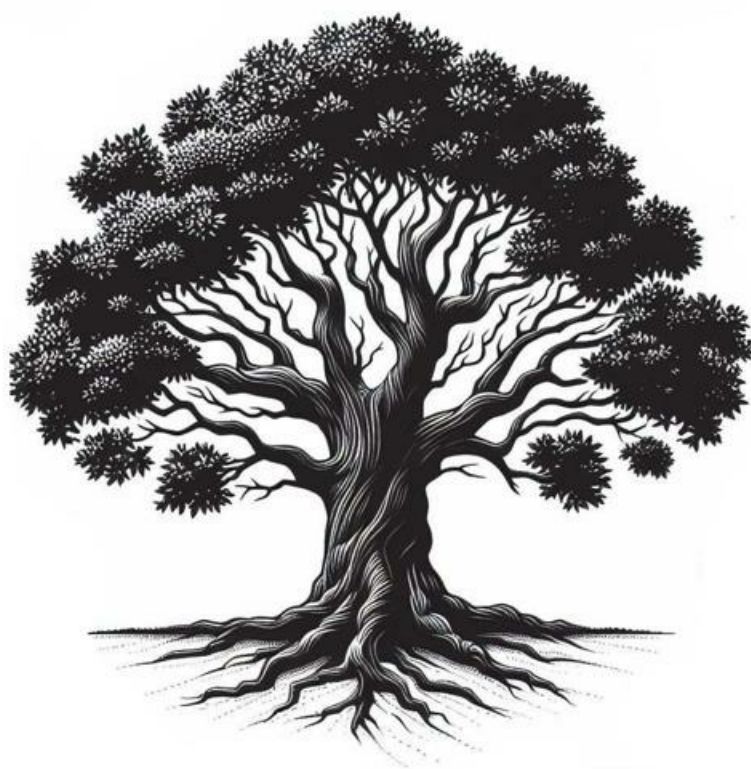
Un día, mientras recorrían el territorio, un llanto lejano rompió la monotonía del viaje. Bill detuvo el carro, descendió y se aventuró para echar un vistazo. Lo que encontró fue a una pequeña apache junto a sus padres asesinados. La niña tenía pocos años, era casi un bebé. En un primer momento, Bill pensó que los comanches u otra tribu habían sido los responsables, pero después de sopesar la escena, llegó a sus propias conclusiones. Los indios solían llevarse a los niños de otras tribus y los asimilaban. Sin embargo, aquellos dos cuerpos estaban acribillados a balazos. La mano del hombre blanco supuraba por todos los poros de aquellas muertes.

La niña, con sus ojos oscuros repletos de lágrimas, miró a Bill con una mezcla de miedo y desesperación. Sin mediar palabra, Alice se acercó y acunó a la pequeña con cariño entre sus brazos, quedando dormida casi al instante por agotamiento.

—Bill, no la podemos dejar aquí sola. ¿Qué será de ella?

De esta manera, una pequeña apache llegó a la familia Smith, a la cual cariñosamente llamaron Charlotte. Los Smith nunca hicieron distinciones entre sus tres hijas. Sin embargo, para Alice, el pequeño Henry era su ojito derecho, tal vez por ser el pequeño. Henry era de Henrietta por los cuatro costados, y el único que en realidad era de allí, un texano de pura cepa, con aquel acento tan característico de la zona.





También llegó una invitación para Jack Holland. Aquella mañana, al entrar en la oficina del sheriff, la encontró tirada en el suelo. No estaba entusiasmado con la idea de asistir a ningún baile, pero pensó que era una buena manera de conocer al Sr. Potter. De todos modos, estaba allí para pararle los pies. Semanas antes, lo habían citado en Austin, en la casa del gobernador, para encomendarle aquella misión.

«Ubicada en el corazón de Austin, la mansión del gobernador era una imponente edificación de dos plantas de estilo neoclásico construida por un arquitecto llamado Abner Cook en 1845. El edificio irradiaba solemnidad y esplendor a partes iguales, un diseño clásico, pero con personalidad propia en sus formas. Contaba con un porche profundo sustentado por seis enormes columnas jónicas para mitigar las altas temperaturas y ventanales que comunicaban con grandes pasillos donde la suave brisa fluía sin pausa. Para un huérfano como él, no estaba nada mal atravesar aquel umbral.

Holland tragó saliva cuando entró en uno de los salones principales que hacía de despacho del gobernador. Allí estaba él, delante de una leyenda. Oran Milo Roberts destacó como abogado y coronel de la Undécima Infantería de Texas. Su servicio en la División de Walker, conocida como los «greyhounds» durante la mayor parte de las campañas en Arkansas y Luisiana, lo catapultó a la fama. Además de ser presidente del Tribunal Supremo de Texas, Roberts buscaba pasar página, sanar viejas heridas y forjar nuevos lazos con el norte. De hecho, muchos confederados jamás le perdonaron que invitara a cenar en la residencia oficial al general Phillip Sheridan y al general Ulysses S. Grant.

Roberts era la clase de persona que, cuando hablaba, todo el mundo escuchaba; su voz resonaba con tal autoridad que cada palabra suya era ley. Aquella gran mansión reflejaba la personalidad

del gobernador.

Admirado como uno de los mejores oradores, su aspecto delataba a un hombre recto, justo, entrado ya en la última etapa de su vida. De barba y pelo blanco que lo dotaba de cierto porte distinguido, pero a la vez cercano. Roberts estaba al tanto de la trágica historia de Jack y de cómo asesinaron a su padre por ser un convencido abolicionista. En ese momento buscaba a un hombre leal, pero que estuviese alejado de los viejos círculos confederados. Jack Holland era el candidato perfecto, inteligente y rápido con el revólver. El mismo gobernador Roberts fue tajante con él.

—Hijo, tenemos un problema en el condado de Clay y usted es la persona adecuada para que las aguas vuelvan a su cauce.

No supo qué decir, permaneció allí de pie, con el sombrero entre las manos y temblándole las rodillas a causa de la impresión de estar delante del Gobernador. Se vio a sí mismo como uno de aquellos caballeros de la «Tabla Redonda», un Lancelot moderno, y al gobernador, un soberbio rey Arturo. Tragó saliva un par de veces antes de balbucear la primera frase.

—Espero estar a la altura, Gobernador.

—Nuestros informadores hablan de secesión, muchacho. Texas no puede ni debe entrar de nuevo en ese juego. Los yanquis ya nos aprietan demasiado fuerte el gaznate como para volver por viejos derroteros, esto se llenaría de casacas azules otra vez. En el condado de Clay está pasando algo extraño, la gente muere asesinada y alguien muy poderoso llamado Erwin Potter se queda con sus tierras. ¿Con qué objeto?

Todavía no lo sabemos, aunque la avaricia humana es infinita. Lo cierto es que el señor Potter ha entrado en ciertos ambientes confederados y habla abiertamente de la república de Texas. Habla de armas y de hacerse con todo el estado y que me aspen muchacho, esta tierra ya ha peleado todo lo que tenía que pelear. Creemos que tiene contactos con el jefe indio *White Horse* y con cierta milicia confederada convertida en forajidos, Los Perros Salvajes. ¿Sabe quiénes son?

—Los que mataron a mi padre. ¿Por qué no lo detiene?

—La guerra ha terminado hace mucho y hablar no es delito, muchacho. Nadie lo ha podido relacionar con los asesinatos, aunque sospechamos que está detrás, por eso quiero que vaya allí. Quiero que relacione al señor Potter con esas muertes y a qué se debe ese afán de comprar todas las tierras de sus vecinos».

Jack buscó al alcalde Morrison en la alcaldía, pero no lo encontró.

Fue hasta su casa y lo vio tirado sobre el porche, durmiendo la mona.

Jack agarró un balde, lo llenó de agua de un abrevadero para caballos y lo arrojó sobre su cara. Fue tal el susto que Morrison abrió los ojos como platos y soltó un grito, como si todo el río Pecos lo estuviese engullendo.

—¡Maldito seas! ¿Ahora trabajas para Potter, hijo de mil demonios? Menudo susto.

Cuando el alcalde Morrison se tranquilizó, no sin antes tomarse un par de tragos, Jack le habló del dichoso baile.

—Ese baile no es más que una patraña, muchacho. Ninguna familia necesitada del condado de Clay ha visto un centavo que viniera de la cámara de comercio o de nuestro amigo Potter. ¿A dónde va? Ni idea, tal vez se lo gasten en meretrices o en esos puros tan caros que suele fumar.

—¿Y si ese dinero sirviera para financiar una futura milicia texana?

—Potter ya tiene a su milicia, tiene a los Mulligan.

—Sí, muy bien, tiene a los Mulligan, pero eso no está demostrado.

Comprar tierras de difuntos no es delito en Texas.

—A veces no hace falta probar lo que es evidente. Pero no se preocupe, pronto sentirá el aliento

de los Mulligan en su cogote y entonces sabrá que esa banda de sabandijas y Potter persiguen lo mismo.

—¿Lo mismo?

—Vaya... No lo sabe. Potter fue comandante de «Los Perros Salvajes» durante la guerra, los Mulligan son sus chicos, eran un pequeño destacamento fuera del ejército regular, no los encontrará en ningún registro militar, digamos que hicieron la guerra a su «manera».

—Pero... Nadie...

—Nadie de este maldito pueblo le dirá ni una sola palabra sobre Potter, temen demasiado lo que les pueda hacer.

—¿Por qué lo odia tanto?

—Hace muchos años llegamos juntos a este territorio, no lo odio, muchacho. Él es el que no me soporta.

—¿Entonces?

—Sé quién es y sé qué hizo para llegar a ser una persona rica. Nadie llega a su posición sin dejar cadáveres por el camino.

—Por sus palabras deduzco que usted no ha sido invitado al baile.

—Como alcalde me debo a mis ciudadanos, así que iré con o sin invitación—sonrió—además, ponche y *whisky* gratis, a Potter no lo soporto, pero su mueble bar es excelente.





Casi todas las familias pudientes de la región aceptaron la invitación, y el condado se vistió de fiesta en lo que era un acontecimiento anual que transformaba la vida de todos los ciudadanos. Vecinos que tan solo se encontraban una vez al año en ese acto; pequeños comerciantes que cerraban succulentos negocios con efusivos apretones de manos; las tertulias improvisadas llenaban el gran salón del rancho Potter, mientras un goteo incesante de familias iba cruzando el umbral, atraídas por la música de los violines y banjos.

A pocas millas antes de llegar al rancho Potter, Jack cabalgaba hacia el baile. Se acicaló lo mejor que pudo con la poca ropa que llevaba en sus alforjas, lo que resultó un atuendo nada convencional para aquella insigne ocasión. Al menos se dio un baño y la ropa que se puso estaba recién lavada y planchada. Además, se quitó el amuleto que le regaló *Lazy Bear*, pues consideró que el acontecimiento era demasiado importante como para lucir abalorios paganos. Oscurecía

cuando divisó una calesa que se salió del camino; se acercó a echar un vistazo y se encontró al alcalde Morrison intentando sacar una de las ruedas de una zanja.

— *Ranger*, menos mal que ha aparecido usted. Hace una hora que llevo peleando con esta mala bestia—se refirió a una vieja mula—

para que saque la calesa de esta zanja. Pronto se levantará una polvareda de mil demonios y no quiero luchar contra el viento con la única compañía de este maldito animal.

—¿Viento? No creo, mire el horizonte, está despejado.

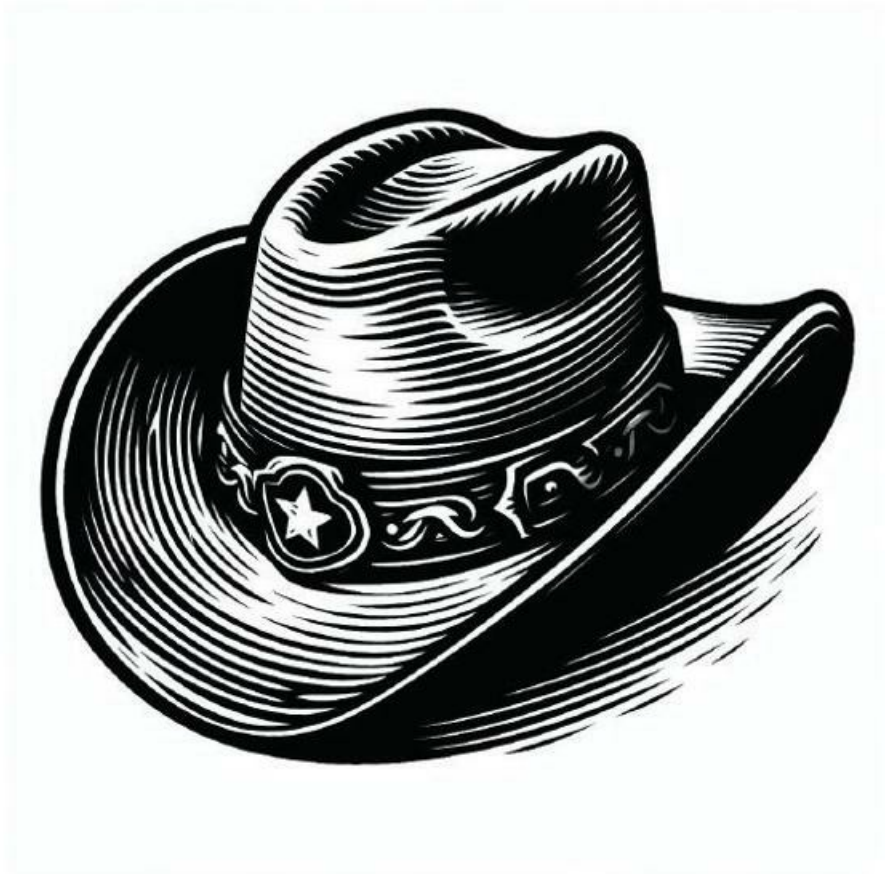
—Le aseguro que soplará con fuerza. Más vale que se tape bien con su bandana; en breve vamos a tragar mucha arena. Tengo una vieja herida de guerra, y cada vez que ese maldito viento sopla, me quema la pierna derecha.

—¿Guerra?

—La guerra con México. Aquellos tipos sabían disparar, hijo. Mi pierna es testigo. No siempre he sido la persona que soy hoy.

El *ranger* pudo liberar la rueda de la zanja, y pronto se pusieron de camino al rancho Potter. Al llegar a la propiedad se levantó tal polvareda que, cuando los dos hombres pudieron resguardarse dentro de la mansión del rancho, parecía que llevaban días cabalgando.





Antes de que la tormenta de arena azotara el lugar, Laura y Mary entraron en el salón luciendo sus vestidos nuevos. Todas las miradas de los jóvenes se posaron en ellas, incluso las hermanas Olsen, con su gesto perpetuo de desaprobación, echaron un vistazo. El vestido de Laura era de un rojo intenso, mientras que el de Mary era azul turquesa con un corpiño que resaltaba sus cinturas de avispa, destacando aún más sus esbeltas figuras. Las faldas poseían forma de campana y, al moverse por el salón, parecían flotar. Las mangas eran cortas a la altura del hombro y tenían forma de globo. Sus manos, enfundadas en finísimos guantes blancos, hacían que sus dedos se movieran ligeros y con gracia. Parecían dos pequeñas damas sureñas salidas de un cuento de hadas.

Casi de inmediato, muchos de aquellos jóvenes fueron a pedirles un baile. A pesar de parecer un ángel con aquel vestido, Laura seguía teniendo un humor de mil demonios y pronto ahuyentó de muy malos modos a los muchachos. Mary, por su parte, tan solo pensaba en su teniente, al que intentaba ubicar con la mirada sin pausa, estirando su cuello con elegancia como un bello cisne.

A pesar de que Laura era un par de años mayor que Mary, parecían ser hermanas gemelas. Compartían rasgos faciales afilados y pómulos que les daban un porte distinguido y sofisticado a la vez. Sus ojos azules eran herencia de los familiares alemanes de su madre y, sobre ellos, dos finísimas cejas esculpidas por la naturaleza que nada tenían que ver con las cejas de las hermanas Olsen, que parecían dos gusa-nos retorcidos.

Laura recordó al joven *ranger* cuando atravesó la puerta en compañía del alcalde Morrison. Le sacó la lengua de forma ostentosa la primera vez que lo vio. Desde luego, aquel vaquero no

conocía lo que era la etiqueta. Vestía una camisa de cuadros y un pantalón vaquero acompañado de unas sucias botas de montar y todo ello aderezado por una capa de polvo. Aquella era toda la elegancia que Jack podía aportar al baile. El *ranger* fue objeto de miradas furtivas no solo por parte de los jóvenes allí presentes que chismorreaban por lo bajo sobre su apariencia, sino por los distinguidos hombres que lo invitaron.

«Es guapo, al menos se ha quitado el sombrero y el revólver», pensó Laura.

—Jovencitas, acérquense—dijo Morrison refiriéndose a las dos hermanas—permítanme que les presente a este joven tan apuesto... Holland, Jack Holland.

Las dos chicas se acercaron e hicieron una leve reverencia casi al unísono, pero ninguna de las dos quiso estrechar la mano del vaquero para así no manchar sus finísimos guantes blancos. Jack también fue poco efusivo a la hora de saludar a las muchachas. Tan solo inclinó su cabeza ligeramente, cayéndole un mechón de su pelo castaño sobre la frente.

—Alcalde Morrison, qué bueno verlo por aquí —dijo Laura.

—Podría decir que estoy por la compañía, pero mentiría, es por el *whisky*. —dijo el alcalde mientras se alejaba de los jóvenes para servirse el primer trago de la noche.

—El otro día me sacó la lengua—le comentó Jack a la joven Laura intentando romper el hielo de sus miradas.

—Se lo tenía bien merecido. ¿Nunca le han dicho que es de mala educación mirar fijamente a una dama?

—Lo sé, pero en aquel momento no estaba mirando a ninguna, tal vez a una mocosa descarada.

Justo cuando la boca de Laura se preparaba para recopilar todos los improperios que una señorita sureña estaba dispuesta a vomitar, Bill, el padre de las muchachas, entró al gran salón acompañado por su esposa.

—Mary, no vas a creer a quién he visto llegando en una calesa.

Mary se giró para atender a su padre mientras, casi al momento, unas manos tapaban sus ojos.

—¿Quién soy?

Mary no pudo esperar y se dio la vuelta sin contestar a la pregunta.

Ante ella, un apuesto joven vestido con uniforme azul de gala, cual soldadito de plomo preparado para desfilar; era el teniente Adrian Scott. Los dos jóvenes se miraron a los ojos mientras se agarraban de las manos. Mary no pudo reprimir que una lágrima resbalara por su mejilla.

—¡Qué romántico! —exclamó la señora Smith.

—¡Hacen muy buena pareja! —añadió el señor Smith.

La joven pareja se retiró a un rincón del salón, lejos del bullicio, mientras que los señores Smith se ponían al lado de Laura y el *ranger*.

—Laura, ¿quién es este joven? Preséntanoslo, no seas maleducada, querida—pidió su madre.

—Por su aspecto debe ser el mozo de cuerdas—contestó la joven.

Los señores Smith y Jack la miraron reprochándole aquella respuesta.

—¡Laura, discúlpate con el caballero inmediatamente! —exigió el señor Smith.

—¡Me disculparé cuando se disculpe él y de paso se dé un baño!

La muchacha giró su cabeza torciéndole el gesto mientras sus padres, con la boca medio abierta, todavía no podían creer lo que había dicho su hija. Casi en el mismo momento, el mayordomo del señor Potter se dirigió a ellos portando una bandeja con un pequeño sobre con el nombre de Jack escrito en él. El *ranger* lo abrió y murmuró para sí mismo el mensaje escrito en la tarjeta.

«El señor Erwin Potter y otros insignes caballeros le invitan a reunirse con ellos en la biblioteca para tratar unos asuntos que serán de su interés».

El mayordomo llevó a Jack hasta la biblioteca donde se encontraban varios «ilustres» ciudadanos. Reconoció al juez Carline, al señor Paterson, al pastor Stone y otros notables del vasto territorio. Jack supuso que el caballero que estaba al pie de la chimenea era Potter.

Fanfarroneaba delante de sus acólitos como un pavo real.

Potter no era como se lo había imaginado. Era un hombre ya entrado en años, pero que conservaba su fuerza vital. Llevaba su pelo moreno peinado hacia atrás y sobre su labio superior portaba un fino bigote que acompañaba a dos anchas patillas. Vestía una camisa blanca y un chaleco de ante color burdeos, sus pantalones eran grises con la raya planchada a la perfección y el lustre de sus botas parecía iluminar toda la habitación. Cuando el ranchero vio a Jack en la puerta, se dirigió a él extendiendo su mano.

—¡Querido muchacho, he oído hablar mucho de usted, ya era hora de que nos conociéramos!

Jack estrechó su mano y no tuvo una buena sensación. Al señor Potter le sudaban las manos. Avanzó y saludó con la cabeza al resto de caballeros que lo miraban con cierta arrogancia y aire de superioridad.

—¿Quiere una copa? ¿Tal vez un *brandy* o prefiere un *whisky*? Tome uno antes que nuestro distinguido alcalde acabe con todo. Me alegra mucho que al fin tengamos un poco de ley y orden en este pueblo alejado de la mano de Dios...

—¡Amén! —contestó el pastor Stone afirmando con la cabeza.

—Un *brandy* estará bien.

—... también supongo que usted ha oído hablar sobre mí. No se crea todo lo que se dice en este pueblo. Es un nido de chismorreos y medias verdades alimentadas por ese borracho de Morrison. Curiosamente, estaba comentando con estos caballeros que nos vendría bien alguien como usted ahora que nos hemos quedado sin sheriff, muchacho. Le aseguro que la paga es mejor y pronto verá que el puesto tiene... ¿Cómo lo diría...? Ciertas ventajas.

—¿Ventajas?

—Lo que el Señor Potter quiere decir es que es un pueblo con futuro—interrumpió el juez Carline—. Nosotros no tenemos nada que ver con los unionistas ni con ese traidor de Roberts.

—Imagínese que invitó a esos perros unionistas de Grant y Sheridan a cenar en la residencia oficial—le explicó el pastor Stone mientras parecía que sus ojos iban a traspasar el cristal de sus anteojos.

—Solo por eso deberían colgarlo—intervino Paterson.

—¡No agobien al muchacho con sus discursos! —Alzó la voz Potter con aire paternalista — Dígame muchacho, he oído que su padre era un abolicionista...

Jack asintió.

—... y que fue colgado por ello. ¿Qué opinión tiene de los viejos tiempos?

—Que solo son eso.

—¿Qué?

—Viejos tiempos.

—Todo el mundo sabe que sueño con la república de Texas...

—Creí que solo eran habladurías y chismorreos—lo interrumpió Jack. Por un momento, los dos hombres cruzaron sus miradas. Las manos de Potter comenzaron a sudar más y el *ranger* apuró el *brandy* ante la mirada de los demás caballeros.

—Como iba diciendo—continuó Potter—sueño con...

—¿Los Mulligan también están en ese sueño? —volvió a interrumpir el *ranger*.

Potter, en un ataque de ira, arrojó el vaso que tenía en la mano contra la chimenea, estallando este en mil pedazos.

—¡A quienes usted llama bandidos, hay quien los llama patriotas!

—Yo los llamo asesinos. Lo sabe muy bien, dicen que fue su comandante durante la guerra.

—Conozco a algunos de esos hombres, cierto, pero si insinúa que tengo algo que ver con sus fechorías...

—¡Esa es una acusación muy grave, muchacho! ¡Espero que tenga pruebas! —intervino el juez.

Mientras tanto, en el gran salón, la gente continuaba bailando creando caprichosas formas al ritmo de los violines. En un momento dado, el joven oficial unionista se dirigió hacia los músicos y les ordenó que cesaran de tocar. Estos obedecieron ante el bochorno de los bailarines y el abucheo de algunos de los congregados. El teniente trató de apaciguar los ánimos alzando las palmas de las manos para que los invitados al baile guardaran la calma.

—¡Dejadle hablar! —bramó una voz en el fondo del salón.

—Queridos amigos, les ruego un momento de silencio, por favor.

He pedido que pare la música por una buena causa y estoy seguro de que me comprenderán. Muchos conocen el amor que siento por la señorita Mary Smith y si estoy frente a ustedes, es para pedir su mano.

Sin mediar más palabras se dirigió hacia Mary, clavó su rodilla en el suelo y sacó de uno de los bolsillos de su guerrera una minúscula caja.

La abrió ante el asombro de los allí presentes. Contenía un anillo de compromiso. El joven soldado miró hacia el señor Smith en busca de su aprobación y este respondió con un gesto afirmativo, inclinando su cabeza.

—Mary Smith, me harías el hombre más feliz del mundo si fueses mi esposa. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡¡Por supuesto que quiero!!

Un clamor de júbilo estalló en el salón, la música volvió a sonar en forma de marcha nupcial mientras los jóvenes se besaban y todos los invitados empezaron a bailar en torno a ellos. Muchos se acercaron a felicitar a la joven pareja y a los padres de Mary, aunque también hubo gestos de desaprobación. Una chica sureña casándose con un oficial unionista era algo que algunos consideraban que iba en contra de las leyes de la naturaleza. Las heridas de la contienda civil todavía estaban frescas, todos dejaron un pedazo de sí mismos en aquellos años de matanza y miseria. ¿Quién no perdió a algún familiar o amigo? Sin embargo, aquella boda significaba que las viejas heridas, poco a poco, se cerrarían al fin. Un nuevo tiempo de reconciliación se cernía sobre ellos. La guerra tan solo era un eco lejano de cornetas y cañonazos, era momento de perdonar. ¿Qué mejor forma de hacerlo que con una boda?

—¡Esto hay que celebrarlo! —gritó el alcalde Morrison al tiempo que se servía otro gran vaso de *whisky*.

Los gritos de júbilo del salón provocaron un breve silencio en la biblioteca. Jack sintió las miradas de rencor de aquellos hombres hacia él.

—No se preocupe por eso, juez Carline, ya que pronto tendré esas pruebas de las que tanto habla para meterlos a todos ustedes en la cárcel por sedición y conspiración, por no hablar de asesinato.

—¿Asesinato? —preguntó ofendido el señor Paterson.

—¿Les suena la familia O’Keefe? No hace mucho cavé sus tumbas. Hay muchos más, tantos como propiedades ha comprado nuestro anfitrión.

—Muchacho...

—No vuelva a llamarme muchacho...

—...yo a eso lo llamo hacer negocios. ¿Acaso comprar unas tierras sin dueño es delito?

—Todo eso que dice usted, *ranger*, es circunstancial. Ningún juez de Texas admitiría tales

aseveraciones como prueba—intervino Carline.—Creo que no tenemos nada más que hablar—sentenció Jack.

—Si sale por esa puerta no podré garantizar su seguridad... «muchacho»—Sonrió Potter.

—No me llamará muchacho cuando lo cuelgue.

—¡Juez Carline! ... ¿Lo ha escuchado? Este hombre me ha amenazado.

—Alto y claro, señor Potter, y debo decir que tomaré cartas en el asunto mañana mismo.

La risa aguda y ahogada del pastor Stone sonó en la biblioteca solapando el tenso silencio. La puerta de la biblioteca se cerró cuando el *ranger* regresó al baile. Otra puerta se abrió, en ella apareció un hombre vestido con un guardapolvo que casi le llegaba hasta los tobillos.

De su cintura colgaban un par de revólveres de culatas tan negras como su alma y en su cabeza llevaba un sombrero confederado, raído y viejo.

—Ya sabéis qué hacer —habló Potter.

El confederado asintió con la cabeza.

Ya de vuelta en el baile, Jack se sirvió una taza de ponche. Tenía el gaxate seco después de tanta amenaza. Por un momento observó a Laura. La chica sabía cómo quitarse de encima a los moscones que rondaban a su alrededor. Cada vez que un posible pretendiente se acercaba, su cara se transformaba en un gesto agrio y de su lengua salía algún impropio poco digno de una señorita sureña. Pese a ello, a Jack le seguía pareciendo el ser más bello de la creación. Se acercó de nuevo a ella con otra taza de ponche y se la ofreció gentilmente.

—¿Ha venido a por más *ranger*? —preguntó ella mientras le arrebatava la taza de la mano.

—Hagamos las paces. ¿De verdad le parezco tan...?

—Despreciable—contestó ella—además de oler peor que su bonito caballo.

—¿Le parece bonito mi caballo?

—Estoy segura de que es el mejor de los dos.

Un pequeño estruendo interrumpió el baile. El alcalde Morrison, en un alarde de falta de equilibrio, cayó sobre la mesa de los canapés, tirándolos al suelo y precipitándose él también sobre el piso. Muchas miradas se fijaron en los inútiles intentos por parte del alcalde para levantarse. Episodios como el que acababa de ocurrir era uno de tantos incidentes que a nadie sorprendía viniendo del borracho oficial del pueblo. El joven teniente, el señor Smith y el *ranger* se apresuraron a socorrer al alcalde.

—Es mejor llevarlo a casa. —dijo el padre de Laura.

—Yo lo llevaré, me queda de camino.—Se ofreció el teniente—De todas maneras, debo regresar al fuerte y todavía me queda un largo viaje. Me llevaré la calesa del alcalde, dentro de un par de días se la devolveré.

Jack ayudó al oficial a subir a la calesa al alcalde Morrison, que balbuceaba unas palabras incomprensibles. Los vio alejarse mientras eran engullidos por la noche. Acto seguido, regresó al baile con la excusa de comer algo antes de volver al pueblo, pero lo que anhelaba en realidad era charlar de nuevo con Laura. Cuando la vio a lo lejos bailando con un chico, decidió subirse a lomos de Rin y alejarse del baile.

Al salir del rancho de Potter se topó con un par de *cowboys* que lo miraban fijamente. Tapaban sus rostros con la bandana, cosa que no sorprendió al *ranger*, debido a que la tormenta de arena todavía no había remitido. Jack supuso que eran vaqueros de Potter. Al poco tiempo tenía a cuatro jinetes pisándole los talones. Un par de disparos sonaron a su espalda, y los proyectiles pasaron cerca de su cabeza. Echó su mano por inercia hacia su pierna, buscando su revólver sin encontrarlo. Espoleó a Rin y el caballo se dirigió hacia las dunas, donde sería más fácil perder a sus perseguidores. Sorteó una suerte de montículos y, sin bajarse de su caballo, hizo que este se

tendiera sobre la arena. Escuchó a sus perseguidores pasar de largo mientras hablaban entre ellos.
—¿Lo veis por algún sitio?

—Ese bastardo cabalga como el mismísimo diablo. Si no lo encontramos, Frank nos arrancará la piel a tiras.

Volvió a escuchar unos disparos lejanos, hizo que Rin se levantara y fuera hacia ellos, dejando atrás a sus perseguidores. Se dirigió hacia una pequeña colina y volvió a hacer que el animal se acostara sobre la arena sin bajarse de su lomo. Observó cómo una veintena de hombres armados que portaban antorchas rodeaban la calesa del alcalde. Al mismo tiempo otros cuantos se dirigieron hacia él y hacia Rin sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Un silbido largo y profundo sonó haciendo que los jinetes cambiaran su rumbo. Aquel silbido le salvó la vida. Rin volvió a incorporarse y comenzó a trotar.

Se escuchó un disparo y después otro, pasando a pocas pulgadas de su cabeza. Rin tomó conciencia de que debía sacar a su amigo de allí. El galope del animal era tan brutal que su jinete no fue capaz de controlarlo. Recorría pequeñas colinas, daba la vuelta y volvía sobre sus pasos con tal de esquivar a sus perseguidores. Jack notaba la frenética y profunda respiración de Rin y sabía que si seguía a ese ritmo moriría. Ver morir a un caballo no era agradable. Por norma general suelen agotarse muy rápido, ya que no pueden controlar su frecuencia respiratoria y, por lo tanto, tras un gran esfuerzo suelen morir de un paro cardíaco. La única forma de ahorrarle ese sufrimiento era sacrificarlo y, si ese momento llegaba, sería duro para el *ranger*; pero Rin no iba a dejar que su compañero de fatigas muriera. De pronto, uno de los proyectiles alcanzó a Jack en la espalda. El caballo notó cómo su amigo se inclinaba sobre su grupa a la vez que agarraba sus crines.

Eso lo espoleó mucho más, redobló sus esfuerzos para salvar a Jack.

Poco a poco sus perseguidores fueron quedándose atrás. No existía caballo sobre la faz de la tierra capaz de seguir ese ritmo infernal, pero Rin no paró de galopar. Sabía que Jack se estaba muriendo. Era de madrugada cuando el caballo y el jinete se desplomaron ante la puerta del veterinario Bill Smith. Lo que recuerda Jack de esa noche estaba difuso en su memoria, vio a Bill en camión con una escopeta de dos cañones saliendo al porche de su casa. Abrió de nuevo los ojos cuando estaba sobre la mesa de la cocina, sonó un disparo y, entonces, Rin se apagó para siempre.

Unas horas antes, la calesa avanzaba hacia Henrietta a buena velocidad. El alcalde Morrison, espoleado por el aire frío del desierto, despertó para desgracia de su acompañante y amenizaba la marcha con una canción. Digamos que Dios no dotó al bueno del alcalde de oído para la interpretación y eran continuas las desafinaciones. El teniente ordenó callar al alcalde debido a que le parecía escuchar los cascos de caballos acercándose, pero el alcalde hizo caso omiso y continuó gritando a pleno pulmón. El teniente fustigó a la mula y echó un breve vistazo hacia atrás. Una fila bien ordenada de jinetes que portaban antorchas se acercaba. Cuando alcanzaron la calesa, uno de ellos agarró a la mula e hizo que se detuvieran. Alguien de entre los jinetes disparó al aire mientras el carruaje era rodeado. Una voz se hizo escuchar.

—¡Mi nombre es James Mulligan y he venido a mataros por orden del pueblo soberano de la república de Texas!

Los dos hombres se bajaron del carromato con las manos en alto.

El alcalde Morrison escupió al suelo y los maldijo en bajo.

—¡Si piensa que un bastardo como usted va a darme miedo, se equivoca! —dijo elevando la voz.

—¡Mira Frank, tenemos a un soldadito... qué suerte! Vas a sudar sangre, te lo prometo.

Ataron al teniente a una de las ruedas de la calesa mientras se divertían con el alcalde. Morrison

sabía que iba a morir, supuso que le metió demasiadas veces «el dedo en el culo» a Potter y a este se le acabó la paciencia. Se apiadó del joven soldado, de Mary, y de un amor truncado. Uno de los forajidos, echó el lazo que rodeó el pecho de Morrison, enseguida espoleó a su caballo y el animal comenzó a arrastrarlo sin pausa. Las piedras del camino sirvieron como cuchillas que rasgaban sus ropas, la piel. Cuando el animal paró, Morrison todavía estaba consciente. Deseó estar muerto, pero no le dolía, tal vez por la ingesta de alcohol. Una cascada de emociones nublaba su espíritu y su pensamiento; no era capaz de ordenar sus ideas, ni siquiera de recordar el nombre de sus padres ni el suyo propio. Era como si su espíritu hubiese abandonado su cuerpo, siendo un mero espectador de lo que le estaba ocurriendo. Morrison moriría al poco tiempo.

James se acercó al joven teniente con un cuchillo en la mano.

Odiaba ese uniforme azul con toda su alma. En primer lugar, arrancó los galones de la guerrera del soldado, como si fuera un ultraje, un acto de deshonor en el que le dejaba claro que allí su grado no valía nada. Luego, le quitó todos los botones de la guerrera y le rajó la camisa blanca que llevaba debajo, quedando el pecho del joven oficial al descubierto.

—¡Esto es por mis camaradas caídos! —le dijo mientras James clavaba el filo de su cuchillo en la barriga del soldado. Después arrastró el filo, la hoja seccionó la carne del abdomen y la capa de piel se abrió como fruta madura. Al terminar con el cuchillo, introdujo su mano dentro de las vísceras, sacando gran parte de los intestinos hacia fuera.

—Hoy serás pasto de coyotes—le dijo observando la mueca de terror en el rostro del joven. James sabía dónde y cómo cortar para prolongar la agonía, haciendo que cada instante fuera una tortura. En un par de horas, los carroñeros se acercarían al cuerpo del teniente, y este todavía con un hilo de vida, presenciaría cómo los animales se disputaban sus intestinos, lamiendo con voracidad los charcos de su sangre ya seca. El cielo se llenaría de buitres esperando poder abalanzarse sobre el cadáver. Adrian gritó de dolor y espanto cuando Frank le arrancó la cabellera, una práctica que adquirió durante la guerra civil para infundir terror al enemigo y de la cual era un maestro consumado. Después se la vendería a algún comanche. Haría un trato justo, la cabellera de un oficial de caballería valía muchas pieles en aquel mercado despiadado.





Después del baile, el señor Potter y el juez Carline pusieron precio a la cabeza de Jack Holland, mil dólares vivo o muerto. Las patrullas de los Mulligan, nombrados agentes de la ley por el juez, se hicieron visibles en todos los rincones del territorio. Ya no se ocultaban bajo las faldas de *White Horse*. Tomaron el pueblo con total impunidad y nadie osó enfrentarse ni interponerse en su camino. Borrachos y exaltados, impartían su propia justicia disparando sus revólveres ante cualquier situación. Saqueaban a su antojo y llegaron a forzar a varias mujeres ante la mirada impotente de sus maridos. Todo en nombre de la república de Texas. Aquellos incidentes eran insignificantes, meras minucias para Potter y los caballeros sureños que lo secundaban a pies juntillas. Estaban seguros de que en esa tierra bendecida por el Altísimo sembrarían el germen de una nueva nación donde las antiguas tradiciones y valores resurgirían con más fuerza en un amanecer floreciente e interminable. ¿Qué importaba si sus hombres forzaban a unas cuantas mujeres? Las guerras están repletas de inconvenientes y Potter era el hombre adecuado para mirar hacia otro lado.

—¿Dónde está vuestro maldito *ranger* para protegeros? —se escuchó una noche gritar a James Mulligan mientras disparaba su arma al aire preso de la lujuria y del alcohol.

Nadie lo sabía. Muchos suponían que estaba escondido esperando refuerzos para reagruparse y atacar a los Mulligan. Otros que huyó preso del miedo, con el rabo entre las piernas. También se

murmuraba que *White Horse* le cortó su cabellera castaña, y que ahora adornaba el cinto de algún despreciable indio.

Tampoco se tenían noticias del alcalde Morrison y del prometido de Mary Smith. Parecía como si la tierra se los hubiera tragado y todos, con razón, temieron lo peor.

Laura Smith entró en el granero donde ocultaban a Jack. Llevaba una palangana con algo de agua y unas vendas nuevas para realizarle las curas. La fiebre lo hacía delirar y pronunciaba palabras sin sentido que la joven no lograba comprender. Lo observó por un momento, le pareció tan vulnerable y desvalido que se apiadó de él. Jack se encontraba en un lugar apartado del granero, lejos de los ojos curiosos de la gente del pueblo o de los hombres de los Mulligan. La cifra de dólares que Potter ofrecía por el ranger resonaba por todo el territorio. La familia Smith debía andar con cuidado, cualquier sospecha de que estaban ayudando al vaquero sería fatal. Los Mulligan tomaron el pueblo y ahora se hacían llamar «Los Guardianes de la república de Texas»; vigilaban los movimientos de todo el mundo, ocupaban caminos y, en muchas ocasiones, entraban en las casas empuñando el revólver buscando al *ranger* y a los traidores a la patria. Desde la noche del baile nadie volvió a ver a James Morrison. Muchos suponían que escapó o, que tal vez, su cuerpo se pudría bajo el sol, alimentando a insectos y carroñeros.

El vaquero siguió hablando debido a la fiebre; sus delirios preocupaban a Laura. Algunos no eran más que sueños inconexos, pero hubo una frase que la hizo estremecer.

—Los mataron... Mataron a Morrison y al chico.

Al principio no logró escuchar con claridad lo que Jack decía hasta que su voz se convirtió en un mantra del cual no pudo hacer oídos sordos.

—¿Es eso verdad?

Jack abrió los ojos de forma súbita, lo cual asustó a la joven, haciendo que la palangana cayera al suelo.

—Tengo que irme...

—Usted no se mueve de aquí, todavía está muy débil.

—Mataron a Morrison y al teniente.

—¿Al teniente, el prometido de mi hermana?

Jack cerró los ojos y estiró su mano con la intención de acariciar a Laura, pero la fiebre volvió a sumirlo en un profundo sueño. Hora y media después, ella y su padre encontraron a los dos hombres. Fue fácil, pues a lo lejos vieron a las aves carroñeras volar en círculos esperando su momento para devorar la carne de los cadáveres. Laura giró la cabeza y ahogó su grito, tapándose la boca al ver el cuerpo descuartizado del viejo Morrison cuyos pedazos se repartían por una gran extensión de terreno. Bill tuvo que disparar su rifle para ahuyentar a las alimañas allí congregadas, que engullían con ferocidad a modo de festín los restos del teniente. El joven seguía allí, atado a la rueda de la calesa, con su uniforme hecho pedazos y su gesto de horror, inmóvil, repleto de preguntas sin respuesta. Imaginaron que su agonía debió durar horas y con la única visión de sus vísceras desparramadas sobre la arena. El padre de Laura abrió dos tumbas no lejos de allí. Rezó una plegaria y colocó un par de improvisadas cruces.

Cuando Bill Smith le dio la noticia a Mary, un grito desgarrador resonó en la casa. A partir de aquel día la voz de la joven se apagó y nunca más volvió a pronunciar una palabra. Días después la enviaron al este, a casa de unos familiares, y jamás volvió a poner un pie en Texas. Hay quien dice que murió de amor, que la tuvieron que internar en un sanatorio mental, y que pasaba sus días pronunciando el nombre de su amado, Adrian, mil veces Adrian. Lo cierto es que se casó con un dentista de *Tacoma* adicto al láudano, tuvo cuatro hijos y acabó sus días rodeada de gatos. Unas horas más tarde, *Lazy Bear* llegó a la granja de los Smith. A Laura le llamó la atención

verlo cabalgar sobre un hermoso caballo blanco, con el cabello suelto ondeando al viento. Creyó que era lo más bello que había visto en su vida; parecía un enviado de Dios.

—He venido a ver al *ranger* —dijo *Lazy Bear*.

—No sé de qué me está hablando, predicador.

—Pierde el tiempo. El gran espíritu, Jesucristo, nuestro Señor, y el rastro de un caballo moribundo me han llevado hasta aquí. No se preocupe, he borrado su rastro.

—Si los Mulligan se enteran...

—Mi familia y yo también estamos amenazados por esos miserables. El pastor Stone desea vernos muertos, y hemos tenido que abandonar la ciudad.

Laura accedió a acompañar al indio hasta el lugar donde estaba el *ranger*. Abrieron una trampilla y descendieron por una escalera en la oscuridad. Todo estaba sumido en una penumbra inquietante. La joven encendió una lámpara de aceite, iluminando de forma gradual la pequeña estancia. En un pequeño catre yacía Jack. La luz del candil le hizo abrir levemente sus ojos; en un primer momento se sobresaltó, creyó que eran los Mulligan que regresaban a rematarlo, así que, de nuevo, echó su mano hacia la pierna buscando su revólver de forma instintiva.

—¿Busca su arma? —le preguntó *Lazy Bear* mientras sostenía el revólver enfundado del *ranger*.

—También le he traído esto.—Le mostró el talismán que le regaló—Le dije que nunca se lo quitara porque sin él no sobrevivirá a lo que viene.

—Recuerdo que mi caballo estaba agotado. —Miró para Laura buscando respuestas.

La joven bajó la cabeza.

—Entiendo—una lágrima asomó por el rostro de Jack.

Lazy Bear se sentó a su lado y colocó su mano en la mejilla del *ranger*.

—Créame cuando le digo que su amigo ahora corre por las praderas sagradas. Siempre tendrá pastos verdes y agua cristalina para saciar su hambre y su sed. Algún día, dentro de mucho tiempo, se encontrarán de nuevo y juntos volverán a recorrer las llanuras celestiales. Ahora debe recuperarse porque le espera la guerra. Pero no se preocupe, no estará solo en esta lucha. Tengo tres guerreros cheyene, los mejores que ha visto. Son tres de mis hijos y los pongo bajo sus órdenes. Además, aunque mi pelo se tiñe de blanco, he cortado algunas cabelleras en mi vida y todavía puedo serle útil en la batalla —le dijo mientras le entregaba su arma.

Por alguna extraña razón, Jack encontró en las palabras del predicador cierto consuelo que logró apaciguar su espíritu. Asintió en señal de gratitud, sostuvo su revólver en la mano, lo sopesó aliviado, lo desenfundó y lo guardó debajo de la almohada, al tiempo que *Lazy Bear* le colocaba el talismán en el cuello.

—Necesito que busque a Patrick O’Keefe. Le diré dónde se esconde. Él también nos ayudará. Además, preciso que le envíen un cable al Gobernador Roberts para solicitar refuerzos. Por cierto, cuando huía de los Mulligan, un gran silbido me salvó la vida. Fue usted, ¿verdad?

El indio sonrió mientras posaba su mano sobre la de Jack. Aquella fue la primera vez que Laura escuchó el apellido O’Keefe, pero esa es otra historia.





Lazy Bear cabalgó durante dos días, esquivando a los hombres de los Mulligan. Todos los caminos estaban tan vigilados que le resultó imposible atravesar el cerco y avisar al gobernador para que enviara refuerzos; estaban solos en aquella lucha. Siguiendo las indicaciones de Jack, sabía dónde podría encontrar a Patrick O'Keefe. Debía ser cauteloso si quería evitar un balazo entre ceja y ceja. O'Keefe era un hombre perseguido tanto por los Mulligan como por *White Horse*. Un irlandés no distinguiría entre un comanche y un cheyenne, ya que para los europeos todos los indios parecían iguales.

Casi anoecía cuando divisó el humo de una fogata elevarse hasta el infinito entre una zona de peñascos. *Lazy Bear* pensó que solo un blanco encendería una hoguera cuando todavía era de día, el humo podía verse a varias millas a la redonda. Bajó de su caballo y comenzó a subir por aquellas rocas. Antes de llegar a la fogata echó un vistazo.

Allí no había nadie. Fue justo en ese momento cuando sintió en su nuca el frío cañón de un revólver.

—¡Indio sarnoso, si te mueves esparciré tus sesos por este condenado lugar!

Lazy Bear levantó las manos despacio.

—Hijo mío, vengo en busca de un irlandés llamado Patrick O'Keefe...—¿Ah sí? —le interrumpió. ¿Y qué hace una escoria como tú buscando a Patrick?

— El *ranger* Jack Holland me envía. Me dijo dónde encontrarlo y cuando vi el humo...

—Cuando vio el humo pensó que solo un necio irlandés podía encender un fuego cuando todavía

no se ha ocultado el sol...

El indio sonrió.

—...esos malditos comanches piensan como usted, ya he enviado unos cuantos a sus praderas sagradas.

—¡Que el gran espíritu los acoja!

O'Keefe bajó su revólver y lo enfundó en su pistolera. *Lazy Bear* se giró, no le gustaba aquel hombre, no le inspiraba confianza. Sintió un escalofrío cuando observó el profundo verde de sus ojos. Pensó que, en ocasiones, la necesidad debe aliarse con la maldad para combatir a un mal mayor, y ese mal era Potter y los Mulligan. O'Keefe condujo al indio a su verdadero campamento, un lugar mucho más apartado.

Anocheceía cuando encendieron un fuego y cocinaron frijoles y tocino mientras *Lazy Bear* le contaba lo que le había sucedido a Holland.

Cuando llegó la hora de dormir, O'Keefe se sintió inquieto. No se fiaba de ningún indio; temía que, cuando conciliase el sueño, *Lazy Bear* pudiera atacarlo y cortarle el cuello. No le quedó más remedio que descansar con un ojo abierto y el revólver en la mano.



Para Alice, la madre de Laura, aquellos días fueron de cólera. La muerte del prometido de su hija Mary la sumió en un estado de nerviosismo perpetuo. Necesitaba ayuda, una clase de ayuda que ni su marido ni sus hijos podían prestarle. Necesitaba hablar con Dios, como siempre hizo en los momentos más cruciales de su vida. Siempre tuvo a un pastor cerca para aconsejarla, para guiarla en su camino.

Cuando se casó, Dios estuvo a su lado, y lo mismo cuando nacieron sus hijos. El Altísimo jamás la abandonó y ahora, más que nunca, necesitaba de su amparo, de sus sabias palabras. Pero a Alice no le servía *Lazy Bear*. No iba a contarle sus miedos a un piel roja por muy contento que el resto del rebaño estuviese con el nuevo predicador.

Para Alice su pastor era Stone, como siempre había sido. ¿Qué sabía un salvaje sobre las escrituras o sobre Dios? Nada.

Un buen día, Alice se plantó delante del pastor Stone con su traje de los domingos, a pesar de que era martes y con paso decidido subió los cuatro escalones que daban al porche mientras se levantaba con sutileza la falda para no tropezar. Alice sabía que el pastor Stone se había instalado en una pensión, casi a las afueras del pueblo, donde recibía a los pocos miembros de su rebaño que aún le seguían siendo fieles. Solían verlo en el porche de la pensión sentado en una mecedora leyendo las escrituras o bebiendo limonada para combatir el sofocante calor.

—Señora Smith, un placer verla por aquí —la saludó Stone mientras inclinaba su cabeza con amabilidad y estrechaba sus manos.

—Vengo a pedir socorro...

—Recemos primero en silencio señora Smith para congratular al Señor y después ya verá cómo todo tiene arreglo.

El pastor Stone abrió su Biblia y comenzó a orar en silencio. Mientras ella imploraba de rodillas con fervor, el pastor visualizaba con desenfreno unas fotos de una señorita con poca ropa que tenía guardadas dentro de su Biblia. De vez en cuando, bebía de su limonada aderezada con alguna bebida espirituosa, haciendo que sus tardes fueran placenteras y sus noches más cortas. Después de una hora de oración, ambos se sentaron en el porche.

—Dígame, señora Smith... ¿Qué le trae por mi humilde morada?

—¡Tengo miedo, pastor Stone, esta situación me está superando!

—¿Qué situación?

—La de los Mulligan.

—Pero usted y su marido no tienen nada que temer, esa banda de... esos patriotas han venido aquí para nuestra seguridad.

—Pero mataron al prometido de mi hija Mary...

—Un pecador, al igual que el alcalde Morrison. Recuerde lo que dicen las escrituras sobre los impíos: «pero los cielos y la tierra actuales están reservados por su palabra para el fuego, guardados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos».

—Pero Mary...

—Mary es joven y olvidará. Seguro que habrá jóvenes del pueblo dispuestos a casarse con ella, después de todo sigue siendo pura, ¿no?

La duda ofendió a Alice.

—Por supuesto... Pero Laura... debo callarme—dijo en alto hablando consigo misma.

—¿Qué le pasa a Laura? —preguntó el Pastor con curiosidad malsana.

Alice se llevó la mano a la boca; no quería hablar.

—Recuerde que todo lo que me cuente quedará entre el Altísimo y yo. No tema, no saldrá de aquí.

—Si llegase a oídos de los Mulligan...

La curiosidad consumía al pastor Stone; ansiaba escuchar lo que Alice tenía que decir sobre Laura. Había pasado tanto tiempo imagi-nándola sobre su lecho, pero saber que su oscuro objeto de deseo tal vez había perdido su virtud, lo perturbaba.

—Usted, señora Smith, sabe que siempre he sentido una especial adoración por su hija Laura. Me rompió el corazón cuando dejó de venir por la iglesia...

—Lo sé.

—...por eso haré cualquier cosa por ella, dígame, señora Smith...

¿Qué le aflige?

Alice dudó, pero se vio superada por la mirada del pastor, por su deseo de saber, de ayudar a su familia y por fin, sucumbió a la ayuda divina. Deseaba sacudirse el pecado de su hija, de su espíritu y de su piel. No podía vivir con la carga de que, tal vez, hubiese defraudado al Señor.

—Creo que Laura se ha enamorado de ese *ranger*, el que buscan los Mulligan. Mi marido lo ocultó en nuestra granja.

—Es un pecado muy grave, Alice, pero estoy seguro de que, con la ayuda del Señor, podremos hacer algo. —Comentó el pastor al tiempo que se hacía la señal de la cruz mientras un gesto contrariado cruzaba su cara.

Entonces, al pastor se le ocurrió una fabulosa idea que podría cambiar su vida para siempre. A pesar de su dedicación al servicio de Dios, siempre había caído en el pecado de la carne, recurriendo a los servicios de mujeres de dudosa reputación, meretrices, para mitigar su soledad

y silenciar a la bestia que llevaba dentro. La idea de tener una esposa joven para sus últimos años de vida despertó su interés y elevó su «espíritu».

—Se me ocurre una solución...

—Dígame, pastor.

—Si Potter se entera de que su marido ocultó al *ranger*, enviará a los Mulligan y ya sabe lo que significa eso, pero si Laura fuese mi esposa...

—¿Su esposa? —lo interrumpe incrédula.

—...no tendrían nada que temer.

—Pero mi hija es muy joven para usted, pastor.

—Tonterías.

—Además, Laura no tiene una buena opinión sobre usted.

—No entiendo la razón. Seguro que usted, como madre, sabrá hacerla recapacitar.

Alice nunca trasladó los deseos del predicador a Laura. Pensó que solo era el capricho de un hombre viejo y sin dinero, ella jamás permitiría que eso ocurriera. Alice confió en que su confesión quedaría entre los dos y jamás pensó que el pastor la traicionaría, ya que fue invitado a comer en la granja innumerables veces y sentía que su familia tenía un vínculo especial con él. Se equivocaba.

Pasaron los días y el pastor no obtuvo una contestación. Su impaciencia creció, al igual que su consumo de alcohol. Sentirse despreciado lo llenó de ira y, como respuesta, ideó una venganza infantil: escribió una carta a Potter delatando la ubicación del *ranger* en la granja del veterinario Bill Smith, instigando a una acción violenta en contra de toda la familia y que decía así:

«Estimado amigo Erwin Potter:

Me ha llegado cierta información sobre el paradero del *ranger* Jack Holland. Según mis informantes, ha estado curando sus heridas en la granja Smith, con el beneplácito de todos los integrantes de la familia.

Sé de buena mano que esos traidores son, como poco, adoradores de falsos dioses, fariseos que venderían nuestro bonito sueño de tener una república por treinta monedas. Sabes de mi implicación en esta causa, la nuestra. Por si te vale de algo, mis fuentes me han hablado de que existe cierto vínculo amoroso entre el *ranger* y una de las hijas Smith, Laura, sin duda una pecadora y una traidora. No en vano su hermana Mary iba a casarse con un soldado de la Unión. Creo que es perentorio acabar con los traidores que asolan nuestra futura patria.

Sin otro particular, le saluda su amigo, el reverendo Stone».

Una vez que la misiva estuvo en manos de Potter, este la guardó como un jugador que oculta un as en su manga. Los acontecimientos estaban a punto de sucederse y él marcaría los tiempos.



Era verdad que, en aquellos días, entre Laura y Jack surgió el amor.

Eran dos jóvenes soñadores, en una época convulsa. La guerra, de nuevo, estaba a punto de sacudirlos y de poner en duda todo en lo que creían. Tal vez solo tendrían esa oportunidad para amarse. La atracción no se hizo esperar. Él, desde su encierro, se sorprendía al pensar en ella, a cada momento, como una droga que invadía su espíritu, desarmándolo de todo pensamiento que no fuera tenerla entre sus brazos. Jack se excitaba cuando ella lo miraba con ternura. Necesitaba

su presencia, su ánimo y su rostro de niña guapa repleto de pecas. Cuando el vaquero sentía sus manos sobre su piel, cada vez que le hacía las curas, se estremecía y sentía un terremoto de emociones.

Le bastaba con ver su pecho moverse a cada respiración, tenerla a su lado con su belleza serena y entrar en su espíritu como ella entró en el suyo. Necesitaba que lo salvara cada día, que se convirtiera en esa razón para seguir viviendo, en el aliento que le insuflaba vida.

Fantaseaba con abrazarla y dejar atrás la tristeza que lo acompañaba a diario, para no sentirse tan pequeño. Supo que, hasta el día que la conoció, había estado perdido, solo en la tormenta, lejos de las leyes del corazón que dictaban el devenir de los hombres, acariciando el apocalipsis. Tantas veces había estado tentado a acercar su boca a los labios de Laura, y tocar con suavidad su rostro, que se obsesionó con aquel pensamiento. Pero Laura no era como aquellas chicas que conoció en *Dallas*. Por alguna extraña razón que desconocía, sentía que con ella necesitaba un amor romántico y sincero, de tiempo y noviazgo. Fantaseaba en la oscuridad con hincar su rodilla en el suelo y pedirle su mano. El *ranger* notaba cierto brillo en la mirada de ella, gestos de coquetería que delataban que la joven sentía lo mismo por él, como llevar el pelo suelto cuando estaba a su lado, lo que le hacía sonreír. Le encantaba cuando se sentaba al borde de su catre, olvidándose de todas las tareas, y charlaban durante algunos minutos. Los gritos de su padre la devolvían a la realidad y se iba de allí como alma que lleva el diablo.

Era cierto que el vaquero despertó sentimientos en Laura, sentimientos carnales. A veces se despertaba durante la madrugada jadeante, envuelta en un sudor que la sofocaba y, al mismo tiempo, agitaba el calor de su deseo y fantaseaba con Jack, con su cuerpo.

La joven lo vio desnudo, curó las heridas de ese torso esculpido por la naturaleza hasta desear no apartar sus manos de aquellas formas de belleza clásica convertida en carne. Pero lo que recordaba era su miembro viril hasta desearlo con frenesí. Se habría metido en su cama si el *ranger* se lo hubiese pedido. Pero, entonces, ¿qué pensaría de ella?

No se reconocía. ¿Qué pensarían sus padres si la sorprendieran en la cama de Jack?

Y ocurrió lo inevitable. Una noche se levantó a hurtadillas cuando todos dormían y fue al granero, solo para verlo respirar, para ver su pecho llenarse de aire y saber que estaba a salvo, lejos de las garras de los Mulligan, lejos de las leyes de los hombres, lejos del fin. Allí, en la oscuridad, solo rota por un tímido resplandor de la lámpara de aceite, fantaseaba con tumbarse a su lado, apoyar su cabeza sobre su pecho y acariciarlo. No pudo reprimirse más, se metió dentro del camastro del *ranger* y posó sus manos en su pecho, haciendo que Jack despertara.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Es acaso un sueño, un delirio propiciado por la fiebre? —le preguntó él mientras acariciaba el rostro de la joven.

Laura besó a Jack con timidez, con pequeños y minúsculos besos, hasta que este la abrazó con fuerza y sus cuerpos se fusionaron como si fueran uno solo. Entrelazaron sus manos mientras Jack se colocaba sobre ella. Por primera vez experimentó la textura de sus formas, el tamaño de sus pechos, la cadencia de sus caricias y los suspiros que ella emitía junto a su oído. En ese momento, pensó que ya nunca podría vivir sin ella; la necesitaba con desesperación. La besó en el cuello y ella se estremeció de placer, notando cómo el miembro de Jack palpitaba con fuerza, llenándose de un vigor que estaba dispuesta a sentir dentro de su vientre virgen.

—¿Seguro que quieres esto? —preguntó él, repleto de deseo in-contenido.

Ella abrió sus piernas y ahí, entre sus muslos, Jack encontró el Grial, su razón para amar, llorar, gritar, vivir; su todo más íntimo y secreto. Cuando la penetró, un grito crepitó en la oculta estancia. Ella lo abrazó con fuerza, clavando las yemas de sus dedos en su espalda y durante unos eternos minutos, deseó con lujuria que aquello no terminase nunca, que el deseo la devorara

a cada beso, con cada caricia. Por la mañana, antes de que saliera el sol y el gallo comenzara a cantar, Laura se retiró a su cuarto. Bill, acostumbrado a levantarse muy temprano, la vio salir del granero ligera de ropa y a hurtadillas.

—Bendita juventud —masculló Bill.

—¿Qué dices? —le preguntó su esposa, todavía media dormida.

—Nada, Alice, sigue durmiendo.

A los pocos días, la recuperación de Jack se hizo evidente. Sus heridas estaban prácticamente curadas y parecían haberse desvanecido casi por completo. La fiebre, que lo había atormentado durante muchos días, desapareció por arte de magia, y una explosión de vigor cruzaba su ánimo sin poderlo controlar. Laura lo curó, con sus cuidados y su amor, sanando no solo su cuerpo, sino también su espíritu. Ahora podría volver a la lucha y enviar al cadalso a todos aquellos malnacidos que se cruzaron en su camino. Tenía fresco en su memoria lo que pasó con Morrison y el joven teniente. La venganza ardía en su interior. Llevaría el infierno a las puertas del rancho Potter, perseguiría a los Mulligan bala a bala, muerte a muerte, hasta que fueran solo un nombre arrastrado por el viento, que nadie quiere recordar.

Una mañana, Laura lo visitó en el escondite del granero con una cálida sonrisa en el rostro. En sus manos sostenía algo de ropa para el agente de la ley. Mientras le entregaba la ropa, una pregunta que casi era una certeza, invadió su espíritu; algo que, sin duda, podría cambiar el devenir de sus vidas, de los sueños de Laura de compartir una vida con la persona que deseaba.

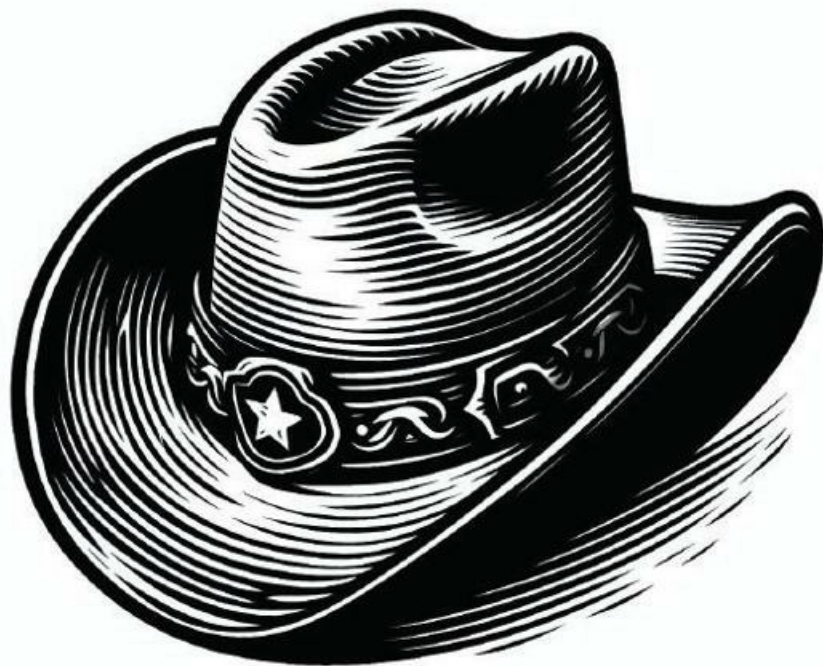
—¿Te irás? —le preguntó repleta de temor por perderlo para siempre.

—Tengo un trabajo que hacer.

—Te matarán. ¿Lo sabes, verdad? Al menos espera otro día más.

¿Podrás hacer eso por mí? —le dijo repleta de inquietud. Sus palabras estaban cargadas de un amor tan profundo que solo ella podía comprender. Laura tomó su mano con ternura y susurró en su oído—Creo que te quiero más de lo que puedo expresar con palabras... No muy lejos de aquí, hay una colina verde, y en su cima, un roble centenario que proyecta una gran sombra. Quiero que grabemos nuestros nombres en su corteza, para decirle al mundo que nuestro amor es eterno, como la sombra que proyecta el árbol. Jack asintió embargado por todo lo que Laura le dijo; le brillaban los ojos debido a la emoción del momento e hicieron planes para inmortalizar su amor en aquella colina verde.





El día de la partida de Jack resultó ser una jornada peculiar para los Smith. Henry y Charlotte estuvieron llorando por las esquinas. Aquella alegría innata se evaporó cuando se enteraron de la despedida del *ranger*. Querían a Jack; en cierta manera se habían acostumbrado a él, al igual que Bill, que advirtió en el joven *ranger* al hijo perfecto: noble, cariñoso, valiente. Poseía un sinfín de cualidades que lo acercaban a su corazón. Creyó ver en él al esposo ideal para Laura; conocía sus escarceos nocturnos con su hija y no le importaba. ¿Qué mejor yerno para su fierecilla salvaje que Jack?

Por otro lado, la perspectiva de Alice era diferente. Siempre percibió a Jack como una amenaza para su familia; se jugaban todo a una carta con su presencia. Si los Mulligan se enteraban, lo pagarían, y ella no estaba dispuesta a perder en un día lo que tantos años habían tardado en construir. Más que un hogar, era una forma de vida que pronto los sacaría de allí. Alice tenía sueños, sueños de grandeza para ella y para sus hijas. Después de que el matrimonio de Mary se truncara y el sueño de emparentar con una familia de rancio abolengo del norte cayera como un castillo de naipes, sus fuerzas se iban a concentrar en Laura. Alice siempre soñó con rodearse de lujo, tener criados y olvidarse del olor de estiércol pegado a su nariz. Le gustaba el rancho Potter, y Erwin siempre le pareció todo un caballero. ¿Qué importaba la diferencia de edad con Laura?

Nada. Potter no era como Stone.

Potter era un ganador, un hombre que se había hecho a sí mismo. No había nada malo en eso. Alice se percató de cómo miraba a Laura y se dio cuenta de que la deseaba. A ella, como madre, no le importaría, por una vez en la vida, tener algo de suerte y terminar sus días viviendo en aquella mansión rodeada de criados y opulencia.

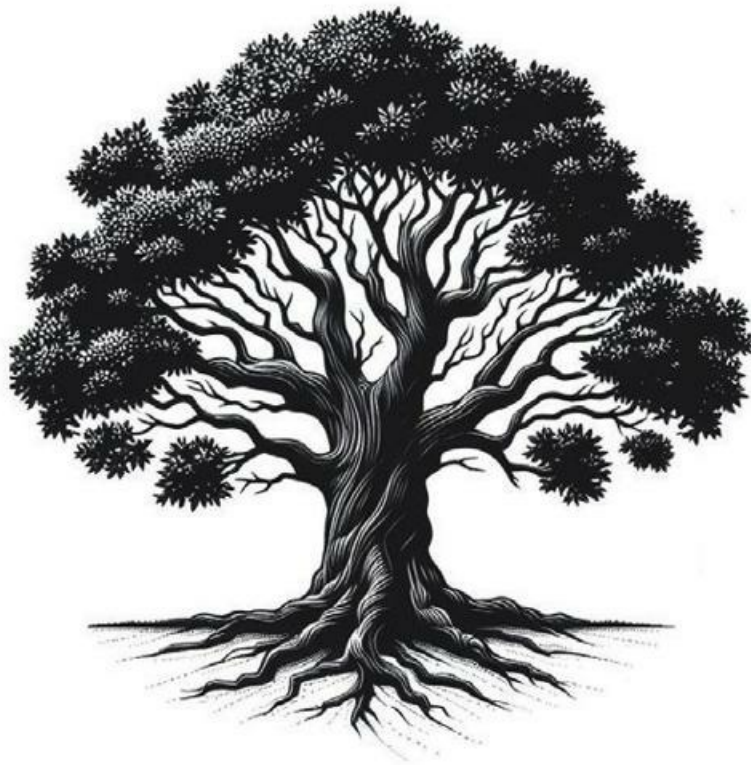
Bill le entregó a Jack algo de ropa: una camisa, unos pantalones y una cazadora vaquera. La ropa del *ranger* no servía ni para trapos.

También le dio un caballo, el mejor que tenía, un alazán *blond chestnut* de crines rubias, brioso y temperamental. Aquel corcel, no apto para jinetes poco experimentados, fue un regalo de un jefe comanche como agradecimiento por sus servicios como veterinario. No era Rin; no existía ningún caballo como él, pero sin duda alguna, era un gran animal. En cuanto se acostumbrara a Jack, harían un gran equipo. El caballo era tan bueno que incluso Potter se lo quiso comprar más de una vez, pero aquel animal era un regalo de bodas para Mary y Adrián. Ahora que esta se había truncado, Bill no veía más razones que convertir al animal en un caballo de guerra.

Laura ensilló a su joven yegua, una mustang marrón con manchas blancas por todo su cuerpo y de robustas y rápidas patas. Quería pasar el día con Jack, dirigirse hasta el roble centenario y disfrutar de los últimos momentos juntos. Preparó algo de comida para la ocasión, se recogió el pelo y se echó perfume. Deseaba que todo fuera perfecto.

Solo Dios sabía cuánto tiempo tardaría en volver a ver a Jack. Cuando Alice y Bill los vieron subidos en sus monturas, percibieron que su hija había cambiado. Irradiaba una luz limpia y pura, un áurea perpetua que la hacía diferente a sus ojos. Ya era toda una mujer. Charlotte y Henry siguieron llorando un poco más cuando vieron cómo se alejaban los amantes, sin saber que aquella ocasión uno de ellos jamás volvería a ver a la pareja.





Fue después del almuerzo cuando Bill sintió algo inusual en el ambiente. Observó el paisaje a través de la pequeña ventana de la cocina, buscando una señal que lo tranquilizara, quizás una brizna de hierba moviéndose en la distancia o el galope furioso de un potrillo. Sin embargo, esa señal no llegó; todo estaba envuelto en un silencio que lo incomodaba hasta apoderarse de su voluntad y de sus miedos más sombríos. Observó cómo Alice sacaba agua del pozo y pensó que no sería mala idea que se refugiara en casa y que bajara al sótano con los chicos a los que había perdido la pista hacía un par de minutos.

—Alice, busca a los niños y bajad al sótano.

—¿Ocurre algo, Bill? —preguntó su esposa, buscando saber más.

—¡Haz lo que te digo! —le contestó malhumorado, agarrando el rifle. Abrió la puerta y con un gesto de preocupación oteó el horizonte.

Alice buscó por toda la casa a Henry y a Charlotte, pero solo encontró a su hija. No había rastro de Henry por ningún sitio. Ambas bajaron al sótano mientras Bill seguía contemplando el exterior de la casa. Primero el granero; lo observó con detenimiento, intentando encontrar alguna pista, una puerta abierta o algún movimiento fuera de lo común. Miró hacia el establo; todo estaba en una tensa calma.

Apretó sobre su pecho el rifle, como antaño lo hizo en la guerra civil, sintiendo su peso, su tacto a metal y madera. Se metió en la casa y cerró la puerta a cal y canto.

Sabía cómo era eso de la calma antes de la tormenta. Era una sensación de vacío que se

apoderaba de las entrañas, una sacudida inconfundible que se hacía más y más patente a medida que corrían los segundos. Todo, de pronto, se paraba; los pájaros dejaban de cantar y el viento de soplar. Se podía escuchar el sonido del sudor resbalar por la piel de los hombres, el palpar de sus corazones, de sus venas; se podía oler el miedo. Bill lo olió muchas veces en la mesa de operaciones, cuando ayudaba a los cirujanos a amputar los miembros infectados de gangrena. Era una mezcla de orines, mierda y sudor; y ese olor a hierro que despedía la sangre cuando lo impregnaba todo.

Nunca pudo sacarse ese hedor de la nariz; incluso soñaba con él en sus pesadillas. Lo tenía tan presente en su cerebro y en sus sueños que, a veces, temía dormir, volver al campo de batalla y ver de nuevo a todos aquellos muchachos que ayudó a mutilar; sus ojos abiertos como platos suplicando que no, que no seccionaran lo inevitable, la sierra y el hueso. Después, el chirrido de la rueda de la carretilla que venía a por los brazos y piernas seccionados. Bill lo escuchaba tan claro que se despertaba envuelto en sudor. Por eso, en aquella ocasión, supo que algo fatal estaba a punto de acontecer.

Comenzó a comerse los pellejos de sus dedos de forma compulsiva; algo que hacía cuando la tensión se apoderaba de él. Recordó a Jack y su pericia con el revólver; le hubiese venido bien en aquellos momentos. De todas formas, se sentía seguro en su casa; las paredes de adobe eran gruesas, ningún proyectil podría atravesarla. Las ventanas disponían de contraventanas que se abrían hacia dentro y que formaban con los muros una tronera donde disparar sin ser herido. Era una construcción destinada a aguantar los ataques indios. Aunque la familia Smith nunca tuvo problemas con los comanches, al contrario; eran buenos vecinos. Bill curaba a los caballos de las tribus de los alrededores y estos, a cambio, siempre los dejaron en paz, además de obsequiarlos con mantas y artesanía comanche. Llevaban así desde que se instalaron en la región hacia más de diez años.

Escuchó cómo los cascos de unos caballos se aproximaban despacio.

Miró por una de las troneras y vio a tres hombres. Reconoció a uno de ellos; era James Mulligan.

—¡William Smith, vengo a detenerlo en nombre de la república independiente de Texas por haber dado cobijo a un prófugo; es mejor que ese *ranger* y usted salgan con las manos en alto!

—escuchó Bill, reconociendo la voz al momento.

—¡James Mulligan, no sé de qué república me hablas, que yo sepa, Texas pertenece a la Unión y un *ranger* no es un prófugo! ¡Además, llegas tarde porque ya se ha largado!

—¡Entrégate y seré piadoso con tu familia, te doy mi palabra!

—¿Palabra? Amigo, tú no tienes de eso. ¿Acaso tuviste palabra con todos a los que has colgado para que Potter se quede con sus tierras?

Fuera, James hizo una señal a uno de sus hombres, y este arrastró al joven Henry de un brazo. Henry lloraba y tenía el rostro enrojecido como si le hubiesen pegado con saña. James subió a Henry a lomos de su caballo y acarició con su mano quemada la mejilla del chiquillo.

—Si no te entregas, colgaré a tu muchacho, te lo advierto. Quemaré el rancho con toda tu familia dentro, arrasaré este maldito lugar para que sea vuestra tumba.

En el sótano, madre e hija escucharon todo con atención. Alice necesitaba que Bill abriera esa puerta y permitiera que el pequeño Henry volviera a su regazo. Henry no era más que un chiquillo de seis años, inocente y sin maldad. Después de comer, solía jugar en la pradera, le encantaba corretear alrededor de la casa o jugar con los animales de la granja. Alice decidió abandonar el sótano. Tenía que hablar con su marido, decirle que abriera la puerta y se entregara. Que no pasaría nada, que ellos eran amigos de Potter y pronto serían familia. Cuando Bill la vio, no le hizo falta que ella pronunciase ninguna palabra, la cara de su mujer lo decía todo. Ella

salvaría a su hijo, por encima de todo y al precio que fuese, incluso por encima de él y de sus convicciones.

—¡Nos matarán, Alice!— le espetó nada más verla.

—¡Vas a abrir esa maldita puerta, aunque sea lo último que hagas en este condenado mundo, William Smith! Si no, yo misma la abriré. Mientras que haya una oportunidad para salvar a Henry, haremos lo necesario.

—¡Escucha a tu esposa, Bill!— gritó James desde el otro lado de la puerta—. ¡A ninguno nos conviene ponernos a disparar, solo atrasarás lo inevitable!

Laura y Jack: dos nombres entrelazados en un corazón esculpido en la corteza de aquel enorme roble centenario; tocando el cielo, en lo más alto de aquella colina mecida por el viento. ¿Era acaso una señal divina? Tenían el mundo a sus pies, pero Laura no sabía si volvería a verlo con vida.

Se besaron con ternura antes de despedirse. Jack acarició sus mejillas intentando que ese instante quedara grabado en su memoria para siempre. No necesitaban palabras; se sabían el uno para el otro, preferían sentirse: entrelazar sus manos y mirarse a los ojos.

Estallaría un conflicto, una guerra que los alejaría y marcaría para siempre el devenir de sus vidas. Pero aquel instante les pertenecía, era suyo, hasta la eternidad, hasta el fin de sus días. Ambos se imaginaban envejecer uno al lado del otro, tener un pequeño rancho y vivir de los frutos del campo, criando caballos y formando una familia. Tal vez fuera un sueño lejano y furtivo, pero no inalcanzable. ¿Qué había de malo en fantasear con aquello? Nada, tan solo daban rienda suelta a sus corazones repletos de esperanza.

Ambos se dieron cuenta de lo vacías que estaban sus vidas antes de conocerse, un vacío inexorable y profundo, un abismo de soledad. En cambio, cuando se vieron, se reconocieron al primer vistazo.

Supieron que ese día volvieron a nacer. Ellos serían libres, los elegidos de una tierra próspera tocada por Dios, los nuevos Adam y Eva.

Texas era su paraíso, su Edén particular; una tierra hostil que sería domada como se doman los caballos salvajes.

Pronto los viejos tiempos darían paso al progreso, y ellos estarían allí para verlo. ¿Qué mal les podía acontecer? ¿Qué fatalidad les tenía deparada el destino? ¿Acaso sus alas se derretirían cuando volaran cerca del sol como le ocurrió a Ícaro? No y mil veces no. Maldecirían a quienes intentaran distanciarlos, incluso se condenarían si hiciera falta. Nadie podría separarlos.

Daba igual si sus manos estuviesen manchadas de sangre, verterían la suya si hiciera falta. A pesar de toda esa amalgama de sentimientos, sabían que todo eso era un espejismo que el destino les ponía delante de sus ojos para que pudiesen tocarlo con la punta de sus dedos y que, tal vez, la fatalidad los esperaba a la vuelta de la esquina.

Pero Jack, por primera vez en su vida, tuvo miedo, terror a perder a Laura para siempre, de morir con su nombre en los labios. Temía por ella, ya que, en poco tiempo, se convirtió en la piedra angular de su vida. No había futuro sin su ternura.

Bajo la majestuosidad del roble centenario, los dos amantes se encontraron desnudos. Ambos sintieron las formas del otro acariciando su piel desnuda. Los rayos del sol se colaron a través del follaje de su copa, creando un suave mosaico de caprichosas sombras que se proyectaban sobre la fresca hierba que los rodeaba. Sus miradas entrelazadas deseaban volverse a encontrar en un salvaje y pasional baile repleto de deseo incontenible.

Al principio, sus besos eran delicados y suaves, como las promesas de los amantes que se encuentran por primera vez. Cada beso alimentaba más y más la llama que los devoraba por

dentro y que no cesaba de avivarse en su interior despertando a la lujuria. Los dos amantes deseaban entregarse a ella como aquel que se sacrifica con deseo y fervor a su dios.

Jack deslizó sus manos por la espalda de Laura, explorando cada poro de su piel con una desatada devoción. Los susurros del viento se mezclaron con su pasión, creando una sinfonía de placer que los elevaba hacia el clímax. Laura se entregó al fuego que supuraba por su cuerpo, hundiéndose en el deseo con su amante, en respuesta a cada jadeo, a cada caricia, avivando la llama con más leña al fuego.

Los cuerpos se fundieron el uno con el otro a la perfección y se movieron al compás de la danza ancestral. Solo el roble era testigo de su lujuria. Susurros de placer se escapaban entre el sudor que resbalaba por su piel y las ganas de Jack de poseerla, sumergiéndose en el océano de éxtasis al que los amantes querían condenarse hasta la perdición, hasta que sus almas estuviesen dañadas para la eternidad.

Pero el tiempo se detuvo y los dos amantes se despertaron de aquel instante íntimo y ardiente. El eco de su amor crepitó en sus almas.

Aquel corazón tallado sería testigo mudo de su amor rebelde.

—Ten cuidado—le susurró ella al oído mientras se fundían en un abrazo.

Él la miró de soslayo y la volvió a besar. ¿Cómo no iba a tenerlo?

Todavía no se había separado de su lado, y ya la estaba echando de menos. Sabía que, a cada paso que diera, la tendría presente en su mente, anclada en su memoria, en sus deseos más secretos e íntimos y eso, en el fondo, resultaba peligroso. Necesitaría todos sus sentidos para acabar con los Mulligan. La lucha sería encarnizada; no podía pensar en otra cosa que no fuese pólvora y fuego. Esta vez no sería así. Laura, en cierta forma, lo desarmaba, lo hacía vulnerable, pero ese era un precio que estaba dispuesto a pagar.

—Lo tendré.

Laura, por fin, era feliz. Siempre se creyó un bicho raro. Sabía que no era como el resto de las chicas. Para ella, la idea de casarse y tener una familia era secundaria. Siempre supuso que no había encontrado a la persona que la hiciese feliz y estaba en lo cierto. Con Jack, todo parecía fluir. No sentía ganas de patearle el trasero como al resto de chicos del condado. Laura siempre se creyó mejor que ellos en todos los sentidos: montaba mejor, disparaba mejor, sabía leer y escribir y tenía conocimientos de un montón de materias. Además, cuando quería, sabía ser una perfecta señorita de modales refinados. ¿Pero quién diablos quería ser así? Laura se veía como una guerrera, no como las hermanas Higgins, que eran como dos hombres en sus formas y gestos. Ella era femenina, valiente y tenaz.

Durante tres años consecutivos ganó la carrera del condado gracias a su pericia y a los consejos de su padre para elegir montura. Era una gran amazona; muchos decían que montaba como un piel roja, y en cierta manera era así. En muchas ocasiones los comanches de la zona comerciaban con su padre o este ayudaba a tratarlos de alguna dolencia. En esos momentos, Laura prestaba atención a todos los detalles: la forma en que los comanches sujetaban las riendas y la posición de sus piernas a la hora del trote y el galope. Así logró ser la mejor del condado a pesar de la competencia de los chicos y de las hermanas Higgins, que siempre estaban dispuestas a buscar pelea por el asunto más nimio.

Cuando estaban a punto de despedirse, algo impactó en el pensamiento de Laura: una premonición en forma de aviso. Vio las botas de su padre balancearse. Fue un fogonazo rápido y fugaz. No pudo explicarse qué diablos era, pero supo que a su padre le había pasado algo terrible. Fue tal la sensación que sus piernas estaban a punto de fallarle y caer al suelo. Se agarró con fuerza a los hombros de Jack y este ni siquiera se percató. Cuando se despidieron, Laura hizo

correr a su yegua, clavó sus espuelas y la fustigó con las riendas para que galopara sin tregua. El sol estaba a punto de ocultarse; en la distancia vio un resplandor, un faro en medio de la pradera que lo iluminaba todo.

Su casa ardía envuelta en llamas. Azuzó hasta la extenuación a su joven montura; el cuerpo de la yegua y su boca se llenaron de espuma debido al esfuerzo. Cuando llegó a lo que quedaba del rancho, encontró a su madre arañando la tierra, envuelta en un halo de repentina locura. Tenía sangre en la punta de sus dedos y se había arrancado las uñas intentando abrir dos tumbas. Su padre y su hermano Henry colgaban de la rama de un árbol que había en la pequeña granja.

Laura se bajó del caballo y se agachó al lado de su madre, quien no dejaba de cavar con sus manos repitiendo unas palabras una y otra vez.—¡Esto es culpa de Jack Holland!

Alice miró a Laura con ira; no había rastro de tristeza en sus facciones, solo furia incontenida. Laura deseó abrazarla, necesitaba el abrazo de su madre, pero recibió una bofetada que hizo que la sangre brotara de su labio.

—Tenías que traer a ese demonio a esta casa. ¿No viste al diablo en su sonrisa? No te valía ningún otro chico del pueblo, tenía que ser ese maldito *ranger*. Mira a tu padre y a tu hermano. ¿Crees que ha valido la pena? Ya nunca los verás como eran, repletos de vida. Los verás así, colgando con esa expresión de muerte, con la lengua de fuera, ese color azul en sus rostros. Tu padre luchó para soltarse mientras esos desgraciados se reían y tu hermano... Dijeron que los niños crecen y se convierten en hombres. Ya no me queda nada. Me volaría los sesos ahora mismo, pero quiero ver cómo esa banda de indeseables y ese *ranger* se arrancan el pellejo mutuamente. A partir de este momento, harás lo que yo te diga y te casarás con el hombre que yo elija para ti.

Sácate a ese pordiosero de la cabeza. Ahora toca sobrevivir y recuperar lo que nos han quitado.

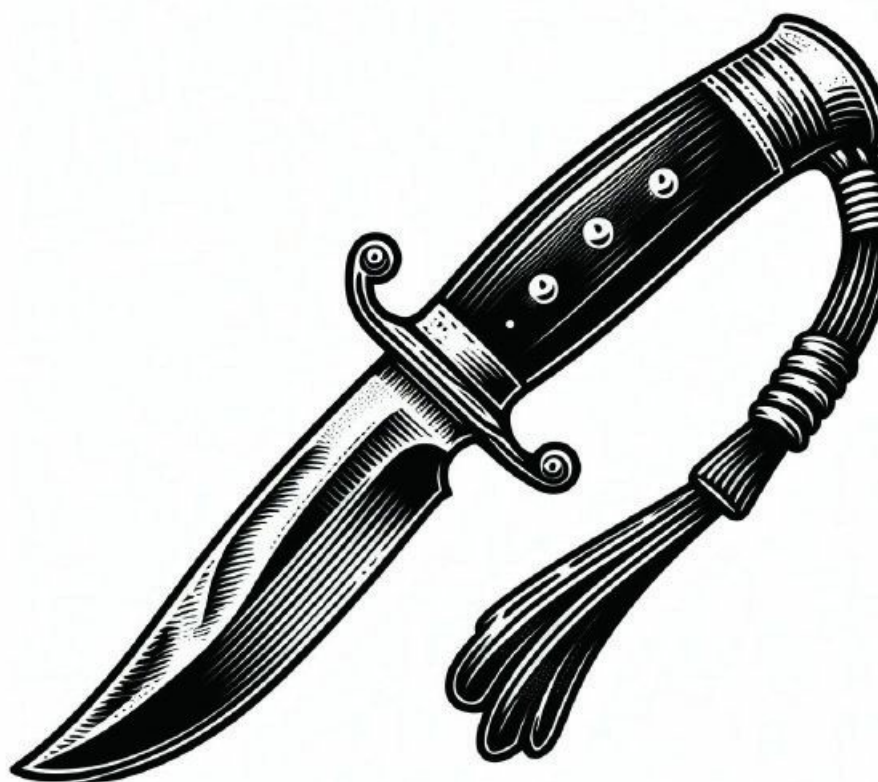
—¿Y Charlotte? —preguntó Laura mirando en todas direcciones.

—Los Mulligan se llevaron a mi pequeña —paró de cavar mientras volvió a fijar la mirada en Laura —dijeron que sería un buen regalo para *White Horse*, que le serviría de esclava o de esposa, que la venderían por diez caballos por lo menos.

Laura pensó en perseguir a la banda de los Mulligan. Vio el rifle de su padre tirado en el suelo y lo recogió. Era extraño; su padre no se defendió y el rifle no había sido disparado. Pero primero debía enterrarlos. Charlotte sobreviviría; tal vez en unos meses algún destacamento del ejército la liberaría del cautiverio o, con un poco de suerte, escaparía ella por sus medios. Era una chica lista. ¿Qué podía hacer ella? Tardaría un día entero en reunir a varios hombres para hacer una batida, pero ¿qué hombres se atreverían a perseguir a los Mulligan?

Nadie, solo Jack Holland, y él ya estaba en su propia guerra.







Lo que sucedió en las siguientes semanas debería estar recogido en los libros de historia, ser portada de innumerables periódicos a lo largo y ancho de todo el estado y del país. Pero no ocurrió así. Aquello se convirtió en una gesta olvidada que solo sería recordada por los habitantes del condado y por los fanáticos del viejo oeste. Para ellos, Jack estaba a punto de entrar en la leyenda, de convertirse en un mito casi inmortal. Pronto el ánimo del pequeño grupo se volvió más y más enfermizo y suicida. Los continuos tiroteos contra los hombres de los Mulligan les hicieron pensar que no habría bala sobre la faz de la tierra capaz de dañarlos. El próximo objetivo era claro: el «Rancho Potter». Holland y los suyos estaban hartos de esconderse en su madriguera, lejos de los ojos de los espías de Potter, lejos de las balas de los Mulligan.

Durante semanas, los ojos del pequeño grupo no se apartaron del Rancho Potter. Vigilaban todos los movimientos de los vaqueros que guardaban la propiedad. Se dieron cuenta, gracias a la gran polvareda que levantaban a su paso, que a unas cuantas millas de la casa principal estaban reuniendo un gran rebaño de reses.

La época de engorde llegaba a su fin y, más pronto que tarde, tendrían que conducir esa manada hacia los estados más al norte, internarse en territorio salvaje, inexplorado, plagado de tribus hostiles, hasta lograr meter toda esa carne en vagones y ser transportados por ferrocarril hacia el este de la nación. Sin embargo, que esos *cowboys* abandonaran el rancho no significaba que dejara de estar vigilado.

El grupo debía escoger el momento preciso; Potter todavía contaba con la protección de *White Horse* y de los hermanos Mulligan, sin contar con la decena de hombres bien armados que

todavía guardaba el rancho. El rancho Potter era el centro del mal, y ellos tenían una misión divina: matar al diablo; Potter era la encarnación del mal. Decidieron atacar.

Prepararon un buen desayuno antes del amanecer: alubias con panceta y café. Si alguno iba a morir, mejor sería cruzar el umbral con el estómago lleno. Las primeras horas del día fueron tensas; los hombres no se dirigieron la palabra. Jack malgastaba su tiempo limpiando sus armas de forma compulsiva, mientras que Patrick mascaba tabaco y bebía *bourbon* como si le fuese la vida en ello. La espera también impacientaba a los jóvenes guerreros cheyenne, los hijos de Lazy Bear.

Al igual que Jack, deseaban entrar en combate, arrancar unas cuantas cabelleras y quemar ese condenado lugar. Su sangre fluía por sus venas rápida, los llenaba de una fuerza interior prodigiosa. *Lazy Bear* oraba en silencio. Era el único que guardaba la calma, preparaba mente y cuerpo para la batalla.

Con las primeras luces del alba, montaron en sus caballos. El sol ardía en el horizonte mientras el grupo de hombres avanzaba hacia el rancho. La tensión se palpaba en el ambiente; todos eran conscientes de que se enfrentaban a una muerte segura si las cosas no salían según lo planeado. A medida que se acercaban a la propiedad, la adrenalina empezó a fluir por sus venas. Los hijos de *Lazy Bear* iban en cabeza.

Al divisar el rancho, desmontaron y llevaron a los caballos a un lugar seguro, vigilados por el hijo pequeño del predicador, Tala. El resto del grupo continuó a pie durante un buen trecho, para no levantar una polvareda que pudiera delatar su posición. Al llegar al lugar, los hombres se apostaron en las cercanías, estudiando la situación. Cuando estuvieron a cierta distancia, se arrastraron por el suelo hasta divisar el rancho. O'Keefe sacó un pequeño catalejo y observó.

—Veo dos hombres con rifles de repetición en la puerta principal, otros dos en las ventanas de los pisos de arriba y... no hay ningún hombre encaramado al tejado. Si nos acercamos ahora montados en nuestros caballos nos abatirán. De todas formas se ve que Potter es un hombre confiado, se sabe protegido—advirtió O'Keefe mientras guardaba el catalejo.

—Atacaremos por la noche—dijo *Lazy Bear*.

—¿Con esta luna? Está demasiado llena. Nos verán—habló Jack.

—No, si alguno de nosotros se va acercando despacio aprovechando el terreno.

—¿Despacio?

—Sí, dos de mis hijos se arrastrarán muy despacio, como si fuesen serpientes, camuflándose con el terreno. Cuando llegue la noche, entrarán en la casa sin ser vistos por los hombres de la puerta principal, los eliminarán y se encargarán de los que estén en las ventanas. Una vez dentro, nos harán una señal y nos acercaremos a galope tendido para terminar con los hombres que queden dentro de la casa.

—Potter es mío—advirtió O'Keefe—, que nadie ose interponerse entre ese malnacido y mi revólver o tendrá que vérselas conmigo.

Nadie le llevó la contraria; O'Keefe tenía una dura carga en su alma y la venganza era la única forma de encontrar algo de paz en su mente atormentada. Los jóvenes indios se desnudaron y pintaron sus cuerpos del mismo color que la vegetación y la tierra que los rodeaba.

Durante horas, se movieron con sigilo hacia el rancho. El sol caía sobre sus espaldas, golpeándolos con sus rayos, pero ellos avanzaban inexorables hacia su objetivo. Necesitaban colgar de sus cinturones las cabelleras de sus enemigos y apuntalar su fama como grandes guerreros, al igual que su padre y sus antepasados. Sabían que estaban en el mundo para eso, que esta era la prueba que los convertiría en leyenda.

Los dos muchachos se coordinaban de forma que avanzaban a la par, solo separados por varias

decenas de yardas. Hubo un momento en que ni tan siquiera O'Keefe, con su catalejo, fue capaz de distinguirlos sobre el terreno. Anochece en el rancho cuando decidieron parar; se encontraban a poca distancia de los hombres de la puerta principal y podían escuchar su conversación. Estaban borrachos, ya que habían amenizado su guardia con *bourbon*. Uno de ellos entró en la casa mientras el otro *cowboy* se sentaba en una mecedora observando la oscuridad. Nashua agarró despacio una de sus flechas, tensó su arco, apuntó sin prisa y disparó. La flecha atravesó la tráquea del hombre sin que él se percatara de que había sido herido de muerte.

Casi de inmediato, otra flecha disparada por Koda atravesaba su corazón. Los hombres de la primera planta habían abandonado su puesto, así que Nashua y Koda decidieron avanzar hasta el porche del rancho y escucharon una voz dentro de la casa.

—Phil, grandísimo hijo de puta, te has bebido la última...

Los jóvenes guerreros pegaron su espalda a la pared; las espuelas tintinearón, anunciando la llegada del otro *cowboy*. Abrió la puerta y, cuando se cerró, el hombre se encontró cara a cara con dos demonios que venían a por él. No tuvo tiempo ni para gritar, el cuchillo de Koda seccionó su garganta de la que, a borbotones, comenzó a brotar la sangre como si fuese un manantial. Koda hizo el amago de querer arrancar su cabellera, pero Nashua apoyó su mano en el hombro de su hermano y negó con la cabeza. Los indios entraron en la casa. El vestíbulo estaba iluminado por una tenue lámpara que Koda apagó de inmediato.

Subieron la gran escalera despacio y pisando con cautela para no hacer ruido. Escucharon unas voces provenientes de una de las habitaciones que daban a la fachada principal del primer piso. Los cheyennes se colocaron en el umbral de la puerta, Nashua tensó su arco mientras que Koda, con un *tomahawk* en su mano derecha, tanteaba con la otra el picaporte. Nashua asintió y Koda abrió de golpe. Aquello sorprendió a los dos hombres que estaban en la habitación. El más viejo recibió una flecha en el centro de su pecho, mientras con poca fe, intentaba agarrar su escopeta de dos cañones; el segundo hombre dio unos pasos tímidos hacia atrás, su mano derecha se aproximó a la culata de su revólver, pero el *tomahawk* de Koda se incrustó en su frente matándolo al instante. Los chicos cerraron la puerta de la habitación, Nashua acercó la lámpara de aceite a la ventana y la movió de izquierda a derecha mientras Koda sacaba su cuchillo y le arrancaba la cabellera al vaquero más viejo que, aún vivo, intentaba ir a hacia la puerta. Mientras el cheyenne clavaba el filo de su cuchillo a través del cuero cabelludo del hombre, un alarido de dolor se incrustó en los muros de la mansión mientras el indio replicaba su grito de guerra de forma convulsa y agitada.

—¡Tenías demasiada prisa por llevar tu trofeo! —le recriminó su hermano. Koda asintió repleto de juvenil arrogancia, mientras que golpeaba su pecho con fuerza—¡Ayúdame a bloquear la puerta antes de que nos empiecen a disparar, imbécil!

Los muchachos agarraron un gran sofá y atrancaron la puerta con él. Cuando observaron la luz moviéndose en una de las ventanas, el resto del grupo volvió a montar en sus caballos y al galope fueron hacia el rancho. Una vez allí, entraron en la casa con sus armas en la mano, pero para sorpresa del grupo, no encontraron ningún tipo de resistencia. Solo escucharon a los jóvenes indios gritando, discutiendo por el botín sangrante que colgarían en sus cinturones y así demostrar a sus enemigos que ya no eran unos muchachos.

—¿Dónde estás, Potter? ¡¡Grandísimo hijo de puta!! —gritaba O'Keefe con rabia.

Koda y Nashua se reunieron con el resto del grupo, pero no encontraron a ningún enemigo más. Potter se había marchado. Revolvieron cada esquina de la casa, cada cajón, cada armario; fueron al despacho de Potter, la caja fuerte estaba abierta y vacía.

—¡Ya que no puedo meterle una bala en ese miembro tan pequeño que debe tener esa maldita

sabandija, al menos me beberé su *whisky*!

—exclamó O’Keefe haciendo referencia a Potter.

—Vive bien ese malnacido, mira todo este lujo—dijo Jack.

—¡Quemaremos cada piedra de este rancho, no quedará nada, solo será un viejo recuerdo! —gritó O’Keefe.

—Pues no sé vosotros, pero yo tengo el trasero dolorido de dormir al raso, podríamos instalarnos aquí, no es un mal sitio para defenderse, los muros son gruesos y seguro que en la cocina hay un montón de víveres—propuso Jack.

—Hablando de cocina... Mirar a quien me he encontrado escondido...—Dijo *Lazy Bear*.

Se trataba del criado negro de Potter. Miraba al suelo con temor, nunca miró a los ojos a los hombres blancos, ese mandato lo tenía a fuego en su alma y en su espalda. Sus manos temblaban como una vara verde.

—¿Dónde está Potter? —preguntó O’Keefe. El negro lo miró, pero no contestó —No temas, no te haremos nada. Solo contesta a la pregunta y podrás irte.

—¿Irme? ¿A dónde? Esta es mi casa, siempre he estado aquí.

Unos gritos alertaron al grupo. Miraron hacia la noche más oscura, un grupo de unos setenta comanches los tenían rodeados, portaban antorchas y cabalgaban al galope convirtiendo aquella carrera en un espectáculo de luces.

—Creo que Potter nos tiene donde quería, encerrados aquí y a expensas de los comanches. —argumentó O’Keefe.

—¿Cómo sabía que veníamos? —preguntó Holland.

—Esta mañana divisaron el reflejo de un cristal—habló el criado—creyó que el ejército iba a atacarlo y huyó.

—El catalejo...

—Por la noche no atacarán. Tendremos hasta el amanecer para prepararnos. Pensad por un minuto que estamos en una posición privilegiada. La casa tiene anchos muros, es alta y para llegar a ella deben atravesar una inmensa llanura —los tranquilizó *Lazy Bear*.

—Atrancaremos las puertas, quiero dos hombres en el tejado con rifles de repetición, otros dos en el primer piso. Haremos una barricada en la escalera. Cualquier comanche que atravesase la puerta o intente subir las escaleras lo llenaremos de plomo desde ahí. ¿Cómo andamos de municiones? —preguntó Holland.

—Bastante bien, además seguro que Potter tiene algunas cajas guardadas por algún sitio—le contestó O’Keefe.

El criado asintió.

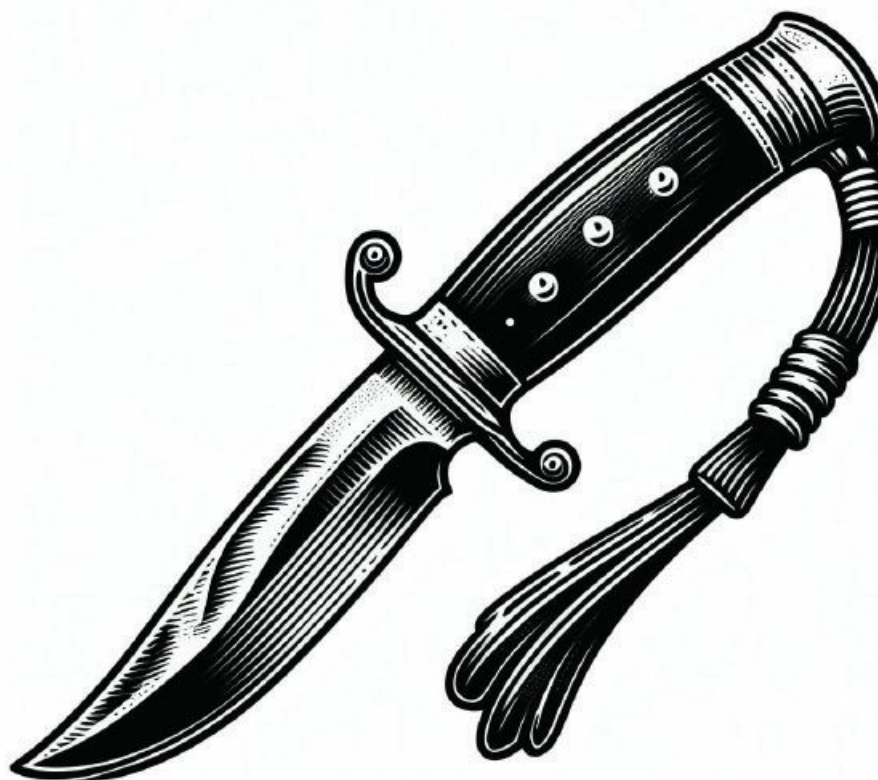
—¿Y de víveres? Creo que vamos a estar mucho tiempo aquí.

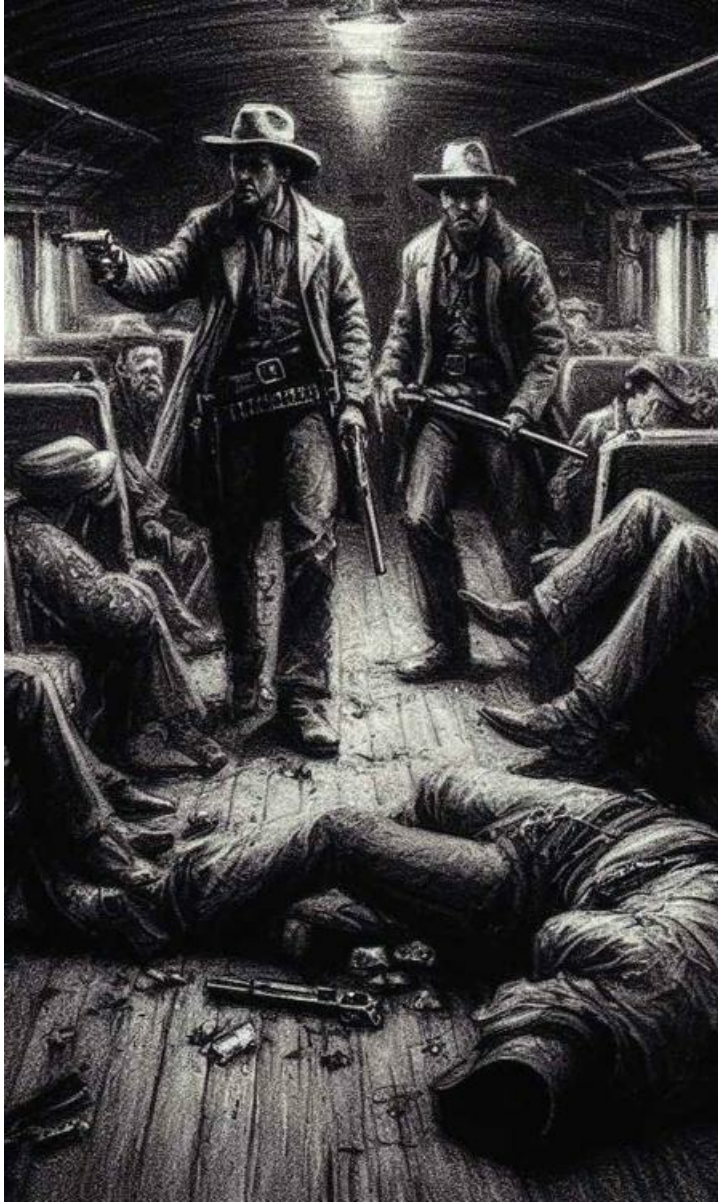
—En la bodega hay comida suficiente para un mes—contestó el criado.

Dispusieron varios muebles a modo de barricada en el primer re-llano de la escalera con unas pequeñas mesas auxiliares y un imponente sofá. Desde esa posición defensiva, Jack y Patrick serían letales.

Mientras tanto, en el tejado, Koda y Nashua se apostaron con varios rifles y la munición que encontraron en una de las estancias de los hombres de Potter. En el primer piso se pertrecharon *Lazy Bear*, Tala y el criado de Potter, Otis, también armados con rifles, atentos ante cualquier comanche que osara cruzar la llanura.







Tener rodeado el rancho Potter, otorgó a los Mulligan carta libre para seguir con sus fechorías. Aprovechando la información de un trabajador descontento de la compañía de ferrocarril *Texas and Pacific Rail*, conocieron que el gobierno de *Washington* transportaría a través de Texas hasta El Paso cierta cantidad de oro valorada en más de un millón de dólares.

El convoy estaría vigilado por un reducido destacamento, tal vez unos veinte o treinta hombres, mal armados y peor entrenados, lejos de las habilidades de curtidos soldados rebeldes como ellos. Potter y los Mulligan vieron la oportunidad; si se hacían con ese oro, su sueño de una república de Texas estaría muy cerca. El plan era simple: con cierta cantidad de dinamita volarían la vía. Una vez inmovilizado el convoy, hacerse con el oro sería coser y cantar.

Frank y James, acompañados de tres de sus secuaces, subieron al tren en la estación de Amarillo. Recorrieron dos vagones de pasajeros hasta llegar a sus asientos, donde fueron presa de las miradas de la gente de bien debido a su aspecto desaliñado. El vagón del oro estaba en la parte trasera del tren, con dos soldados apostados en el techo.

En el último vagón viajaba el resto de la tropa. Entre el vagón del oro y el de los soldados había otro descubierto con un montón de cachivaches militares, municiones, herramientas y distintas provisiones, todo ordenado al estilo militar y cubierto con lonas.

Era media tarde cuando el tren avanzaba a buen ritmo adentrándose en el territorio. Muchos de los pasajeros de los dos vagones dormitaban debido al calor, otros hablaban acaloradamente sobre la deriva del país y los niños no paraban de preguntar si faltaba mucho para llegar a su destino. Algunos aprovechaban las horas muertas del viaje para ganarse unos dólares jugando al *póker*. Mientras tanto, los Mulligan esperaban la señal para levantarse de sus asientos y desatar el infierno. Y no se hizo esperar.

Una gran explosión se escuchó a lo lejos. El estruendo puso en guardia a los pasajeros, mientras el tren comenzaba a frenar de forma brusca, emitiendo un terrible chirrido. Una vez que el tren se detuvo, el revisor corrió hacia la locomotora, pero Frank estiró su pierna e hizo que se diera de bruces contra el suelo. James se levantó, desenfundó su revólver y, de un certero disparo, le voló la cabeza. El pánico se apoderó de los pasajeros, así que James pidió silencio, volviendo a disparar al techo del vagón. Afuera, los hombres de los Mulligan comenzaron a intercambiar disparos con los soldados del tren.

—¡Somos la banda Mulligan! —gritó Frank.

Por aquellos días, la banda Mulligan ya era muy conocida por sus infamias, así que ningún pasajero osó interponerse en su camino. Se limitaron a permanecer en sus asientos sin mover un dedo, presos del miedo y de la incertidumbre. Frank y sus hombres avanzaron hacia el vagón donde se encontraban los soldados, mientras que James, subía por una escalerilla que daba acceso al techo del tren. El intercambio de disparos era brutal; los soldados, bien parapetados, disparaban sus rifles sin pausa. Al final, no eran los militares mal entrenados y peor armados, resultaron ser duros oponentes, soldados de infantería co-rreosos que mantenían al grueso de la banda a raya. No podían moverse ni entrar en el tren, mientras que en el techo, los dos soldados tenían cierta ventaja, causando bajas entre los bandidos.

Una vez que James pisó con sus botas el techo del vagón, observó a los dos soldados que, tendidos, disparaban sin pausa. Notó, para su sorpresa, que eran buenos tiradores, tal vez los mejores del destacamento, colocados allí para causar bajas ante un posible ataque. Avanzó con el revólver en la mano sin ser visto y disparó al primer soldado, causándole la muerte. El segundo soldado, un joven sargento, se percató y giró su rifle hacia James, pero cuando presionó el gatillo, el arma se encasquilló. Otra muestra más de la legendaria suerte de los hermanos Mulligan. El joven sargento se puso de pie intentando arreglar el rifle con cierta dosis de premura y nerviosismo, mientras que James comenzaba a caminar despacio, saboreando el instante en que dispararía. Amartilló su revólver y apuntó al sargento, lo que hizo que este retrocediera unos pasos perdiendo el equilibrio justo en el momento en el que James apretaba el gatillo.

Frank se detuvo en la puerta del vagón que albergaba al pequeño destacamento. Observó a través del minúsculo cristal de la puerta y vio cómo más de quince soldados disparaban sin pausa sobre sus hombres. No se lo pensó dos veces, siempre fue el más audaz de los dos hermanos. En la batalla, durante la guerra, nunca lo paró una retirada. Muchas veces, a lomos de su caballo, se internaba en los campamentos yanquis a galope tendido, disparando a diestro y siniestro, sin que el enemigo tuviera tiempo a reaccionar. En aquel momento, los soldados no esperaban que nadie dentro de ese tren los atacara; así que le dio un puntapié a la puerta y esta cedió. Frank y sus tres hombres entraron en el vagón y comenzaron a abrir fuego sobre los soldados.

James vio cómo el sargento caía precipitándose sobre el vagón que estaba descubierto. El

bandido avanzó sobre el techo hasta llegar al borde y echó un vistazo hacia abajo, viendo al soldado sangrando por la cabeza y herido en el estómago por una de sus balas, inmóvil.

Un grito de alegría desmedida salió de su garganta mientras elevaba sus manos para que fueran vistas por sus hombres. Al percatarse, le devolvieron el grito con entusiasmo.

Cuando los soldados se dieron cuenta de que estaban siendo atacados desde dentro del vagón, Frank y sus hombres ya habían enviado a siete almas al inframundo. Los soldados se parapetaron en los asientos y se produjo un intercambio de disparos, pero al final, un joven teniente ordenó a sus hombres que depusieran las armas, ya que eran víctimas de un fuego cruzado desde fuera del tren y desde dentro del vagón. A pesar de que los soldados levantaron las manos, eso no frenó a los bandidos que descargaron sus revólveres sobre ellos, convirtiendo el vagón en un baño de sangre, a la altura de la leyenda de los hermanos Mulligan. Una vez cesó el tiroteo, la banda se reunió junto al vagón del oro. Frank dio una fuerte palmada a la puerta y comenzó a vociferar su amenaza.

—¡Los de ahí dentro, no tengo nada contra ustedes, solo queremos el oro!

—¡Pues vengan a por él, con gusto los recibiremos con un montón de plomo!

—¡Vaya James, tenemos aquí a todo un patriota! —Una sonora carcajada salió de la garganta de Frank— ¡Hijo, tal y como yo lo veo, no tenéis otra opción! Si no abres la puerta volaremos el vagón con vosotros dentro. Mejor será que os reunáis con vuestros camaradas, están dentro de los vagones bebiendo *whisky* y comiendo. Hubo un tenso silencio hasta que otra voz de dentro del vagón se pronunció.

—¡Vamos a salir! —dijeron mientras el cerrojo de la puerta del vagón se abría.

Nada más poner un pie fuera del vagón, ambos hombres fueron tiroteados. En el interior del vagón había una veintena de cajas de madera. James, abrió una de ellas con la ayuda de una palanca y por un breve instante el resplandor dorado del oro lo trastocó dejándolo sin aliento. Nunca en su miserable vida contempló algo tan bello. Notó cómo sus manos comenzaban a temblar por la emoción. Ellos, que solo eran dos pordioseros salidos de una cloaca, que no conocían lo que era la riqueza ni el esplendor, eran ricos. Aquel era el golpe de su vida, a la mierda con la república de Texas. A la menor ocasión, Potter y su hermano Frank recibirían una bala en la cabeza y se largaría con el oro en busca de la vida soñada y de los lujos prohibidos. En realidad, ya tenían en su escondite un botín muy superior al oro que transportaba aquel tren. Una fortuna amasada durante varios lustros de asaltos sin pausa. Tenían tanto dinero que ni siquiera ellos sabían cuánto poseían.

Jim llegó con una carreta y los hombres comenzaron a cargar el oro sin apresurarse. Cuando el joven sargento abrió los ojos, escuchó las voces de los bandidos congratulándose por su gran hazaña. Le dolía la cabeza debido a la caída y tenía la pierna rota, pero no estaba muerto. Su compañía había perecido en el combate con toda seguridad, ya que no se escuchaban disparos. Se arrastró hasta debajo de una de las lonas que tapaban parte del material militar y descubrió una ametralladora *Gatling* montada sobre un trípode y que ni siquiera él sabía que transportaban. En aquel momento, aquella arma le pareció hasta sexy, con la manivela de impulso exterior colocada y un cargador listo para ser

«desparramado» sobre aquellos malnacidos. Se apoyó en una caja de municiones para incorporarse, apretando los dientes con fuerza para no gritar de dolor a causa de su pierna rota. La banda Mulligan no se percató cuando el sargento retiró la lona. Estaban demasiado concentrados en el oro. Agarró la manivela con fuerza y empezó a girarla. La *Gatling* comenzó a girar sus cañones y a escupir balas. Era una lluvia infernal que perforaba la carne de los bandidos, de sus monturas y chocaba con violencia sobre la arena, haciéndola saltar en forma de

pequeñas columnas caducas.

Frank y James se parapetaron detrás de una duna con tres de sus hombres. Los proyectiles no les dejaban asomar la cabeza.

—¿Dónde diablos está Jim? — le preguntó James a Frank.

—La última vez que lo vi, estaba debajo de la carreta con la cabeza metida en el culo.

Frank echó un vistazo; muchos de sus hombres estaban muertos.

De pronto, las ráfagas de la *Gatling* cesaron; los cinco hombres se levantaron y se dispersaron, comenzando a disparar sobre el sargento mientras intentaba recargar el arma. Una de las balas hirió al soldado en un hombro, pero aun así logró poner el cargador en la ametralladora. Justo cuando estaba a punto de desatar de nuevo el infierno, otra bala le traspasó el pecho, lo que hizo que se derrumbara mientras miraba su herida. El joven sargento sacó su revólver de la pistolera cuando escuchó el crujir de los tablones del vagón. Pronto vio la cara de James y su revólver.

—He de reconocer que le echas cojones, amigo. ¿Cuál es tu nombre?—¿Qué te importa!

—Nada.

El soldado levantó su arma, pero James descargó su revólver sobre él, volándole la cabeza. La tierra se tiñó con la sangre de sus compañeros de armas, pero a James no le importó. Lo único que le importaba era el oro, su oro. No dejaría que nadie se lo arrebatara, ni siquiera el sueño de una república. Cuando llegara al escondite le metería una bala en la cabeza a Potter y a quien se cruzara en su camino.





La espera se hizo interminable dentro del rancho Potter. Los hombres llevaban días aguardando el ataque de los comanches, pero este no se producía. Patrick no hacía otra cosa que discutir con los hijos de *Lazy Bear*, y a los hijos de *Lazy Bear* les causaba gracia sacar de sus casillas al irlandés. A veces Koda le decía entre risas que su cabellera pelirroja acabaría colgada de su cinturón y ese comentario, a pesar de ser una broma inofensiva, exacerbaba al irlandés de tal manera que los gritos y maldiciones de este replicaban por todo el rancho. En más de una ocasión Jack tuvo que interponerse entre los muchachos y Patrick para que las cosas no llegasen a mayores.

El hastío era tan profundo que incluso ganaron unos kilos debido a lo bien surtida que estaba la despensa del rancho y a la poca o ninguna actividad de los hombres. La actitud de Jack tampoco era para echar cohetes, siempre ausente, siempre pensando en Laura, deshojando la eterna margarita dentro de su cabeza una y otra vez. Estaba enamorado, perdidamente obnubilado a causa de unos sentimientos que no podía reprimir. Tan solo *Lazy Bear* estaba atento a las señales del cielo y de la tierra.

Todos los días escrutaba el paisaje con el catalejo buscando el rastro de los comanches que los rodeaban, sus rutinas y movimientos. El grupo comanche era numeroso, alrededor de unos cuarenta guerreros bien armados, con buenas monturas y provisiones para aguantar en aquel condenado lugar durante mucho, mucho tiempo. La estrategia comanche era clara: primero los desgastarían, no hay peor enemigo para los hombres de armas que el aburrimiento. Cuando se hubieran terminado los víveres en el rancho y las fuerzas se esfumaran, los atacarían con todo. La cabellera de Patrick acabaría en el cinto de alguno de aquellos guerreros comanche, siendo la envidia de la tribu. Sabía que, más pronto que tarde, entrarían en el rancho y no podrían pararlos,

por muchas habilidades que tuvieran en la lucha, a no ser que el Altísimo les echara una mano. La mañana del decimoquinto día en el rancho, *Lazy Bear* observó de nuevo el cielo. Los tonos rosados se mezclaban con los azules y las nubes blancas en forma de cirros estaban a punto de transformarse en grandes cúmulos negros. El viento cambió de dirección y comenzó a soplar con una cólera inusitada. Parecía que la ira de Dios se aproximaba en forma de terrible tormenta de arena. A los ojos del cheyenne, aquella era una oportunidad que el Señor le ofrecía para escapar de la ratonera en la que el rancho Potter se había convertido.

Lazy Bear citó a Jack y Patrick en la biblioteca. Se sirvió una copa del bar de Potter mientras sus compañeros de armas llegaban. Nunca había visto una estancia como aquella, con estanterías repletas de libros y cabezas de animales disecadas adornando las paredes. Encima de la chimenea, la cabeza de un gran búfalo blanco. «¿De qué servía tanto conocimiento si los hombres no respetaban la vida?», se preguntó a sí mismo. «Nuestro Señor no puede estar contento» pensó. Fue en ese preciso momento cuando supo que la victoria estaba de su parte y que la providencia, sin lugar a duda, estaba del lado de aquel pequeño grupo de hombres. Cuando Jack y Patrick entraron en la biblioteca se encontraron al indio sentado en un confortable sillón que parecía tener dos enormes orejas y este los invitó a acompañarlo y a servirse una copa. —Esta noche nos largaremos de aquí—les anunció—. Pronto Dios nos enviará a sus ángeles y nos sacará de aquí —comentó.

—¿De verdad, Jack? —replicó Patrick—¿No había otros hombres que pudiesen seguirnos en esta aventura, que tenemos que recurrir a unos «pieles rojas» reconvertidos en fanáticos religiosos?

Pastor, quizás tu misticismo convenza a Jack y a tus hijos, pero a mí no me vas a arrastrar fuera de estos muros. Parece que el *bourbon* se te ha subido a la cabeza.

—Deja que se explique. Conozco lo suficiente a *Lazy Bear* como para saber que sus palabras siempre esconden más de lo que dicen —dijo Jack. El indio sonrió.

—Hoy habrá una tormenta de arena, será nuestro momento para escapar.

—¿Estás seguro? —preguntó con cierta esperanza Jack.

—Sí, lo malo es que los comanches también lo saben y aprovecharán la oportunidad para atacarnos. Es lo que yo haría. La tormenta de arena será nuestra oportunidad, pero también es peligrosa y puede ser nuestra tumba. —*Lazy Bear* asintió con agradecimiento hacia Jack. El pastor era un hombre con una gran fortaleza de espíritu y no se rendía fácilmente ante la adversidad.

—Bien, entonces, ¿cuál es el plan, «jefe»? —preguntó Patrick con una mirada cínica mientras pronunciaba la palabra «jefe» con ironía, esperando que el indio se enojara. *Lazy Bear* volvió a sonreír ignorando las intenciones del irlandés que, al verse relegado, se crispó un poco más.

—El plan será abandonar la casa en cuanto estalle la tormenta. Así romperemos el cerco comanche. Si alguno se aleja del grupo, pondremos nuestro antiguo campamento como punto de encuentro.

—Vamos Jack, ¿vas a dejar que este indio nos diga lo que tenemos que hacer? ¿Acaso piensas que podemos escapar de los comanches sin pagar un precio? Es una puta locura. —Patrick negó con la cabeza.

Lazy Bear siguió ignorándolo y continuó hablando.

—Escaparemos sin llamar la atención. Tendremos una oportunidad si logramos alejarnos lo suficiente del rancho. Tenemos que estar preparados para luchar, ser rápidos y estar atentos. Los comanches nos estarán esperando y, si nos descubren, correrá la sangre, pero mejor la de ellos que la nuestra.

Jack asintió pensativo.

—Suenan arriesgado, pero si nos quedamos aquí nos espera una muerte segura. Estoy con usted, pastor— dijo Jack.

O’Keefe bajó la mirada hacia el suelo y resopló con fuerza, como si con ello quisiera quitarse un gran peso de encima. Sabía que tenía que aceptar el plan del indio, aunque fuese a regañadientes, y confiar que funcionase. Patrick sabía que era una buena opción, tal vez la única, pero darle la razón al cheyenne le fastidiaba.

El viento enfurecido rugió y levantó con su fuerza la tierra. Grandes masas de arena comenzaron a volar impulsadas por la ventisca. Fue tal su fuerza y cantidad que no se veía ni a dos palmos. El paisaje desapareció ante sus ojos al igual que los comanches. Era la hora de escapar de allí.

Prepararon sus armas y se abastecieron de provisiones y munición; solo Dios sabía cuánto tiempo estarían a la intemperie con el cielo sobre sus cabezas y durmiendo al raso. Los hombres se reunieron en el vestíbulo de la mansión listos para partir, cuando vieron a Otis bajar preparado para irse con ellos.

—¿Ahora vamos a cargar con este negro también? Solo nos atrasará, será una carga y tal vez nos maten por su culpa. Nunca me he fiado de él—infirió Patrick.

Otis miró a Patrick a los ojos con rabia, lejos de las formas sumisas de antiguo esclavo. Se rasgó la camisa, se giró y enseñó su espalda a los hombres.

—¡Tengo más razones de la que ustedes creen para terminar con ese malnacido de Potter! —gritó mientras los hombres observaban la espalda de Otis, repleta de viejas cicatrices.

Ninguno de los hombres dijo nada. Se quedaron espantados. Incluso Patrick bajó la cabeza por haber juzgado a Otis de manera tan injusta. El irlandés, que había sentido en sus carnes la fuerza del látigo del terrateniente inglés, se acercó a él y apoyó su mano en el hombro de Otis.

—Lo siento Otis, no sabía...

—Yo sé dónde se esconde Potter, está en la madriguera de la banda Mulligan, ocultándose de ustedes y del ejército. Yo podría llevarlos hasta allí, he estado con mi amo... Con Potter muchas veces.

Jack abrió los ojos como platos.

—¿He oído bien? ¿Por qué diablos no lo has dicho antes? —preguntó. —Sí, han oído bien. Allí esconde su botín para construir su maldita república de Texas. No lo mencioné para no inquietarlos. Estamos aquí, rodeados, sin poder hacer gran cosa, así que saberlo solo les causaría ansiedad. Si buscan venganza, este es el momento. Por mí no se preocupen, sé utilizar un arma—dijo mirando a cada uno de los hombres mientras se colocaba en la cintura un bello *Colt* con la culata de nácar que a ciencia cierta pertenecía a Potter.

El grupo se dirigió a las caballerizas. Los hijos de *Lazy Bear* se habían adelantado para ensillar los caballos. A los pocos minutos ya se habían sumergido de lleno en la tormenta. Cubrieron sus bocas y narices con sus bandanas intentando que la arena no entrara en sus gargantas. No se veía nada y la arena chocaba contra sus cuerpos y sus monturas, que a duras penas avanzaban por un terreno que parecía querer engullirlos para la eternidad.

Los remolinos barrían una y otra vez el paisaje desolado; el viento se intensificaba a medida que seguían avanzando y sus oídos apenas podían soportar la fuerza huracanada del viento. Ni siquiera los comanches serían capaces de resistirlo. Los hombres agarraban con fuerza las riendas de sus monturas, aferrándose a ellas para no ser derribados y mantener el débil control.

Uno de los caballos comenzó a relinchar con fuerza, negándose a avanzar. Era el caballo de Tala que, a duras penas, trató de calmarlo sin éxito. Algo se acercaba frente a ellos, algo que lo asustaba. *Lazy Bear* bajó de su montura y, con su *tomahawk* en la mano, se sumergió solo en la

boca del diablo. Los comanches los estaban esperando.

Lazy Bear avanzaba con cautela, listo para el combate. No era la primera vez que se enfrentaba a una situación así. Le gustaba sentir los latidos de su corazón golpeando con fuerza dentro de su pecho, algo que le hacía sentir vivo. Añoraba su juventud pretérita cuando era un guerrero cheyenne repleto de energía y arrogancia. La arena continuaba dificultando su visión, pero sabía que sus enemigos estaban allí, aguardando al grupo para lanzarse sobre ellos y arrancarles la cabellera.

En un instante, pudo divisar a una partida de siete guerreros aguardando. Estos aún no se habían percatado de su presencia. Los comanches esperaban a un grupo de hombres montados a caballo, no a un hombre a pie que sabía cómo ocultarse en la tormenta. *Lazy Bear* estaba preparado para el combate, y su fama como guerrero dentro de los cheyenne era legendaria. En un rápido movimiento, se acercó a ellos; en el primer golpe, hundió su *tomahawk* en el cráneo de uno de sus enemigos, dejándolo fuera de combate. Otro de los indios se percató de su presencia y lo atacó con un cuchillo; la hoja del arma intentó entrar en las vísceras del cheyenne, pero este lo esquivó sin mucha dificultad y lo derribó de una patada. Ya en el suelo, se abalanzó sobre el comanche y comenzó a clavar su hacha una y otra vez hasta que su rostro se cubrió de diminutas gotas de sangre que ni siquiera la tormenta pudo disipar.

Uno de los guerreros comanches percibió algo. Tal vez fuera un ruido inusual o su instinto de supervivencia. Se puso en guardia e intentó adivinar qué era lo que estaba a punto de suceder. Pero fue demasiado tarde.

Sintió el filo del hacha deslizarse por su garganta. No tuvo tiempo ni a emitir un breve alarido, algo que alertara al resto de la partida comanche de que la muerte había llegado en forma de sombra que se ocultaba entre el viento y el miedo de los hombres.

El resto del grupo logró avanzar sobre sus monturas hasta cerca del lugar donde se desarrollaba el combate. Jack creyó ver algo desde su caballo, una sombra moviéndose hacia ninguna parte o quizás era su imaginación jugándole una mala pasada. Se llevó la mano al revólver en un acto casi instintivo, pero sintió unos dedos que se posaban en su mano justo cuando estaba a punto de desenfundar. Jack supuso que era *Lazy Bear* que le pedía que no utilizase el revólver, pero cuando miró hacia abajo, allí no había nadie.

El cheyenne continuó atacando a los comanches que quedaban en esa pequeña partida. El cuarto guerrero miraba con miedo hacia todas direcciones, la clase de temor que te vuelve peligroso. Sostenía un escudo en la mano izquierda y una lanza en la derecha. Se percató del primer golpe que le asestó *Lazy Bear* con su hacha. Tuvo los reflejos suficientes como para detenerlo con su escudo, pero cuando intentó contraatacar, su oponente ya no estaba frente a él. Comenzó a lanzar golpes sin sentido, como si quisiera herir a la propia tormenta.

Incrustado en la tempestad, el predicador vislumbró a un joven guerrero. Vestía con una casaca azul, pantalones marrones y mocasines de caña alta del mismo color. Un pañuelo rojo adornaba su frente, y en sus manos portaba un rifle *Sharps* del calibre 52. A pesar de la intensidad del momento, el muchacho parecía tranquilo, sabedor de que los superaban en número y de que un gran contingente de guerreros estaban cerca guardándole las espaldas. Era un novato, tal vez nunca se viera en un combate así; cuando *Lazy Bear* lo golpeó en la cabeza, el muchacho cayó inconsciente en la arena.

Lazy Bear regresó al lugar donde se encontraba el guerrero que portaba el escudo. Continuaba dando golpes al aire. Fue sencillo buscarle la espalda. Cuando ya lo tuvo tan cerca como para oír su respiración entrecortada, agarró su garganta desde atrás y le clavó el cuchillo en el centro del pecho, justo por debajo del esternón, directo al corazón.

Quedaban dos guerreros por abatir, pero estaban demasiado alejados como para representar una amenaza inmediata para el grupo, así que decidió regresar junto a sus hijos y al resto de los hombres. Mientras tanto, el grupo se preguntaba dónde demonios estaba. Los minutos pasaban y la tormenta seguía azotándolos sin piedad. Fue entonces cuando el cheyenne emergió de la oscuridad con su *tomahawk* manchado de sangre. Se acercó a su caballo y lo acarició suavemente mientras volvía a montarlo.

Cuando se alejaron lo suficiente del rancho, el grupo cabalgó hacia su antiguo campamento. Allí, Otis les describió el lugar en donde los Mulligan se ocultaban. La entrada, vigilada normalmente por varios comanches armados, conducía a un cañón que serpenteaba a lo largo de varias millas hasta llegar a una gran pared vertical repleta de cuevas que pertenecieron en algún momento a los antiguos pueblos que los comanches y navajos llamaban «anazasi».

Otis explicó que las cuevas estaban comunicadas entre sí por una sucesión de túneles que parecían no tener fin. Era una pequeña fortaleza con pasadizos secretos para escapar en caso de ser descubiertos. El lugar perfecto para organizar las incursiones a las propiedades cercanas. Otis les explicó que la entrada natural era la única forma de acceder al cañón y a las cuevas; la estrategia era clave.

El grupo escuchó con atención sus indicaciones. El plan, a pesar de su simplicidad, requería de una gran dosis de suerte y audacia. Primero, se acercarían a la entrada del cañón, localizarían a los comanches e intentarían esquivarlos con el máximo sigilo para no ser descubiertos por los hombres de Mulligan que se encontraban en las cuevas. Luego, avanzarían despacio por el cañón, procurando no levantar demasiada arena a su paso para evitar ser detectados. Se moverían en parejas, dejando un espacio considerable con los hombres y monturas que les precedían. La estrategia estaba trazada, y el éxito dependería de la precisión para ejecutarlo y sortear los peligros que la providencia les pondría en su camino.

Después de reponer fuerzas en su escondite, los hombres de Jack Holland se dirigieron hacia el cañón. Al llegar escudriñaron con mucho cuidado el paisaje en busca de los comanches que vigilaban la entrada, pero no hallaron señales de su presencia. A simple vista, parecía que allí no había nadie vigilando, aunque no se confiaron de lo que les decían sus ojos. Los comanches eran escurridizos como serpientes y tenían una habilidad innata para la guerra de guerrillas, por lo que era probable que estuviesen ocultos en algún agujero, esperando meter una bala entre las cejas al primer insensato que se aventurara por allí.

En busca de alguna evidencia de que el paso estaba despejado Jack envió a Nashua. Con la agilidad de un puma, escaló los peñascos de la zona con sumo cuidado, evitando ser descubierto. Descubrió restos de hogueras y pequeños huesos de animales que habían servido de alimento a los indios, pero no encontró a nadie allí. El paso estaba libre para que Jack y sus hombres avanzaran hasta las cuevas en donde Potter y los «Perros Salvajes» se ocultaban de la ley.

Cuando regresó con el resto de los hombres, les explicó la situación. Patrick, como siempre, no se fiaba ni un ápice de los hijos de *Lazy Bear*, así que sacó su peor cara para asegurarse de que el muchacho se había cerciorado.

—Como lo que digas no sea verdad, yo mismo te sacaré la piel a tiras— amenazó a Nashua mientras lo agarraba con fuerza por uno de sus hombros.

Lazy Bear se interpuso entre Patrick y Nashua con cara de pocos amigos. El predicador estaba empezando a cansarse de la actitud de O’Keefe, siempre receloso y en guardia, en contra de todo y de todos.

—¡Basta ya, Patrick! —intervino Jack—¡No hay ninguna necesidad de amenazar al muchacho así!

Patrick soltó a Nashua propinándole un empujón mientras movía su cabeza en señal de desaprobación. *Lazy Bear* se acercó a él y le en-caró con gesto desafiante. O’Keefe nunca había visto la seriedad y la tensión en el rostro del cheyene y supo en aquel instante que algo se había roto entre ellos, algo que jamás volvería.

—Si vuelves a tocar a uno de los míos, te juro que yo mismo te arrancaré esa cabellera y se la daré a los perros.

—Me encantará ver cómo lo intentas, viejo. Cuando llegue ese instante, me alegrarás el día. Nadie que ha osado amenazarme continúa con vida, te juro que llegará nuestro momento, pregúntaselo a los soldados del rey.—Sonrió con satisfacción.

De pronto, escucharon aproximarse una carreta acompañada de varios jinetes a galope. El grupo se escondió entre las rocas de la zona. Fue entonces cuando Jack lo vio, era el asesino de su padre.

Seguía teniendo la misma expresión de maldad en su rostro. Pronto se vería las caras de nuevo con James Mulligan. Ese era su destino. Toda su vida soñó y luchó por ese momento. No quería justicia, ansiaba ver como aquel asesino soltaba patadas al aire, tal y como hizo su padre antes de notar como la vida se le escapaba poco a poco. Sin embargo, comprendió que la ira no era la mejor compañía en aquel tenso instante. Necesitaba mantener la cabeza fría para afrontar todo lo que se les venía encima, pero aquel sentimiento era superior a sus fuerzas, no lo podía reprimir, era más grande que el amor que sentía por Laura, más grande que la ley que había jurado proteger, superaba incluso al mismo Dios. Cuando la carreta y jinetes desaparecieron dentro del cañón, Patrick se levantó de su escondrijo y miró a los hombres con determinación.

—¿Qué tal si vamos detrás de esos malnacidos y les damos su merecido de una condenada vez?

Montaron en sus caballos y fueron tras la carreta. El camino dentro del cañón era angosto y sinuoso, dificultando la persecución. Sin embargo, no se detuvieron, siguieron el rastro que las ruedas del carromato marcaban en la tierra seca. A medida que avanzaban, las paredes se hacían más y más estrechas, lo que seguro restaría velocidad a la carreta. La luz del sol se filtraba a través de las grietas, creando sombras espectrales que parecían cobrar vida a medida que el sol variaba su posición. El viento acariciaba las cumbres de piedra de las paredes del cañón con un sonido constante y lastimero que los acompañaba como una melodía que precedía a la muerte. El ruido de los cascos de los caballos rebotaba en estas y las amplificaba en forma de eco.

En este punto los Mulligan ya sabían que alguien había entrado en su madriguera y los perseguía.





Jim sostenía con firmeza las riendas de la carreta mientras con ellas azotaba sin piedad a los cuatro caballos que, sudorosos y fatigados, avanzaban hacia la extenuación. Gritaba y maldecía a los animales e intentaba seguir el mismo paso de los jinetes que le precedían, pero a duras penas lo conseguía. No tardó en notar que, a sus espaldas, a una distancia indeterminada, los acechaban a través del tortuoso cañón. Con ansiedad, giró la cabeza hacia atrás, tratando de vislumbrar quien se atrevía a invadir los domi-nios de los Mulligan.

Su frente sudó un poco más cuando recordó con inquietud que la mayor parte de la banda había perecido durante los combates con el *ranger* Holland y el asalto al tren. Solo quedaban su padre, su tío y tres de sus hombres. Su corazón parecía latir desbocado mientras se preparaba para lo que se avecinaba. Durante todos los años que llevaba con la banda Mulligan, se arrepentía de no haberse vengado de su tío Frank. Durante mucho tiempo soñó con su madre. Ella le recordaba en sus pesadillas que su tío no merecía vivir, pero él no era tan rápido con el revólver. Por lo demás, la banda Mulligan había sido una escuela; le enseñaron a montar, a disparar y a ser un mezquino. Con el tiempo se había convertido en todo un experto, no a la altura de su padre o su tío, aunque lo suficientemente bueno para infundir temor y respeto en aquel territorio inhóspito.

Sin embargo, la lección más valiosa que aprendió de su padre fue que «los hombres de verdad, los que importan, no piden permiso, no piden perdón y agarran lo que quieren cuando quieren. Lo demás solo es papel mojado, algo que frena la selección natural y que algunos hombres llaman Ley», le repetía su padre siempre que tenía la menor oportunidad.

Al llegar a la pequeña planicie que se abría frente a las cuevas de los anazasi, Jim creyó que, tal vez, estaban a salvo. Nadie en su sano juicio se aventuraría en las cuevas sin saber a lo que se enfrentaban. Descendió del carro mientras su padre, con el movimiento de un brazo, le ordenaba que se reuniera con ellos. Jim se apresuró a reagruparse con el resto de la banda y, cuando todos volvieron la mirada hacia atrás, vieron cómo sus perseguidores llegaban hasta la planicie.

—¡Es el *ranger* Holland! —gritó uno de los hombres de los Mulligan al ver llegar montado en su

caballo a Jack.

—¡Debimos haber montado la *Gatling* en el carro, maldita sea!

—se quejó con amargura Frank.

Frank y James Mulligan desenfundaron sus armas y dispararon mientras se metían en la cueva.

—¡El oro! —gritó Jim.

—¡Olvídate del oro por ahora, ya lo recuperaremos cuando liquidemos a Jack Holland y a sus hombres! —le gritó su padre mientras una lluvia de balas se incrustaban en la roca por encima de sus cabezas.

Lo que quedaba de la banda Mulligan penetró en la oscuridad de las galerías. El aire fresco del exterior se tornó en una atmósfera viciada y húmeda. Los tenues rayos del sol, que apenas iluminaban la entrada de la cueva, se adentraban en ella tímidamente hasta desvanecerse por completo. El suelo irregular estaba plagado de piedras que dificultaban el avance, convirtiéndolo en una ardua tarea. Las paredes, frías y húmedas, parecían estrecharse sobre ellos a cada paso. Dentro de la cueva, los disparos resonaban multiplicados por el eco. A medida que caminaban y se adentraban por las galerías, la oscuridad los engullía un poco más. De pronto divisaron una luz al fondo que se acercaba deprisa hacia su posición.

—¡Frank, James, soy Potter!

—¡Casi te meto una bala en la cabeza, estúpido! —le espetó James.—¿Qué ha pasado? ¿Y el oro? Se han escuchado disparos —preguntó alterado Potter.

—¿Dónde coño están los hombres de *White Horse* cuando se les necesita? Nos aseguraste que nadie entraría aquí jamás, que éramos intocables. —James se abalanzó sobre Potter cogiéndolo del cuello.

Potter intentó maldecirlo, pero la mano del forajido apretaba su garganta con tanta fuerza, que comenzó a toser.

—¡No es el momento de pelearnos entre nosotros, James! —le pidió Frank. La mano quemada de su hermano se fue aflojando en la garganta de Erwin, hasta que al fin lo soltó a regañadientes.

—¿Cuántos de tus vaqueros te han acompañado hasta aquí? —le preguntó James.

—Ninguno, vieron que los comanches se habían alzado en armas y fueron a proteger a sus familias... los muy cobardes.

—¿Cobardes? Hace tiempo que te quería decir unas cuantas cosas, Potter. En la guerra cuando nos liderabas... Siempre viste los disparos desde una lejana colina. Supongo que no apretaste el gatillo ni una sola vez, maldito truhan. Nunca te preocupaste por los hombres que perdimos en la batalla ni por sus familias, jamás te sacaste el sombrero delante de sus cuerpos en señal de respeto y tampoco dijiste unas palabras cuando los enterrábamos. Hicimos atrocidades en tu nombre y ahora ese pasado te está estallando en la cara. Todo está perdido, no habrá oro para ti y para tu causa...

Mientras James pronunciaba esas palabras, Potter se dio cuenta de que había perdido el control sobre los Mulligan. Si el *ranger* no lo detenía antes, con toda probabilidad, lo que quedaba de los Perros Salvajes le meterían una bala en la espalda. Tenía cuentas pendientes con ellos, cuentas que el dinero no puede pagar. Potter era el responsable de las pesadillas de James, cada hombre caído, cada vida perdida, era un recordatorio constante de las decisiones de Potter durante la contienda civil. Durante la guerra siempre hubo otro campo de batalla más, otro cañón disparando, otra bayoneta calada. Siempre estuvieron rodeados de enemigos, no hubo paz para nadie, solo para Potter. Todos los Perros Salvajes habían muerto sobre los campos de *Gettysburg*, desde *Pensilvania* hasta *Vicksburg* en el *Misisipi*, desde *Arizona* hasta *Texas*. Habían dejado su juventud, su sangre, sirviendo a un oficial que solo buscaba su gloria a base de

exprimir a sus hombres, sirviendo en una causa que no era la suya sino la de él.

—...así que a partir de ahora estás solo, más vale que amartilles el arma y vayas en busca de Jack Holland, porque si no lo haces, yo mismo te enviaré al infierno.

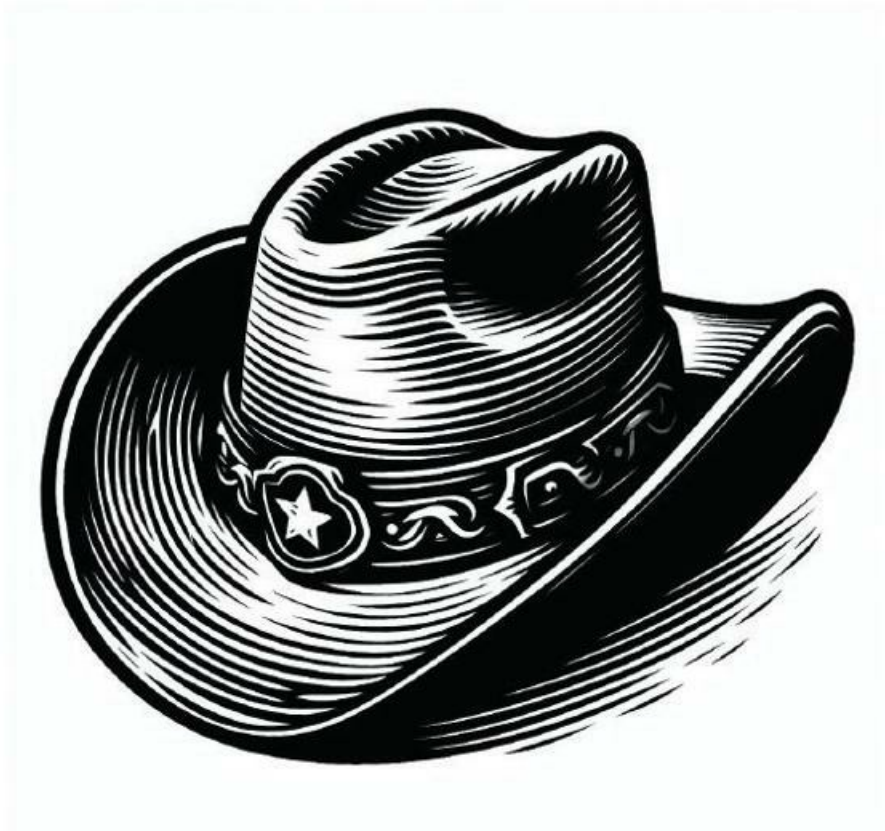
Aquella sugerencia no le pareció una mala idea; una sutil sonrisa de alivio se dibujó en su rostro. Se entregaría al *ranger* y después pagaría un buen abogado. Estaba convencido de que no habría ni un solo jurado en todo Texas que condenara a un patriota como era él. Lo que importaba eran las medallas que cada uno lucía en el pecho y Potter había comprado muchas. Cuando viera a Jack Holland, levantaría las manos, se rendiría y no pasaría nada. El *ranger* estaba para hacer cumplir la Ley. Era un servidor del estado de Texas, no un matón de salón de gatillo fácil. Mientras los Mulligan se escondían en la caverna, esperando caer sobre sus perseguidores, Potter se dirigió hacia la entrada principal.

Avanzó con dificultad en la oscuridad más absoluta, palpando las paredes con sus manos, imbuido por sus miedos y sus dudas. Su plan se había ido al traste, pero eso solo era otra piedra en el camino hacia su sueño de ser presidente de la república de Texas. Solo le faltaba tiempo y dinero. El dinero no sería un problema ya que, en unos años saldría de la propia tierra, impulsado por la ambición de los hombres como él; el progreso era imparable. ¿Y el tiempo? Sabía que el tiempo era su más feroz contrincante. Se hacía viejo, su avance era inexorable y no tenía piedad ni compasión con los sueños. El tiempo es un tahúr que nunca pierde. Los mortales juegan sus cartas y, aunque se crean dioses, siempre están condenados a ser reos de su implacable suerte.

—¡Soy Erwin Potter, no disparen, voy a entregarme! —gritó creyendo que el grupo de Jack podía escucharlo.

Potter se detuvo al escuchar un ruido inquietante que resonaba a través de las paredes. Observó la intensa y cegadora luz del sol atravesar con su fuerza la oscuridad pétrea de la cueva y, dentro de ese resplandor, una silueta avanzaba con paso firme a su encuentro. En ese preciso momento, tuvo el presentimiento de que el tiempo, implacable, le había ganado la partida. Ya no le quedaba más.





Cuando el grupo de Jack llegó a la planicie que conducía al escondite de los Mulligan, se encontraron con los bandidos desenfundando sus armas y disparando contra ellos. Las balas silbaron muy cerca, pero por fortuna no hirieron a ningún hombre. Jack desenfundó su revólver, O'Keefe hizo lo propio, desencadenando un intercambio de disparos que pareció eterno y que cesó cuando la banda Mulligan penetró en la cueva.

Los hombres desmontaron de sus caballos y se reunieron cerca del umbral de la caverna. Sabían qué acceder por la boca principal era un suicidio; los Mulligan los estarían esperando en cualquier galería, en cualquier recoveco con sus armas preparadas dispuestos a todo con tal de librar su pellejo. Jack examinó la pared de la cueva y descubrió que presentaba grandes huecos excavados en la roca por los antiguos anazasi que comunicaban con el resto de galerías. Desde ese punto, sería fácil buscar un camino alternativo más seguro para Jack, *Lazy Bear* y sus hijos. Escalar hasta allí no sería ningún problema; eran ágiles y la pared vertical contaba con suficientes puntos de agarre para poder intentarlo sin que nadie saliera herido.

O'Keefe y Otis vigilarían la entrada para que nadie de los Mulligan saliera de allí con vida. Los indios y Jack comenzaron a escalar la pared vertical; Tala fue el primero en alcanzar una de las grandes aberturas excavadas en la roca por los antiguos moradores. Incluso había trozos de vasijas de barro por toda la superficie y enseres que había sido abandonados hacía muchos años. Cuando todos alcanzaron la seguridad de la cueva comenzaron a explorar las diferentes galerías. Por fortuna, encontraron antorchas que les permitían moverse sin dificultad, pero que les hacía visibles para los ojos de sus enemigos.

La cueva era enorme y parecía interminable. Una infinidad de bifurcaciones y agujeros invitaban

a perderse, así que Jack ordenó a sus hombres que se dividieran para cubrir más terreno. Por un lado, Koda y Nashua y por otro, *Lazy Bear*, Tala y Jack. El grupo del *ranger*, después de unos minutos caminando entre las tinieblas, solo iluminados por la luz de la antorcha, escucharon un leve tintineo que podría ser un par de espuelas moverse en una dirección cualquiera. Aquello los puso en guardia. El tintineo volvió a sonar, por lo que decidieron apagar las antorchas y esperar en silencio. Se pegaron a la pared, camuflándose con las sombras con la esperanza de ser engullidos por la oscuridad.

Jack notó cómo un leve resplandor se acercaba y proyectaba la sombra de un *cowboy*. Llevaba el revólver en la funda y caminaba confiado de que nadie lo atacaría. Justo cuando la luz de su antorcha estaba a punto de iluminar la pared donde se ocultaban, Tala surgió de las tinieblas y le arrojó su *tomahawk*. El arma voló dando vueltas sobre sí misma hasta alojarse dentro del pecho del bandido. El hombre cayó al suelo sin tener la opción de alcanzar su revólver. Tala se acercó al cuerpo, arrancó su hacha del torso, mojó sus dedos en la sangre del cadáver y trazó con ella tres rayas en su rostro.

Volvieron a encender las antorchas y continuaron explorando las galerías, adentrándose en la incertidumbre más absoluta. La tensión era tan palpable que parecía vibrar en el aire, mezclándose con el ambiente sofocante y claustrofóbico. Cada pequeño ruido o movimiento provocaba que los hombres apretaran con fuerza sus armas. Después de caminar unos minutos alcanzaron otra bifurcación. *Lazy Bear* propuso la idea de volver a separarse para abarcar más terreno. Jack aceptó consciente de que debían cubrir cada rincón de aquel laberinto subterráneo.

Tala y *Lazy Bear* tomaron el camino de la derecha, mientras que Jack optó por el de la izquierda. El *ranger* continuó avanzando con cautela hasta que, un lejano resplandor al fondo de la galería captó su atención. Aquel resplandor provenía de una estancia iluminada por antorchas. Jack escuchó voces que no pertenecían a ningún hombre de su grupo, así que tenían que ser los Mulligan. Avanzó un poco más y observó las paredes. Una infinidad de pinturas con símbolos y escenas de caza se salpicaban por toda la piedra. Sin darse cuenta, su sombra se proyectó dentro de la estancia justo cuando sonó un disparo. Jack se pegó a la roca mientras unos pasos se escucharon a su espalda. Eran *Lazy Bear* y Tala.

—¡Los Mulligan están aquí! —les dijo a los indios.

—Tala, vete a buscar a tus hermanos y reúnete con nosotros aquí—le ordenó *Lazy Bear* a su hijo. El muchacho se perdió en la oscuridad mientras los dos hombres se preparaban para entrar en la estancia.



Nashua y Koda se adentraron en la cueva con cautela. Aquellas eran las entrañas de aquella bestia. La cueva se revelaba como un ser vivo, un monstruo en forma de demencial laberinto de sombras espectrales, que desafiaba a los jóvenes cheyenne en su búsqueda por descubrir los

secretos que se ocultaban en el interior.

Al final de la laberíntica galería, alcanzaron una vasta estancia que se abría ante ellos como las fauces de la bestia. La luz temblorosa de las antorchas iluminó lo que parecía la sala de un gran tesoro; aquel era el botín de los Mulligan. Ambos guerreros quedaron fascinados por las riquezas que se alzaban ante sus ojos. El tesoro estaba formado por una gran cantidad de oro y plata que resplandecía a la luz de las antorchas: collares de perlas, camafeos de marfil, una infinidad de maletas con ropa o repletas de dinero, documentos, relojes de plata, cuadros, anteojos y libros rotos entre otras cosas. No podían dar crédito a lo que veían.

Habían escuchado hablar sobre los atracos de la banda Mulligan a bancos, diligencias y propiedades, pero nunca se hubiesen imaginado nada como aquello; era un botín muy valioso. La cueva de Alibaba.

Resultaba difícil imaginar cuánto tiempo y violencia invirtieron los Mulligan en acumular esa cantidad ingente de riqueza a través de sus fechorías. Los chicos examinaron con detenimiento cada objeto que llamó su atención, maravillándose ante la belleza de alguna de las piezas. Sin embargo, algo en aquel lugar los inquietaba, como si hubiera alguien oculto y siniestro que vigilaba y escrutaba el interior de los guerreros, un ente que quería apoderarse de ellos. Algo llamó la atención de Nashua: en un rincón, tiradas y esparcidas, había un montón de fotos en blanco y negro, retratos de los verdaderos dueños de aquellas pertenencias. Los chicos cogieron algunas y las observaron.

Koda vio a personas atrapadas en un mundo estático que lo miraban fijamente como si tuviesen un mensaje para ellos; un mensaje de muerte y desesperación.

Agarró otra foto y la observó con atención. Era la imagen de una mujer joven sosteniendo en su regazo a un recién nacido. Vestía un traje elegante y su semblante era serio, a Koda le pareció que la expresión de la mujer cambiaba, que su rostro se volvía más severo, espectral y que lo miraba fijamente. Sus ojos parecían penetrar en el alma de Koda, enviándole una advertencia silenciosa y sutil. Soltó la fotografía con una mala y extraña sensación. Nashua recogió otra foto del suelo. En ella se veía un grupo de personas comiendo y disfrutando de una tarde en el campo. Todos parecían mirar al joven guerrero, preguntándose qué hacía allí.

Los dos hermanos intercambiaron una inquieta mirada y se dieron cuenta de que aquel tesoro había sido maldecido por sus verdaderos dueños y que estaba empapado en sangre y dolor. Sintieron como aquella energía se apoderaba del lugar. Supieron que no podían llevarse nada; todo aquello estaba impregnado de «náhkohevo'eo», magia negra, brujería. Todos los objetos tenían un dueño que había abandonado el mundo de los vivos con sangre. Los Mulligan estaban malditos y si ellos no se marchaban de allí con las manos vacías, también lo estarían. Con el corazón acelerado y una sensación de inquietud inexplicable, Nashua agarró a Koda de la mano y lo guio por donde habían venido. Debían salir de allí antes que aquella aura negra se apoderara de ellos.





Potter vio que la silueta avanzaba hacia la oscuridad y sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sin embargo, su expresión cambió cuando observó que era Otis el que venía a su encuentro. Respiró de alivio cuando este se acercó.

—¡Querido muchacho, menos mal que eres tú! —exclamó Potter, con alegría.

Otis se detuvo justo delante de Potter, lo miró fijamente y comprobó que temblaba como un niño asustado. El negro tenía cuentas pendientes con su antiguo amo. Recordó al látigo romper su piel, pero sobre todo recordó cuando Potter vendió a su mujer y a sus hijos a un despiadado tratante de esclavos. Los ojos de Otis brillaron de ira cuando escuchó la palabra «muchacho».

—No esperaba verle aquí, señor —le contestó con una frialdad que contrarió a Potter.

Potter observó incrédulo la ropa que llevaba puesta Otis. Un chaleco de seda granate sobre una camisa blanca, un pantalón negro y una canana de cuero marrón donde portaba un revólver que le era familiar. Era su ropa y aquel era su revólver. No quería que un sucio negro le arrebatará sus pertenencias.

—Otis, muchacho, ¿acaso no sabes que esa es mi ropa y ese mi revólver?

—Y este su sombrero—respondió Otis—usted me arrebató algo más importante.

—Nunca te he robado, muchacho.

—Usted vendió a mi familia. Si me dice a quién se la vendió, le perdonaré la vida.

—A lo que tú llamas familia, yo lo llamo negocios, muchacho, yo tengo... Tenía derecho sobre ellos. No recuerdo a quién se los vendí, era un tratante de *Georgia*, no sé su nombre. Pero que yo sepa, tú no has empuñado un arma en tu vida—le dijo mientras acariciaba la culata de su revólver.

Otis frunció el ceño y retrocedió un paso al intuir que Potter iba a sacar su arma. Erwin avanzó hacia él, desenfundando y apretando el gatillo. El proyectil rozó el rostro de Otis que, casi al mismo tiempo disparaba su revólver, alcanzando en la mano a Potter, que soltó su arma a causa del dolor.

—¡Maldito negro!

Otis se acercó a su antiguo amo que, temeroso, se cubría con sus temblorosas manos la cabeza.

—No dispaes ... Siempre nos hemos llevado bien, recuerda que tú también tienes el mismo apellido que yo. ¿Quién te curó cuando estuviste enfermo? ... ¿Quién llamó a un doctor cuando... tu mujer dio a luz a tus hijos? ¿Quién te alimentó todos los días de tu miserable vida? Sí, vendí a tus hijos y te pido perdón—alcanzó a decir, mientras deslizaba su mano buena dentro de uno de sus botines buscando un cuchillo.

Potter intentó asestar una cuchillada mortal, pero su acción fue demasiado lenta y el negro pudo esquivarlo. Otis volvió a amartillar su arma y disparó a Potter en el pecho. El humo del revólver se disipó en el aire viciado de la cueva, dejando un silencio pesado y molesto.

Otis vio el cuerpo sin vida de su antiguo amo y por un momento se compadeció de él. Una mezcla de liberación y dolor, una sucesión de sensaciones difíciles de asumir y explicar se reflejaban en su rostro.

Mientras las sombras de la cueva se extendían y envolvían el ambiente, testigos mudos del tiroteo mortal.

Cuando Otis salió de la cueva se encontró a O’Keefe subido en el carromato que los Mulligan abandonaron en la entrada de la cueva mirando con atención el oro. Fue hasta su caballo y se montó.

—Dale las gracias a Jack Holland y dile que he matado a Potter.

Me marcho a Georgia a buscar a mi familia—le dijo Otis mientras se alejaba de allí.

O’Keefe asintió. Minutos después, el irlandés se largaba con el oro, sin mirar atrás. Había llegado el momento de seguir su propio camino. O’Keefe vio un futuro repleto de posibilidades, el oro sería su llave para hacer realidad sus sueños de grandeza. El peso del metal dorado resonaba en su conciencia, pero era un precio que podía pagar sin dificultad. Pronto se olvidó de su mujer y de sus hijos asesinados por los Mulligan. Con paso firme y la mirada anclada en el horizonte, se adentró en su nueva vida, dispuesto a forjar su destino, dejando atrás una vida miserable. Ahora sería libre, listo para ser el nuevo señor de Henrietta, y nadie sería capaz de detenerlo.





Tala se adentró en la cueva en busca de sus dos hermanos. Su corazón latía con fuerza, alimentado por la adrenalina. Se sentía invencible, con la fuerza del guerrero que ha probado su valía en el combate. Sin embargo, sus sentidos permanecían en guardia, como si un peligro inminente acechara entre las sombras. Avanzó con determinación hasta que las voces de sus hermanos le proporcionaron cierta tranquilidad, consciente de que juntos serían más fuertes. Cuando llegó hasta ellos, observó sus rostros desencajados y se preguntó qué podía ser lo que tanto temor les causaba.

—¿Qué os pasa?

— *Náhkohevo'eo*—susurró Nashua mientras se alejaban.

Tala comprendió la oscura influencia que aquel lugar tenía sobre sus hermanos. Se dirigieron hacia donde se encontraba Jack y su padre. La tensión se podía palpar en el ambiente. Todo estaba envuelto en un silencio sepulcral que precedía a la tempestad. Los Mulligan permanecían ocultos, a la espera de que alguno de sus enemigos cruzara el umbral y meterles una bala en la cabeza a la menor oportunidad. Cuando se encontraron con su padre y el *ranger*, un simple intercambio de miradas bastó para saber lo que estaba a punto de suceder. *Lazy Bear* también contempló la cara de sus hijos mayores, pero él, desde hacía tiempo, ya sabía que la «*náhkohevo'eo*» supuraba por cada piedra de aquel lugar maldito. Supuso que sus antiguos moradores lo habían abandonado por ese motivo: una energía maligna recorría aquel tenebroso lugar impregnándolo todo como la sangre impregna cada rincón del cuerpo de los hombres.

—¿ *Náhkohevo'eo*? — preguntó pese a que sabía la respuesta.

Los chicos asintieron al unísono. En pocos minutos, sus cuerpos y mentes estarían preparadas para lo que se les echaba encima, un fuego mortal del que quizás, no saldrían victoriosos. Sus armas estaban preparadas para aniquilar al enemigo. La atmósfera se cargó de electricidad como si el propio aire supiera que la violencia estaba a punto de desatarse.

El primer disparo que rompió el silencio fue de *Lazy Bear*. El proyectil rebotó en la roca y emitió una reverberación que sonó como un trueno cortando el aire. Un sonido metálico crepitó por las paredes de la cueva. El eco de la bala retumbó en la oscuridad repitiéndose hasta tapar el sonido original y creando una sinfonía de repeticiones diluidas que se prolongó unos eternos segundos antes de desvanecerse.

Aquel primer disparo desató una tormenta de balas y estruendos. El olor de la pólvora impregnó el ambiente mientras los gritos de los jóvenes resonaban en todas las almas de sus enemigos, llenándolas de temor.

El espíritu de la guerra se apoderó con fuerza del corazón de los cheyenne, dotándolos de una energía sobrehumana mientras entraban en la cámara. Nashua sacó su cuchillo y se abalanzó sobre uno de los bandidos, derribándolo. Las pinturas de guerra que cubrían su rostro atemorizaron al hombre, quien en un instante fugaz creyó que un demonio enviado desde el mismo infierno se abalanzaba sobre él para reclamar su alma condenada. El filo del cuchillo atravesó su garganta, ascendiendo por el paladar hasta incrustarse en el cerebro de su víctima. Nashua emitió un alarido, un sonido primitivo y ancestral que causaba terror y helaba la sangre a todo aquel que lo escuchaba. Acto seguido, introdujo el cuchillo por el cuero cabelludo y le arrancó la cabellera. Los tres guerreros volvieron a gritar de júbilo mientras Jack y *Lazy Bear*, disparaban cubriéndolos.

Otro de los hombres de los Mulligan, en medio del caos, intentó huir y ponerse a salvo, corriendo hacia Frank y James, que se parapetaban detrás de unas enormes rocas junto con Jim. Sin embargo, Koda fue implacable. Desenfundó su revólver y le disparó, hiriéndolo de muerte en el corazón. Aquel era el último hombre que les quedaba. Aquel acto marcó el destino de los Mulligan, sumiéndolos en un estado de pánico; entre los disparos y los gritos, no podían pensar con claridad. Sin más opciones, decidieron huir por dos pasadizos que tenían a su espalda. Por uno fue Jim y Frank, mientras que James se adentró por el otro.

Jack y Nashua avanzaron con sigilo tras Frank por el estrecho pasadizo, donde las antorchas dispersas proyectaban una tenue luz, convirtiendo la oscuridad en una penumbra amenazante. Jack comprendió que debía enfrentarse al miedo y utilizarlo a su favor. No era su enemigo, era lo que necesitaba en aquel momento, con sus sentidos alerta gracias a la adrenalina que recorría su cuerpo.

Por su parte, Nashua tenía sed de sangre; era como un puma salvaje. Solo contaba con una idea: arrancar las cabelleras de los Mulligan y colgarlas de su cintura a modo de sangrientos trofeos.

Frank escuchó el eco de unos pasos que lo alertaron y supo de inmediato que lo estaban siguiendo. Ordenó a Jim que se agazapara y esperara el momento oportuno. Frank hizo lo propio, agarró su revólver y esperó, controlando su respiración. La banda Mulligan estaba acabada; ahora solo podían hacer una cosa: salir de allí con vida y con todo el botín que pudiesen llevarse. Jim escuchó los latidos de su corazón resonar en sus oídos. Por primera vez desde que estaba con la banda, supo lo que era el temor. No encontró valentía en ningún rincón de su cabeza, su cuerpo temblaba y no era por frío. Su miedo era irracional, pero no lo podía parar. No quería morir a manos de aquellos salvajes ni a manos del *ranger* Holland; debía asegurar su propia supervivencia.

Lazy Bear y Koda, por su parte, alcanzaron también el pasadizo por donde James huyó. El predicador olió el miedo de su enemigo.

Supuraba por los poros de su piel como si fuese un tierno cervatillo.

James se sabía vencido, no le quedaba munición. Solo deseaba salir de allí a toda prisa. No quería pagar sus culpas con el Altísimo, estaba maldito, y su condena sería ejemplar. Recordó todas las cosas horribles que hizo en su vida y los remordimientos acosaron su mente hasta volverlo loco. Vio a sus víctimas reclamar justicia; se lo decían sin cesar delante de su cara, sus palabras retumbaban dentro de su cabeza. Olía el hedor de sus bocas podridas cada vez que lo maldecían, pidiendo su condena al fuego eterno. El forajido vio a *Lazy Bear* y a Koda; no quería que ningún salvaje le arrancara su cabellera. Le daba igual que su tumba estuviese en la ciénaga más pestilente de la tierra, pero no quería que su cuerpo fuese mancillado. También *Lazy Bear* lo vio. Las miradas de los hombres se cruzaron, pero James no deseaba un enfrentamiento con los salvajes en lo que sería un terrible duelo de voluntades en donde no podía ganar. Levantó sus manos y se entregó. *Lazy Bear* pensó en matarlo allí mismo, aunque sabía que Jack tenía cuentas pendientes y que el *ranger* lo pondría delante de un juez para pagar sus culpas. Lo llevó a la cámara principal donde todavía se encontraba Tala con la promesa de pegarle un tiro en la cabeza si se movía del rincón en donde se encontraba.

Jack ordenó a Nashua que se detuviera; era difícil contener el ímpetu del joven guerrero. Cuando su vista volvió a mirar al frente, Frank emergió de las sombras, se abalanzó sobre Jack derribándolo de un golpe en la cabeza. Jim hizo lo propio con Nashua, quien perdió la conciencia de inmediato. Jack, desde el suelo, se llevó la mano a la cabeza. Sangraba y tenía la visión doble y borrosa.

—¡Así que este es el famoso Jack Holland! No se le ve gran cosa ahí tirado. ¡Será un placer meterle una bala en la cabeza, *ranger*! ¿No te parece, Jim? —dijo Frank mientras le quitaba el arma a Jack.

Jack se levantó con dificultad, desorientado. No sabía dónde se encontraba ni qué hacía allí. Vio a Nashua retorciéndose en el suelo, con evidentes muestras de dolor, hasta que un fogonazo de realidad despertó su mente.

Frank apuntó a la cabeza del *ranger*. Jack esperó la muerte. No existía nada sobre la faz de la tierra capaz de detener una bala a quemarropa, ni siquiera el amuleto de *Lazy Bear*.

—Hasta siempre, *ranger*.

Sonó un disparo. Frank se giró a su derecha mientras se echaba su mano al cuello, evitando que su sangre saliera a borbotones. Vio a Jim sosteniendo el arma humeante. Frank vio en los ojos de su sobrino fuego, su rostro desencajado evidenció el odio que tenía por su tío Frank.

Jim lo miró con rencor, se acercó todavía más y amartilló el arma poniendo el cañón en la cabeza de Frank.

—Por Madre —dijo mientras disparaba.

Jim apuntó al *ranger* con evidente nerviosismo. No quería matarlo, solo salir de allí de una pieza.

—Me voy, *ranger*, y usted no me seguirá. Me lo debe—le explicaba mientras una lágrima recorría su mejilla—. Yo también soy otra víctima de la banda Mulligan y le acabo de salvar la vida. Ahora me iré con las manos vacías, pero dentro de un tiempo, tal vez un año o nunca, recibirá una carta en donde le exigiré la parte del botín que me corresponde, no por derecho, sino por los daños que ese par de sabandijas me han causado. ¡Mataron a Madre!... ¡A Madre! —repitió con rabia— No se olvide, porque de lo contrario le quitaré lo que más quiere, se lo juro.

—No tengo muchas opciones.

—Siempre puede recibir una bala, *ranger*. —le amenazó Jim.

Jack asintió mientras Jim se marchaba sin dejar de apuntarle. El muchacho de los Mulligan desapareció entre el laberinto de las galerías y nunca más lo volvieron a ver.

Jack ayudó a Nashua a recuperarse. Juntos regresaron a la cámara en donde se encontraba *Lazy Bear* y sus hijos. Vio a James Mulligan agachado, miraba al suelo mientras farfullaba una frase que Jack no alcanzó a entender. Cuando los ojos de los dos hombres se cruzaron, James no pudo apartar su mirada de la de Jack.

—Supongo que va a colgarme, *ranger*.

—Supone bien.

—Tal vez pueda implorar por mi vida en nombre de Dios. ¿No cree?

—«Dios no existe. Si ahora mismo le pides a ese Dios que salve a tu padre, no lo hará. Ahora mismo yo soy lo más parecido a ese Dios...» ¿Recuerda? Es una lección que usted me enseñó siendo yo solo un niño.

—¿Eso le dije?

Jack asintió.

—Supongo que todos somos esclavos de nuestras palabras —dijo James.

—Ahora soy yo lo más parecido a Dios.

—¿De verdad, quieres hacerlo? —le susurró *Lazy Bear* al oído. — El Señor te está mirando en este momento.

—Podré cargar con esta culpa, reverendo.

—Esto tiene gracia. Cuando dimos caza a tu padre, creí con todas mis fuerzas que hacíamos justicia. *Ranger*, ¿sabes quién fue de verdad el Reverendo Holland?...

Jack lo miró con atención.

—... Cuando asaltaba las plantaciones de algodón pasaba a todos a cuchillo. No se salvaba nadie. Criaturas inocentes que condenaba en nombre de Dios. Decía el muy bastardo que el pecado les venía de cuna, por nacimiento.

Tu padre no era ningún santo, por mucho que lo hayas idealizado todos estos años.—¡Mientes!

—le replicó Jack.

—No miento, *ranger*. Sé que voy directo al infierno, pero allí me encontraré con el bueno del reverendo Holland. Que te quede claro.

—Eso no cambia nada.

—Tampoco lo pretendo. Supongo que tampoco sabes quién pagó el orfanato donde creciste hasta que pudiste valerte por ti mismo. No fue caridad cristiana, te lo aseguro. Fueron los Mulligan. No siempre fuimos los desechos de Dios. Hubo un tiempo en que nosotros también teníamos ideales. Cuidado no te conviertas en otro Mulligan. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara.

—¿Y Jim?

—Lo he dejado marchar.

—Me alegro, pero no debiste hacerlo. Cualquier día te meterá una bala por la espalda.

—No lo creo, acaba de meterle una bala en la cabeza a tu hermano Frank. Justicia divina.

La cara de James reflejó sorpresa. Jack agarró a James de la camisa y le llevó a rastras hasta la abertura de la roca por donde los hombres habían escalado para entrar en la cueva. Prepararon la soga y la anclaron a un punto. Colocaron la cuerda en el cuello de James y lo aproximaron al borde.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó Jack. James se encogió de hombros.

—Si puede ser, que ese piel roja rece una oración por mi alma condenada. —pidió mientras miraba para *Lazy Bear*.

—¿Algo más? —preguntó Holland.

—Sí, si puede ser...

Antes de que pudiese terminar la frase, Jack le propinó una patada que hizo que James Mulligan perdiera el equilibrio y se precipitara al vacío. Se escuchó el sonido de los huesos del cuello romperse. La banda Mulligan ya era historia.

—Jack, ¿era necesario? —le preguntó contrariado *Lazy Bear*.

—¿Sabes cuánto tiempo tardó mi padre en morir cuando este gusano lo ahorcó? Te aseguro que he tenido compasión con él. La caída le ha roto el cuello, su muerte ha sido rápida.

—No te reconozco, *ranger*, este hombre se entregó. Jack, tú eres un hombre de la Ley.

Jack bajó la mirada. No quiso contestar al indio. Aunque sabía que en el fondo tenía razón, la idea de venganza lo había torturado toda la vida. Cuando salieron de la cueva, no había señal ni de Otis ni de Patrick, sus caballos no estaban ni tampoco la carreta de los Mulligan.

Jack observó a James; su cuerpo se balanceaba con suavidad mecido por el viento. En pocas horas sería pasto de los buitres.

—Ahora tenemos que explorar este condenado sitio en busca del botín —les explicó el *ranger*.

—Jack, no busques el tesoro de los Mulligan, está maldito. Los espíritus de sus antiguos dueños lo guardan con ferocidad. Mis hijos lo han visto con sus propios ojos y yo lo he sentido rezumar en todas las piedras de este sombrío lugar. Si te apoderas de él, la mala suerte te perseguirá toda la vida, a ti y a todos nosotros.

Jack observó la expresión de su amigo indio y creyó en sus palabras. Se montaron en sus caballos y no miraron hacia atrás.



El viento susurraba secretos y acariciaba con mimo las praderas que rodeaban lo que ya se conocía como el rancho O'Keefe. El irlandés puso muchos dólares encima de la mesa para hacerse con todas las propiedades de Potter. Ocupó el rancho y se rodeó de la misma opulencia. Patrick, de la noche a la mañana, se convirtió en el hombre más rico e importante del condado. Nadie hizo preguntas, nadie se atrevió a cuestionar sus orígenes o los métodos con los que consiguió su fortuna. Su ascendencia humilde ya no era más que un eco lejano que Patrick trataba de silenciar a toda costa a base de dólares y poder.

Incluso se rumoreaba que estaba a punto de cerrar un importante negocio con la *Company Oil*.

Cuando Alice y Laura recibieron una invitación para reunirse con Patrick en su majestuoso rancho, no tenían ni idea de que en aquel lugar el presente y el futuro iban a confluír de aquella

manera, marcando el destino no solo de Laura y este, sino también de Jack. La tarde se desvanecía mientras el sol calentaba con sus rayos los enormes cúmulos rocosos que se repartían por todo el paisaje texano, y bañaba al rancho con tonos dorados como si fuesen monumentos sagrados en un escenario divino.

Al aproximarse con la carreta a la propiedad, Alice creyó que aquello era un milagro, la obra del mismo Dios que las invitaba a ser espectadoras. El paisaje se desplegaba ante ellas como una pintura viva.

Cuando llegaron a la imponente puerta principal, Patrick las esperaba en la escalinata, vestido con sus mejores ropas. Estaba claro que aquel acto social era más que un mero ejercicio de cortesía vecinal. Al entrar en la mansión todo estaba tal y como lo recordaban. El salón principal decorado con antigüedades y cuadros, que ya estaban cuando el rancho pertenecía a Potter.

Alice recordó su sueño de que Laura contrajera matrimonio con Potter, así que fue fácil para ella pensar lo mismo con Patrick O’Keefe. Pronto se imaginó rodeada de oropeles, de la dulce opulencia que llevaba ansiando toda su vida. Patrick era un hombre apuesto y más joven que Potter, emanaba de su porte un carisma que cautivaba a los presentes. Su mirada intensa y sus ojos verdes pronto encandilaron a Alice, pues reflejaban una determinación inquebrantable y sin ambages. Vestido con elegancia, transmitía sin pudor alguno sus intenciones: pedir la mano de Laura a su madre. Era cierto, el irlandés casi no

conocía a Laura. Aunque apenas se habían encontrado, Patrick sabía que la muchacha era la más bella del condado y él deseaba rodearse de belleza que pudiera reflejar su nuevo estatus.

Atrás quedaban los malos momentos en los que Alice acusó a Jack Holland; aquel resentimiento se había aferrado en el corazón de la mujer, y sus raíces se extendieron por su alma. Alice sonrió de satisfacción cuando Patrick O’Keefe clavó la rodilla en el suelo y, mirando a los ojos a Laura, pronunció las palabras que toda señorita de buena familia anhela escuchar. Era el momento de Laura, pero sobre todo era el momento de Alice.

—Laura Smith, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Para Laura, aquello era la losa que finiquitaba el amor que tenía hacia Jack. Su corazón se debatía entre el amor y el deber. Se vio superada por las amenazas de su madre para forzarla a buscar un matrimonio de conveniencia acorde a sus expectativas. La joven estaba abocada a sacrificarse por Alice, aunque supiera que Jack era inocente de todas las acusaciones que había vertido sobre él. Patrick solo era una sombra amenazante que presagiaba una vida de infelicidad. Su amor por Jack era indeleble y la herida de no casarse con él estaba más abierta que nunca. Lo cierto era que Jack, después de acabar con los Mulligan, se había marchado, y ella no sabía si volvería a verlo algún día. La presión de su madre y la necesidad de encontrar cierta seguridad la habían llevado a considerar la propuesta de Patrick.

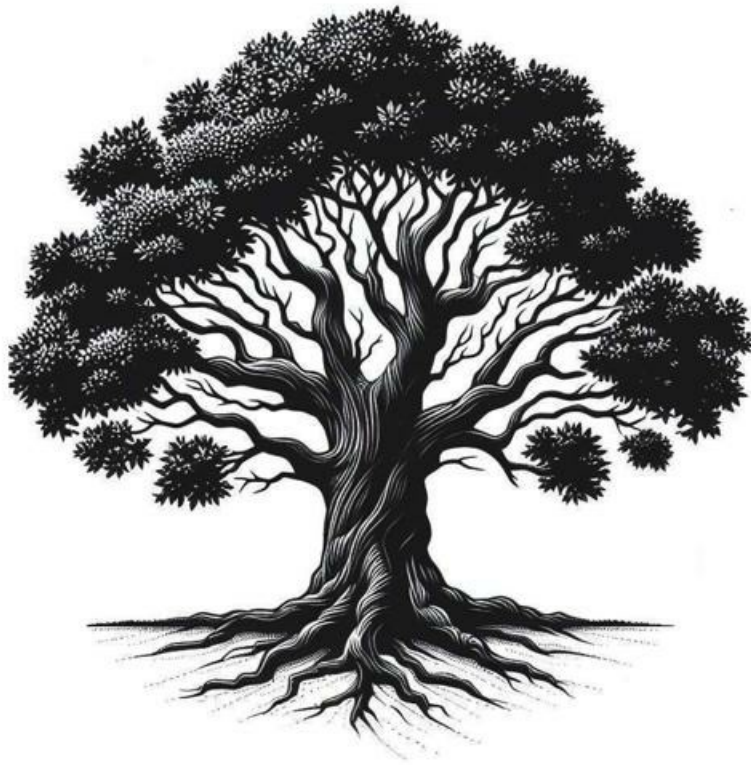
—Entiendo que hay heridas que solo el tiempo cerrará, pero te prometo—le dijo mirando a los ojos a Laura, con la rodilla todavía clavada al suelo—que te amaré y protegeré hasta el último aliento que salga de mi boca.

—¡Laura dice que sí!—contestó Alice con premura y torciendo su gesto.

Las lágrimas asomaron por los ojos de la joven; un nudo se instaló en su garganta. Luchó por contener el aluvión de emociones y la angustia que la embargaba. Sentía el peso de una responsabilidad acuciante, de unas cadenas que la oprimían. No quería decepcionar a su madre, pero al evitarlo, se estaba traicionando a sí misma, renunciando a su amor verdadero.

—Aprenderás a quererme y un buen día te olvidarás de Jack Holland.





Después de todo lo que pasó en el Condado de Clay, Jack tuvo que dar muchas explicaciones y regresar de nuevo a *Austin*. Fue condecorado y su nombre apareció en los periódicos. Todo el mundo quería tener a Jack Holland a su lado. Participó, a petición del Gobernador, en un sinnúmero de actos que lo tuvieron ocupado durante algún tiempo.

Desde aquel momento su vida se convirtió en un circo.

Por las mañanas acudía a los eventos más variopintos y realizaba exhibiciones con su revólver, mientras que por las tardes daba interminables charlas sobre cómo acabó con los Mulligan, que siempre terminaban con una gran ovación. A pesar de todo, Laura seguía anclada en su mente, por lo que le escribía apasionadas cartas de amor casi todos los días, dejando claro cuánto la amaba. Sin embargo, nunca tuvo una respuesta por su parte. Creyó que tal vez la muerte de su padre y hermano y el rapto de Charlotte, tenían mucho que ver con ese silencio. Estaba preocupado y no podía evitarlo. Ese silencio lo incomodaba, sabía dentro de su ser que algo malo estaba sucediendo.

No le llegaba la hora de montarse en su caballo, cabalgar raudo hacia Henrietta y estrechar entre sus brazos a Laura. El día que entró en el pueblo parecía que nada había cambiado. Jack era una leyenda para los habitantes, el revólver más rápido del Condado de Clay. Los hombres lo saludaban con efusividad y las mujeres le besaban las manos, mientras él se daba un baño de cariño montado en su caballo.

—¡Mira, es Jack Holland! —decían los niños repletos de admiración.

Lazy Bear lo vio llegar apoyado en el umbral de la puerta de la iglesia, lo saludó desde lejos y Jack se sacó el sombrero elevándolo por encima de su cabeza. Sabía que la familia Smith se había mudado a una humilde casa después de que su rancho fuese pasto de las llamas y reducido a cenizas. El hogar de los Smith poseía una cerca blanca de madera y un pequeño jardín. Jack atravesó la cerca y se dirigió hacia la puerta. Portaba en su mano un ridículo manojo de flores silvestres de la pradera. Llamó y escuchó unos pasos aproximarse. Laura abrió la puerta y se encontró de golpe con Jack y sus flores.

—Jack...—fue lo único que pudo pronunciar.

No fue la bienvenida que Jack esperaba. Soñó un millón de veces que ella lo abrazaba con locura y se besaban con frenesí, pero aquello no ocurrió.

—He venido a pedir tu mano, Laura.

Laura no dijo nada. Estaba paralizada por la situación.

—No he sabido nada de ti en meses—pudo por fin articular palabra.

—¿Cómo puede ser? Te escribí todos los días.

En ese mismo momento, Alice hizo acto de presencia. Se presentó como un huracán repleto de ira y agarró a Laura del brazo, intentando que se metiera en casa.

—¡¡Jack Holland, vete ahora mismo de mi casa, no eres bienvenido!!A Jack le sorprendió el tono de Alice, su gesto beligerante y una actitud arrogante que sobrepasaba todos los límites de la cortesía. Intentó entrar, pero se encontró con la puerta cerrándose a cal y canto delante de su cara. El corazón de Jack se hizo añicos en aquel preciso instante. Sentía el amargo sabor de la desolación en su boca, el dolor de un amor no correspondido. Su alma, una vez repleta de alegría y esperanza por una vida junto a su amada, yacía ahora sobre un abismo de tristeza. No era nada sin Laura, un vacío en la tormenta, un eco doloroso que resonaba en cada rincón de aquel lugar, una vida sin Dios. Jack se perdió sin remedio en un laberinto de emociones que lo hicieron dudar del amor de Laura, de sus primeros besos y caricias.

Sus iniciales estaban junto a las de ella, rodeadas con un corazón sobre la corteza de aquel viejo roble.







Cuando Jack se enteró de que Laura se había prometido con Patrick y que estaba a punto de convertirse en la señora O'Keefe, una nube siniestra y negra se instaló en su espíritu. Dejó que las malas hierbas crecieran por todo su rancho, incluso en su corazón. Lo dejó todo, su puesto como *ranger* de Texas y su amor propio. No encontró sentido a una vida sin ella, la realidad era una losa pesada sin el amor de Laura, ya ni siquiera la encontraba en sus sueños y la necesitaba para volver a ser el hombre que era. Se acostumbró al sabor del *whisky* en su paladar y a tener el estómago vacío repleto de desamor. Sintió el aguijón de la envidia clavarle en su cuerpo. Odiaba a Patrick con todas sus fuerzas, deseaba verlo muerto y aquel deseo amenazaba con consumirlo. La visión de Laura en el altar acompañada de otro hombre, se convirtió en un pensamiento doloroso que lo acechaba sin piedad, como los buitres a la carne putrefacta. A pesar de todo, mantenía una chispa de esperanza de que quizás sus destinos se cruzarían de nuevo y la llama que una vez los consumió en la más intensa pasión, resurgiría de nuevo. No importaba el transcurrir del tiempo ni los obstáculos de su camino, su corazón seguía anclado en ella. La

indiferencia de Laura era insignificante ante el amor que el vaquero le profesaba.

Recordó las tardes de risas y complicidad mientras se curaba de sus heridas, los secretos susurrados al oído y los besos furtivos. Todo persistía intacto en su alma. No importaba cuanto tiempo pasara para que Laura regresara a su lado. La esperaría en el infierno si fuese necesario; escalaría las montañas más escarpadas, cruzaría los desiertos más secos, navegaría por océanos infinitos con tal de estar junto a ella. Compartían un mismo cielo y también un mismo corazón.

El día de la boda, todos los lugareños que asistieron a la celebración vieron al *cowboy* borracho como una cuba sobre su caballo, mirando cómo la feliz pareja salía de la iglesia ante los gritos de «¡vivan los novios!». Laura también fue testigo del desolado aspecto de Jack y se le heló la sangre al verlo. El novio, ante la posibilidad de que el vaquero hiciese alguna locura, contrató a un par de pistoleros de gatillo fácil como equipo de seguridad. O'Keefe también trajo a un reverendo de *Dallas* para que oficiase la boda relegando a *Lazy Bear* al ostracismo más profundo y, aunque era su iglesia, accedió por ser Laura uno de los contrayentes. Patrick dejó a los presentes y caminó hacia Jack con aquellos dos hombres cubriéndole las espaldas.

—Holland, no eres bienvenido, lo mejor que puedes hacer es irte al agujero de donde has salido...

Pero Jack no le prestó atención. Su mirada estaba fija en Laura.

Ambos jóvenes se observaban en la distancia, la mirada de Jack cargada de reproches, la de Laura suplicando un eterno perdón. En un solo instante, ella comprendió que se equivocó; una vida de lujos no era nada sin el amor de su vida a su lado, y aquel amor tenía nombre y apellido: Jack Holland.

—...a no ser que quieras que estos dos hombres te llenen de plomo.—¿Holland, Jack Holland? —dijo uno de los pistoleros.

—¿El hombre que acabó con los Mulligan? —Habló el otro pistolero repleto de temor.

—¡Es solo un hombre! —replicó O'Keefe.

—No cuente con nosotros, amigo, estimamos nuestra vida.

—¡Malditos cobardes, yo también acabé con los Mulligan! —les dijo O'Keefe mientras se largaban.

O'Keefe regresó con Laura, al ver aquella expresión en su rostro, comprendió sobre las escaleras de la iglesia que su nueva mujer amaba a otro hombre. Eso carcomió su espíritu hasta el infinito. Daba igual lo mucho que le diera, siempre planearía la sombra alargada de Jack entre los dos, se metería en sus cabezas, en su casa y en su cama, como un parásito que va chupándolo todo, hasta desgastarlo y mermarlo hasta el hueso.

Aquella misma noche, preso del alcohol, Jack tiroteó a la estatua del general Lee. Vacío su revólver en la piedra mientras soñaba que era O'Keefe el que recibía los balazos.

—¡Muere, muere, muere! —se le escuchó gritar después de los disparos.

En cierta manera, Patrick acertó en todo lo relativo a Laura. La nueva señora O'Keefe no era feliz. Pese a que el irlandés la rodeó de lujo y *glamour*. Nunca la hizo sonreír, por mucho que Alice alabara al irlandés una y otra vez. No porque no fuese atractivo, que lo era, sino porque Laura no encontraba ni una pizca de ternura entre ellos.

Solo había cosas, cosas caras, parches que no la llenaban en absoluto y que la convirtieron en una consentida. Patrick tampoco tenía tiempo para ella, pues estaba demasiado ocupado labrándose una reputación como floreciente hombre de negocios. Se encontraba en conversaciones con una importante compañía petrolífera, la *Company Oil*, que lo convertiría en un hombre todavía más rico a costa de vender sus propiedades, terrenos en su mayoría yermos y que no valían ni las piedras que albergaban. Entre el responsable de la *Company Oil* y Patrick

surgió una interesada amistad epistolar que contentaba al irlandés. Era tan inminente el acuerdo que, eufórico, invitó al responsable de la compañía a visitarlos en el rancho. Hasta le envió un retrato fotográfico de Laura y él, del día de su boda, ya que nunca se habían visto en persona.

Laura trató de apartar de su mente a Holland, volcándose en su mansión, para que fuese perfecta y gastándose ingentes cantidades de dinero para saciar sus carencias, muebles carísimos hechos a medida, un sinfín de vestidos traídos de París y cualquier extravagancia que el dinero pudiera comprar. Pero sus anhelos siempre regresaban de las formas más caprichosas para atosigarla y volver a colocar a Jack en sus pensamientos más íntimos. Ella necesitaba el amor, la ternura, sentir cómo su cuerpo era devorado entre caricias salvajes y estremecerse entre los brazos de su amado una y otra vez. De Patrick O’Keefe solo recibía malos modos y el constante olor a *whisky* de su aliento. ¿Cómo no iba a recordar a Jack Holland?

Los acontecimientos se aceleraron una tórrida noche de verano. El señor O’Keefe llegó a la mansión más borracho que de costumbre. La luna, envuelta en un manto de nubes de tormenta, arrojaba un halo de luz que parecía guiar al hombre hasta la alcoba de Laura, creando sombras, figuras irreales, que se introducían en la mente atormentada de Patrick. Veía a Jack en cada rincón. Se imaginaba a los dos amantes, fornicando sobre su cama, pensamiento que era incapaz de frenar.

Laura dormía en la alcoba, sumida en un sueño profundo, cuando los portazos empezaron a resonar por todo el pasillo. Se despertó asustada y se incorporó al escuchar la voz de O’Keefe llamándola a gritos. Con temor, se preguntaba qué podía acontecer para que Patrick estuviese en ese estado.

—¡Laura! ¿Dónde estás, condenada?

La joven encendió una lámpara al tiempo que la puerta de la habitación se abría con brusquedad.

—¿Estás con tu amante, maldita puta traicionera?

—¿Qué diablos estás diciendo, Patrick?

Él, afectado por el alcohol y sus propios demonios, parecía incapaz de comprender la situación. Sus ojos proyectaban un sinfín de emociones que aterraban a Laura; la ira y el deseo se mezclaban en su alma en una danza caótica que le arrebatava la cordura.

—Sé que estás con Holland, lo ves en secreto, pero juro que si os encuentro juntos os mataré.

—¡Estás borracho, como siempre!

—¡Sí, estoy borracho, pero todavía puedo comportarme como un hombre, como tu marido! —Se abalanzó sobre la cama y la agarró del cuello.

—¡Patrick, me estás haciendo daño!

—¿Dónde está Holland? ¡¡Dímelo, lo mataré, os mataré a los dos!!; Zorra desagradecida!

O’Keefe presionó un poco más el cuello de Laura, que sintió cómo las yemas de los dedos se hundían un poco más en su garganta. Echó sus manos a las de su marido, intentando que este dejara de agarrar su cuello, pero él no cedía en su empeño, al contrario, la presión se hacía más y más insoportable. Por un momento, las manos soltaron el cuello de la muchacha, que comenzó a toser, buscando una nueva bocanada de aire que insuflara su cuerpo de vida. Mientras tanto, Patrick miraba repleto de ira debajo de la cama. El irlandés seguía atrapado en su propia mentira, consumido por sus verdades y la idea que Jack estuviese allí, escondido en algún lugar. ¿Acaso era un ser invisible? Cuando vio que allí no había nadie, se precipitó hacia el armario, agarrando toda la ropa y arrojándola al suelo.

—¡Sal de donde estés maldito cobarde, te mataré antes del alba!

Justo cuando Patrick volvió a la idea de estrangular a Laura, esta se armó de valor y le golpeó con fuerza en la cabeza con un cenicero y este perdió el sentido. La joven, presa del miedo y con

el corazón acelerado, corrió hacia los establos, ensilló un caballo y se largó de allí al galope.

Nunca engañó a Patrick con Jack, pero lo deseaba cada día, a cada paso; la idea la rondaba en cualquier situación. Allí, en el desierto, decidió que, si aquel hijo de puta vivía atormentado por sus fantasías, al menos, ella las haría realidad. Estaba harta de sospechas infundadas. Si para su marido era una adúltera, sería por algo más que un triste pensamiento. Cabalgó hacia el rancho de Jack. Cuando llegó a la puerta, comenzó a llamarlo.

—¿Jack Holland, sal de esa choza a la que llamas casa si eres hombre!

Laura observó como una tenue luz iluminaba una de las estancias de la casa, al poco tiempo la puerta se abrió y aparecía, en el umbral, Jack en calzoncillos y armado con su rifle de repetición.

—¿Laura? —preguntó mientras se frotaba los ojos. Parecía que acababa de despertarse.

Al verlo, se bajó del caballo, avanzó hacia él y lo besó con frenesí, como si fuese la última vez y allí, debajo de las estrellas, hicieron el amor sin más testigos que su propia lujuria, una lujuria que los abra-saba a cada beso, a cada mordisco de su alma desbocada. No hubo palabras y, sin embargo, aquello fue el acto de amor más tierno y exci-tante que Laura había vivido en toda su vida. Notó cuando Jack llenó su vientre y se aferró a él, a su esencia, para que sintiera que ella era suya. Siempre lo sería, aunque un océano se interpusiera entre ellos, aunque todos los Patrick de la tierra se empeñaran en separarlos. Sin embargo, sabía que aquello no se repetiría nunca más. Antes de que amaneciera, se despertó entre sus brazos. Sabía que aquello no podía durar. Se montó en su caballo y miró hacia su tierno amante durante unos segundos, al tiempo que Jack se despertaba al notar la ausencia de Laura.

—Laura, no te vayas, quédate conmigo, te lo ruego, aquí seremos felices.

—Lo siento Jack, pero no puede ser, Patrick acabaría por matarnos, estoy casada con él y no hay nada que hacer contra eso. No nos volveremos a ver nunca más, esta es la última vez, espero sepas comprenderme y aceptarlo.

—Jamás podré aceptar tal cosa...

Una lágrima cruzó la cara de Laura cuando espoleó a su caballo.

Jack la vio alejarse hacia el olvido y comprendió, de nuevo, que la existencia no tenía ningún sentido sin ella.

Con el paso de los días, aquella herida se hizo mucho más profunda. En el fondo de su alma se sentía traicionado y eso le dolía como espinas de cactus clavadas en su carne. El nombre de Laura era como un eco que no paraba de sonar en su mente, en sus pensamientos más íntimos retumbando en el vasto silencio. Habían pasado varias semanas desde aquella noche en que hicieron el amor por última vez cuando agarró un hacha y se dirigió hacia el viejo roble donde grabaron sus nombres dentro de un corazón. Aquel árbol era testigo de su amor efímero. El destino le había arrebatado a la mujer que amaba y él no podía escapar a su memoria. Ella era otro sueño inalcanzable, otro sueño roto que atormentaba sus noches solitarias. Aquel corazón tallado era otro recuerdo, uno tangible que podía ver, que podía tocar y también un eco de su propio dolor. Los ojos de Jack se llenaron de rencor, su mirada se oscureció. Tenía que cortar aquel roble.

Debía de arrancar de raíz el símbolo de un amor perdido.

Cuando llegó a la colina, con el hacha en una mano, se remangó la camisa y de un fuerte golpe clavó la hoja del hacha en el tronco. El sol calentaba sus músculos y él, con cada golpe, liberaba la furia contenida en su desgarrado corazón. Cada corte en la madera resonaba en su alma como una catarsis que necesitaba realizar, marcando el ritmo de una triste balada que solo él podía interpretar. «¡Laura!» , gritaba su mente a cada hachazo, como si con ello pudiese romper las cadenas que lo ataban a su recuerdo. Las astillas saltaban al suelo como lágrimas, la madera se

partía con un crujido melancólico.

Tardó días en derribar aquel roble. Era de noche cuando el árbol cayó como un viejo moribundo, solo y derrotado por las circunstancias. Mientras se alejaba, Jack comprendió que el eco de ese amor no correspondido seguiría resonando en su alma, pero al menos, Laura, nunca podría tallar allí otro corazón con otras iniciales en su interior.

Shima

Fue entonces cuando Jack comenzó a adentrarse en el implacable desierto, buscando una razón para vivir. Montaba su caballo y se alejaba de su rancho durante días, desafiando el ardiente sol que azotaba su cuerpo sin piedad, mientras se dirigía hacia lo desconocido. La soledad del desierto se convirtió en un bálsamo para su mente atormentada; solo allí se olvidaba un poco de su recurrente desolación.

Jack recorrió sinuosos caminos, cañones devorados por el tiempo y vastas llanuras donde el sol se reflejaba en la fina arena dorada y donde no se atrevía a nacer ni una miserable brizna de hierba. A medida que se alejaba un poco más de la civilización, el paisaje cambiaba de forma caprichosa, revelando montañas escarpadas, cactus retorcidos y enormes que parecían tocar el cielo con sus afilados tridentes.

Quizás fuera un golpe de calor o la debilidad que lo perseguía sin descanso, pero aquel día el único pensamiento que ocupaba su mente era que deseaba morir, perecer en el desierto, en la más perfecta de las soledades, sin más testigo que el cielo azul que lo acompañaba.

Se negó a beber. Exhausto y deshidratado, su cuerpo comenzó a flaquear. La fiebre se apoderó del vaquero y los delirios recurrentes hicieron mella en sus sentidos. No pudo más y, sin fuerzas, se precipitó de la silla de su montura al suelo.

El sol caía sobre él con fuerza cuando notó cómo el agua mojaba sus labios. Abrió los ojos y vio, a duras penas, a una bella mujer, con unos ojos grandes y profundos, oscuros como la noche. Su cabello negro era como el azabache y lo llevaba largo y suelto. Le susurró unas palabras en español, pero al momento pronunció una palabra en idioma apache chiricahua.

—*Bidáád.*(Tranquilo)

La mujer refrescó la frente de Holland y construyó una improvisada camilla que el caballo de Jack arrastró hasta una humilde casita de adobe en medio del desierto. La mujer vivía allí sola, con sus animales.

—¿Por qué quieres morir, Jack Holland? —le preguntó.

Jack observó con detenimiento a la mujer. Tenía la piel canela y unos rasgos marcados, herencia de su sangre apache y mexicana. Era bella, salvaje e indómita, una rosa solitaria del desierto. Sus ropas estaban confeccionadas con pieles de animales, que la hacían parecer una india fuerte y poderosa, enviada por Dios para salvarlo de una muerte segura.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres? —preguntó con una debilidad acuciante en sus labios.

—¿Quién no conoce al famoso *ranger*? Mi nombre es Shima.

Jack perdió el conocimiento. Shima colocó paños empapados en agua sobre el cuerpo de Jack, también en sus ingles y en sus axilas.

Necesitaba bajar su temperatura corporal. Después, puso paños mojados sobre su frente y rezó a sus Dioses. Durante un par de días, Jack se debatió entre la vida y la muerte. Llamaba a Laura en sueños, estiraba sus manos intentando tocarla, pero su presencia se esfumaba una y otra vez. Al tercer día, abrió los ojos. Todavía estaba débil, pero pudo llevarse a la boca algo de caldo que lo

reconfortó. Escuchó relinchar a su caballo y, apoyándose en la pared, se acercó a una pequeña ventana y lo vio correr alrededor de una cerca.

—Es un buen animal—le dijo ella.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unos pocos días.

—Debo irme.

—Todavía no estás bien, necesitas descansar.

Jack dio un par de pasos y perdió el equilibrio. Aún estaba muy débil. Shima lo sostuvo con firmeza, evitando que cayese al suelo. Lo acostó de nuevo en un pequeño camastro duro como una piedra, y Jack volvió a quedarse dormido. El aullido de los coyotes lo despertó cuando el sol se ponía. Lo peor ya había pasado.

Amanecía. Jack preparaba su montura para volver a su rancho cuando vio a Shima emerger desnuda con los primeros rayos del sol.

Bajo la tenue luz, se veía hermosa; su piel, suave y tersa, era una invitación a lo prohibido. Su pelo era mecido por la suave brisa que parecía arrastrar a Jack hacia su lecho. Jack quería ir, quería hacer el amor con aquella diosa apache y olvidarse de todo y de todos, de Laura y de la condena a muerte que era su amor. Ella lo miraba con ternura, con unos ojos oscuros y profundos, dotados de una magia que lo hacían

sucumbir al frenesí que portaba dentro de su alma. Apartó la cortina que hacía de puerta, invitándolo a pasar. Cada curva de su cuerpo era un imán que lo atraía sin remedio hacia sus brazos. Sus pechos firmes y redondeados avivaron el deseo de poseerla; cada movimiento de ella se convirtió en una danza sensual que hipnotizaba sus sentidos, atrayéndolo como el insecto que va hacia la luz.

Jack no pudo apartar la mirada; su corazón estaba repleto de un deseo embriagador y reverencial, su respiración se volvió profunda y rápida. El tiempo se detuvo; cada detalle del cuerpo de Shima se grabó en su mente y en su espíritu, capturando así cada matiz de la figura de aquella salvaje e indómita mujer.

Jack avanzó unas yardas y fue a su encuentro. Puso sus manos en los hombros desnudos de la muchacha y la besó con dulzura. Sus labios eran suaves, gruesos; en ellos habitaba una promesa de placer que hacía que el miembro de Jack se hinchara más de la cuenta. Ella lo agarró de la mano y lo acompañó al lecho; los amantes se tumbaron y recorrieron con mimo la piel del otro. Shima se movía ágil, como una gacela que escapa de una manada de lobos, acariciando el miembro de él sin pausa. Jack, en un arrebato pasional, se colocó encima de ella y penetró su sexo húmedo. Un escalofrío recorrió a los dos amantes, una corriente que los sumió en un lecho de profundo placer. Sus músculos se tensaron y el sudor los envolvió. Ella clavaba sus dedos en la espalda de Jack, mientras este no cesaba en sus movimientos acompasados, repletos de pasión y cierta sutil violencia que la hacían jadear de placer. Ella notó cómo Jack esparcía su simiente dentro de su vientre, y eso la elevó al cielo; la puso en contacto con sus Dioses y con el universo de una manera que él, un rostro pálido, jamás comprendería.

Jack se levantó mientras ella todavía dormía. La observó por un momento, quería recordarla así, desnuda y salvaje, con su pelo moreno suelto sobre el lecho y sus pechos firmes y poderosos apuntando al techo. Salió de la pequeña construcción y notó cómo ella se levantaba e iba a su encuentro. Lo abrazó por la espalda y le susurró unas palabras en apache que Jack no entendió.

—*Nyúhuk-in ha'káhi aníyéé*(Tú me has llenado de vida)

—¿Qué dices?

—Cosas de mujeres. ¿Te marchas?

—Debo hacerlo.

—No es cierto, nadie debe hacer nada. Sé que no volverás.

—¿Eres bruja?

—Así me llaman los comanches, la bruja. De esa manera he sobrevivido aquí tanto tiempo. Me temen y por eso me respetan.

Jack no regresó. A veces pensaba en ella de forma fugaz, pero era Laura la que ocupaba sus pensamientos y su corazón la mayor parte del tiempo. Pasaron meses hasta que Shima se presentó en el rancho de Jack. Lucía una sonrisa y una gran barriga de embarazada. Jack notó que era feliz; no le hizo ningún reproche, al contrario. Ese día cocinó para él; le vino bien al vaquero comer algo caliente para variar.

Su estómago se había acostumbrado al *bourbon* barato y al tabaco. Hablaron mucho, él le contó todo lo que guardaba en su alma por Laura, y ella supo que el corazón de aquel hombre jamás le pertenecería. Ella sabía que Jack era la clase de hombre que no sabía acallar la voz que lo torturaba en su interior a cada paso que daba en su vida y que el vaquero tan solo tenía dos caminos: ser feliz con la mujer que amaba o la soledad más absoluta, aquella que vuelve locos a los hombres.

—Dentro de mi vientre están tus hijos, se llamarán Luis y Rosa-lia—le dijo ella con total normalidad.

—¿Son dos? ¿Niño y niña? ¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Jack a la vez que posaba su mano encima de su vientre y sentía los suaves movimientos de los bebés.

—Las ancianas apaches me lo han dicho. Dentro de varias lunas daré a luz. ¿Querrás conocer a tus hijos?

Tras pronunciar estas palabras, se alejó en silencio. Jack la siguió con la mirada hasta que la mujer desapareció de su vista en el horizonte.





Un trueno hizo temblar las paredes de la mansión O'Keefe y una sucesión de relámpagos iluminó el pasillo por donde deambulaba un nervioso Patrick O'Keefe. En la habitación, Laura se batía en duelo con la muerte, en lo que iba a ser un difícil parto. La señora Smith, la madre de Laura, rezaba sin tregua para que todo saliera bien, mientras veía al irlandés caminar sin pausa preso de los nervios. Un grito de la muchacha, que coincidió con un sonoro trueno, hizo que se miraran por un momento. El llanto de un recién nacido hizo que Patrick se hinchara como un pavo real.

—¡Es un niño, un heredero! —afirmó.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó la viuda, con gesto incrédulo.

—Igual que sabré si son de mi sangre—la miró con cierto resquemor.—¿De quién va a ser? Mi hija no es una cualquiera...

—¿Ve mi pelo? —la interrumpió—. Todos mis hijos tenían una buena mata de pelo rojo. Ahora no va a ser diferente.

El doctor salió de la habitación al tiempo que otro trueno hacía retumbar la casa. Junto a él, la comadrona sostenía a un bebé que no dejaba de llorar.

—Es una niña—dijo el médico.

Un gesto de contradicción cruzó el rostro de O'Keefe. La comadrona destapó la cabeza de la

niña, su pelo era castaño y poco poblado. Cuando Patrick la vio cogió una figurita de porcelana que había sobre un mueble y la arrojó al suelo con fuerza.

—¿No va a sostener a su hija? —preguntó la comadrona.

—¡Esa no es mi hija!

Con brusquedad y ante la mirada perpleja de los allí presentes, el irlandés le dio un puntapié a la puerta de la habitación, mientras que, un relámpago se colaba en la alcoba de Laura. La visión espectral de su marido la cubrió de temor. Los ojos de Patrick parecían a punto de salirse de sus órbitas y sus sienes palpitaban a un ritmo endiablado.

—¿Qué vas a hacer, Patrick? —preguntó la señora Smith, presa del miedo desde el umbral de la puerta ante la mirada inquieta del médico y la comadrona.

—Si quiere volver a ver a Laura con vida, díglele al borracho de Jack Holland que venga a por ella, él ya sabe dónde encontrarme.

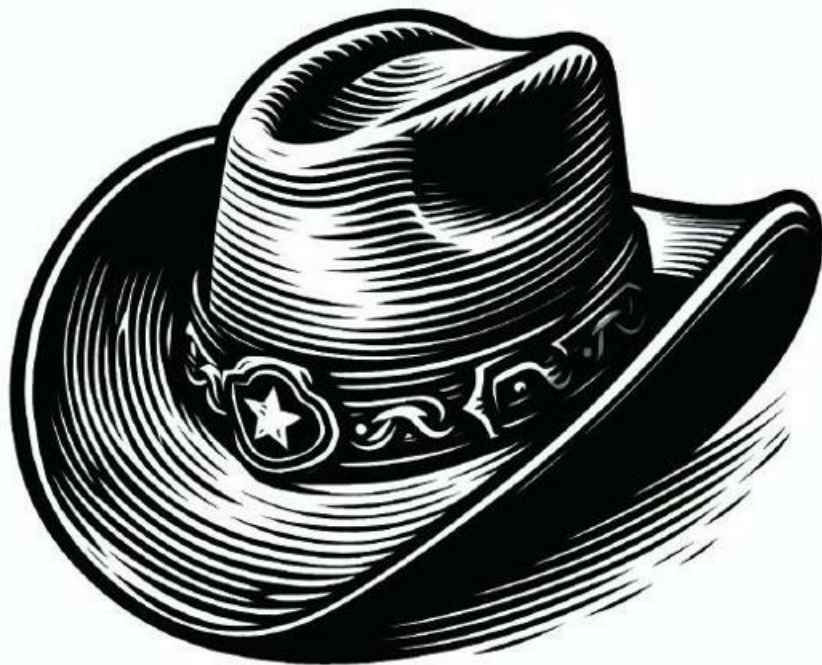
—¡Laura está muy débil, debe guardar reposo! —protestó el doctor.—Eso me importa poco, medicucho, he enterrado a una buena mujer hace algún tiempo, no me va a importar enterrar a esta mala ramera.

—Pero... ¿Qué será de la pequeña?

—Eso, querida, me importa un bledo.

O'Keefe se acercó a Laura y la sacó de la cama en brazos mientras otro trueno hacía temblar la mansión. La arrastró por todos los pasillos como si fuese una carga, llevándola hasta los establos. Ordenó que le ensillaran un caballo, se subió en él con Laura temblando de miedo y salió del establo cabalgando al galope, iluminado por la tormenta.





Aquella mañana era como todas. Jack se despertaba con resaca, como si su boca fuese un apestoso cenicero y su lengua un asqueroso trapo. Siempre, su primer pensamiento era para Laura, y la tristeza se apoderaba de su ser. El primer impulso era agarrar la botella de bourbon, pero como casi siempre, estaba vacía. Después se arrastraba hasta el pueblo a comprar una nueva botella para saciar la pena, para acallar ese nombre que le torturaba cada amanecer. Laura, siempre Laura, aquel nombre era como el martillo del herrero, replicaba en sus sienes, machacaba su ánimo hasta desarmarlo de toda conciencia, de toda esperanza y lo hacía sucumbir a una vida insulsa. Jack se acostumbró a que lo sacaran de un puntapié del salón, después, solo en la calle, todo le parecía lejano y difuso como si una capa de niebla ocupara su pensamiento.

Siempre se liaba un cigarrillo cuando volvía al rancho, mientras dejaba escapar las últimas primaveras de su juventud. Allí, en la nada más abrumadora, en mitad de su infierno particular, le parecía ver a Laura. Reconocía el espejismo, sabía que era un juego de su mente, que lo torturaba y desarmaba cuando todo acababa mal, del revés y solo escuchaba silencios. Todo terminaba ardiendo a su alrededor, las casas, los cactus, su alma, a la que notaba más ausente que nunca. Jack solo quería despertar, asomarse al precipicio, ese que le murmuraba

«tírate ya, maldito hijo de la gran puta» y esas voces lo herían una y otra vez y lo sumían en el despecho, la desesperación más profunda y decadente. La amargura lo condenó a vagar por las noches preso del recuerdo del desamor, convirtiendo a la noche en su guardián más cruel.

Su aspecto era lamentable, hacía semanas que no se daba un baño, su barba había crecido más de la cuenta y su ropa estaba sucia. El vaquero olía a rancio, a una mezcla entre alcohol y sudor. Jack era el nuevo borracho del pueblo, como lo fue Morrison en su día, pero en vez de provocar risas, el *cowboy* despertaba una profunda lástima en los habitantes de Henrietta. Ya no quedaba

nada del joven *ranger*, ni siquiera llevaba su sombrero, ni portaba su revólver. Las malas lenguas decían que lo único que deseaba era morir bebiendo, reventar y acabar con su sufrimiento.

Agarró su camisa sucia más limpia, era la más decente que tenía. Antes de salir tropezó con todo y comprendió que todavía estaba borracho. En ese momento, escuchó llegar un carromato al rancho.

Echó un vistazo por la pequeña ventana, era la señora Smith, la madre de Laura. El *cowboy* vio cómo se bajaba armada con un rifle de repetición.

—¡Maldito seas, Jack Holland! Por tu culpa mataron a mi marido y a mi hijo y ahora ese bastardo de O’Keefe matará a mi hija...

Jack todavía no se había puesto la camisa, se la echó al hombro derecho y salió con su torso desnudo. Cuando la señora Smith lo vio allí delante, apoyado en el umbral de la puerta, pensó en disparar, pero no lo hizo. Sabía en el fondo de su alma que Holland era la única oportunidad que tenía su hija. Nadie en el pueblo se enfrentaría a O’Keefe. Con el oro de los Mulligan compró un buen número de tierras justo cuando el negocio del petróleo arrancaba en la región llenando sus bolsillos de dinero. Patrick solo tenía que esperar a que el dinero llegara a su cuenta en el banco, sus perforaciones se contaban por decenas. El petróleo daba trabajo a muchas familias de la región y eso le granjeó ciertas simpatías, eso y saber que era uno de los hombres que acabó con la banda de los Mulligan. Pero O’Keefe, en el fondo, lo que despertaba en la gente era temor, cogía lo que quería y nadie podía pararlo. Ni siquiera tenía que ir a los pozos. Los capataces le hacían todo el trabajo sucio y pronto una importante compañía petrolera se haría cargo de la explotación y de toda la producción a cambio de una suculenta cifra mensual. Era otro Potter, pero más joven y con un apetito voraz por el dinero.

—...tenías que tomar lo que no era tuyo! —gritó la mujer con saña. —¡No te bastaba con matarte bebiendo, que el infierno te lleve, Jack Holland!

De pronto se escuchó el llanto de un bebé. La mujer se giró y dejó el rifle, agarró la manta que envolvía a la recién nacida y se acercó a Jack.—¡Aquí tienes a tu hija, maldito perdedor! Ahora él se la ha llevado, la matará. Haz algo, te lo suplico. Patrick me dijo que tú sabrías dónde encontrarlo.—Cayó de rodillas y el sonido de su voz se llenó de un llanto desesperado.

Holland clavó su rodilla en el suelo y echó un vistazo a la niña. Una pequeña mano intentaba abrirse paso a través de la manta. Cuando lo consiguió, estiró su diminuto brazo buscando la cara del *cowboy*. Cuando Jack la vio, comprendió sin ambages que era su hija o, al menos, quiso creerlo. La idea lo reconfortaba y, aunque la pequeña poseía las facciones de Laura, también tenía rasgos de su propia familia.

«Tiene los ojos de mi padre», pensó.

La mujer acercó al bebé a Jack y este la arropó en su regazo con ternura. Fue la mejor sensación del mundo; los sentidos del *cowboy* se activaron. Nunca había experimentado aquel aluvión de sensaciones: su olor, su tacto, la forma en que movía sus manos, o cómo su boca buscaba alimento. Todo aquello salvó la vida de Jack. Al fin tenía una razón para vivir. Laura, siempre Laura.

— Sé dónde está Laura.

Jack devolvió a la niña a su abuela y se puso de pie. Entró en la casa, se ciñó la funda del revólver a la cintura, comprobó las balas del arma y lo enfundó. Al poco tiempo, estaba cabalgando hacia el sol, con el torso desnudo y buscando una excusa para no matar a Patrick O’Keefe.





Cuando Jack Holland llegó a la vieja cabaña de Patrick O'Keefe, su mirada se posó en las tres tumbas de la difunta familia del irlandés.

Las lápidas se hallaban en medio de un paisaje desolador. La tierra que las rodeaba estaba repleta de hierbajos que crecían sin control.

Las ramas secas de los arbustos cercanos se elevaban al cielo como las manos huesudas de los cadáveres, implorando y luchando por salir de sus tumbas. Aquellos túmulos en medio de la nada, eran testigos mudos de un pasado terrible repleto de sueños y esperanzas rotas.

O'Keefe lo esperaba en el porche de la cabaña, sentado en una mecedora. El caballo se detuvo a escasas yardas de la casa, bajó su cuello e inclinó su cabeza mientras una leve ráfaga de viento movía su larga cola, rascó el suelo arenoso con una de sus pezuñas al tiempo que soltaba un profundo bufido y agitaba sus crines al viento.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, «ranger»—habló con tranquilidad el irlandés, con especial desprecio al pronunciar la última palabra.

—He venido a por Laura, no quiero matarte, Patrick.

—¡Vienes a mi casa a por mi mujer y hablas de matarme! ¿Eres consciente que podría dispararte por eso? No habría ni un solo hombre en Texas que me condenara.

—No me lo pongas difícil.

—Haremos una cosa, no voy a dispararte, sé que no soy tan rápido como tú, peharemos con los puños, como hacen los hombres de verdad y el que gane se queda con la puta.

Jack, con un rictus de determinación en el rostro, asintió con la cabeza y se bajó del caballo. Se

quitó el revólver de la cintura y arrojó el sombrero al suelo con gesto desafiante. Patrick se acercó a él con paso firme, listo para pelearse hasta que solo quedase uno en pie. El primer golpe lo lanzó Jack con toda la fuerza de su puño derecho, directo a la cara de O'Keefe; pero este lo esquivó sin problemas, mostrando una agilidad sorprendente. En ese momento aprovechó que su contrincante echaba el cuerpo hacia delante y perdía el equilibrio para golpearlo en el estómago. Jack se dobló de dolor y comenzó a toser.

O'Keefe lo observó con superioridad como si ya se supiera vencedor de la pelea. Una sonrisa arrogante se dibujaba en su rostro, mientras que Jack intentaba, a duras penas, recuperar de nuevo el aliento y ponerse en pie.

—Cuando acabe contigo, venderé a esa puta a los comanches.

Holland se incorporó rápidamente y se puso en guardia ante su adversario. O'Keefe intentó golpearlo en el rostro con un puñetazo rápido y certero, pero este logró, a costa de perder de nuevo el equilibrio, detener el golpe. En un rápido movimiento, Jack aprovechó la situación y, sin que el irlandés lo contara, impactó con su puño en el mentón de Patrick con un soberbio golpe en forma de gancho que terminó con O'Keefe en el suelo.

Jack se quedó de pie al lado de su adversario con el puño todavía en alto.

—¡Esto ya ha durado demasiado! —dijo Patrick mientras sacaba un cuchillo *bowie* de la caña de una de sus botas.

—¡Eres un maldito cobarde, O'Keefe! —le contestó al ver el cuchillo.

—No soy un cobarde, solo un tramposo. Las balas te esquivan, vamos a ver si esquivas este cuchillo —le dijo mientras buscaba clavarle la hoja en su estómago.

Jack repelió su ataque una y otra vez pero al quinto intento, recibió un buen corte en su torso desnudo.

—¡Al final va a ser verdad que no eres nadie sin tu revólver!

El irlandés amagó como si fuese a atacarlo de nuevo con el cuchillo, pero en cambio, le lanzó una patada que terminó con sus huesos sobre el suelo. Acto seguido, se echó encima de Holland que, a duras penas, podía impedir que la hoja del cuchillo no se clavara en su garganta agarrando la muñeca de Patrick. Durante unos segundos eternos, el irlandés trató de hundir con saña el cuchillo en la carne de Jack, pero este, a pesar de que veía poco a poco bajar la hoja hacia su cuello, lo sujetaba con fuerza.

—¡O'Keefe! —se escuchó la voz de Laura.

Patrick se giró en dirección a esta. Sonó un disparo y un trozo de la cabeza pelirroja de O'Keefe salió volando. El irlandés se desplomó encima de Holland que enseguida se lo quitó de encima. De la cabeza del irlandés no paró de manar sangre formando un gran charco. Tenía en su rostro una mueca de asombro.

Laura soltó la escopeta y fue corriendo junto a Jack mientras este se levantaba del suelo. Ambos se fundieron en un apasionado abrazo.

—¡Creí que te perdía! —dijo ella.

Se besaron bajo el tórrido sol que proyectaba la sombra de los amantes a varias yardas, convirtiéndolos en dos gigantes. Un par de horas más tarde, Jack abrió la tumba de Tara O'Keefe y arrojaba el cuerpo de Patrick en su interior. Holland decidió ocultar allí el cadáver.

—¿No crees que sería mejor decir la verdad? —preguntó Laura.

—¿Y ser sospechosos durante toda la vida de su muerte? No dejaré que eso ocurra, nos merecemos ser felices sin los continuos rumores de la gente. Nadie vendrá por aquí en meses. Di que murió a causa de la viruela y que lo enterraste junto a su primera esposa, como era su deseo. Ningún vecino de Henrietta vendrá por aquí para hacer preguntas y menos para meter la nariz

dentro de una tumba. Cuando vuelvas al pueblo, dentro de un mes, comunica la muerte al nuevo *sheriff*.

—¿*Sheriff*? —preguntó ella con temor.

—No temas, yo seré el nuevo *sheriff*.



Después de que Laura comunicara la muerte de su esposo, parecía que las cosas volvían a su cauce y que nadie iba a hacer preguntas incómodas. Hasta que, una buena mañana, el juez Carline se presentó ante Jack con el objeto de conocer todos los detalles sobre la muerte de Patrick O'Keefe. Al juez no le bastaron las explicaciones que le dio el *sheriff* e insistió en ir a ver la tumba y el cadáver del irlandés. Dado que O'Keefe era la persona más adinerada de la zona, su muerte no debía estar envuelta en ningún misterio que pudiese levantar falsas acusaciones a los legítimos herederos.

A primera hora de la tarde se dirigió en calesa a la antigua propiedad de la familia acompañado por el *sheriff* Holland. No sirvieron de nada las quejas de Jack, ni siquiera apelando a la seguridad del juez ante un hipotético ataque comanche.

El trayecto a la antigua propiedad O'Keefe estuvo plagado de momentos incómodos para Jack.

Aquel era un día más caluroso de lo habitual y el cielo azul se extendía hacia el infinito sin la mínima presencia de nubes en el horizonte. El viento no soplaba como acostumbraba y, para colmo, los insectos de la zona estaban más activos de lo común y revoloteaban por todas partes. Los continuos comentarios por parte del juez se toparon con un muro, puesto que Jack se limitaba a sostener las riendas de la calesa y atravesar todos los baches que veían para hacer más incómodo el viaje a Carline. Holland tampoco viajaba confortablemente, puesto que el juez ocupaba casi todo el asiento de la calesa y arrinconaba a Jack, que soportaba el peso y el olor a sudor rancio del juez.

—Muchacho, ¿es necesario ir tan rápido? —preguntó Carline mientras se quitaba su sombrero negro para secarse con un enorme pañuelo la calva.

—Es un mal camino —contestó apático Holland.

—¿Le ha enviado el aviso a la señora O’Keefe para que esté presente en la exhumación del cadáver?

—Por supuesto, ya debe estar allí esperando —mintió.

—Mmmm, la señora O’Keefe es muy bella, será un gran partido.

Se ha convertido en una mujer muy rica, quién sabe... Tal vez le pida matrimonio. Usted estuvo enamorado de ella. ¿Verdad?

Jack no contestó, se limitó a azuzar a los caballos para coger más rápido los baches.

—¿Cómo iba a casarse con usted? ¿Cuánto gana, señor Holland? ¿Tal vez quince dólares a la semana? Debió sopesar más a fondo aquella propuesta de Potter cuando se la hizo. Ahora tal vez las cosas serían diferentes para todos. Usted es un hombre sin futuro. ¿Qué podría ofrecerle?

Una vida miserable, sin duda. En cambio, señor Holland, yo tengo una posición muy acomodada, un buen cargo. Le diré algo, el amor y la juventud están sobrevalorados. Una mujer joven como la viuda O’Keefe busca seguridad, una buena posición y un esposo que sustente sus caros caprichos. Pero es comprensible, usted todavía es muy joven y no sabe nada sobre la vida.

Bordearon un par de escarpadas colinas y llegaron a una hondonada donde la antigua propiedad O’Keefe parecía pudrirse bajo el sol. Pararon la calesa cerca de la casa y Jack fue en busca de agua para abreviar a los caballos mientras el juez seguía secándose su gran calva. Jack accionó la palanca de la bomba de agua, pero de allí no salió nada más que un denso barro. Carline agarró la cantimplora de la calesa y se bebió hasta la última gota.—Muchacho, ¿tenemos noticias de la viuda?

—Tal vez está metida en la casa, al resguardo del calor.

—Eche usted un vistazo y dígame dónde se encuentra la tumba del señor O’Keefe.

Jack le señaló una dirección mientras accionaba el pomo de la puerta.

En la casa el polvo era ahora el verdadero protagonista; todo tenía una gruesa capa de suciedad encima; la mesa, los enseres de cocina, todo.

Miles de partículas revoloteaban la cargada atmósfera y en una silla descansaba tumbada una botella de *whisky* de la marca *Old Overholt*, restos de la última visita de Patrick. Jack mordió el corcho que tapaba la botella y lo escupió al suelo. Acercó la botella a sus labios y bebió a gollete todo el líquido ámbar. Necesitaba tomar un buen trago para hacer lo que tenía que hacer, si nadie lo remediaba. Al salir de la casa se dirigió hacia las tumbas de la familia O’Keefe. El juez esperaba delante de las humildes lápidas.

—Muchacho, agarre la pala de la calesa y cave, no tenemos todo el día.

¿Sabemos algo de la desconsolada viuda?

—Estará al llegar.

Jack excavó una buena capa de tierra hasta llegar a la caja de pino donde descansaba la pareja

O'Keefe. La caja estaba profunda, la tierra le llegaba por la cintura al *sheriff*.

—Abra el ataúd. Tenemos que cerciorarnos que la causa de la muerte que consta en el certificado de defunción es correcta.

—Lo siento juez, pero yo no pienso meter la nariz en ese ataúd. Le tengo demasiado respeto a la viruela.

—¡Maldito seas, muchacho! ¡Me vas a hacer bajar a ese agujero y mancharme el traje!

Jack salió del hoyo mientras que el juez, con torpeza, se metía en la tumba. Se tapó la nariz con su enorme pañuelo y agarró la tapa, sacándola con facilidad. Ante él, dos cadáveres ocupaban la misma caja, ambos envueltos con sábanas a modo de sudario. El juez se agachó y rajó la sábana que cubría el rostro de Patrick. Al verlo sin media cabeza y sin ninguna marca de viruela, una maldición salió de su boca.

—¡Por todos los diablos! —dijo mientras se levantaba.

No le dio tiempo a decir nada más. Jack le atizó con fuerza con la pala y el canto de la herramienta fue directo al cuello seccionándole la yugular. Los ojos del juez se encontraron con los de Jack, mientras este intentaba sacar la pala del cuello de su víctima. Una ráfaga fuerte de viento hizo volar su pañuelo y su sombrero comenzó a rodar en dirección a la casa.

Cuando consiguió separar la pala del cuello, Carline cayó de rodillas sin poder contener la fuerte hemorragia de su herida.

—¡Ya no te casarás con Laura! —gritó Jack con arrogancia.

Arrancó la cabellera al juez simulando un ataque indio, incluso se hizo un par de cortes profundos para así justificar que la lucha fue encarnizada y que Carline cayó bajo la mano comanche sin que Jack pudiera hacer nada por protegerlo, pese a que lo intentó con todas sus fuerzas. Cuando llegó al pueblo y contó la historia, la leyenda de Jack Holland se hizo todavía más grande. Nadie osó desdecirlo, nadie iría a territorio comanche a comprobar la matanza de cuatro desarrapados comanches. Pese a todo aquello, las palabras de Carline replicaban en la cabeza de Jack. Si en algo tenía razón el bueno del juez era que, por mucha fama que tuviera con el revólver, seguía siendo un don nadie. Sin embargo, aquello iba a cambiar. Jack sabía dónde se encontraba el botín de los Mulligan y aquel tesoro ya no tenía dueños, por lo que, por muy maldito que estuviese, iba a ser suyo.





El sol del oeste tiñó de un profundo color rojizo el horizonte. Jack, en su caballo, se adentraba en territorio comanche con la única idea de apoderarse del botín de los Mulligan. Por primera vez entendió que él también era una persona con debilidades y secretos que guardar. Los habitantes de Henrietta creían que era perfecto, su imagen era la del agente de la ley incorruptible. En algún momento de su vida fue ese agente, pero ahora ya no. Ya no deseaba ser perfecto, a pesar de sus modales de caballero sureño y esa aureola casi mágica de héroe que lo perseguía a donde fuera. Debajo de esa máscara irreal se escondía un asesino, una persona capaz de cualquier cosa con tal de que no le arrebataran lo que tanto tardó en conseguir, el amor de Laura.

Por un momento sintió cierta nostalgia cuando echó la vista atrás y se vio cuando las palabras ley y justicia significaban algo. Pero su alma albergaba deseos y dilemas que estaba dispuesto a abordar al precio que fuera si con ello tenía a su lado a la mujer que amaba. A veces su rostro se volvía pétreo cuando esos deseos afloraban, convirtiéndose en ese ser mezquino que tanto odiaba, una carga que trataba de ocultar tras una fachada serena tras la cual solo existía un abismo negro y profundo llamado vanidad. Aquella dualidad le pasaba factura, luchaba contra

ella, pero otras veces decidía dejarse arrastrar, como en aquella ocasión.

Se cuestionaba todo, incluso sus propios mandamientos, su integridad más férrea. En ocasiones, el miedo se apoderaba de su persona y lo consumía, creía que Laura podría avistar en su interior algún día y reconocer a sus demonios y entonces, lo abandonaría, para siempre, sin perdón ni redención posible. Ella lo era todo, pero muchos de sus secretos eran inconfesables, como la muerte de Carline, como sus deseos de riquezas y de una vida disipada, lejos de Henrietta, enganchado a los vicios más terrenales, siempre con Laura a su lado. Mató, lo hizo por ella y ella mató a Patrick por él, pero aun así había cosas que, por la seguridad de Laura, debía mantener en secreto. Si alguien debía permanecer en aquel laberinto de incertidumbres, era él.

Tras un par de días de viaje atravesando un desolado paisaje, llegó a la entrada de la cueva. El que fuera el escondite de los Mulligan estaba abandonado, allí solo moraban las ánimas. Ya no quedaba ningún recuerdo de la banda, tan solo los restos de James colgando de una soga a punto de desparramarse por el suelo. Jack pensó en los pasos que dio el día que entró en la cueva y decidió seguirlos. Escaló hasta una de las terrazas y después se adentró en las oscuras galerías acompañado de una lámpara de aceite, las alforjas y su revólver.

Llegó al punto donde Nashua y Koda se separaron para cubrir más terreno y optó por seguir la galería. Los pasadizos eran intrincados como el vientre de una bestia y le parecía estar atravesando sus intestinos como el pedazo de mierda que era. Después de media hora de exploración, el aire se volvió más escaso y pestilente, le costaba respirar y la idea de dar la vuelta ya rondaba en su cabeza, hasta que llegó a una cámara. Levantó la lámpara y entonces lo vio: el botín de los Mulligan. Montones de monedas de oro, joyas y objetos de gran valor se extendían delante de sus ojos. Por desgracia, en sus alforjas no cabía aquel enorme tesoro, así que decidió ser selectivo, tendría que hacer una multitud de viajes con una buena carreta para sacar todas aquellas riquezas de aquella cueva.

La tentación era abrumadora, si miraba a un lado encontraba algo muy valioso, si miraba a otro lado lo maravillaba otro objeto distinto.

Recordó las palabras de su amigo y que todo aquel tesoro estaba maldito. Pero su codicia era más fuerte que cualquier aviso o maldición, era como un parásito que le chupaba todo lo bueno que tenía en su alma. Vio una bolsa repleta de joyas, la guardó en las alforjas, otra llena de piedras preciosas que también guardó, pequeños lingotes de oro y plata. Era tal la variedad de objetos preciosos que incluso vació bolsas repletas de billetes de cincuenta para meter en ellas más lingotes. Vacío una maleta repleta de ropa y metió los fajos de billetes.

Su corazón latía con fuerza cuando una mala sensación se apoderó de él. Pensó que cientos de ojos lo observaban con detenimiento, escuchó un ruido y al girarse le pareció ver el fantasma de una mujer pasar con un candelabro iluminando la galería, incluso que la luz de las velas se perdía al fondo del pasadizo. Un leve temblor hizo que trozos de roca cayeran sobre él, así que decidió abandonar el lugar.

Al llegar de nuevo a la zona donde estaba colgado James, tiró las alforjas y las bolsas al suelo y se deslizó por la cuerda. Justo cuando estaba a la altura de James, Jack lo miró; todavía conservaba sus ojos y le resultó extraño que los buitres no se los hubiesen comido. Pareció por un momento que lo miraba y que de uno de ellos saliera una lágrima negra como la noche.

La locura de Lazy Bear

Era un domingo soleado en Henrietta. Los feligreses se agolpaban en la puerta de la iglesia en donde el reverendo *Lazy Bear* estrechaba las manos de su congregación para darles la bienvenida a la casa del Señor. En poco tiempo, el reverendo indio se hizo famoso; sus sermones se hicieron populares y la gente recorría muchas millas para poder escucharlos.

El pastor Stone también ofrecía sus oraciones cerca de allí. Levantó una carpa en donde daba su sermón de odio, amparado por algunos de sus fieles que tampoco querían ver como un sucio indio ocupaba la iglesia. El pastor Stone juró que sacaría de allí al piel roja al precio que fuese. Escribió al obispo y amenazó con matar al indio varias veces, pero ninguna de sus amenazas surtió el efecto deseado, al contrario, eso acrecentó la idea de *Lazy Bear* en que aquel era su sitio, él debía guardar a su rebaño del odio y de la maldad.

La congregación entró en el blanco templo. Aquel día parecía que su campanario tocaba el cielo. El tañido de las campanas anunciaba que el sermón empezaría en breve. Todos ocuparon sus asientos y el coro comenzó a entonar un salmo.

Señor, tú eres mi luz,

Eres mi camino,

Sin ti no soy nada...

Los feligreses comenzaron a cantar acompañando al coro, creando una atmósfera de devoción mientras *Lazy Bear* se preparaba en la sacristía. Al indio le complacía ver lo que había creado en aquel paraje yermo y estéril. Una congregación unida, una familia en donde todos eran uno, sin importar su procedencia ni el color de su piel. Se sirvió un vaso de bourbon antes de dar el sermón y contempló el líquido ámbar y la luz que proyectaba el vaso.

—La obra de Dios—pensó mientras le daba pequeños sorbos.

Un sutil mareo le hizo perder el equilibrio y un sudor frío se apoderó de él. Aferró sus manos en el escritorio e intentó tomar aire.

Su corazón comenzó a bombear sangre a su cabeza a una velocidad endiablada hasta que, un fuerte espasmo sacudió su zona lumbar, lo cual hizo que su columna vertebral se arqueara de una forma casi antinatural. Notó cómo los huesos de la cara y del cráneo se le movían, se echó las manos a la cabeza intentando pararlos, pero no lo logró y, de pronto, la oscuridad.

LO QUE CREYÓ QUE PASÓ

Cuando *Lazy Bear* abrió los ojos, una extraña sensación de magia lo envolvió por completo. Echó un vistazo a su alrededor y vio que estaba en un tipi. Le resultaba familiar, como si hubiera estado allí antes. En un principio, pensó que estaba teniendo una visión, pero luego llegó a la conclusión de que la línea espaciotemporal se había vuelto loca y que él no era más que una marioneta en manos del sinsentido; él ya no debía estar allí, ahora era un hombre de Dios.

El tipi se abrió y entró El que Camina Solo y Triste, la visión de aquel guerrero paralizó al reverendo.

—¿Aún no has comido nada? Mañana será un gran día, es importante tener la panza llena.

Lazy Bear se quedó mirando con recelo para El que Camina Solo y Triste. Sin duda aquello era cosa del demonio. Aquel guerrero se crio con él, lo conocía tan bien como a sí mismo y si el diablo estaba detrás de todo aquello, lo descubriría en los detalles más pequeños.

No caería en las trampas del maligno. Aquel guerrero tenía una vieja cicatriz en su cuello, se la hizo *Lazy Bear* en un juego cuando solo eran unos niños. El reverendo miró el cuello de su amigo, la cicatriz estaba allí. Los tambores de guerra comenzaron a sacudir la noche.

Los cánticos cheyenne se mezclaron con otros, allí estaban otras tribus hunkpapas, sans arc, pies negros, miniconjou, brule, sioux oglala, two-kettles y arikara, aquello era la calma antes de la tempestad.

Después de mirar a su amigo a conciencia, no encontró nada que le pareciera que era obra del diablo y salió del tipi. Miró a su derecha y el jefe cheyenne Dos Lunas lo saludó. Él devolvió el saludo, *Lazy Bear* pertenecía a su guardia personal.

Dio un paseo por el gran campamento, las pequeñas hogueras se perdían en la llanura y los cánticos de batalla no cesaban. Aquella noche sería la última en que vería vivo a El que Camina Solo y Triste, al día siguiente caería en *Little Bighorn*, víctima de un certero disparo de una carabina *Springfield*.

Se volvió a meter en el tipi y se pintó la cara con las pinturas de guerra mientras buscaba respuestas en su interior. Cerró los ojos y, de repente, se encontró cabalgando hacia la batalla, rodeado de gritos, disparos y sangre, mucha sangre. Avistó a unos «casacas azules» que habían derribado sus caballos al suelo y se parapetaban detrás de ellos mientras disparaban sus carabinas. *Lazy Bear* luchó por no ir a su encuentro y matarlos como ya hizo en el pasado, pero no pudo luchar contra lo que ya se había escrito. En aquella ocasión el reverendo solo era una marioneta del ayer. Cabalgó hacia los soldados, desmontó y, sin dejar de correr, fue hacia ellos gritando y maldiciendo en su lengua natal. Saltó por encima de los caballos y se echó sobre uno de los soldados. Con un rápido movimiento, le hundió su *tomahawk* en el cráneo. Se levantó de un salto y fue hacia otro soldado que retrocedía.

Preso del miedo, intentaba recargar su carabina, pero el indio le arrojó su hacha y esta dio varias vueltas en el aire hasta clavarse en el pecho del «casaca azul». *Lazy Bear* sacó su cuchillo y fue hacia otro soldado que disparaba su revólver. El indio lo atacó por la espalda, puso su mano firme en la frente del soldado y pasó la hoja de su cuchillo por la garganta del hombre blanco; lo degolló al instante. Se giró y vio a su amigo Jack Holland en medio del campo de batalla. Su cuerpo despedía una luz blanca y pura que llenó al indio de una paz reconfortante.

Entonces comprendió que Dios había enviado al *ranger*, para corregir un fallo en la línea espacio-tiempo. Quizás él, *Lazy Bear*, estaba siendo un instrumento del mal. Sin embargo, un pensamiento le causó desasosiego; ¿Había muerto en *Little Bighorn* o su vida futura tan solo era un espejismo del pasado? Entonces todo se apagó, una súbita paz se apoderó de su ser y su espíritu se elevó hasta volver al campo de batalla, que se encontraba vacío, solo salpicado por las tumbas de los soldados caídos. Vio a El que Camina Solo y Triste y le tendió la mano.

—Ven conmigo, *Lazy Bear*, volveremos a ser niños.

LO QUE PASÓ DE VERDAD

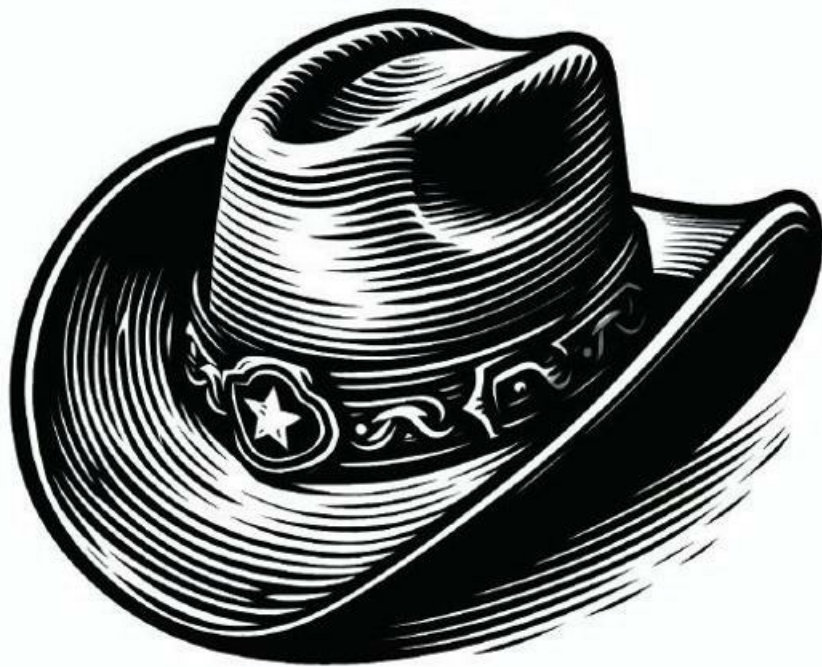
En el momento en que abrió los ojos, *Lazy Bear* sintió como si una nueva magia se apoderaba de su cuerpo y de su mente. Debería estar en la sacristía, preparándose para el oficio, pero mirase hacia donde mirase, solo veía pasado y confusión, un laberinto sin salida que lo ahogaba. Aquello no era una visión, su espíritu se había alejado de la realidad, rompiendo la línea del espacio y del tiempo. La puerta de la sacristía se abrió y el pequeño Tim entró.

—¿Todavía no está preparado, reverendo? Hoy será un excelente sermón.

El indio se quedó mirando al pequeño, sin duda aquello era obra del diablo. Miró hacia el cuello del niño con cierta insistencia como si buscara algo. Aquello contrarió a Tim que, en realidad, había entrado a la sacristía en busca del dulce que el indio le daba todos los domingos. El sonido de los salmos y de las palmas de la congregación se colaron en la sacristía. Allí estaban casi todas las familias de la región: los Brown, los Müller, los Van der Berg y los Hidalgo, entre otros, todos dando gracias y alabando al señor. *Lazy Bear* salió de la sacristía, miró a la derecha y el nuevo alcalde Collins lo saludó. Recorrió toda la iglesia ante el regocijo de los fieles y regresó a la sacristía. Metió los dedos en el tintero y se los pasó por todo su rostro, se quitó la camisa y volvió a pasar los dedos por su torso desnudo mientras dejaba su pelo suelto en forma de gran melena negra. En la parte trasera de la sacristía había una puerta, la abrió y cogió un hacha que estaba clavada en un tronco al lado de un montón de leña. Fue al escritorio y también empuñó un abrecartas. Salió de la sacristía gritando, emitiendo sonidos guturales y echó a correr hacia el primer banco de la iglesia.

El primero en caer fue el pequeño Tim, el indio le clavó el hacha en la cabeza ante la atenta mirada de sus padres y el resto de la congregación. Mientras las mujeres gritaban y los hombres intentaban salir huyendo en tropel, *Lazy Bear* le arrojó el hacha a un hombre que estaba varios bancos más atrás. La herramienta dio varias vueltas en el aire hasta clavarse en su pecho. El piel roja saltó por encima de los bancos hacia una mujer que, presa del miedo, intentaba huir. Colocó su mano en la frente y hundió el abrecartas en su garganta.





Jack Holland caminaba por la calle principal cuando vio a todas aquellas personas salir de forma atropellada de la iglesia. Echó a correr y se encontró a *Lazy Bear* pintado con tinta negra, con el corazón del pequeño Tim latiendo sobre su mano ensangrentada. Jack desenfundó el revólver y disparó el *Colt* mientras que el «piel roja» corría hacia él con un abrecartas en la mano. El primer disparo lo hirió en el hombro, pero no hizo que el indio se detuviera.

El segundo disparo le atravesó el corazón.

Esa misma noche, alguien clavó una cruz ardiente junto al tipi de *Lazy Bear*. Algunos hombres, vestidos como fantasmas, que se hacían llamar «Los Caballeros del Ku Klux Klan», colgaron a Nashua y a Koda, los dos jóvenes guerreros cheyenne que lucharon contra la banda de los Mulligan. Del resto de la familia no se volvió a saber nada; hay quien los vio adentrarse en territorio comanche, también hay quien dice que el jefe *White Horse* los asesinó en venganza por lo que pasó con su amigo Potter.

Jack supuso que el reverendo Stone estaba detrás del linchamiento. Descolgó los cuerpos de los jóvenes indios y les dio sepultura de la mejor forma que pudo. Pagó de su bolsillo los ataúdes y dijo unas palabras sin que nadie más del pueblo despidiera a aquellos jóvenes que tanto hicieron por ellos. Jack necesitaba respuestas, saber qué le pasó a *Lazy Bear* para asesinar a sus feligreses. Recordó al pequeño Tim, un niño al que *Lazy Bear* tenía especial cariño.

Al día siguiente, entró en la iglesia, la sangre seca lo salpicó todo, fue una carnicería, *Lazy Bear*

era un gran guerrero y sabía dónde cortar para acabar rápido con sus enemigos. Entró en la sacristía y observó un vaso caído sobre la mesa del escritorio, el líquido se había volcado y todavía estaba su huella.

Tomó el vaso y se lo acercó a la nariz, olía a *bourbon* mezclado con algo más, un olor dulzón que no supo identificar. Vio la botella y también exploró con su olfato el interior, el mismo aroma dulzón. Era un olor muy característico, fácil de describir; en un primer momento parecía agrio, pero a medida que lo inhalabas se volvía dulce, casi empalagoso, como si hubiesen diluido diez cucharadas de azúcar en medio vaso de agua. El fuerte dulzor se mezclaba con los propios olores del licor, roble, vainilla, una amalgama de especias como la pimienta, nuez moscada... Sin embargo, también llevaba algo que Jack no lograba identificar, algo que había convertido aquella bebida en un líquido mortal.

La única persona que podía arrojar algo de luz a la complicada situación era el doctor Chang, el hombre que le salvó la vida. El médico vivía a dos horas de Henrietta, en un poblado minero abandonado donde la colonia asiática se acinaba. Eran sobre todo mano de obra barata y poco cualificada. Jack conocía a la perfección las habilidades del doctor, lo demostró cuando le extrajo aquellas balas de su cuerpo.

Anocheció cuando el *sheriff* llegó al poblado. Sintió los ojos de los chinos en el cogote, lo miraban agazapados desde sus escondites, preguntándose qué diablos hacía un agente de la ley en su cloaca. A medida que se adentraba en el poblado, podía sentir la hostilidad en los rostros de aquellas personas. La relación entre la comunidad y los habitantes locales a menudo estaba repleta de tensiones y malas palabras. Divisó a un chino en medio de la calle, lo miraba con una mezcla de arrogancia y desdén. Dirigió su caballo a su encuentro.

—Busco al doctor Chang.

El chino alzó su mano y señaló una choza destartalada hecha de tablones. Jack avanzó unas yardas antes de bajarse del caballo. Apo-rreó la puerta con determinación. Escuchó unos pasos y vio cómo la puerta se entreabría. Emergió de entre las tinieblas un semblante iluminado por una vela, que dotaba al rostro de una gama de claroscuros y que lo transformaba hasta convertirlo en un ente superior, en un oráculo. El doctor Chang lo recibió con cortesía, pero sin invitarlo a pasar.

—¿Qué querer?

—Doctor Chang... ¿Me recuerda?

—Yo recordar.

—Quisiera saber qué es este olor.

Jack destapó la botella de *bourbon* y se la entregó al doctor Chang.

El médico chino la llevó a la nariz y olió su contenido. Por unos instantes, cerró sus párpados y se sumergió en aquel aroma. Al abrir los ojos, levantó su cara y miró fijamente al vaquero, soltando un profundo suspiro de sus labios.

—Uff, medicina mala, no deje que nadie beba de botella.

—¿Qué puede provocar?

—Sueños malos, miedos infantiles, visiones terribles, nadie saber con exactitud.

—¿Qué lleva?

—Yo no decir, solo dos chinos saber hacer medicina mala.

—¿Quiénes?

—Uno ser yo, otro doctor en San Francisco, pero yo no hacer. Opio culpable.

—¿Nadie vino por aquí a pedírselo?

—Hace mucho tiempo venir dos hombres, venir por aquí, hombre de pelo rojo y hombrecillo

pequeño, pequeña rata enfadada. Yo no conocer, sentir mucho.

La puerta se cerró de golpe. Jack volvió a llamar, pero ya nadie abrió.

El hombre del pelo rojo no podía ser otro que O'Keefe; Jack conocía bien el odio que le tenía al indio, pero el irlandés hacía tiempo que ya descansaba con el Altísimo. Si bien la muerte del cheyenne beneficiaba únicamente a otra persona, al pastor Stone, que volvía a recuperar su iglesia y su rebaño; «hombrecillo pequeño, pequeña rata enfadada», era una descripción que coincidía con las características del reverendo.



Al día siguiente, Jack se volvió a colar en la iglesia. Necesitaba hablar con el pastor, interrogarlo y, si hacía falta, arrancarle la verdad a golpes.

La iglesia volvía a lucir perfecta, la sangre se había limpiado y parecía como si nunca hubiese pasado nada. Jack vio al pastor mientras repartía los libros de salmos por los bancos. Al ver a Jack, el pastor tragó saliva y su cara se tornó colorada. De todos modos, intentó dibujar una sonrisa en su rostro, que se quedó en un burdo intento en forma de mueca sin sentido.

— *Sheriff*. ¿En qué puedo ayudarle?

—No es una visita de cortesía.

El Pastor Stone bajó la mirada, le violentaba mirar a Jack a los ojos, como si al hacerlo el vaquero descubriera todos sus secretos. Un leve temblor de manos se apoderó de él, algo que no pasó desapercibido para Jack. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Supongo que viene por lo que hizo ese pi...el roja, ese asesino tu...

vo su merecido, no se culpe.

El pastor, nervioso, balbuceó algunas palabras evasivas. Jack percibió su inquietud y temor en sus ojos. Stone trataba, por todos los medios, de esquivar la mirada del *sheriff*.

—Sus hijos no tenían culpa de nada y terminaron colgados.

—Los caminos del Señor son...

—¡No me venga con estupideces! Ni usted es un santo, ni yo uno de sus corderitos, ni mucho menos uno de esos fantasmas confederados que se hacen llamar *Ku Klux Klan*.

—Patriotas.

—¡Delincuentes y asesinos! No sé la razón, pero siempre que hay una banda de malhechores está usted por el medio.

El Pastor se encogió de hombros.

—La divina providencia.

—¿Envenenó usted a mi amigo?

El Pastor sonrió. Aquella sonrisa era lo más parecido a un sí que Jack tendría. No era una confesión, pero no la necesitaba.

—Le puedo jurar que yo no envenené a nadie. Ni tampoco tuve nada que ver con el ahorcamiento de los hijos del «piel roja». Por fin esta ciudad está bajo la ley de caballeros sureños que desean que vuelva el orden natural de las cosas.

—¿Cómo Potter?

—Se cumple la ley de Dios, cada uno tiene su sitio... Como dicen las escrituras.

—¡Las escrituras no dicen eso!

—Ah, se me olvidaba que su padre fue un pastor y un abolicionista. Las escrituras dicen eso, solo hay que saber leer.

—¿Cómo lo hizo, Stone? ¿Cómo envenenó a *Lazy Bear*?

El pastor volvió a sonreír. Aquella sonrisa incomodó a Jack mucho más que la primera. Fue en ese momento cuando supo que estaba a punto de sobrepasar todos los límites.

—Sea como sea, no aguantaré que vierta sobre mi persona falsas acusaciones. No se lo permiti... Jack desenfundó su revólver y le colocó el cañón en la sien. Pensó en disparar y desparramar los sesos del pastor. Eso lo colocaría de nuevo al otro lado de la ley. Trató de contenerse. Era consciente de que no habría un jurado dispuesto a condenar a un pastor en todo Texas. No tenía pruebas, solo su instinto y con eso no ganaría un juicio. Una gota de sudor cruzó el rostro del pastor.

—No sabe con quién se está metiendo. No crea que el *Ku Klux Klan* quedará de brazos cruzados, habrá otra guerra...

—¡Me da igual que lo protejan los fantasmas del *Ku Klux Klan*!

En un arranque de lucidez, Jack cogió la botella, mordió el corcho y lo escupió al suelo casi de inmediato, e introdujo el cuello de la botella en la boca del pastor Stone.

—¡Beba! —le ordenó con saña mientras inclinaba la botella para que el líquido ámbar entrara por la garganta de Stone.

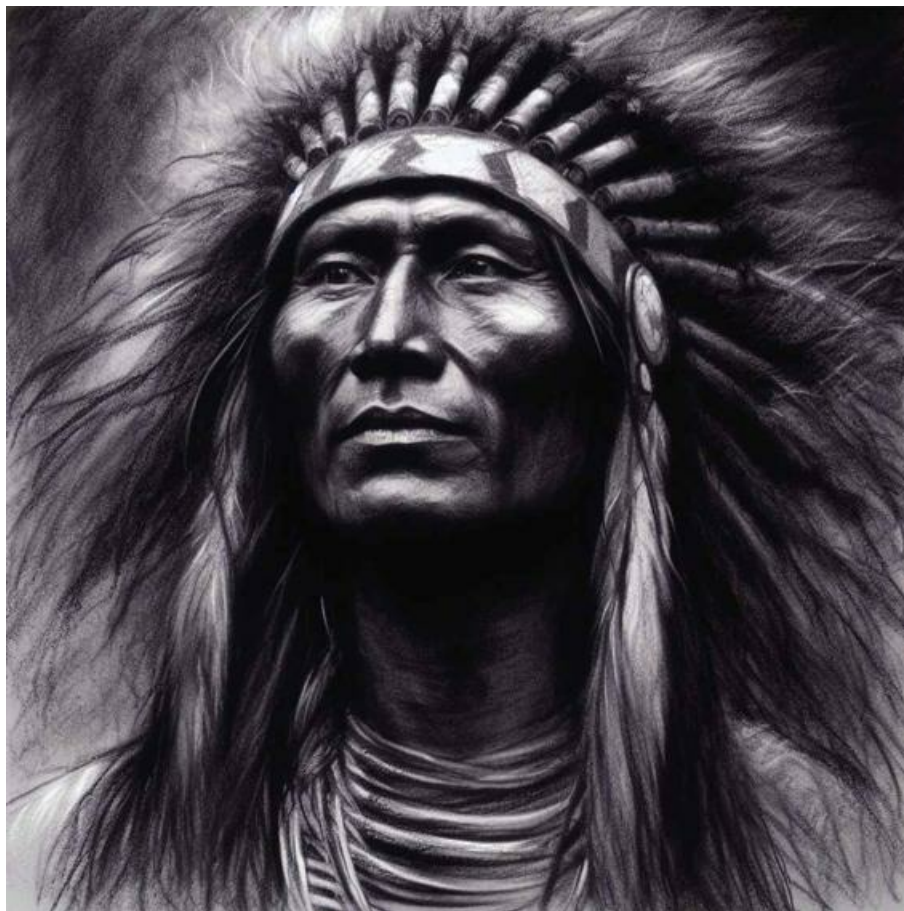
El pastor se resistió. Trató de apartar con sus manos la botella de su boca, pero no era un hombre fuerte. En el forcejeo, se rompió varias piezas dentales, golpeó también el pecho de Jack con las palmas de sus manos, pero no pudo hacer que el cowboy diera un paso hacia atrás. De pronto, la oscuridad se apoderó de su visión y las palabras de Dios retumbaron en su cabeza.

—¡Judas, me has traicionado!

—Por treinta monedas de plata—contestó Stone mientras se daba cuenta de que la voz de Dios era como la de *Lazy Bear*.

Stone salió de la iglesia ante la mirada de Jack. Miraba hacia el cielo y de vez en cuando elevaba su mano derecha a modo de protección, como si el propio cielo se le echara encima. Corrió por la calle principal de Henrietta, vociferando y maldiciendo hasta que se perdió en el horizonte. A la mañana siguiente, una impactante noticia sacudió a la comunidad. Lo encontraron ahorcado, siendo devorado por los carroñeros. Se ayudó de su cinturón utilizando la rama de un árbol muerto que estaba en el lecho de un río seco. Lo enterraron lejos de la tierra consagrada, y nadie fue a su entierro. Su nombre no volvió a ser pronunciado, quedando su memoria sepultada en las arenas del tiempo. Días más tarde la iglesia ardió, nadie movió un dedo para apagarla, creían que estaba maldita.





Algunos años después de que los sueños de Potter cayeran como un castillo de naipes, *White Horse* se entregó al ejército. El gobierno lo encadenó y lo envió a una reserva, pero logró escaparse a los pocos meses y levantarse en armas acompañado de trescientos guerreros comanches y kiowas.

Regresaron a sus territorios ancestrales, al antiguo imperio comanche, y comenzaron una matanza sin precedentes contra los pequeños ranchos y granjas que salpicaban toda la región. Contaban atrocidades cometidas por el caudillo indio: personas destripadas en vida, niños quemados y desollados en presencia de sus madres, mujeres violadas a las que se les arrancaba los ojos con hierros candentes. Comanches y kiowas entraron en una espiral de destrucción; tenían cuentas pendientes con los blancos, no iban a parar hasta que el último de los colonos se largara de su territorio.

Laura O'Keefe miraba por la ventana de su rancho con temor. Los tambores de guerra no dejaron de sonar ni un momento, y eso la ponía nerviosa. Ordenó a todos sus hombres que se refugiaran en la casa, hizo acopio de munición y víveres, esperando que en algún momento los comanches atacaran el rancho, pero ese ataque no se produjo. En el ambiente flotaba un fuerte olor a humo. Suponían que muchos de los ranchos de sus vecinos habían sido devorados por las llamas. Solo se podía hacer una cosa: ir en busca de la ayuda de la caballería. Se necesitaba un jinete ligero y rápido. Todos sus hombres eran curtidos vaqueros, de chuletón y puré con guisantes diario; moles que, en campo abierto y con vacas, se defendían bien, pero no eran rápidos si había cierta premura. Ella los prefería protegiendo el rancho, su hija y a su madre. Solo podía ir ella.

Conocía el terreno, era rápida como amazona y además poseía al mejor purasangre de toda la

región; un caballo negro como la noche de crines largas, temperamental y nervioso, pero rápido como una centella. Una de las últimas adquisiciones de su difunto marido que alardeó con sus amigos de la estirpe española de Bestia, que así se llamaba el pura sangre y que, por casualidades del destino, solo podía ser montado por Laura. Así que no se lo pensó dos veces, a pesar de las voces contrarias de Alice y de sus hombres, que intentaron por todos los medios que desechase esa idea. Ensilló a Bestia y en plena noche salió como alma que lleva el diablo en busca del ejército.

Anochece en Henrietta cuando comenzaron a llegar, a cuenta-gotas, las primeras familias que huían de la ira comanche. Exhaustos y hambrientos, relataron con los ojos repletos de miedo las terribles torturas de las que fueron testigos. Los comanches lo arrasaron todo sin piedad. *White Horse* no tuvo piedad con nadie. La estrategia del kiowa era clara: dividió su hueste en pequeños grupos de cinco o seis guerreros y los desplegó por todo el territorio.

Ante la premura de la situación, Jack Holland reunió a un pequeño grupo: un par de buenos vaqueros y algunos comerciantes del pueblo con demasiado miedo clavado en el tuétano. Salieron al alba, a pesar de que muchos hombres, incluido el nuevo alcalde, veían con recelo esa aventura por temor a que el pueblo también fuera atacado.

Cabalaron durante horas hasta que, a lo lejos, divisaron las primeras columnas de humo negro que se erguían hasta el cielo como presentación de la muerte. En el cielo volaban los buitres, formaban grandes círculos, esperando otro bocado más para saciar su voracidad. Jack suponía que *White Horse* había puesto hombres en todos los pasos y que la línea del telégrafo estaba cortada. Avisar al ejército era una misión suicida, con el fuerte más cercano a dos días de camino.

—Es mejor volver al pueblo —dijo uno de los atemorizados comerciantes.

—Opino igual —habló otro de los vaqueros—. Es un enjambre de comanches; están por toda la llanura y se alejan hacia el sur. Esto es cosa del ejército.

En otras circunstancias, Jack hubiera estado de acuerdo con el vaquero, pero su mente estaba nublada. Pensó en Shima; ella era la madre de sus hijos. Estaban allí en su pequeña casa, en un mar de destrucción, a la deriva, rodeados de enemigos y sin posibilidad de huir. Un súbito calor engulló su alma y se sintió sucio por no estar con ellos. Él les debía eso y mucho más. A Shima le debía su vida.

Si no fuera por ella, el amor irracional que sentía por Laura podría haber acabado con su vida. En cambio, Shima nunca le pidió nada, ni siquiera su apellido. Aquellos niños llevaban la sangre del reverendo Holland en sus venas. Sin embargo, él eligió una vida de mentiras al lado de Laura, de pequeños escaños sin sentido que solo acrecentaban su pasión desatada y sus más bajos instintos, convirtiéndolo en el ser mezquino que odiaba ser. Nunca se casaría con Shima. No lo haría porque en el fondo le importaba que ella no fuese blanca. Eso le hacía pensar que no se merecía llevar el apellido Holland ni por un minuto más, pero para el vaquero el «qué dirán» pesaba demasiado en su alma. Así que, al menos, entregaría su vida para salvarlos de las manos de los comanches. No los dejaría morir o, peor aún, que fueran secuestrados. Jack sabía cómo sería la vida de los pequeños dentro de la tribu, una vida de esclavitud. Era mejor estar muerto.

—¡Ustedes hagan lo que quieran! Yo me debo a mi juramento como agente de la ley...

—¡Vamos *sheriff*, usted sabe que no tiene jurisdicción!

—No es momento de ser un mojigato. Cabalgaré hacia el sur, el que quiera que me siga —sentenció Holland.

—No sé qué espera encontrar, pero le deseo suerte.

Los jinetes dieron media vuelta y regresaron a Henrietta, pensando que sería la última vez que

verían a Jack Holland con vida.

Jack clavó sus espuelas en su montura y salió al galope. Quedaba por delante todo un día hasta llegar a la pequeña morada de Shima.

Ella era una mujer fuerte, sabía defenderse sola, pero ante aquello nadie estaba a salvo. Cabalgó un par de millas hasta llegar a una casa devorada por el fuego, con sus muros derruidos manchados de tizne.

Desmontó y buscó algo de agua. Por suerte, el abrevadero para el ganado estaba intacto. Mientras el caballo reponía fuerzas, Jack vio los cuerpos de los Tempelton: a la mujer la destriparon y le arrancaron la cabellera; a sus hijos les cortaron el cuello y seguramente dejaron al hombre para el final. Le arrancaron los párpados para que lo viera todo y lo desollaron vivo para después quemar su cuerpo. El rostro cadavérico todavía poseía una expresión de terror en sus ojos, abiertos como platos, imposibles de cerrar, mirando hacia la nada más absoluta y perpetua.

Jack miró hacia una peña algo alejada; desde allí lo vigilaba un solitario guerrero kiowa. Tambores de guerra comenzaron a sonar; aquel era el aviso de que Jack estaba allí y que debían acabar con él. Con el rostro impávido, siguió cabalgando con el sol en lo más alto; su sombra se proyectaba sobre el terreno como un espectro del que no se podía despegar. Pero de lo único que Jack no se despegaba era del guerrero que lo había estado observando en la distancia y que salió a su encuentro cortándole el camino. No era un guerrero normal, era un «guerrero perro» muy importante, un *koitsenko*. Sus marcas tribales le hablaban a Jack y le decían quién era aquel kiowa, al igual que la pintura de guerra blanca y negra que cubría todo su rostro y el escudo ceremonial que colgaba de su montura. Portaba un *tomahawk* en su cinto que emitía pequeños destellos cuando los rayos del sol incidían sobre la hoja metálica; en su cabeza portaba un *warbonnet* repleto de plumas. Era alguien de la total confianza de *White Horse*, un asesino que estaba allí solo para matarlo. En sus manos portaba un rifle de repetición *Henry*. Accionó la palanca y lo alzó al cielo emitiendo un grito desgarrador repleto de rabia, mientras los tambores continuaban atronando la región. Y Jack se acordó de Laura.

El guerrero hizo girar a su caballo sobre sí mismo mientras pronunciaba una sucesión de palabras repletas de odio que el sheriff no lograba comprender, pero que eran, con seguridad, una maldición.

En ese momento, el kiowa comenzó a cabalgar hacia él. Jack desenfundó su *Winchester*, clavó las espuelas e hizo lo propio. El indio fue el primero en disparar; la bala le pasó rozando la mejilla derecha, pero Jack sabía, en un pensamiento infantil, que las balas no podían alcanzarlo. *Lazy Bear* se lo dijo, solo un indio gigante acabaría con ese poder. Aquel comanche no era muy alto, y Jack llevaba consigo aquella medicina poderosa, aquel amuleto que lo protegía de las armas de fuego. Jack le devolvió el disparo, pero la bala pasó lejos de la cabeza del guerrero kiowa. Cuando se cruzaron, ambos jinetes se giraron con rapidez.

—¿Es cierto lo que dicen sobre ti?—le habló el guerrero.

—¿Qué dicen?

—¡Que las balas no pueden tocarte!

—¡Cuentos de viejas!

—No importa. ¡Soy Puma Silencioso, hijo de *White Horse*, nieto de guerreros, padre de guerreros! Tengo mi hacha y mi cuchillo. Al final del día tu cabellera adornará mi cinto.

Jack accionó la palanca del *Winchester* y salió de nuevo al galope hacia Puma Silencioso, mientras que el kiowa, portando su *tomahawk*, galopaba raudo hacia él. En el momento en que Jack disparó, el indio se echó hacia un costado de su montura, desapareciendo ante sus ojos. De

nuevo, se encontraban frente a frente, separados por pocas yardas. El *Koitsenko* alzó su *tomahawk* al cielo y comenzó a cabalgar hacia él. Jack cargó otra bala en la recámara del rifle, desmontó y, sujetando las riendas con firmeza, logró que su caballo se tumbara, lo que provocó que el animal emitiera un fuerte bufido. Con rapidez, se tendió en el suelo, apoyó el rifle sobre su caballo, apuntó a la cabeza de su oponente y, con suavidad, presionó el gatillo. La bala atravesó la cabeza del indio levantándole la tapa de los sesos.

Cuando llegó a la casita de Shima, estaba exhausto. No había rastro de los niños ni de su madre. Un comanche salió de la pequeña casa, arrastrando a Shima, medio desnuda, por uno de sus brazos. Su piel estaba encharcada en sangre y ya no contaba con su cuero cabelludo; el comanche llevaba la cabellera colgada en su cinturón a modo de trofeo.

El indio sacó su cuchillo cuando vio a Jack y, como una exhalación, se echó a correr hacia él. Jack desenfundó rápido, y disparó; la primera bala lo alcanzó en el hombro, pero su carrera hacia Jack no cesó. Elevó su cuchillo por encima de su cabeza, pretendía hundírselo en su garganta, beber de su sangre y engullir su espíritu. La segunda bala impactó en el muslo derecho, lo que le hizo perder velocidad; la tercera se incrustó en su cabeza. Jack fue al lado de Shima; un hilo de vida todavía recorría el cuerpo de la apache. Abrió los ojos y le vio.

—Salva a los niños, haz eso por mí, siempre te quis...

Jack tomó la mano de Shima y acarició su mejilla mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, recordando a la mujer, a la amante, a la vida que pudo tener a su lado. Un grito infantil heló la sangre del *sheriff*, provenía de la parte trasera de la casa. Se montó en su caballo y fue hacia allí; un comanche se alejaba a pie a toda prisa, con los dos chiquillos en brazos, mientras que, Rosalía lanzaba una mirada desesperada hacia Jack. El vaquero mordió las riendas, sacó su *Winchester* de su funda y disparó alcanzando al indio en la espalda, fue al encuentro de sus hijos y los subió a lomos de su caballo. Rosalía, que apenas sabía hablar, señaló hacia una pequeña colina que se elevaba una decena de yardas. Un grupo numeroso de comanches se dirigía hacia ellos. No podían escapar, no había tiempo, así que Jack decidió refugiarse en la casa y hacerse fuerte allí hasta que la divina providencia viniera a su encuentro.

El grupo de comanches comenzó a rodear la casa montados en sus caballos a la vez que disparaban, aunque sin fortuna. Jack vol-có una mesa de robusta madera a falta de una puerta y esperó, no quería gastar munición. Sabía que cuando el resto de comanches se dieran cuenta de que un blanco estaba solo con la compañía de dos chiquillos, vendrían como buitres en busca de su cabellera.

Pasaron horas y ya anochecía. No muy lejos se divisaba una hoguera y los tambores de guerra sonaban sin cesar. Comprobó las provisiones.

Quedaba algo de agua y cecina como para aguantar un par de días. Desde aquella posición podría mantener a raya a aquellos comanches. Sin embargo, si crecía su número, podían darse por muertos. Por la mañana, con los primeros rayos del sol, los comanches qui-sieron parlamentar. Uno de ellos se acercó con una bandera blanca.

Era un guerrero de unos treinta años. Llevaba un pantalón del ejército con la guerrera azul y unos galones de sargento en los hombros, seguramente robada a algún cadáver de las numerosas escaramuzas que tuvieron con el ejército. En su cabeza lucía un pañuelo rojo que tapaba toda su frente.

—Entrega niños, tú poder marchar—le dijo el guerrero a poca distancia de la puerta subido en un imponente *appaloosa* blanco.

Jack desenfundó su revólver e incrustó una bala en el pecho del indio.

—Seis—dijo para sí mismo el vaquero.

Los demás indios comenzaron a disparar desde la distancia con sus fusiles. Tenían *Sharps* de un solo disparo y algún *Winchester* de repetición, además de algún *Colt*. Jack se parapetó y esperó a que se acercaran un poco más. Observó una nube de polvo en la lejanía, a un par de horas tal vez. Si eran comanches, los niños y él estaban perdidos. Sin saber por dónde vinieron, una nueva fila de veinte jinetes indios surgió a lomos de una colina cercana. El otro grupo de comanches los invitó a unirse a ellos. En pocos minutos los niños y él estarían muertos. Con un poco de suerte, los pequeños serían asimilados por la tribu o serían esclavos a su servicio. Cualquiera de esas dos cosas desarmaba a Jack.

Aquellos chiquillos eran su sangre. Dudó por un momento en dispararles, acabar con un tormento seguro y volarse la tapa de los sesos para huir del dolor de las torturas comanches. Se echó la mano al cuello y tanteó con sus dedos el amuleto que *Lazy Bear* le había regalado, lo acarició, buscando una señal, algo que lo guiara. Recordó las palabras de su amigo, las tenía marcadas a fuego en su memoria.

«...mientras lleve colgado en su cuello este collar, ninguna bala lo rozará, es una medicina poderosa, será invisible para ellas, pero debe librarse del gigante indio, algún día se encontrará con él y este poder se esfumará como el humo. No se olvide, se lo ruego, jamás aparte de su memoria esta advertencia».

El amuleto comenzó a soltar tanto calor que hizo que la punta de sus dedos se quemara, parecía pesar una tonelada sobre su cuello y decidió borrar de su pensamiento la idea de suicidarse y acabar con el sufrimiento de sus hijos. Por alguna razón, *Lazy Bear* le decía que desterrase esa idea de su mente.

La primera oleada de comanches cabalgó hacia la casa. Jack pudo abatir a dos con el rifle, pero el resto consiguió desmontar e ir corriendo hasta la entrada. Holland retrocedió hacia el rincón donde se acurrucaban los pequeños y desenfundó su revólver esperando a la muerte. Un comanche le dio una patada a la mesa apartándola de su camino, mientras que otro intentó entrar por la ventana. Jack disparó, hirió al de la entrada en el pecho y mató al de la ventana de un balazo en la cabeza. El agente de la ley apuntó hacia la nada, esperando que los comanches entraran en tropel, pero no entró nadie. En cambio, lo que escuchó fue el sonido de las trompetas de la caballería.

Cuando la caballería limpió la zona, las noticias no eran demasiado halagüeñas. Henrietta había sido arrasada, los muertos se contaban por decenas, el rancho O'Keefe había sido quemado hasta los cimientos. Solo habían sobrevivido Alice y la pequeña Shue O'Keefe.

—¿Y la señora O'Keefe? —preguntó Jack repleto de angustia a un sargento de la caballería.

—Puede darle las gracias, cabalgó toda la noche hasta un puesto del telégrafo y logró avisarnos.

—¿Entonces la línea no estaba cortada?

—No, señor. La pena fue Henrietta, el pueblo fue arrasado por los comanches y hay muchos muertos.





Semanas más tarde *White Horse* fue capturado. Se rindió cuando se quedó sin hombres. La caballería acabó con todos. Lo encadenaron y lo llevaron hasta Graham. Allí lo metieron en un tren rumbo hacia una apartada reserva. Jack nunca había visto a *White Horse* en persona y sintió curiosidad, así que cabalgó hasta Graham. La ciudad estaba de celebración, la captura del kiowa convirtió la jornada en un día festivo. Miraras hacia donde miraras, solo había júbilo, casetas de feria, chicos y chicas comiendo algodón de azúcar y hombres empinando el codo, todo aderezado con una buena orquesta que no dejó de tocar ni un solo instante.

White Horse estaba en la estación del ferrocarril, custodiado por una ingente cantidad de hombres de la caballería que rodeaban el edificio para que no se colaran los curiosos. A Jack no le fue difícil acceder a la estación debido a la estrella que portaba en su pecho. En la ventanilla, donde despachaban los billetes, no había nadie, ni un alma, así que caminó hacia la puerta que daba a las vías. Las botas de Jack hicieron crujir los travesaños de madera que formaban el suelo. Cuando salió, echó un vistazo y vio un gran número de militares que se apostaban bajo un tejadillo de madera escapando del sol. Algunos dormían y otros jugaban con naipes. Jack caminó hasta ellos y observó que, más allá, había una explanada de tierra roja regada por el sol del mediodía. En ella y rodeados por soldados armados, una veintena de indios agachados se protegían del sol cubriéndose con mantas.

Casi todos ancianos, mujeres y niños de aspecto enfermo, desnutridos y cubiertos de polvo.

—¿Está ahí *White Horse*? —preguntó Jack a uno de los soldados que descansaban en el suelo.

—Sí, *sheriff*, el mismo *White Horse* en carne y hueso. Es aquel anciano de pelo blanco que tiene un pañuelo rojo rodeando su cabeza—le indicó el soldado.

Jack agradeció la información y avanzó dejando atrás a los soldados. Fue hacia los indios hasta que un sargento le impidió el paso.

—No se puede hablar con el prisionero. Lo siento, oficial.

—Soy el *sheriff* Holland, solo quiero ver más de cerca a *White Horse*. —¿Holland? ¿Es usted el hombre que acabó con la banda Mulligan? —le preguntó el sargento.

—Así es...

En aquel preciso momento, *White Horse* levantó la vista del suelo.

Jack vio a un anciano, un hombre acabado, humillado, al borde de la inanición; una infinidad de arrugas surcaban el rostro del indio, sus manos trémulas se apoyaron en el suelo e intentó levantarse a duras penas, mientras la manta que cubría su cuerpo se caía al suelo. Avanzó unos pocos pasos debido a las cadenas que tenía en sus tobillos. Sus profundos ojos negros miraron a Jack, por unos segundos lo escrutó, escudriñó dentro de su alma y escupió al suelo. Luego levantó su brazo hasta extenderlo y lo señaló con su dedo índice tembloroso.

—Tú eres ese al que llaman Jack Holland. El hombre blanco dice que eres un hombre de bien, justo, pero yo creo que vienes del mismo infierno, y no lo digo porque mataras a mi hijo, ni porque ayudarás a que mi pueblo fuese exterminado por las ansias de poder de los hombres del norte. Usted mató un sueño—se expresaba en un perfecto inglés—el sueño que teníamos mi hermano de sangre Potter y yo de construir un lugar en la tierra donde el hombre blanco pudiese convivir con los pueblos que llevamos habitando esta tierra desde que el mundo es mundo. Usted asesinó la esperanza y nos condenó a todos. Por desgracia, su gobierno seguirá recurriendo al asesinato de los que no se doblegan y manchará con su sangre nuestra tierra, por eso yo lo maldigo, Jack Holland, lo maldigo al olvido. Llegará un día en que se levantará y no se acordará del nombre de sus seres queridos ni de sus caras. Perderá toda referencia de lo que usted fue y, al final de sus días, vagará por las praderas sin rumbo, acompañado por sus fantasmas y por los fantasmas de los comanches y kiowas a los que privó del sueño de una tierra ansiada y prometida.

El anciano se sentó de nuevo, agarró la manta del suelo y volvió a cubrirse con ella.

—No crea en los delirios de un viejo—le dijo el sargento.

Pero en la mente del *sheriff* algo cambió en aquel mismo instante.

Supo, sin lugar a equivocarse, que aquellas palabras algún día cobrarían vida y se olvidaría de todo y de todos.

«¡No!», se dijo a sí mismo intentando frenar aquella maldición que había recaído sobre él.

No existía amenaza posible en la tierra que lo apartara de Laura; jamás podría olvidarse de ella. Ella lo era todo y moriría con su

nombre en los labios. ¿Acaso el hombre puede olvidarse de la lluvia que lo moja o del aire que respira? No le importaba el castigo que el Altísimo le tenía preparado ni las cadenas del purgatorio que lo aguardaban; la amaba con la locura más perturbadora y profunda.

Perderla era su único temor, su condena eterna, el pensamiento que lo carcomía por dentro hasta hacerlo gritar. Le arrancaría un quejido a la tormenta antes de que las palabras del kiowa se hiciesen realidad.

Lucharía en mil batallas solo por tenerla a su lado y ella jamás lo dejaría. Ambos se necesitaban, eran su opio particular, por su amor tenían las manos manchadas de sangre y estaban condenados a los ojos de Dios, pero su pasión era más fuerte que cualquier mandamiento. Su amor sería eterno, pasarían por encima de cualquiera, de cualquier juez que los condenara en esta vida o en

la otra. Y, en cambio, dentro de su alma, supo que las palabras del jefe indio habían echado raíces.

La maldición era irremediable, aquello ocurriría.

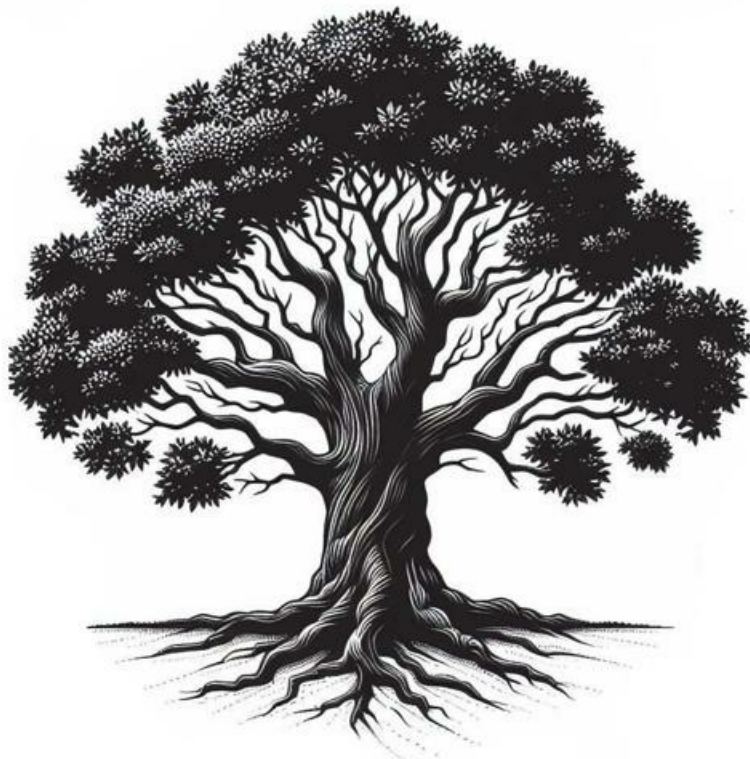
—Lo sé sargento, no se preocupe.

Entonces la vio, acurrucada al lado de otras mujeres y niños, tapada con una manta; miraba al suelo, ausente de todo, indiferente a lo que le rodeaba. Jack avanzó unos pasos y se fijó en su cara, en sus ojos, eran oscuros como la noche estrellada en primavera; su cara era dulce, redondeada, repleta de matices que se escondían entre la suciedad de su rostro y su pelo sucio, enmarañado.

—¿Charlotte, eres tú?

La joven miró hacia el *ranger*. Una mueca de indiferencia se instaló en su rostro y Jack pensó que se equivocaba, no podía ser ella, no podía ser Charlotte. Holland se dio la vuelta y comenzó a caminar cuando una suave voz sonó a su espalda.

—¿Jack? — La joven se levantó y se echó en brazos del *sheriff*. Era ella, era Charlotte. Pero pronto se haría llamar Flor Salvaje.



Pocos meses después de que Rosalía y Luis se establecieran en el rancho de Jack, el ambiente se

volvió a enturbiar. La muerte del pastor Stone dejó sin líder a los «caballeros» del *Ku Klux Klan*, y fue entonces cuando comenzaron a proliferar los linchamientos y la quema de cruces. Jack siempre estuvo en esa lista de hombres marcados a los que ajusticiar. Los miembros del *Klan* siempre sospecharon que él estuvo involucrado en la muerte del pastor y ansiaban venganza.

Sin embargo, lo que desencadenó la violencia fue la adopción de dos pequeños de origen apache. Una noche, una cruz envuelta en llamas se alzó como un espectro en el jardín de su rancho. Jack, una vez más, se acostumbró a dormir con un ojo abierto y con el revólver ceñido a su cintura. Comenzó a recibir anónimos amenazantes sobre sus hijos y sobre su persona. No permitiría que un grupo de cobardes vestidos de fantasmas aterrorizara a los pequeños. Hasta que un día, ocurrió y las amenazas se hicieron realidad.

Jack se aseaba cuando un ruido de cristales rotos lo alertó. Sobresaltado se dirigió a la cocina; una ventana estaba rota y una piedra de grandes dimensiones yacía en el suelo. Afuera, un extraño resplandor iluminaba la oscuridad y arrojaba sombras inquietantes por toda la estancia. Desenfundó el revólver y, con cierta cautela, miró a través de la ventana. Allí, de nuevo, ardía otra cruz, pero esta vez estaba acompañada de una decena de «fantasmas» armados. Una voz resonó, un grito que lo condenaba a él y a sus hijos.

—¡*Sheriff* Holland, le advertimos que se deshiciere de esos mestizos y no ha hecho caso! Ahora no nos deja otra opción que la soga y el fuego. ¡Salga ahora o iremos a buscarlo!

La puerta de la casa se abrió lentamente; su rechinar penetró en los oídos de los hombres como el zumbido de un insecto molesto.

Algunos echaron las manos al revólver, esperando que Jack saliera disparando sobre ellos como hizo con la banda de los Mulligan. Pero en cambio, solo divisaron oscuridad y una sombra que avanzaba despacio hacia ellos haciendo crujir el suelo de madera bajo sus botas.

Poco a poco, la figura de Jack emergió de la penumbra. Aferró su mano a la culata del revólver y miró con desprecio a los espectros.

—¡Reconozco tu voz!—le dijo al que sostenía la cuerda con la soga— Paul Harrigan, te advierto que serás el primero en encontrar la perdición.

—¡No puedes con todos! —intervino otra voz.

—¡Ya, pero antes de que me coloquéis la soga en el pescuezo, me llevaré por delante a cinco de vosotros! ¿Sabéis lo rápido que soy?

—¡Vamos a por él!

—¿Serás tú, Preston? Eres tan tonto e insensato que has venido en el mismo caballo que te vendí no hace mucho. También te he reconocido a ti, Karl Mackenzie, sucio borracho. Siempre llevas las mismas botas cochambrosas que pertenecieron a tu padre. ¿Acaso me porto mal contigo cada vez que duermes la mona en el calabozo? ¿No has fumado de mi tabaco y bebido de mi café? Sabed que los que he nombrado estáis muertos, no saldréis con vida de este rancho. Los conozco a todos; no podéis ocultaros aunque os vistáis de fantasmas. ¿Recordáis a los dos hombres que maté en el pueblo poco después de llegar? Uno de ellos era un buen pistolero y el otro un soldado confederado curtido en la guerra. Los maté sin que me costara demasiado. ¿Os habéis visto, atajo de granujas? No sois más que parásitos sin oficio ni beneficio con demasiada grasa en vuestras acomodadas barrigas. ¡Por Dios, ni siquiera estuvisteis en la guerra! Floyd, esa no es manera de portar un arma; la llevas demasiado alta, es imposible que desenfundes con rapidez...

—Basta de tanta palabrería, vamos...

Jack Holland desenfundó y disparó su revólver, e hirió de muerte al miembro del *Klan* que había identificado como Paul Harrigan. La soga que portaba cayó al suelo y otro miembro del *Klan* intentó alcanzarla.

—Davies, si tocas esa sogá serás el próximo. Iros a casa, haceros ese favor, besad a vuestras mujeres y pensad que mañana veréis otro amanecer, de lo contrario no saldréis con vida de aquí.

—Muchachos, es mejor que nos marchemos...

—Escuchadlo... Y mañana, cuando nos veamos en el pueblo, pensad en lo afortunados que sois por vivir otro día. El único que mata en este pueblo soy yo. ¿Os queda claro? Antes de marcharos, apagad esa cruz, no quiero que mis hijos la vean por la mañana.

A su espalda, Jack escuchó los pasos infantiles de Rosalía y como esta arrastraba, a duras penas, el *Winchester* hasta él a través del suelo de tablas. La niña se quedó observando a aquellos hombres vestidos de blanco que ocultaban sus rostros, mientras que Jack agarraba el rifle y accionaba la palanca.

—¿Vas a dispararles? —le preguntó ella en español.

—Lo estoy considerando.

—No hagáis más ruido, quiero dormir—les pidió.

Al día siguiente, mientras que Jack hacía su ronda de vigilancia por Henrietta, varios hombres, vecinos del pueblo como Karl Mackenzie o Preston Hill, lo observaron en la distancia con detenimiento, pero por su lenguaje corporal supo que ya podía dormir tranquilo.



La antigua propiedad O'Keefe se convirtió en el refugio de Laura y Jack, lejos de Henrietta y de la insidia de Alice. Aquel lugar era el cómplice perfecto para sus escarceos sexuales.

Casi anochecía cuando, en el porche, desnudos, tan solo envueltos en una vieja manta mexicana, observaban en silencio cómo el sol se escondía poco a poco, engullido por el lejano horizonte, mientras saboreaban una copa de vino que venía de las bodegas del rancho O'Keefe. El viento, casi nocturno, mecía con gracia el pelo de Laura que, sentada en el regazo de su amante, se dejaba besar en el cuello.

Esa misma tarde, Jack consideró proponerle todas las ideas que lo per-seguían a cada instante: una vida lejos de Henrietta que les permitiera escapar de las sombras del pasado y vivir lejos de las ataduras de los convencionalismos de la época. Mientras Alice estuviera viva, nunca podría convertir a Laura en su esposa; Alice aborrecía a Jack con un odio profundo, casi irreal. Pero lo cierto es que Alice echaba la culpa de todas sus desdichas a Jack y, a pesar de las palabras de Laura, esta no pudo aplacar ese odio irracional hacia el vaquero. Además, estaba Henrietta, el pueblo más chismoso que existía sobre la tierra. Si se enteraban de aquellas escapadas, Laura sería la puta más grande sobre la tierra: «¡Viuda reciente y echándose en brazos de Jack Holand! ¡Zorra, más que zorra!». Y también hablarían sobre Jack:

«¡Con el daño que le hizo en el pasado y míralo ahora, en brazos de esa mujerzuela de Laura O'Keefe, pobre muchacho!» En aquel tierno momento, Jack sintió la necesidad de proponerle a Laura su idea.

—¿Nunca te has parado a pensar que podríamos marcharnos de Henrietta los dos juntos, al menos por un tiempo? —le preguntó Jack mientras un brillo especial cruzaba sus ojos. Laura lo miró de reojo y frunció el ceño.

—¿De qué diablos estás hablando, Jack? Tengo mis responsabilidades aquí, a Shue y la reconstrucción del rancho. Aunque va por buen camino, está siendo costosa y tú tienes tus obligaciones como *sheriff*. Además, debo cerrar ciertos negocios que Patrick tenía con una compañía del norte, la *Company Oil*. Querían adquirir muchas de mis tierras. Les he dicho que no vendo; no quiero ver cómo esta tierra se llena de pozos de petróleo.

—Me refiero a irnos de aquí por un tiempo, unos cuantos meses, tú y yo. Seguro que entre los dos podríamos buscar soluciones—explicó Jack con cierta dosis de entusiasmo.

Laura pensó en aquellas palabras por un momento mientras miraba la puesta de sol. Dejar todo lo que conocían, aunque solo fuera por un tiempo, le daba cierto vértigo y requería una buena planificación. Una sucesión de preguntas explotó en su cabeza: ¿A dónde irían? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Qué excusa le pondría a su madre para dejar a Shue?

—¿De qué tienes miedo? Tu madre puede quedarse con Shue y supervisar la reconstrucción de la casa y el rancho pueden llevarlo los vaqueros que trabajan para ti. Sobre esa compañía de New York, la *Company Oil*, seguro que puedes pagarte unos buenos abogados; y por mí no te preocupes, mi puesto como *sheriff*, la verdad, me importa un bledo. Seguro que cuando volvamos estará esperándome. En cuanto a Luis y Rosalía, lo tengo todo atado, contrataré a un par de personas para que los cuiden.

—Parece que lo tienes todo pensado, pero ¿qué me dices de ti?

Yo puedo vivir del dinero que dejó Patrick, pero tú no creo que quieras un solo centavo.

—Patrick no fue el único que se hizo rico con el dinero de los Mulligan.

Una mueca de sorpresa se instaló en la cara de Laura, mientras que Jack, desnudo, entraba en la casa y salía para enseñarle un collar con incrustaciones de piedras preciosas. Cuando Laura lo vio, se enamoró al instante de aquella pieza. Estaba trabajada hasta el último detalle. La cadena, delgada, pero resistente, estaba hecha de plata pulida con un brillo que hacía resaltar aún más las

piedras incrustadas. En el corazón del collar, había una espléndida esmeralda en forma de lágrima que brillaba rodeada por una corona de diamantes que resaltaban la belleza de la piedra principal. A lo largo del colgante, una sucesión de piedras preciosas de color morado y azul creaban un armónico contraste. Laura se apartó el pelo y Jack, con delicadeza, colocó la cadena alrededor del cuello de su amante. Esta tocó con sus manos las piedras preciosas; su presencia era hipnótica. Se levantó delante de los ojos de Jack, desnuda y salvaje.

—¿Me queda bien?—preguntó.

Jack la besó con frenesí. Hicieron el amor bajo los últimos rayos del sol; la poseyó con dureza, sabiendo que él era un adicto a su piel. Jack la necesitaba a todas horas, a cada momento. No le valían las migajas de tiempo que Laura compartía con él en aquella casucha de tablas carcomidas. Él lo quería todo, el lujo, el despilfarro, que la gente los viera tal y como eran, jóvenes y bellos.

—¿A dónde iremos, Jack?—preguntó ella. Una sonrisa de satisfacción se instaló en el rostro de Jack cuando escuchó aquella pregunta.

—¡Vamos a *Dallas* a vivir a lo grande, sin que nadie nos controle, sin dar explicaciones!

El dinero de los Mulligan serviría para costear el ritmo de vida que querían. Jack tenía mucho dinero; necesitaría varias vidas o una mala mano de *póker* para gastarlo. Durante varios meses vivirían alejados de todo y de todos. Lo que en principio iba a ser una escapada de meses para alejarse del mundo, se extendería, de forma intermitente, durante varios años.

Dallas

Cuando llegaron a Dallas, nadie los conocía. Alquilaron una gran casa, la mejor mansión de toda la ciudad, con todas las comodidades que la época les podía ofrecer. Fueron a las mejores boutiques; por aquel entonces la moda de París causaba furor entre las clases más pudientes y privilegiadas. Eran jóvenes y tenían todo el dinero de los Mulligan para gastar. Pronto, la alta sociedad de la ciudad los invitó a las fiestas y eventos más importantes, convirtiéndose en el centro de todas las miradas. Daban paseos por los amplios jardines de la ciudad, donde se juntaban con lo más granado del lugar, siendo protagonistas de los comentarios más certeros y casquivanos. Decían de ella que era la hija de un gran terrateniente y de él, que ganó una fortuna siendo buscador de oro en California. Lo cierto era que, a los jóvenes, que incluso se habían cambiado los nombres haciéndose llamar Anne y Harold, no les importaban aquellas habladurías. Al contrario, las alimentaban haciendo que los rumores fueran creciendo poco a poco.

Durante tres meses al año se tenían uno al otro, lejos de los chismes de Henrietta, lejos de sus hijos, de Alice y del «qué dirán». Se dejaban ver paseando por la gran alameda. Jack con trajes a medida y una gran colección de elegantes sombreros, Laura con vestidos de seda siempre a juego con la sombrilla que la protegía de los rayos del sol. Ambos repartían saludos a diestro y siniestro a gente a la que no conocían. Madame Lafontaine, una mujer acaudalada de vida disipada, los tomó bajo su tutela y les aconsejaba dónde comprar, a qué eventos acudir, qué ponerse, con quién hablar y cómo comportarse, con clases magistrales de etiqueta. No en vano, decían las malas lenguas que fue mujer, o tal vez amante, de un embajador aristócrata de algún país europeo; la verdad era que malgastaba ingentes cantidades de dinero en los caprichos más absurdos. A Jack y Laura o Anne y Harold les hacía gracia y pronto se convirtió en más que una consejera para Laura.

Por la noche los jóvenes acudían a fiestas donde el champán y la mejor carne de Texas no faltaban. Bailaban hasta la madrugada y, más tarde, en su mansión, hacían el amor hasta desfallecer. Después del esplendor de las noches de vino y rosas, se despertaban tarde, envueltos en una realidad que no les correspondía, pero a ellos les encantaba jugar a ese juego. Fingían ser personas que no eran y se tomaban su tiempo disfrutando de las comodidades que su mansión les ofrecía, muy diferente a las del rancho O'Keefe.

Laura solía sentarse delante del espejo de la habitación, se peinaba su gran melena castaña una y otra vez mientras miraba todas las joyas que poseía, unas regaladas por Jack y otras adquiridas en las mejores y más exclusivas joyerías de la ciudad, siempre aconsejada por Madame Lafontaine. No dejaba de lucirlas en todos los eventos y fiestas a los que la pareja era invitada; incluso muchas veces intercambiaba joyas con su nueva y preciada amiga. Los jóvenes encajaron entre las clases más acomodadas de la ciudad. Los veían como un soplo de aire fresco en la tediosa alta sociedad de *Dallas*.

Ambos se sintieron como reyes a los que la opulencia les sonreía sin compasión y eran envidiados debido a su juventud y riqueza. El juego se convirtió en una actividad más de la

pareja, comenzaron a organizar partidas donde se ganaban y perdían auténticas fortunas. El dinero nunca fue un problema, los Mulligan se habían encargado de ello; disponían de grandes cantidades en efectivo. Jack y Laura nunca se cuestionaron su estilo de vida, necesitaban estar juntos, lejos del condado de Clay, de Henrietta y de los ojos de Alice.

Jugaron a ese juego varios años hasta que el dinero de los Mulligan se acabó. Lo cierto fue que Jack se aficionó a perder al *póker* y la suerte de la pareja comenzó a desvanecerse. El joven comenzó a apostar grandes sumas de dinero que perdía sin el menor remordimiento. Aquello se convirtió en un problema para la pareja. Laura, por otro lado, no quiso renunciar a los vestidos y a las joyas, y sus gastos se incrementaron cada día un poco más. Dejó que el brillo de los diamantes y las esmeraldas se apoderara de su alma. Todo fue de mal en peor hasta la última noche, hasta la última partida.



Aquella velada comenzó como todas en su mansión, siendo ellos los perfectos anfitriones, siempre tutelados por Madame Lafontaine. Los invitados acudieron con sus mejores galas y con la cartera repleta de dólares.

Eran las fortunas más importantes de Texas, dispuestas a jugar hasta la llegada de las horas más intempestivas. Después de cenar, los hombres se sentaron en la mesa de juego, mientras las mujeres miraban la partida a cierta distancia o hablaban de las cosas más triviales. Madame Lafontaine siempre acompañaba a Laura en aquellos momentos, dándole su apoyo, ya que era

conocedora de que las cosas no marchaban bien entre la pareja.

Jack siempre arriesgaba mucho en cada mano, le encantaba poner un buen montón de fichas encima del tapete; se sentía confiado y seguro. A medida que la partida avanzaba, Laura pudo comprobar que las cartas no sonreían a Jack. En una sucesión de malas manos, llevaron al joven al límite. Jugaba una partida tras otra, perdiendo siempre contra el mismo hombre. Laura trató de intervenir, pero sus súplicas cayeron en saco roto y, entre llantos, era consolada por Madame Lafontaine.

Enfrente tenía un jugador implacable, un floreciente hombre de negocios del norte cuyo apellido era Sheridan y que era el hombre de confianza de la familia Vanderberg en Texas; eso quería decir que era el máximo responsable de la *Company Oil* en la tierra de la Estrella Solitaria, el estado de la carne y el petróleo. A Sheridan no le temblaba el pulso a la hora de apostar, nadie podía seguir su ritmo. Era un hombre serio, no mostraba sus emociones; ocultaba sus ojos con unas lentes oscuras, lo que le daba un aspecto sofisticado. Decían las malas lenguas que tenía una gran colección de amantes, muchas de ellas, mujeres casadas. Pero Sheridan se encaprichó de Laura, la deseaba, a pesar de que él era mucho mayor. Sheridan era un hombre que no aceptaba un no por respuesta; estaba acostumbrado a ser el centro del universo y que todo el mundo se plegara ante sus deseos, lo que no conseguía con su porte varonil, lo conseguía con dinero. Un año antes, Laura no entró en su juego, Sheridan se prometió a sí mismo que acabaría con esa pareja al precio que fuese. Contrató a la mejor agencia de detectives de Austin, hombres que trabajaron para la agencia Pinkerton, y así descubrir quiénes eran aquellos dos amantes, sin saber que en realidad ya los conocía.

La mano que sostenía Jack parecía imbatible: un trío de reyes acompañados de un par de ases. Cuando la sostuvo entre sus dedos supo que la partida sería suya, así que apostó todo lo que tenía. Sheridan se tomó unos segundos para valorar su jugada, igualó la apuesta confiado en su mano ganadora. Los demás jugadores se retiraron; la cantidad de dólares que había sobre la mesa era prohibitiva, dejando a Jack y Sheridan solos, en una mano cara a cara. Cada uno estaba seguro de sus posibilidades. Cuando llegó la hora de mostrar sus cartas, Sheridan se adelantó, escalera de color, cinco cartas consecutivas del mismo palo que superaba a su full. Jack se quedó boquiabierto, mientras que sus invitados le ofrecían sus condolencias. Laura se acercó y comprobó la ingente fortuna que Jack había perdido.

—¿Ya estás contento? No has parado hasta vernos en esta situación—le reprochó.

—¡Trae tus joyas, esto no ha terminado!—ordenó Jack.

—¿Te has vuelto loco? —repuso Laura.

—¡Te he dicho que traigas todas tus joyas! —gritó Jack, siendo el blanco de todas las miradas y cuchicheos. A los pocos minutos, todas las joyas de Laura estaban encima de la mesa en una nueva apuesta.

Ambos jugadores se concentraron en la partida, calculando sus posibilidades y sopesando el riesgo. La tensión supuraba por todos los rincones del salón, y los demás invitados observaban en silencio aquel espectáculo, conscientes que estaban siendo testigos de algo fuera de lo común. Jack recibió un par de nueves, creía que tenía una buena mano y apostó. Sheridan se quedó con una reina y un as, pero decidió igualar la apuesta de Jack para ver si podía mejorar su mano.

En la siguiente ronda, Jack siguió aumentando su apuesta, pensó que la suerte no podía darle la espalda tantas veces; aquel hombre en algún momento tendría que perder. Sheridan no se amilanó en absoluto y, por segunda vez, volvió a igualar la apuesta.

«Es un farol, tiene que serlo», pensó Jack mientras una gota de sudor cruzaba su cara.

En la tercera ronda de apuestas Jack fue con todo, colocó todas sus fichas sobre la mesa

esperando un maldito milagro, algo que lo salvara de la bancarrota, algo que salvara su amor por Laura que estaba a punto de romperse para siempre. Sheridan no se dejó impresionar y con frialdad volvió a igualar la apuesta. Cuando llegó la hora de mostrar las cartas, Jack se derrumbó, su pareja de nueves no fue rival para el par de ases que tenía Sheridan. La incredulidad se reflejó en el rostro de Jack y el gran golpe de la derrota lo sumió en un estado de «shock». Lo había perdido todo. Sin decir ni media palabra, Sheridan recogió todas las fichas del centro de la mesa. Miró a Jack y sonrió, era la primera vez que Jack veía algún tipo de emoción en su rostro.

—Ahora tal vez quiera apostar a su esposa—le dijo a Jack con tranquilidad.

Al escuchar esas palabras, Jack saltó como un resorte, echó su mano a la pierna en un acto impulsivo e involuntario buscando su revólver, cerró sus puños e intentó ir hacia Sheridan, pero los demás jugadores se lo impidieron.

—¡Has hecho trampas, maldito embustero! —repetía una y otra vez mientras que Sheridan fumaba con tranquilidad.

Unos minutos después, todos los invitados, incluida Madame Lafontaine, abandonaron la mansión. La tensión en la habitación de los amantes era palpable. Laura caminaba sin pausa, nerviosa, mientras que Jack, sentado en la cama, repasaba una y mil veces la partida y se preguntaba cómo llegó a ese punto de locura. Pero ya era tarde; lo habían perdido todo. Por un momento, Laura observó a Jack, lo vio consumido y ausente, parecía como si se le hubiesen echado veinte años encima y por un momento se apiadó de él.

—¡Lo siento, amor, lo siento tanto! —dijo Jack desolado —¡No sé cómo he podido hacer algo así, he perdido todo nuestro dinero! —

decía mientras meneaba la cabeza de un lado a otro sin parar. —Todo lo que construimos juntos, todo lo que teníamos.

Laura no tenía palabras. Toda aquella falsa opulencia se evaporó como por arte de magia en una sola noche. Lo que más le dolía no era la pérdida del dinero o de las joyas, ella podía vivir sin todo eso, era la decepción que sentía en aquellos momentos por Jack. Él lo era todo, su compañero, su amigo, su amante y ahora le había fallado.

—¡No me importa el dinero, Jack! No es lo que me preocupa, me molesta que todo esto haya sido por un juego, lo has arriesgado todo por un simple juego de cartas. ¿Entiendes?

Él la miró, por un momento fugaz repasó todo lo que les ocurrió en el pasado. Supo sin lugar a duda que su amor estaba a punto de terminar. A Jack le resultaba insoportable admitir que Laura ya no lo admirara, que no sintiera por él la misma devoción que él sentía por ella. Laura se alejó por un momento, incapaz de soportar su presencia. Se sentía traicionada y herida, construyeron aquella vida juntos y todo se había ido al traste. Se preguntó si alguna vez había conocido a Jack, si alguna vez supo quién era, al Jack de verdad, no al ranger que acabó con los Mulligan.

En ese instante, Jack sintió un gran vacío y se sintió solo, muy solo.

Necesitaba la presencia de Laura para continuar, para no sucumbir a la desesperación en ese mismo momento y saber que su amor aún tenía una oportunidad para resurgir de nuevo, que todavía les quedaba algo por lo que luchar. Fue a su encuentro buscando consuelo, pero, en cambio, se encontró con una Laura distante que evitaba su mirada.

—¡Lo siento Jack, pero ahora necesito estar sola!

Con el corazón hecho pedazos, Jack asintió con tristeza y se alejó de ella, sintiendo el peso de un abismo que se abría ante sus pies. Laura observaba desde la distancia como aquel «extraño» se adentraba en la oscuridad de la habitación, sabiendo que nunca volvería a ser el mismo después de ese momento. Sabía en lo más profundo de su ser que su amor por Jack se había extinguido para siempre, dejando solo el vacío y la soledad en su alma.

Aquella misma madrugada, la aldaba chocó tres veces en la puerta.

Ni Jack ni Laura dormían y los dos se acercaron a averiguar quién diablos era. Jack miró a través de la mirilla. Era Sheridan.

—¡Sé que estáis ahí, abrid la puerta de una condenada vez!

Jack giró el picaporte. Su rostro se ciñó en una mueca de determinación; tenía la intención de pararle los pies al precio que fuera: no iba a tolerar ninguna falta de respeto. Cuando Sheridan entró en el vestíbulo, parecía un basilisco. Su mirada se encontró con la de Jack, que lo recibió con actitud amenazante. Arrojó las joyas de Laura al suelo y comenzó a vociferar de malos modos.

—¡Falsas, son falsas...! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? —repetía sin parar.

La ira se apoderó de Jack; sintió que las pulsaciones de su corazón le hacían hervir la sangre. No iba a permitir que Sheridan los tratara como dos mentirosos. El ambiente se tensó; parecía que todo estaba a punto de estallar en una pelea hasta que Laura intervino.

—¿Falsas? Es imposible —le contestó, interponiéndose entre los dos hombres—. Yo misma las elegí en las mejores joyerías de la ciudad.

—Me da igual, lo cierto es que no son más que bisutería barata que, por supuesto, no cubre la apuesta que se hizo en la mesa de juego. Pueden comprobarlo ustedes mismos, aunque adivino que ya lo sabían, al menos uno de ustedes—miró de soslayo a Jack—. Vayan a tasarlas, verán que lo que les digo es la verdad.

—¿Nos está llamando mentirosos? —le preguntó, amenazante, Jack. Una carcajada retumbó en la mansión; parecía hacer temblar los cimientos, resonando con fuerza en cada rincón. También en el amor propio de Jack, que golpeó con saña el ya maltrecho ego de este, haciéndolo sentir diminuto.

—Por supuesto que son ustedes unos mentirosos —respondió Sheridan con arrogancia—. Se han estado riendo de todos nosotros en nuestra cara. Ni siquiera se llaman Anne y Harold, ni es usted una rica heredera, ni este petimetre —pronunció la palabra con una total arrogancia y desprecio hacia Jack—es un buscador de oro ni un verdadero caballero, no se puede sacar el olor a estiércol ni aun dándose cien baños. Los he investigado, me sonaba su cara, sabía que la había visto antes —se refirió a Laura —, pero no lograba acordarme. Lo cierto es que me han hecho perder dos veces el mismo negocio. Sus verdaderos nombres son Laura O’Kefee y Jack Holland. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —le contestó Laura mientras bajaba la cabeza a causa de la vergüenza.

—La *Company Oil*, a la que yo represento en este estado, tenía un acuerdo con Erwin Potter, un hombre al que seguro recordarán. Después de su trágica muerte, todas sus propiedades cayeron en manos de Patrick O’Keefe. El señor O’Keefe me envió una foto de su enlace matrimonial con su bella esposa. No nos habíamos visto nunca en persona, solo a través de nuestros abogados, y tuvo esa deferencia.

No en vano estaba a punto de convertirlo en una persona asquerosamente rica, pero cuando murió a causa de una extraña enfermedad de la que no hubo testigos, tan solo su desolada viuda, todo el contrato se vino abajo. No entiendo la razón, siendo usted una persona a la que le gusta el dinero, solo hay que ver su estilo de vida. Volviendo a la muerte de su esposo, es extraño que la única persona que se decidió a constatar su muerte, el juez Carline, fuera... ¿cómo decirlo?... eliminado convenientemente por los comanches y que el único testigo de tal fechoría fuese el joven que la ha estado acompañando durante estos años. Curioso. ¿No es así?

—No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Está insinuando que nosotros tenemos que ver con la muerte del juez? —preguntó contrariada Laura, con la voz temblorosa. Sheridan se encogió de

hombros y sonrió.

—No estoy insinuando nada, tan solo señalo una coincidencia curiosa. La muerte de su esposo y de un testigo tan importante como un juez son, como poco, perturbadoras. ¿No cree?

Una voz se instaló en la mente de Jack, repitiendo sin cesar un mantra en forma de mensaje que lo inquietaba y que lo acercaba a un abismo del que no tendría escapatoria. Era como si alguien hubiese tomado el control de su mente, estaba ahí, en su cabeza, susurrando sin cesar: «Mátalo, mátalo, mátalo...»

Sheridan se dio cuenta de las intenciones de Jack. Había jugado al *póker* tantas veces con él que conocía su lenguaje corporal y facial a la perfección. Notó que cada vez que Jack quería apostar una gran cantidad de fichas, fruncía las cejas en señal de tensión; en otras ocasiones, cuando creía tener una buena mano, su mandíbula se movía hacia un lado; o cuando quería terminar con la partida, se llevaba la mano derecha al lóbulo de su oreja. En aquel momento observó otro tic, el mismo que cuando Jack se llevó la mano a la pierna en busca de un revólver, sus dos cejas se tensaron y casi se juntaron. Supo que algo horrible estaba a punto de sucederle y se tiró un farol.

—¡Les advierto que varios de mis socios me esperan fuera, así que si algo me ocurriera no saldrían bien parados! —les advirtió.

—Díganos de una maldita vez qué quiere de nosotros, Sheridan.

¡Estoy cansado de usted y de su maldita presencia! —le pidió Jack de malos modos mientras desechaba la idea de matar a Sheridan.

—Regresarán al agujero de donde han salido y no volverán jamás a mi ciudad. Usted, Laura, me venderá todas sus propiedades en el condado de Clay por un precio simbólico y se irá del rancho Potter para siempre. En cuanto al petimetre, no volverá a lucir una estrella de *ranger* ni de *sheriff* jamás. Si lo que he dicho no es cumplido, remo-veré cielo y tierra para que terminen en la cárcel o, peor aún, ante una horca. Tengo los recursos y el tiempo, yo no amenazo en vano.



Al final, Sheridan se salió con la suya. Aquello terminó con Laura y con Jack. Por supuesto, Sheridan hizo trampas; era un tramposo profesional, un timador que causaba estragos en las capas más altas de la sociedad por negocios o diversión; por eso trabajaba para la *Company Oil* y para los Vanderberg, hacía lo necesario cuando era necesario. Madame Lafontaine, que era su socia y amante, fue su gancho. Mientras consolaba a Laura, enviaba pequeños mensajes a Sheridan sobre las cartas de Jack en forma de gestos, imperceptibles para el resto de las personas que estaban en la partida, una habilidad que los amantes desarrollaron durante años.

En cuanto a las joyas, cuando Laura se las prestaba a su amiga, esta se encargaba de hacer una réplica exacta. Fue fácil hacer el cambio y no ser descubiertos. El rancho de Laura y las tierras fueron a parar a manos de la *Company Oil* para su explotación. Pronto, todo el condado de Clay estaría invadido de pozos de petróleo, escupiendo oro negro sin cesar.

Después de aquello, Laura se estableció en Henrietta con su madre y con su hija. Alquiló una buena casa gracias a lo que Sheridan le pagó por el rancho que, aunque fuese una cantidad simbólica, fue suficiente para empezar una nueva vida. Comenzó a trabajar de veterinaria, a pesar de carecer de titulación. Su padre la había instruido bien, y pronto pudo ganarse la vida así. Nadie puso en duda sus conocimientos y habilidades con los animales.

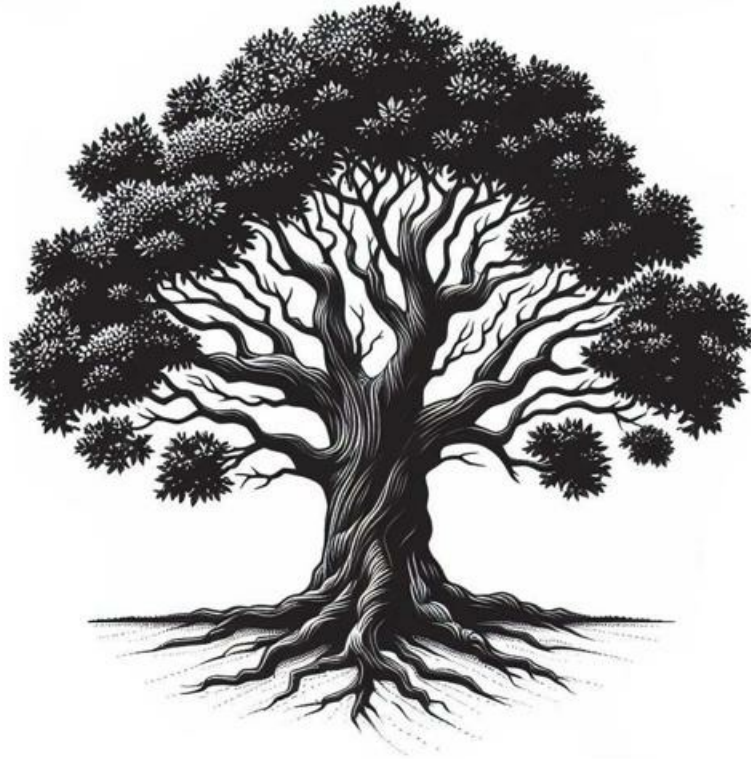
Por otro lado, Jack dejó su puesto como agente de la ley y comenzó a criar ganado en su rancho, acompañado de sus hijos. Pasarían algunos años antes de que sus caminos se volvieran a encontrar.



La *Company Oil* se apoderó del antiguo rancho Potter, estableciendo la propiedad como sede central en la zona. Aunque mantuvieron cierta actividad ganadera a pequeña escala, los nuevos propietarios se centraron, como era de esperar, en el negocio del petróleo. Sheridan pasaba largas temporadas en el rancho. Jamás se le vio por Henrietta, todo un alivio para Laura y Jack.

No obstante, una mañana, la diligencia trajo al pueblo a una incómoda visitante: Madame Lafontaine. Laura la vio descender de la diligencia, cargada de maletas y de joyas, algunas de las cuales le resultaban familiares. Eran sus propias joyas, las que Jack perdió en aquella última mano de *póquer*. Un carruaje de la *Company Oil* la esperaba para llevarla al rancho. Ver a Madame Lafontaine fue un *shock* para Laura y, a pesar de que las dos mujeres se reconocieron al instante, ninguna se atrevió dirigirse la palabra; Laura se ruborizó, mientras que Madame Lafontaine sonrió con malicia.

Al llegar a casa, Laura lo vio todo claro y gritó de rabia por ser tan ingenua, por condenar a Jack sin juez y jurado. Vio claro que habían sido engañados y que Jack tenía razón. Sintió el impulso de agarrar el rifle y perseguir a aquella mujerzuela, pero se contuvo. ¿De qué valdría? Terminaría en prisión o, peor aún, colgada por la muerte de Carline y de Patrick, su difunto esposo. Creía con firmeza que Sheridan cumpliría su promesa en forma de amenaza, y tanto Jack como ella terminarían sus días de la peor forma posible. La página de aquella historia ya era agua pasada y Laura decidió olvidarlo todo para siempre. O no...



Sheridan esperaba a Madame Lafontaine con impaciencia. Caminaba de un lado a otro, yendo y viniendo por la puerta principal del rancho, mientras el personal de servicio esperaba firme a la mujer, con el sol en lo alto cayendo a plomo sobre sus cabezas. Miraba su caro reloj de bolsillo una y otra vez. Observó el horizonte por un momento y divisó una pequeña nube de polvo que se acercaba. Por fin, pudo avistar el carruaje y a Madame Lafontaine debajo de un elegante quitasol. Sonrió satisfecho al verla descender del carruaje, con su esbelta figura envuelta en aquel lujoso vestido que la favorecía tanto, una verdadera obra maestra de la alta costura. Las mangas del vestido eran cortas y abullonadas, adornadas con encajes que resaltaban la extrema palidez de la mujer, mientras el escote dejaba ver más de la cuenta. El sombrero, elaborado con fieltro de lana negro, era una copa adornada con encaje blanco, evocando la espuma de las olas del océano.

—Querido —habló la mujer—, ha sido un terrible viaje. Veía indios por todas partes.

—Ya no hay indios en estas tierras, los matamos a todos —contestó sonriendo.

—No adivinarías a quién vi en el pueblucho donde paró la diligencia.

—Puedo hacerme una idea, querida.

Antes de adentrarse en la mansión, Madame Lafontaine echó un leve vistazo repleto de indolencia al servicio. Al rebasar el umbral de la enorme puerta tallada, sus ojos se abrieron

como platos al ver el interior del rancho. El vestíbulo era imponente, con un suelo pulido que resonaba con una dulce percusión a cada paso, mientras el aroma de la madera llenaba todos los rincones. A un lado, un armario antiguo de roble, herencia de los antiguos moradores y que había sido testigo mudo de lo que sucedió en aquel lugar, que testimoniaba una historia de tradición alejada del nuevo rumbo de la propiedad, que ahora recibía el nombre de «*Rancho Company Oil*». El vestíbulo disponía de una serie de ventanales amplios y de gran altura que permitían que la luz entrara en forma de gran chorro de luz blanca pintando las paredes con una variedad de tonos que acentuaban los ricos tapices españoles.

—Querido, esto es bellissimo; si no fuera por el olor a excremento de vaca, sería perfecto.

—Debemos pagar ese precio para disfrutar del paraíso. ¿Te imaginas a los Vanderberg caminando entre vacas y boñigas con sus carísimos zapatos *Oxford*? Les vendí que el rancho debía seguir con su actividad a modo de homenaje a los ranchos de la zona. De esa manera, tal vez nunca vengan, y esto será... casi nuestro.

Cuando entró en el salón, una fragancia a cuero viejo y madera sorprendió a Madame Lafontaine. Una enorme chimenea de piedra presidía la estancia. Los trofeos de caza colgaban encima del hogar como testigos mudos de las confidencias más obscenas de la pareja.

En el centro del gran salón, una larga mesa de madera se erguía como punto de reuniones. Sobre ella, colocada con mimo y clase, se hallaba una finísima vajilla Sèvres. Al lado de la porcelana, los cubiertos de plata de la casa Tiffany eran los verdaderos protagonistas de cualquier cena de la alta sociedad. Su diseño era excepcional, con una forma muy innovadora, que reproducía el símbolo del dólar fehacientemente y una sucesión, a lo largo de toda la mesa, de finos candelabros de plata. La cena fue de todo menos ligera; el baile de platos de alta cocina no cesaba: pato a la naranja, tournedos rossini, (un plato que consistía en un buen filete de carne texana de primera, servido sobre un crujiente con foie gras y trufas, cubierto con una salsa hecha de demi-glace), bisque de langosta (una sopa elaborada con el crustáceo y aromatizada con *brandy* de jerez), caviar en blinis junto a crema agria y una sucesión de vinos y licores, los más selectos de la bodega del rancho cortesía de la familia Vanderberg.

—Querida, al Chef le fue del todo imposible regalarte unas ostras Rockefeller—dijo levantando la copa Sheridan —por motivos evidentes de falta de materia prima.

—Querido, no me crees necesidades que no tengo.

Sheridan se levantó de la mesa y se dirigió hacia su amante mientras se sacaba su miembro de la bragueta, ante la mirada perpleja y las risas nerviosas del servicio. Madame Lafontaine echó la cara hacia atrás como si aquello le diera cierta repulsión, pero enseguida una sonrisa de medio lado se instaló en su rostro.

—Querido, ya me parecía que faltaba el postre—dijo llevándose el miembro a la boca y degustándolo con lascivia.

Sheridan ordenó al servicio que se retirara. Una vez en la alcoba, arrojó a Madame Lafontaine sobre la cama, y una carcajada femenina estalló, rebotando en las paredes del cuarto. Hicieron el amor de forma salvaje, como solía ser todo entre ellos. No conocían otra forma. Salieron del arroyo, de la inmundicia de las calles de *New York*, en el barrio de *Five Corners*. Hijos de la necesidad y el desamparo, se conocían desde niños cuando comenzaban a realizar pequeños hurtos y timos. No conocieron el calor de una mano amiga, pero eran buenos robando. Sus sinos siempre estuvieron unidos, entrelazados por el hilo caprichoso del destino; se querían como solo puede querer el interés y la supervivencia. Su lista de agraviados era larga, y sobre ellos se cernían muchas ansias de venganza. Exhaustos, se durmieron cayendo en un sueño profundo, sin saber que una sombra los acechaba aquella noche desde la penumbra, y el odio. Una sombra

surgida de las profundidades en forma de espectro que los observaba con atención y que no pararía hasta que las fuerzas que no entendemos volvieran de nuevo a su paz. Pasaba de medianoche cuando la sombra tomó forma en el umbral de la puerta del rancho. Su presencia parecía etérea, casi capaz de pasar por debajo de las puertas y de volver a recobrar su forma humana tras ellas. Sin embargo, la sombra no tenía conciencia de su propia existencia, ni de respirar, ni de mirar lo que veía, ni de hacer lo que hacía. Avanzó por el interior del rancho, arrastrando su pesada carga, sus pecados más imperdonables, como si fuesen eslabones de una gruesa cadena. En un leve fogonazo, su mente despertó y supo las razones por las que se encontraba allí.

Entró en la alcoba y vio a los amantes que dormían con placidez. Los observó con atención, fijándose en la respiración, en su ritmo cadencioso; en la forma caprichosa de sus cuerpos. Los odiaba por todo lo que le habían arrebatado. La sombra podría acabar con ellos en aquel momento, pero prefería ver sus caras de espanto cuando abrieran sus ojos y se toparan cara a cara con sus pecados inconfesables. Cuando miraran a la sombra a los vacíos ojos, sentirían un profundo escalofrío recorrer su piel y sabrían que su final estaba tan cerca que casi lo podían tocar con la punta de sus dedos.

Madame Lafontaine, sumida en su letargo, percibió la presencia; su sueño comenzó a ser agitado, convulso. Su cabeza se movía como si intentara desprenderse de aquel ente pegajoso que absorbía sus fuerzas. En sus sueños, era perseguida por algo y trataba de escapar por calles estrechas y oscuras, mientras sentía su aliento fétido en su nuca hasta que llegaba a un callejón sin salida. Deseaba gritar, pero su angustiada mente no se lo permitía. De repente, se incorporó súbitamente en la cama, y un grito desgarrador rompió el silencio de la noche. Madame Lafontaine se encontró con la sombra delante de sus ojos y comprendió que aquella oscuridad era real.

De pronto, el aire se volvió denso, irrespirable y su respiración se volvió rápida y jadeante, como la de un animal acorralado. El grito despertó a Sheridan. Sobresaltado, también vio a la sombra.

—¿Tú?

La sombra asintió. Sheridan intentó alcanzar un revólver que guardaba dentro del primer cajón de su mesilla, pero fue demasiado lento y un par de flechas surcaron el aire. La primera atravesó su garganta, clavándose también en el cabecero de la cama. El hombre emitió un doloroso y sordo alarido. La segunda flecha alcanzó su pecho, pero aún no lo dejó caer en el abismo donde mora la muerte.

Madame Lafontaine, horrorizada al ver que la sombra desplegaba sus «encantos» delante de sus ojos, quedó inmóvil, esperando un destino del que no podía escapar, como si estuviera en el callejón sin salida de su pesadilla. La sombra se acercó a ella, la agarró por el pelo y la arrastró fuera de la cama hacia el piecero para que Sheridan, inmóvil, presenciara lo que tenía preparado para la mujer. La puso de rodillas, con una mano la agarró con firmeza del pelo, clavó un cuchillo entre el cuero cabelludo y el cráneo y después desgarró con la mano su cabellera, mientras un grito gutural brotaba de la garganta de la sombra y se mezclaba con los alaridos de Madame Lafontaine.

—¡ *Náhkohevo'eo!*

Sheridan rompió la flecha que lo anclaba al cabecero e intentó coger de nuevo el arma, pero la sombra lanzó una patada al cajón de la mesilla, dejando aprisionada la mano del hombre. La sombra lo abrió, agarró con furia el revólver y le disparó en la cabeza. A continuación, tomó una de las lámparas de aceite y la estampó contra la pared de la habitación, produciendo un fuego que se avivaba a cada instante, llenándolo todo de unas llamas imposibles de sofocar.

Dos días después, Jack recorría las ruinas del rancho. De aquella majestuosa mansión no quedaban más que los cimientos y un montón de tablas medio quemadas. Mirara hacia donde mirara, solo veía devastación. No se entristeció cuando sacaron los cuerpos carbonizados de Sheridan y Madame Lafontaine.

Aquel trágico suceso eliminaba cualquier impedimento para volver a asumir el cargo de *sheriff* del pueblo o para volver a ser *ranger*, pero lo cierto es que estaba contento con su nueva vida de ganadero y probaría una temporada.

Mientras avanzaba entre los escombros, pisó una tabla y un sonido metálico sonó debajo de su bota. Intrigado, alzó la tabla y se encontró con un joyero. Por suerte, las llamas no lo alcanzaron, manteniéndose en perfecto estado. Al abrirlo descubrió un interior forrado de terciopelo. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue su contenido; conocía todas las joyas que estaban dentro de aquel joyero, eran las joyas de Laura. Las escondió en sus alforjas y se dirigió a su casa. Al llamar a la puerta fue Alice quien la abrió.

—¿Qué diablos haces en mi casa? — le dijo Alice torciendo su gesto.

En ese momento, Laura interrumpió a su madre y salió con Jack, cerrando la puerta en las narices de Alice. Jack posó un pañuelo que envolvía varios objetos. Desató un nudo y, ante la vista de Laura, aparecieron las joyas que había lucido en las alegres noches de Dallas.

—Sheridan y Madame Lafontaine han muerto, los han matado.

He venido a devolverte tus joyas, te pertenecen. ¿Los has matado tú? Tenías motivos de sobra para hacerlo. —Una mueca de sorpresa cruzó el rostro de Laura.

—¿Yo? Claro que no, pero de todos los habitantes de Henrietta, tú y yo somos los que tenemos motivos para hacerlo... ¿Y tú? ¿Lo has hecho?

Jack la miró con rencor, se dio la vuelta y se marchó. La puerta se abrió, y Alice salió al porche. Sus ojos se abrieron como platos al ver las joyas. Durante varias horas, se las estuvo probando delante del espejo. Por la noche, se sintió mal; comenzó con un leve dolor abdominal y terminó a las dos horas con ella en una cama, agonizando, con su rostro pidiendo tierra. No se pudo hacer nada por ella. En poco tiempo, el cólera la llevó con el Altísimo.

Poco después, Laura vendió las joyas y se compró una gran casa en *Wichita Falls* para vivir en ella cuando la vejez llamara a su puerta.

Cuando Jack se enteró de la noticia de la muerte de Alice, una palabra cruzó sus labios, una palabra que escuchó de labios de *Lazy Bear* y sus hijos y que recordaba como si se la hubiesen dicho aquel mismo día.

— ¡*Náhkohevo'eo!*

Luis y Shue

El sol abrasador del verano texano iluminó la Feria del Condado de Clay en 1909 mientras caía la tarde. Cientos de personas se arremolinaron alrededor de todas sus atracciones: puestos de algodón de azúcar, manzanas caramelizadas y carritos de palomitas de maíz seducían con sus dulces fragancias a los más golosos; los tirovivos giraban sin pausa mientras los niños reían. Los acróbatas, desafiando la gravedad con sus movimientos imposibles, causaban estupor entre las personas más impresionables. También había criaturas abomina-bles que parecían llegadas de otros mundos, exhibiciones de hombres forzudos que eran capaces de levantar cientos de kilos con una mano, y mujeres tan extrañas que incluso les crecía una barba tan larga y poblada como un viejo buscador de oro.

Luis Holland, después de un duro día de trabajo en el rancho de su padre, se reunió con sus dos mejores amigos, Peter y Mark. Luis era un chico bien parecido, con el cabello rubio y unos profundos y enigmáticos ojos azules. A pesar de su aspecto europeo, su piel morena dejaba claro su ascendencia apache. Era un joven alegre y divertido.

Siempre con un millón de ocurrencias en su cabeza dispuestas a salir en tropel sin el menor control, pero también era un chico valiente y decidido, acostumbrado a los trabajos más duros en el rancho, con las palmas de sus manos curtidas, duras como piedras. El muchacho era un líder natural que siempre estaba dispuesto a tomar la iniciativa; en el rancho se había ganado cierta reputación entre los vaqueros, no existía caballo que no pudiera domar. Aunque se cayera mil veces, siempre se levantaba. Todo el mundo en Henrietta conocía la historia de Luis y Rosalía Holland. Gracias a la generosidad y caridad del hombre más valiente y honesto del condado, Jack Holland, los dos jóvenes fueron adoptados y criados en el rancho; sabían que, sin la intervención de Jack, el destino de aquellos dos muchachos hubiese sido diferente, asimilados por los comanches o quién sabe si algo mucho peor.

Aunque no todos los habitantes de Henrietta y del condado los miraban con buenos ojos, en el fondo los veían como mestizos inferiores y les prohibían a sus hijos que se mezclaran con ellos. Por eso, Luis solo se juntaba con los hermanos Sullivan, Mark y Peter, hijos de Todd, uno de los vaqueros que trabajaba para Jack. Se conocían desde niños. Los tres amigos caminaban por los puestos de comida, disfrutando de los dulces aromas que impregnaban el ambiente, arañando los pocos centavos de sus bolsillos para disfrutar de la feria.

Rieron mientras mordían una manzana pegajosa y crujiente, sintiéndose de nuevo como unos chiquillos que estaban a las puertas de ser casi hombres.

—¿Entonces crees que a Rosalía le gusto? —le preguntó Peter a Luis mientras sus mejillas se ponían más coloradas que de costumbre.

—No creo—repuso Mark—, de los dos ella sabe que yo soy el más guapo.

—¿Guapo tú? —preguntó con ironía Peter—. Dios sabe que, si eso es cierto, los dos nos quedaremos muy solos en este mundo.

—¡Yo sé quién le gusta a Rosalía, pero no os lo diré!

—¡Vamos Luis, no seas así, dinos alguna cosa, danos una pista!

—Vale, le gusta...

Los dos muchachos quedaron expectantes. Entonces Luis tuvo una revelación, vio a una chica y supo que era un ángel. Su mundo se paró de repente y todo lo demás a su alrededor desapareció. La joven se encontraba en el puesto del algodón de azúcar, rodeada de amigas que reían y charlaban animadas, pero a Luis le dio la impresión de que en ese momento solo estaban ellos allí, aquel ángel en forma de mujer y él. Tenía el pelo largo, trigueño y recogido en una trenza que caía sobre su hombro; su rostro estaba repleto de pecas que la hacían parecer todavía mucho más adorable; llevaba un sencillo vestido blanco.

Luis estaba mudo ante aquella belleza texana, y no pudo apartar su vista de la muchacha. Era una aparición celestial, el universo le estaba hablando en medio del caos de la feria.

—¿Qué pasa, Luis? —preguntó Peter—. Parece que hayas visto un fantasma.

—¿Conocéis a la chica de blanco? —susurró a los hermanos.

—Es Shue O’Keefe, su madre la tiene interna en un colegio para señoritas en *Wichita Falls*, pero siempre viene en verano a estar con ella. ¿No la conoces? Íbamos juntos a la es...

—¡Está claro que no la conoce! —contestó Peter a su hermano.

—Lo digo porque es la hija de Patrick O’Keefe, uno de los hombres que cabalgó con tu padre.

Luis meneó la cabeza. Jack Holland nunca les habló a su hermana y a él de la época en la que luchó contra la banda Mulligan; todo lo que sabían era porque se lo contaron los vaqueros que trabajaban para su padre o por los rumores que circulaban por el pueblo. Jack Holland siempre guardó un férreo silencio sobre aquellos difíciles días.

Los tres amigos se quedaron mirando a Shue, lo que llamó la atención de una de las amigas, que alertó a las demás en voz baja. El grupo de chicas miró hacia los tres muchachos y, al verse sorprendidos, intentaron disimular silbando en señal de despiste, lo que provocó la risa de las chicas.

—No sé vosotros, muchachos, pero yo me voy a acercar a presen-tarme —les dijo Luis.

—Vale, pero, por Dios, no hagas el ridículo —advirtió Mark—.

Recuerda que Shue O’Keefe es una muchacha que ha visto mundo y no se va a fijar en un pueblerino como tú.

—Tonterías, claro que se fijará en mí.

Luis se acercó a Shue sintiendo cómo el corazón le latía tan deprisa como el aleteo de un colibrí, pero trató de mantener la calma y la compostura. Cuando llegó a su altura, la chica lo miró con curiosidad.

Luis era un chico guapo y lo sabía. Su camisa blanca resaltaba sus ojos azules. Aunque estaba nervioso, Luis intentó parecer seguro de sí mismo y sonrió con amabilidad a Shue.

—¿Sabes qué dicen en Texas? Que las vacaciones vuelan más alto que los pájaros.

Las amigas de Shue soltaron una sonora carcajada y esta se quedó mirando con sorpresa y fascinación hacia Luis, encontrando su torpeza adorable.

—No es cierto, nadie dice eso en Texas—contestó ella sonriendo.

—Ya lo sé, pero no sabía cómo hablarte.

—¿Quieres un poco de algodón de azúcar? —preguntó la chica con una dulce sonrisa.

—Me llamo Luis.

—Lo sé, mis amigas de Henrietta no dejan de hablar de ti.

—¿Cómo es que no te conocía? Este pueblo no es tan grande.

—¿Seguro que no me conoces?

El muchacho dudó por un momento e intentó hacer memoria.

—No, la verdad es que no te recuerdo.

—Solías tirarme del pelo cuando íbamos a la escuela, yo era un año mayor que tú.

—¡Que me aspen! —dijo con asombro Luis—Eres la Carazana-horia.

—¿Así me llamabas?

Luis asintió mientras sonreía, fascinado por la personalidad arrolladora de la chica. De buenas a primeras, los dos jóvenes dejaron a sus amigos de lado y comenzaron a charlar. Ella le habló de su día a día en el «Internado para señoritas de la Señora Morgan» en *Wichita Falls*, donde tomaba clases de costura, poesía e historia, entre otras.

Allí se preparaba para ser una perfecta señorita, refinada y educada.

Luis, por su parte, le contó cómo era su vida en el rancho, sobre la doma de caballos y cómo se convirtió, con el paso del tiempo, en todo un vaquero, siempre rodeado de hombres curtidos por el trabajo y horas bajo el sol.

Luis descubrió que Shue era una muchacha dulce y encantadora, repleta de matices que la hacían especial; era inteligente, divertida y culta, con un gusto exquisito por las artes, lo que la convertía en alguien sofisticado a sus ojos. Y, aunque venían de mundos diferentes, ambos poseían el amor por las pequeñas cosas, por las miradas, por las puestas de sol y por los pequeños gestos que hacían florecer sentimientos tan fuertes como la pasión. Pasaron horas hablando y riendo, olvidándose por completo de sus amigos y amigas. No se dieron cuenta de que la feria cerraba y los puestos recogían.

—Fue genial hablar contigo, Luis, me encanta saber que te has convertido en un muchacho tan especial, pero ahora me tengo que ir, mi madre debe estar preocupada.

—Sí, lo fue—respondió Luis, deseando que aquella noche no terminara nunca.

Caminaron juntos hasta casa de Shue, a las afueras de Henrietta.

Se pararon junto a la puerta de la valla y se miraron por un breve instante a los ojos. Soplaban una brisa suave en aquella tórrida noche de verano, que agitaba levemente las hojas de los árboles, y las cigarras no dejaban de cantar su melodía como parte del paisaje sonoro de aquella noche, que los jóvenes jamás olvidarían.

—Lo pasé bien esta noche—le dijo Shue, mirándolo con una expresión dulce en su rostro.

Permanecieron un poco más en silencio, como si ninguno de los dos quisiera separarse del otro, sintiendo ese instante como algo que anhelaban fuese eterno, infinito y especial. Hasta que Luis tomó una decisión valiente en un momento en que las dudas lo asaltaban sin tregua. «¿Cómo le voy a gustar? Solo soy un chico vulgar, en cambio, ella es delicada e inteligente. Es tan bonita que me quedaría toda la eternidad observándola respirar», pensó el muchacho.

—¿Puedo verte de nuevo? —preguntó, repleto de dudas en su pecho.

—Disculpa el atrevimiento Luis, pero lo daba por hecho—contestó, con voz cálida y suave.





En poco tiempo los jóvenes se hicieron inseparables. Todo su tiempo libre lo pasaban el uno con el otro, dando largos paseos o yendo al lago *Arrowhead* con sus amigos para así mitigar el tórrido y sofocante calor de Texas. En el lago, parecía que el reloj se paraba; eran libres, ajenos a las férreas costumbres de la época. Durante las tardes, chapoteaban en el agua mientras los muchachos competían para ver quién saltaba desde la roca más alta, ante la atenta mirada de las chicas que aplaudían siempre al más osado que, solía ser Luis.

Después del baño, se sentaban cerca de la orilla y hablaban de banalidades; en aquellos momentos, el sol se reflejaba en el agua, creando destellos de mil colores que parecían danzar sobre la superficie, y la brisa del verano les susurraba al oído palabras de amor. Todo estaba envuelto en un aura mágica que alimentaba su interior con una fuerza indescriptible. También exploraban los senderos alrededor del lago en busca de puntas de flechas o algún abalorio indio que adornara las paredes de sus habitaciones. En las noches de verano, junto al calor de una hoguera que crepitaba en la oscuridad, el fuego iluminaba sus rostros con un cálido y naranja resplandor. Asaban malvaviscos y contaban historias de miedo sobre malvados comanches que hacían temblar los corazones, o Mark con su guitarra, cantaba canciones tristes de amor y Shue,

dejándose llevar, se abrazaba con fuerza a Luis.

El verano parecía interminable y los llenaba de una energía vital que los mecía y los atrapaba como insectos que caen en una dulce telaraña. Una noche de verano, mientras los jóvenes se lo pasaban en grande, llegó un automóvil al lago, un *Ford T*. En su interior iban cuatro muchachos que reían a causa del *whisky* y disparaban un arma al aire, intentando hacer el mayor ruido posible. Todos allí conocían a esos chicos; fueron a la escuela con ellos, pero no les gustaban, eran los matones del pueblo. Estaba Owen Brown, que conducía, Ethan Wilson, que iba en el asiento del pasajero, y en el asiento trasero estaban Carl Robinson y Ted Harrigan, que portaba un rifle. Cuando vieron la hoguera de los muchachos se bajaron del auto y se acercaron a ella.

—¡Hola, chicas!—saludó Carl en estado de embriaguez—. Por fin llegó la diversión a este muermo de reunión que tenéis.

—Owen, ofrece un poco de *whisky* a las chicas, tal vez así cambien la cara de amargadas que tienen—dijo Ethan.

298

—¿No habéis visto con quién están? Ni más ni menos que con los pordioseros de los hermanos Sullivan y el mestizo que trabaja para Jack Holland. No me extraña que estén aburridas, no saben lo que es un hombre—dijo Carl, intentando buscar jaleo mientras que con su mano derecha se tocaba los genitales.

Al escuchar aquellas palabras, Luis intentó incorporarse, pero Shue apoyó la mano en su hombro, intentando que aquello no terminara en una pelea.

—¿Qué os pasa? Es mejor que nos dejéis tranquilos—repuso Shue.

—¿Qué nos pasa? Tal vez no deberías dejar que un mestizo te toque, Shue O’Keefe.

—¿Qué te pasa, mestizo? ¿No tienes valor para pararnos los pies que tiene que ser tu puta la que nos plante cara? —dijo Owen.

Fue entonces cuando Luis, furioso, se puso de pie como un resorte.

Los hermanos Sullivan hicieron lo propio hasta que escucharon la palanca del rifle que portaba Ted Harrigan.

—Vaya, así que el mestizo quiere pelea. ¿No crees que somos demasiados para ti? Te daré una oportunidad, chico, tú y yo con los puños—
dijo retándolo Ethan.

Luis asintió con determinación y se acercó a Ethan con paso firme.

Los demás chicos se agruparon en torno a ellos, formando un círculo.

Luis observó a su oponente, apretó los puños para empezar la pelea ante la atenta mirada del resto de los chicos. Pero antes de poder lanzar su primer golpe, un sonido sordo y seco cortó el aire y cayó al suelo tras recibir un culatazo con el rifle por parte de Ted. Los otros chicos comenzaron a pegar a Luis sin piedad en una sucesión de patadas que parecían no tener un fin, sin que los hermanos Sullivan pudiesen hacer nada, ya que tenían el cañón del arma apuntándolos.

—¡Vais a matarlo, parad! —Gritó Shue.

Fue entonces cuando Ted Harrigan se acercó a Luis.

—Hace algunos años Jack Holland mató a un Harrigan, dile que nuestra familia no lo ha olvidado y que iremos a por él —le dijo con ojos despiadados.

Luis levantó la cabeza intentando mirar hacia Ted. Comprendió que hablaba en serio, que el alcohol solo era una excusa para hacer aquello.

En ese momento Ted sonrió y lo golpeó de nuevo con la culata en la cabeza.





A la mañana siguiente, el rancho Holland se despertó preocupado e inquieto, ya que los hermanos Sullivan y Luis no aparecían por ningún lado, lo cual era bastante extraño, teniendo en cuenta que eran los primeros en levantarse al alba, preparados para un largo día de trabajo. Cuando Jack estaba a punto de ir en su busca vio a los hermanos Sullivan conduciendo un carromato y fue a su encuentro.

Los Sullivan tragarón saliva y sintieron un escalofrío morder sus entrañas al ver aparecer la figura imponente de Jack Holland acercándose con paso decidido. Jack llevaba sus chaparreras marrones puestas y cargaba su silla de montar sobre su hombro. Vestía una camisa azul de trabajo, y en su cinturón lucía una enorme hebilla de chapón con la forma de un caballo salvaje en el centro. Jack ya no era el joven pistolero de antaño; los años pasaron y el trabajo en el rancho lo convirtió en un hombre fuerte y robusto. El pelo de sus sienes ya se había teñido de blanco, y poseía un poblado bigote rubio que le daba un aire de madurez y rudeza al mismo tiempo. Su humor era cambiante y voluble; aunque solía estar enfadado la mayor parte de las veces. Su rostro tenía una expresión seria y casi nunca sonreía, solo se relajaba un poco cuando se tomaba una cerveza con el resto de vaqueros del rancho. A pesar de eso, Jack era un buen jefe, pagaba bien y puntual-mente, y consideraba a sus hombres como parte de la familia.

El rancho Holland tenía cierta notoriedad por suministrar caballos fuertes y rápidos a los *rangers*. Además, Jack, entrenaba durante algunos meses al año a los jóvenes *rangers* en el manejo de las armas. El vaquero era muy querido entre los agentes, que lo veían como una leyenda viviente pues todos sabían que era el hombre que acabó con la banda Mulligan. El rancho contaba con dos vaqueros, Todd Sullivan, que era viudo, y un joven apache al que llamaban Dos Perros, que vivía en el rancho con su mujer Flor Salvaje, anteriormente conocida como Charlotte Smith, que hacía de cocinera. Además, estaban Rosalía, Luis y los hermanos Sullivan, que echaban una mano siempre que podían. A Jack le gustaba desayunar con todos, se creaba un espíritu de camaradería. Aquella mañana, ni siquiera el café logró mitigar su mal humor.

Al acercarse, notó al instante la tensión en los rostros de los muchachos y supo que algo grave había ocurrido.

—¿Qué ha pasado, dónde diablos se ha metido Luis? —preguntó Jack, mientras dejaba su silla de montar en el suelo.

Mark hizo un gesto con su cabeza que señalaba al interior del carro. Jack echó un vistazo y vio a Luis acostado, su piel estaba repleta de cardenales, sus ojos hinchados y apenas podía respirar a causa de alguna costilla rota. Jack apretó los dientes al ver el estado en el que se encontraba. Una

vez dentro del carro, se arrodilló junto a él y le acarició la frente. Jack nunca fue un padre cariñoso, educó a Rosalía y a Luis para que fueran fuertes. En algún momento de su vida, creyó que no les hacía ningún bien siendo un padre afable; aquel era un territorio de hombres y mujeres duros que tenían que estar preparados para los reveses de la vida, que siempre aparecen sin avisar. Pero en aquel momento sintió un dolor en su alma, como si alguien le hubiese sacado un pedazo de sí mismo que jamás recuperaría. Jack miró hacia Peter esperando una explicación cuando de la boca de Luis salieron unas palabras.

—Ted... Harrigan, ten cuidado... Van ...—Luis no pudo terminar la frase, se desmayó, y su cuerpo comenzó a convulsionar durante unos segundos.

—¡Mark, sube tu trasero a un caballo y tráete al doctor Young, aunque sea por las orejas, asegúrate de que esté sobrio! ¿Qué diablos ha pasado con Ted Harrigan? —preguntó a Peter mientras que Mark se largaba hacia los establos.

Peter le contó a Jack lo que ocurrió en el lago y cómo Ted los amenazó con su rifle. Los Harrigan eran viejos conocidos. Desde que Jack mató a Paul, los Harrigan habían prosperado. La familia se dedicó a suministrar maquinaria y equipamiento para los pozos de petróleo y, poco a poco, acumularon una fortuna. Eso les hizo mejorar, no solo económicamente, también se convirtieron en la voz del *Ku Klux Klan* en el Condado de Clay. Poseían suficiente influencia para meterse con quien les apetecía, y a Jack lo tenían en el punto de mira desde hacía tiempo. Después de acomodar a Luis en su cuarto, se ciñó su revólver a la cintura, se montó en su caballo y se dirigió hacia la casa de la familia Harrigan.

A pesar de que los Harrigan tenían dinero; el clan malvivía en la misma casa: una construcción de tablas de madera carcomida por el paso del tiempo que los primeros Harrigan construyeron cuando llegaron al territorio. Desde lejos divisó a Ross, sentado en una mecedora en el porche de la casa, con una escopeta *Browning* de repetición en su regazo. Ross, era el hermano mayor de Paul Harrigan y el padre de Ted. Era un hombre gordo y fuerte, con una gran calva en su cabeza y escaso pelo por los lados de su cráneo. Su ropa no hacía gala de su posición; llevaba una camiseta interior que en algún momento fue blanca y que estaba repleta de lamparones y manchas de comida y cerveza, junto con unos pantalones marrones que sostenía en su cintura obesa gracias a unos tirantes. Jack entró en la propiedad de los Harrigan y, sin desmontarse del caballo, se dirigió hacia Ross, llevándose la mano al sombrero en señal de saludo. Ross observó con desdén a Jack mientras se acercaba. La tensión se cortaba con un cuchillo, los dos hombres se miraban a los ojos intentando descifrar las intenciones del otro. Ross no olvidó jamás el día que el cuerpo de su hermano apareció delante de su puerta con una bala en la sesera.

—¿Qué haces aquí, Holland? —le dijo con total desprecio.

—He venido a por Ted, dile que se entregue. Te prometo que tendrá un juicio justo, te doy mi palabra.

—Vamos Jack, son cosas de críos... Estás exagerando—sonrió.

El aire se espesó de repente, impregnándolo de un silencio abominable, mientras Harrigan miraba de arriba abajo al vaquero con arrogancia y acariciando, con su dedo índice, el gatillo de la escopeta.

—Mi oferta no durará mucho, Luis llegó a casa medio muerto y Ted fue el causante. La justicia y la ley están para estos casos.

—¿Hablas tú de justicia? —rugió Ross Harrigan con una sonrisa burlona— ¿Dónde estaba esa justicia cuando asesinaste a mi hermano? No le diste ni una oportunidad, Don Pistolero famoso. Él solo era un pobre patán sin ninguna oportunidad. ¿Sabes que le rompiste el corazón a madre?

—Claro que se la di, se lo imploré—le contestó Jack.

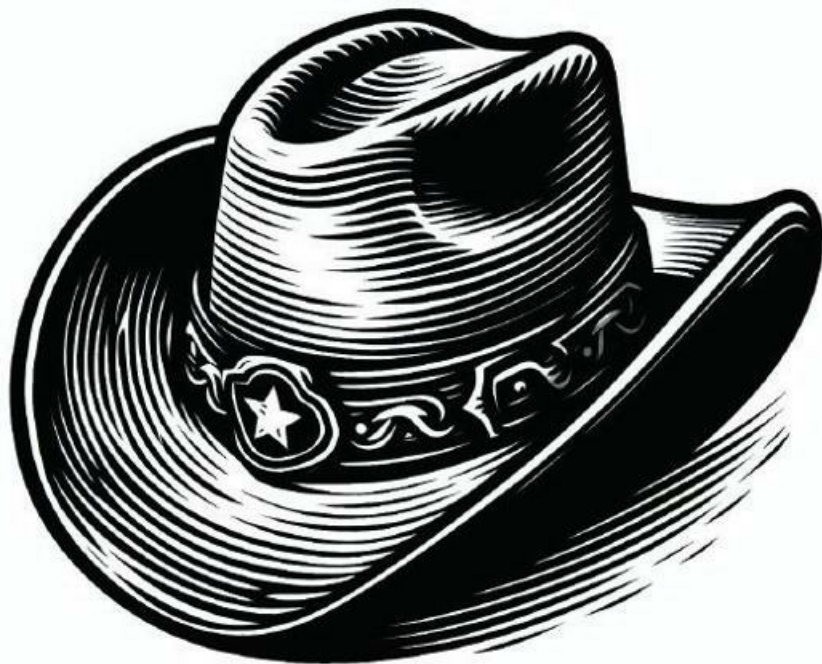
—¡Mientes! ¿Quién me dice que si Ted se entrega no lo cuelgues de cualquier rama de camino a Henrietta? Además, Holland, tú ya no eres un agente de la ley. Vienes a mi propiedad, a mis tierras, con exigencias y reclamando a mi hijo. Dame una excusa y te prometo que te llenaré de plomo.

—¡Si crees que no puedo conseguir mañana mismo una estrella de *ranger*, estás equivocado! Solo tengo que chasquear los dedos para colgarme una en el pecho y cuando vuelva a por Ted, no vendré solo. Te lo prometo.

—Ya no somos esa familia que criaba cerdos. Cualquier día te encontrarás de nuevo con una cruz humeante delante de la puerta de tu casa. Metes en tu rancho a católicos, mexicanos y apaches con sus sucias *squaws*. ¿No te das cuenta de que América es para los americanos blancos y protestantes? Eres un traidor, un maldito traidor. Tengo la esperanza que dentro de poco habrá una lápida con tu nombre arañando la tierra.

—¿Sabes que decía mi padre, el reverendo Holland, sobre la esperanza? Que era el último refugio del cobarde —dijo Jack mientras tiraba de las riendas para salir de la propiedad de los Harrigan.

—¡Márchate de mi propiedad ahora que puedes, mañana estarás muerto, te lo prometo y no habrá nada ni nadie que pueda impedirlo, señor importante, ni la ley, ni los malditos *rangers*! —le gritó Ross mientras Jack se retiraba.



Shue se sentía desolada. Se preguntaba a cada momento si Luis estaba bien. Rememoraba todo lo

que ocurrió en el lago y no podía dejar de llorar, pensando que podría haber evitado aquella paliza. Se encerró en su habitación durante horas sin saber qué hacer. Por un lado, quería ir hasta el rancho y ver a Luis, pero por otro, no quería ser una molestia para él. Se sintió atrapada en un torbellino de emociones sin saber qué camino tomar. Incluso Laura, su madre, se preocupó.

La noticia de la paliza a Luis corrió como la pólvora y todos sabían que aquello más tarde o más temprano estallaría. Los Harrigan eran una familia con la que no se podía jugar, y Jack Holland seguía siendo un adversario temible. Todo el mundo en Henrietta apreciaba a Luis; incluso a Laura le parecía un buen chico, aunque por razones obvias siempre se mantuvo en un segundo plano respecto a él. Cuando Shue le pidió encarecidamente ir al rancho Holland para saber de Luis, Laura se lo prohibió. En los próximos días el pueblo podía convertirse en un campo de guerra, y no quería ver a su hija en medio de un fuego cruzado. Ni siquiera el *sheriff* quiso saber nada, en un momento recogió sus cosas y puso tierra de por medio, convirtiéndose Henrietta, de nuevo, en una tierra sin Ley.

Shue se sintió cada vez más atrapada en una pesadilla sin fin. No podía dejar de pensar en Luis, estaba herido y ella necesitaba saber que estaba siendo atendido. La tensión era palpable en el aire, y todo parecía que empeoraría. Al pueblo empezaron a llegar hombres armados en varios automóviles y que se hospedaron en el hotel ex-pulsando a los huéspedes. No eran hombres de la ley; la mayoría no pertenecía al condado. Shue sabía que tenía que hacer algo para ayudar a la familia de Luis, pero se sintió impotente y sin saber cómo actuar. Ella no era como su madre, no sabía disparar ni montar. El «Internado para Señoritas de la señora Morgan» no enseñaba esa clase de cosas. Le hubiera gustado tener algo del carácter indómito de su padre, Patrick O’Keefe, y menos clases de punto de cruz. Su abuela, antes de fallecer, le contó viejas historias sobre lo valiente que era su madre. Le costaba creer que la mejor veterinaria del condado era toda una guerrera.

Las calles de Henrietta estaban vacías, todo el mundo se encerró en sus casas temiendo lo peor. Solo campaban aquellos hombres extraños, bebían *whisky* y besaban a chicas medio desnudas que llegaran de lupanares de la zona en busca de dólares. Ante aquel panorama, Shue se convenció a sí misma de que lo mejor que podía hacer era, arriesgando su propia vida si era menester, buscar información de cuantos hombres había en el hotel y qué clase de armas llevaban. La gente del pueblo supuso que eran matones del *Ku Klux Klan* y que estaban allí para intimidar a todos, incluido a Jack Holland. No conocían a Jack Holland, nadie lo conocía.

Shue se armó de valor y salió de su casa, a pesar de la prohibición de su madre. Caminó por la calle principal ante la impávida mirada de alguno de aquellos hombres. Fue al hotel a echar un vistazo, haciendo un recuento de los hombres armados que veía. Casi todos llevaban revólveres y rifles de repetición. Miró por la ventana del hotel que daba al salón *Moonlight*; los hombres jugaban al *póker* y bebían mientras las chicas les vaciaban la cartera. En total, Shue contó una veintena de hombres, pero intuía que eran más. Siguió escrutando el interior del salón hasta que un hombre la increpó.

—Hola, princesa, ¿te gustaría dar una vuelta?

El hombre asustó a Shue, que corrió hacia un callejón, escondiéndose detrás de unos barriles. El matón la persiguió, estaba ebrio, le costaba mantenerse en pie y guardar el equilibrio. Era un tipo corpulento de unos cuarenta años, con el cabello largo y una frondosa barba rubia. Echó un vistazo buscando a la joven, de un empujón apartó los barriles y se encontró con Shue en cuclillas agazapada, temblando de miedo como una vara verde.

—Ni te muevas, princesa—le espetó mientras se aflojaba el cinturón de su pantalón.

Justo cuando estaba a punto de agredirla, el hombre recibió un buen golpe en la cabeza. Se llevó

la mano al cráneo a causa del dolor y se dio la vuelta para ver a Otis, el tendero, que se preparaba para darle otro golpe.

—¡Maldito negro! —exclamó mientras intentaba desenfundar su arma, y Otis le asestaba un nuevo golpe en la cara con una pequeña porra.

El hombre cayó sin sentido al suelo. Otis le ofreció su mano a Shue y la ayudó a incorporarse, agradecida por su valiente intervención.

—¿Está bien, señorita Shue?

Ella asintió, sin poder articular palabra a causa del miedo que aún la invadía.

—No debería andar por las calles, no son seguras.

305

—Lo sé, Otis, pero no podía quedarme con los brazos cruzados.

Estoy preocupada por Luis y su familia.

—Entiendo su preocupación, pero es peligroso involucrarse, y no quiero que se ponga en riesgo. La llevaré a casa con su madre y allí buscaremos una solución juntos.

Otis y Shue abandonaron el callejón, dejando al hombre sin recobrar el sentido. Anduvieron la calle principal ante la atenta mirada de algunos matones. Shue caminaba unos pasos por delante de Otis para no levantar sospechas, aunque uno de aquellos hombres salió al paso de la muchacha.

—¿Es suyo ese negro? Si la está molestando, solo tiene que decirlo, y le prometo que recibirá su merecido —le dijo con gesto retorcido.

—Es nuestro criado, gracias —le contestó Shue mientras se alejaban hacia su casa tratando de ocultar su temor.

Al llegar a casa, encontraron a Laura nerviosa y alterada. Shue, a duras penas, le explicó lo que estaba ocurriendo en el pueblo, cómo fue atacada por uno de aquellos hombres y cómo Otis la salvó. Laura estaba furiosa, pero entendió que Shue estuviese preocupada por Luis.

—Tenemos que hacer algo, mamá. No podemos quedarnos con los brazos cruzados mientras esos hombres se ríen con la idea de colgar a todos los Holland y quemar su rancho—insistió Shue decidida.

Laura miró a Otis, que movía su cabeza asintiendo a cada palabra que Shue pronunciaba.

—Jovencita, no voy a dejar que vayas al rancho Holland a avisar a nadie. Te puedo asegurar que Jack Holland se las puede arreglar solito. Estoy segura de que el señor Otis lo hará por nosotras, sin duda. ¿Qué crees, que yo no estoy preocupada? Allí está Charlotte, mi hermana, aunque ahora se llame Flor Salvaje y casi reniegue de su familia blanca.

Laura no podía consentir que Shue se involucrara más de la cuenta. Su hija no volvería a ponerse en peligro. Sabía que podía contar con Otis para llevar a cabo esa misión, avisar al rancho Holland e incluso a las autoridades de que las cosas en el pueblo se iban a poner muy difíciles.

Jack y Otis eran viejos amigos desde que cabalaron juntos para acabar con la banda Mulligan. La historia de Otis era triste. Después de participar en la lucha contra los Mulligan, recorrió medio país buscando a su familia, pero jamás los encontró y algunos años más tarde regresó a Henrietta. Abrió una tienda con algunos ahorros y dinero prestado, logró ser el dueño de un pequeño almacén donde se vendía un poco de todo: comestibles, telas, municiones y todo tipo de herramientas. Para los habitantes del lugar, el color de la piel de Otis nunca fue un problema, al menos para la gran mayoría. Aunque algunas familias, como los Harrigan y algunos más, lo evitaban, y de vez en cuando, recibía algún improperio, sobre todo cuando estaban borrachos, pero la sangre nunca llegaba al río. Sin embargo, la amistad con los Holland era más fuerte que cualquier intento de no tomar partido en aquella lucha. Se lo debía a Jack; en gran parte era el

causante de que fuera aceptado en el pueblo y lo sabía. Sentía una enorme gratitud hacia él y no iba a dejar que nada malo le ocurriese si él podía evitarlo.

Media hora después, Laura le prestaba un caballo y un revólver a Otis. En la calle, todo era alboroto: los hombres borrachos disparaban al aire una y otra vez, se peleaban entre ellos y amedrentaban a los pocos ciudadanos que se atrevían a cruzar la calle. Otis salió por la parte trasera de las cuadras que Laura utilizaba como «hospital» para caballos. Recorrió unas yardas cuando vio al hombre que atacó a Shue levantándose a duras penas, tambaleándose a causa del golpe que Otis le propinó. El hombre lo miró, la vista le fallaba, le costaba enfocar; una vez que tuvo a Otis cerca, un recuerdo fugaz volvió a su mente.

—Tú eres...—dijo levantando su dedo acusador.

Sin descabalar, Otis le propinó una patada en la boca que le hizo saltar varios dientes y se alejó al galope de allí. Los hombres del clan habían dejado puntos de control para vigilar quién salía y entraba en el pueblo, pero fue fácil para Otis salir sin ser visto a causa del estado etílico en que se encontraban.

Espoleó a su montura y en pocos minutos oteó el rancho Holland en la distancia. Cuando se aproximó a la casa, Jack y Dos Perros salieron a su encuentro. El ambiente estaba enrarecido. Otis vio a los hombres, estaban armados hasta los dientes.

—Otis, ¿qué diablos estás haciendo aquí? —le interrogó Jack.

—Todavía te quedan amigos en el pueblo, Jack. He venido a avi-sarte. El *Klan* ha reunido un pequeño ejército y van a ir a por ti y a por todos los que te presten su ayuda. Son muchos.

—Te agradezco el aviso, viejo amigo.

—Nos vendría bien otro revólver aquí —dijo Dos Perros.

—¿Cómo has conseguido salir de Henrietta? —preguntó Jack.

—Están demasiado borrachos como para darse cuenta quién entra y sale del pueblo, te lo aseguro. ¿Tienes un plan?

—Yo siempre tengo un plan. Por cierto... ¿Ese caballo?

—Es de Laura O'Keefe. Ya te dije que todavía te quedan amigos en el pueblo.

Cuando Jack escuchó ese nombre, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Laura y él llevaban años evitándose. Cuando se cruzaban, bajaban la cabeza o se apartaban hacia otro lado. En aquel par de corazones parecía que ya no quedaba nada, nada del cariño y del amor que se prometieran hacía ya una eternidad; ni tan siquiera en la iglesia eran capaces de compartir el mismo banco y la gente murmuraba siempre en contra de Laura y de cómo se casó con Patrick O'Keefe buscando su fortuna. Pero Jack todavía la amaba y en la oscuridad de su habitación la invocaba para que su mente se llenara de ella. Se imaginó mil veces a su lado siendo una familia feliz. El vaquero muchas veces observaba a Shue en la distancia; era su hija, fruto de su amor por Laura. Hubo momentos en que se arrancaría el alma por abrazarla, por liberarse de aquellas cadenas invisibles que lo ataban, por decirle que él era su padre y que tan solo llevaba el apellido O'Keefe porque el destino es caprichoso. Pero nunca pudo; el pasado pesaba como una losa y sus palabras se enredaban en su garganta en un nudo que no quería desatar y que insistía en mantener aquel abismo entre ellos. Se convirtió en una sombra, en alguien que vigila desde la distancia. Un ángel protector. Un temblor se apoderó de sus manos, tuvo miedo, miedo a que a Laura y a Shue les ocurriera alguna cosa. Era el mismo miedo que tuvo cuando rescató a Rosalía y a Luis de manos de los comanches; aquel día no dudó en internarse en el infierno y salvarlos de la muerte. Pero ahora no podía abandonar el rancho e ir a protegerlas.

Se acercó a Otis dejando a Dos Perros atrás.

—¿Podrás hacerme un favor, Otis? —le preguntó con cara circunspecta. Otis asintió con gesto

contenido.

—Protege a Laura y a su hija con tu vida. Las cosas se podrán feas también en el pueblo.

—Haré lo que pueda por ellas. ¿Seguro que no prefieres que me quede con vosotros?

Jack negó con la cabeza mientras acariciaba la grupa del caballo.

En aquel instante, Otis comprendió que Jack seguía enamorado de Laura. Él era conocedor de todos los chismorreos que circulaban por el pueblo sobre la pareja; ser el tendero le proporcionaba cierta posición de poder a la hora de conocer todos los dimes y diretes. A las personas les gustaba juntarse en su tienda mientras hacían cola, esperando que Otis las atendiera, y era conocedor de todas las «lindezas» que las gentes del pueblo soltaban sobre la pareja. Que si Laura era una zorra, que si era una aprovechada, pobre Jack, es un santo.

Aquello era lo más suave que se podía escuchar. Así que, cuando Otis vio el rostro de Jack al borde del llanto, suplicarle casi con la mirada su ayuda, no se pudo negar.

Clavó sus espuelas y se dirigió de nuevo al pueblo. Un jinete solitario que oteaba el horizonte buscando cualquier peligro. La tarde se cernió sobre Otis; su sombra gigantesca se proyectó sobre la tierra reseca, y el sonido de los cascos de su caballo se mezcló con el sibi-lante rumor de la brisa sobre su rostro. Sortear los controles del *Ku Klux Klan* para entrar en la ciudad no era más que un juego para Otis, era lo que siempre había hecho, pasar inadvertido para los ojos de los blancos. Era como moverse entre las sombras, un juego peligroso en el que solía ganar.

Henrietta, a lo lejos, no era más que otro pueblo de Texas, orgulloso de su pasado rebelde y se erguía, ante él, casi ruinoso, con sus calles polvorientas y sus fachadas de madera desgastadas por el tiempo, pero esa era su casa. No iba a dejar que unos mequetrefes lo echaran de un lugar que había llegado a amar. Los guardianes, sumidos en su vorágine de alcohol, no percibieron su llegada, dieron por hecho que nadie en su juicio osaría largarse o entrar al pueblo, y menos un negro.

Las risas y el ruido de sus botellas vacías rompiéndose en mil pedazos contra el suelo alertaron a Otis; los sentidos de aquellos hombres estaban nublados, sus miradas no se percataron de otear el horizonte más próximo.

Como si de un puma de las montañas se tratara, pasó cerca de ellos, su figura no era sino un destello fugaz, un espejismo en la tormenta, ni siquiera vieron su sombra que se proyectaba lejos de sus ojos. Una vez que los hombres del control quedaron atrás, se inclinó hacia delante y le susurró unas palabras de aliento a su caballo que, contenido como el aullido de un espectro, deseaba cabalgar con ferocidad de nuevo hacia su hogar.

Al llegar a Henrietta percibió que algo marchaba mal. Escuchó un tumulto, voces repletas de alcohol que juraban y maldecían. Unos cuantos hombres aporreaban la puerta de la casa de Laura con furia y el retumbar de los golpes reverberaba en su alma como una condena que le recordaba su promesa a Jack.

Otis descendió de su montura y desenfundó el revólver, su único aliado en aquella danza de vida y muerte. Con la tensión palpable a cada paso, avanzó con determinación hacia los hombres que acosaban la morada de Laura. Todo parecía volverse pequeño, insignificante; todo su mundo se focalizó en aquellos hombres, en su mano y en su arma.

Fue hacia el grupo y comenzó a disparar sobre ellos. El negro era un buen pistolero; en los días que estuvo con el grupo, aprendió a manejar un revólver. Las balas impactaron sobre dos hombres que cayeron al suelo, víctimas de su implacable puntería. Los demás, otros tres hombres, se dieron la vuelta y comenzaron a disparar sobre el tendero, pero estaban tan bebidos que sus erráticos proyectiles ni lo tocaron y se perdieron en la atmósfera caliente y espesa del pueblo. A Otis le quedaban dos balas en el tambor.

De pronto, Laura salió por la ventana armada con una escopeta de dos cañones, disparó y otro de los hombres cayó al suelo como un muñeco roto. Una mueca de terror cruzó el rostro de Otis, con el movimiento de una mano hizo que Laura se apartara de la ventana.

Si los hombres del *Klan* la descubrían, madre e hija lo pasarían mal.

El tiroteo no pasó inadvertido para el resto de la ciudad. Los hombres del *Ku Klux Klan* vieron a un negro disparando y casi al momento una soga esperaba a Otis, fría y amenazante, una promesa de muerte en manos de unos hombres sin escrúpulos. Ross Harrigan se puso a la cabeza de aquel grupo de hombres. A Otis no le dio tiempo a recargar su arma. Tuvo que levantar sus manos. Dos hombres lo sujetaron como una bestia con una fuerza tan opresiva que lo cercenaba en lo más profundo de su alma, lo ataron a un poste, la madera áspera y vieja arañó su piel. Le rajaron la camisa e intentaron matarlo en vida con sus insultos y blasfemias, pero Otis no se dejó amedrentar. Él ya sabía que estaba muerto. Las marcas de antiguos latigazos eran visibles en toda su espalda, un recordatorio silente de los horrores que sufrió en el rancho Potter durante toda su vida. Harrigan agarró un látigo y se colocó a poca distancia de Otis, alzándose como juez y verdugo.

—Vas a recordar viejos tiempos, negro —le dijo Ross mientras comenzaba a golpearlo con el látigo, descargando una violencia que cortaba el aire y la carne del hombre negro con su mortal siseo.

Laura presenció la cruel escena desde la ventana, pero quedó impotente, incapaz de intervenir. Un fuego interior en su pecho la consumía; era como un animal enjaulado dispuesto a morder. Los hombres del *Ku Klux Klan* se congregaron allí, mirando el espectáculo, jaleando a Ross con sus rostros empapados de odio cada vez que lanzaba el látigo y se estrellaba en la espalda del hombre, marcando la carne y convirtiéndola en una serie de profundos surcos por donde la sangre brotaba sin pausa.

Para Otis, aquel castigo no era nuevo, era un eco doloroso de todo lo que tuvo que soportar en el rancho Potter. El restallido del látigo se filtró en su cabeza como un recordatorio infernal. En algún momento de su vida, llegó a pensar que aquel sonido era la risa del diablo, afilada como un cuchillo invisible, sinuoso como una serpiente que perfora con sus colmillos venenosos la frágil barrera entre la realidad y el abismo de la mente de Otis; una risa retorcida y siniestra que reverberaba a través del tiempo, una burla que se regodeaba en la angustia y el dolor.

Aquella idea que rozaba la locura se instaló en su mente durante mucho tiempo para recordarle lo insignificante que era. En las noches de calor, cuando vivía en el rancho, en muchas ocasiones recordaba los latigazos sobre su piel; aquello era como un espectro de media noche que te visita para no dejarte en paz, para flagelarte en los rincones más apartados de la mente; un susurro que se mezclaba con sus lamentos hasta entrelazarlos con sus miedos más profundos.

Ahora podía ver la cara del diablo disfrutar a cada latigazo como un espectador macabro. Veía sus ojos ardientes fijos sobre su espalda mientras el látigo se alzaba una y otra vez contra él.

En la habitación, Shue espiaba temerosa detrás de una cortina; sus ojos absorbían todo el horror. Un grito de terror sonó en la casa, la chica no lo pudo evitar y su inocencia se terminó para siempre. Laura la abrazó, impotente. Quería disparar, pero también sabía que aquella era una batalla que no podía ganar: debía proteger a Shue. Por suerte, nadie se había percatado del disparo que hizo desde la ventana, ya que su sonido se perdió en la inmensidad del horizonte, con la canción de la última ráfaga de viento del atardecer.

Un silencio sepulcral se instaló en las calles de Henrietta, solo se escuchaba el sonido de látigo cortar el aire. No oyeron ningún sonido ni palabra de piedad de boca de Otis, y eso enfureció a Ross. Cada vez que lanzaba el látigo, lo hacía con más fuerza. Ross empezó a cansarse, su

camisa se empapó de sudor. Parecía que el látigo pesaba una tonelada. Al final, exhausto, ordenó que colgaran a Otis. Uno de los hombres se acercó y miró de cerca al negro.

—¡Está muerto! —le advirtió a Ross.

—Llevad esa escoria al rancho Holland, que sepan lo que les pasa a los que se meten con el *Ku Klux Klan*.

Minutos después, desde el rancho Holland, avistaron la llegada de un jinete en el horizonte. La misteriosa figura estaba envuelta en una túnica blanca y ocultaba su rostro con una caperuza del mismo color. A medida que se acercaba al rancho, el caballo dejaba una estela de polvo al arrastrar un cuerpo inerte. Todd Sullivan y Dos Perros apuntaron con sus rifles, pero estaba demasiado lejos. El jinete dio media vuelta, dejando el cuerpo tirado mientras se alejaba al galope de nuevo hacia Henrietta.

Con paso decidido, Jack fue hacia donde yacía el cuerpo. Sus manos temblaron al comprobar que se trataba de Otis; su cuerpo estaba desfigurado a causa de los múltiples latigazos que surcaban su cadáver. No pudo evitar pensar en Laura y Shue, solas y rodeadas de aquella escoria. Ningún honrado ciudadano de Henrietta se enfrentaría a aquellos hombres, eran un atajo de cobardes. Solo estaba él y su revólver para terminar con aquello. Supo en aquel instante que las necesitaba, aunque solo las viera desde la distancia, aunque las prote-giera desde el silencio, aunque Laura lo odiara.

Cerró los puños de rabia y se dirigió hasta la caballeriza con la firme intención de ensillar su caballo. Sin embargo, Todd y Dos Perros fueron tras él, intentando detenerlo. Aquel movimiento del *Ku Klux Klan* se veía que no era más que una burda trampa para que perdiera los papeles y fuera al pueblo. Todd y Dos Perros nunca permitirían que eso sucediera. Ahora más que nunca se necesitaban. Si estaban juntos, tal vez tendrían una oportunidad para salir de aquel lío y superar las amenazas que se cernían sobre sus cabezas.

—No puedes ir a Henrietta —advirtió Dos Perros mientras lo agarraba por el brazo —. Es un suicidio.

—¡No hay nada que podáis hacer!

—Por una vez en tu vida, guarda silencio y escucha a Dos Perros. Lo más sensato es esperar y recibirlos en nuestro terreno.

—¡No llegarás a Henrietta; lo más probable es que te hagan una emboscada! ¿Qué será de nosotros entonces? Aquí tienes a tus hijos, nosotros a nuestras familias.

Jack soltó su brazo de la mano del apache con brusquedad y miró amenazante hacia los dos hombres.

—¡Si intentáis detenerme, os dispararé!

En aquel instante, Dos Perros le soltó un puñetazo que acabó con los huesos de Jack en el suelo. El vaquero intentó desenfundar el revólver, pero Todd le pisó la mano con fuerza.

—Si nos escuchas, tal vez tengamos una oportunidad —insistió Todd, tratando de calmar la situación.

Dos perros luchó con Gerónimo y Apache *Kid*; conocía lo que eran las tácticas de guerrilla y la lucha con inferioridad numérica. Sabía que la audacia y la inteligencia podían inclinar la balanza a su favor aun en el campo de batalla más desigual. Y tenía un plan. Cuando la cordura volvió a la mente de Jack, Dos perros le explicó sus intenciones. El vaquero observó cómo el indio hablaba con sabiduría, como el eco lejano de los antiguos guerreros con los que cabalgó en sus años de impetuosa juventud. Explicó, con todo lujo de detalles, cómo podrían aprovechar las pocas ventajas de las que disponían. Dos perros sabía que el factor sorpresa era su mejor aliado; los hombres del *Ku Klux Klan* no contaban con que ellos salieran del rancho y los atacaran, por

eso aquella era la mejor opción. El apache planeó una emboscada en un lugar estratégico.

Sabía que los hombres del *Ku Klux Klan* atacarían por la noche, envueltos en sus capas blancas y con sus antorchas, pero Dos Perros tenía la confianza de quien ha enfrentado el peligro mil veces y siempre salió victorioso. La palabra clave era «dinamita».

En Henrietta, el agua era casi tan valiosa como el oro. La dinamita se convirtió en el medio para obtener el líquido vital de las entrañas de la tierra. Era la mejor de las soluciones, ya que fracturaba las formaciones rocosas con facilidad. Se perforaba un agujero a cierta profundidad, y luego introducían pequeñas cantidades de explosivo en lo que era una voladura controlada, permitiendo que el agua fluyera. Después, la dinamita sobrante se la entregaban al *sheriff*. Con el tiempo, Jack llegó a reunir una cantidad considerable que guardaba en su rancho en un lugar secreto, lejos del pueblo, por motivos de seguridad. Dos Perros lo sabía; en algún lugar de aquel pequeño rancho se encontraba la llave que los llevaría a la victoria. Luego era importante saber manejar el explosivo. Por suerte para el rancho, Todd Sullivan había volado medio estado en busca del filón de oro y plata que lo sacara de la ruina. Nunca se hizo rico con el oro; demasiado trabajo y nulos ingresos. Lo bueno era que conocía la dinamita, las mechas, sus tiempos. Todo el plan de Dos Perros iba cogiendo forma.

—¿Dónde guardas la dinamita, Jack? —le preguntó el apache.

Pronto, aquel enfrentamiento volvería a redefinir el equilibrio de poder de Henrietta.



Ross Harrigan también tenía un plan: arrancaría los cimientos del rancho Holland aunque fuera lo último que hiciese en su vida. Aquella misma noche atacarían. Por el este, cinco automóviles llevarían a los hombres del *Klan* hasta el rancho. Tomarían posiciones y dispararían sin tregua. Por el oeste, una columna de jinetes emergería como espectros para desatar la furia, liderada por el propio Harrigan.

Portarían antorchas y se internarían en el rancho para quemarlo todo; el rancho Holland sería consumido por las balas y el fuego, su legado reducido a cenizas. Nada podía salir mal.

Pero, por desgracia para Ross, algunas cosas iban a salir mal. Muchos de sus hombres tomaron aquella jornada como algo festivo, algo así como un desfile de la victoria, y la mayor parte de ellos estaban demasiado borrachos como para poder responder a lo que se les venía encima, convirtiendo lo que debía ser un asalto milimétrico en una danza caótica de borrachera y confusión. Otros no habían participado, en toda su triste vida ni tan siquiera en una pequeña refriega; eran hombres sin experiencia en el combate. La mayor parte de ellos eran matones de salones de tercera con experiencia en apalear a personas indefensas, pero nunca se enfrentaron a hombres como Jack Holland y Dos Perros. Su ataque era tan previsible, tan infantil, tan de hombre blanco, que el apache sabía dónde atacar y cómo hacerlo.

Los cinco automóviles partieron de Henrietta vitoreados por el resto de hombres del *Klan*. La noche era clara, calurosa, y avanzaban sin capota, tal era la confianza del grupo armado. No dejaron de beber ni un solo instante; incluso los conductores, que no eran capaces de que el auto avanzara en línea recta. Disparaban sus armas al aire como si aquello fuera el 4 de julio y continuaban bebiendo a gollete sin pausa, celebrando la victoria. Avanzaron por la oscuridad, iluminando con sus faros el camino seco y desértico.

Dos Perros los vio tras una loma coronada por una inmensa y gastada roca rojiza. Su mirada se llenó de una mezcla de calma y determinación. El tiempo se movía con una lentitud cruel; deseaba la acción con fervor, como el guerrero que fue y que todavía era. Su montura soltó un bufido profundo, meneó su cabeza nerviosa y rascó la tierra con una de sus pezuñas. Dos Perros dio una calada a un puro, soltó el humo y encendió la mecha de un par de cartuchos de dinamita. Según le dijo Todd, tenía un minuto justo para lanzar los cartuchos antes de que explotaran. Azuzó a su montura y esta comenzó a galopar con la velocidad del viento. Dos Perros era un gran jinete, tal vez el mejor que Jack vio en toda su vida; sabía de caballos y eso se notaba. El vaquero quedó impresionado la primera vez que lo vio montando; era como si tuviese un lenguaje secreto con su caballo, una conexión que trascendía el habla y se expresaba con la musicalidad de los movimientos. El apache poseía un conocimiento casi innato sobre los caballos. No necesitaba dar órdenes verbales a su montura; sus movimientos corporales eran suficientes para fundir a caballo y jinete en uno solo, una máquina de guerra perfecta para las vastas llanuras y así conquistar la inmensidad de la tierra que se abría en canal ante ellos.

No fue difícil ponerse a la cola del convoy. Los automóviles hacían tanto ruido que no se dieron cuenta de que el apache los seguía.

Dos Perros agarró las riendas de su caballo con firmeza y apretó sus muslos. Su galope era un

equilibrio entre la velocidad y el control. Su caballo se convirtió en furia, iba a una velocidad a la que ningún auto podía alcanzar. Cuando estuvo cerca del último coche del convoy, lanzó los cartuchos de dinamita, dio media vuelta y se esfumó de allí al tiempo que una explosión hacía estallar el auto, repartiendo un buen número de miembros cercenados por todo el lugar. Los ocupantes de los automóviles restantes quedaron aturridos por la gran explosión; algunos comenzaron a disparar hacia todas las direcciones sin poder distinguir al enemigo en medio del caos. Allí tan solo quedaban fantasmas, sombras que parecían evaporarse hacia la nada más absoluta e irreal. Dos Perros se detuvo y desde una loma elevada observó cómo el convoy seguía su camino. Extrajo de sus alforjas otro par de cartuchos, le dio de nuevo otra calada a su puro prendiendo la mecha casi al momento y salió a toda velocidad.

En ese mismo instante, Jack se abalanzó a galope tendido contra el primer coche del *convoy*. En su mano derecha portaba otro par de cartuchos de dinamita, preparados para sembrar el caos y la destrucción, pero sobre todo hacer que el terror rebosara en el corazón de sus enemigos. Los hombres de los coches lo vieron con estupor.

Apuntaron sus armas hacia él y comenzaron a disparar hasta que no les quedó ni una bala en la recámara. Jack fue todo lo deprisa que pudo hacia el primer automóvil, convirtiéndose en una fuerza imparable. Los hombres lo vieron llegar con temor, intentaron cargar sus armas con una desesperación acuciante. El caballo saltó por encima del coche mientras Jack dejaba caer los dos cartuchos de dinamita en el habitáculo. Siguió cabalgando hasta perderse en la oscuridad mientras uno de los ocupantes del coche buscaba con desenfreno los cartuchos de dinamita.

Dos Perros vio toda la acción de Jack. Comprobó de primera mano que lo que decían los indios sobre él era cierto. Jack poseía una poderosa medicina en forma de amuleto que hacía que las balas no lo tocaran y que parecía desafiar las propias reglas de la naturaleza; un escudo invisible que lo mantenía a salvo de la muerte. Decían los comanches y kiowas que un chamán oscuro se lo regaló a causa de una extraña visión. Justo cuando estaba a punto de arrojar la dinamita en el cuarto automóvil vio a un hombre del primer coche sostener el explosivo. Estaba a punto de arrojar el cartucho hacia la oscuridad cuando le explotó en la mano. El hombre se hizo pedazos, mientras el resto de ocupantes salían del coche mutilados y sangrando para después arrojarse al duro suelo desértico y suplicar una muerte rápida.

Por su parte, Dos Perros arrojó sus cartuchos dentro del otro coche. Los hombres del automóvil, con el miedo en el cuerpo, lograron salir sin que los cartuchos de dinamita explotaran, aunque el coche sufrió la deflagración y quedó destrozado. Aterrados, decidieron dar media vuelta y regresar a sus hogares. Los cuerpos desmembrados eran una invitación a olvidarse de todo aquello y no mirar atrás.

Dos Perros y Jack corrieron hacia el rancho antes de que los jinetes del *Klan* llegaran para acabar con todos. Dentro de la pequeña casa del rancho se respiraba una calma tensa. Los Sullivan, padre e hijos, se apostaron en las ventanas con rifles de repetición, mientras que Flor Salvaje cubría la ventana y la puerta trasera. Rosalía colocó una silla en un rincón del cuarto de Luis armada con dos *Colts*, esperando que algún fantasma blanco entrara en la habitación para llenarlo de plomo. Rosalía echó de menos que Luis no estuviese en plenas facultades para combatir a toda aquella chusma. Era un gran tirador, les hubiese venido bien otro revólver. Pese a ello, la muchacha rezaba para que Ted Harrigan entrara por aquella puerta o asomara su cara llena de granos por la ventana. Se escucharon un par de caballos llegar. Eran Jack y Dos perros. Una vez dentro de la casa, Dos Perros fue con Flor Salvaje para fortalecer la parte trasera, mientras que Jack agarró un par de cajas de municiones y fue a las caballerizas, soltando a los caballos que allí se encontraban. Desde aquella posición mantendría raya a los hombres del *Ku Klux Klan* con un

fuego cruzado.



Anocheció cuando a las afueras de la ciudad un grupo de hombres vestidos con túnicas blancas se congregó formando un círculo. Fuera del gran círculo ardía una cruz que iluminaba con tonos naranjas el ambiente. El líder, Ross Harrigan, con el rostro descubierto, se colocó en el centro con su imponente figura, proyectando sobre el suelo una pequeña sombra. Apoyó las manos en jarras sobre sus caderas y miró con decisión a todos sus hombres. Su voz se alzó firme y solemne.

—¡Hermanos, nos reunimos esta noche en este rincón apartado de la mano de Dios para que se oiga nuestra voz y la de nuestros muertos!—declamó mientras algunos de sus hombres asentían —.¡Estamos aquí para hacer valer nuestras creencias y nuestra forma de vida! Los hombres del *Klan* se sumergieron en las palabras de Ross, que les llenaba de fuerza y determinación, creando en sus mentes un propósito ferviente.

—¡No toleraremos ni a los negros, ni a los católicos con su devoción a esa maldita virgen María, ni a los malditos pieles rojas; América es un regalo de Dios para los verdaderos creyentes, el pueblo elegido, los blancos decentes anglosajones! ¡Tampoco toleraremos la ley que nos marcan desde *Washington*, aquí, hoy, en nuestro hogar, nosotros dictaremos nuestra propia ley—enfaticó elevando el tono—,tal y como nos enseñó el pastor Stone cuando solo éramos unos niños!

¡También quiero recordar a mi hermano Paul, asesinado a sangre fría por Jack Holland!

—¡Por Paul!— escuchó Ross decir a algunos de los hombres, lo que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—¡Tengo tanta fe en esta victoria que hoy mi hijo Ted cabalgará a mi lado para ayudarnos a que...—Ross cerró los ojos y alzó las manos al cielo estrellado—... nuestras manos se manchen con la sangre de nuestros enemigos! ¡Qué nuestras vidas no se definan por la oscuridad, sino por la luz que pretendemos encontrar!

Un murmullo de aprobación recorrió el círculo; las cabezas encapuchadas se movieron casi al unísono. Ross bajó las manos despacio y abrió los ojos. La tensión aún se palpaba en el aire. Harrigan salió del círculo y fue hacia donde estaban las monturas; se montó en su caballo, se colocó la capucha blanca que tapó su rostro y se dirigió a la gran cruz. Elevó su antorcha y esta se prendió.

—¡Montemos, hermanos, prended las antorchas de la destrucción y seguidme hasta el infierno con coraje y honor! —proclamó Ross.

Cincuenta jinetes repletos de odio, curtidos en mil batallas, lo siguieron. Aquella era la flor y nata de los hombres del *Klan* en el condado; muchos de ellos combatieron a los indios en el ejército. No eran borrachos de salón, eran combatientes de la caballería dispuestos a todo con tal de contentar a su líder.







La noche se cernía sobre el rancho Holland. Mark Sullivan fue el primero en divisar algo en la lejanía; un extraño resplandor que se acercaba sin pausa. Los corazones de los hermanos Sullivan latieron con fuerza, al compás de un ritmo frenético mientras sus ojos escudriñaban el horizonte. Pronto comprobaron que aquel fulgor se trataba de medio centenar de jinetes provistos de antorchas. Los muchachos tragaron saliva y apretaron los dientes al ver aparecer a la horda de jinetes avanzando hacia ellos. Vestidos con una siniestra apariencia, como fantasmas dispuestos a llevarse sus almas al averno más profundo, iban armados hasta los dientes.

—¡No los temáis, muchachos! ¡No son espíritus, solo cobardes que esconden su rostro!—les alentó su padre.

Los jinetes se detuvieron frente al rancho, a escasa distancia, formando una perfecta fila amenazante. Las siluetas de los caballos se recortaban contra la oscuridad, sus bufidos y relinchos creaban una atmósfera tensa, repleta de cierta solemnidad. Desde las sombras de las caballerizas, Jack también los observó.

«Si no fuese por la situación, la imagen sería todo un espectáculo», pensó.

Jack no iba a tolerar puestas en escena, el peligro era real, así que agarró su rifle y comenzó a disparar.

Los hombres del *Klan*, al escuchar las pequeñas detonaciones, clavaron sus espuelas y salieron al galope. El sonido de los cascos de los caballos contra la tierra seca hizo retumbar el ambiente; era el sonido de la muerte que iba al encuentro de los moradores del rancho. Los espectros comenzaron a rodearlos; algunos arrojaban las antorchas al techo de la casa esperando que ardiera. No sabían que estaba construido de adobe, con sólidas vigas de madera recubiertas de

arcilla y paja y con otra capa de adobe por encima, lo que hacía casi imposible que el fuego hiciera mella en ellas. Otros disparaban sus revólveres hacia las minúsculas ventanas, convirtiendo la escena en una carga caótica. Los caballos relinchaban debido a la tensión del momento; podían sentir las balas silbar a su alrededor y oler el miedo en los otros caballos.

Desde la parte trasera de la casa, Flor Salvaje disparaba su *Winchester* a una velocidad endiablada, creando una tormenta de plomo que defendía su posición con arrojo y valentía. A su lado, Dos Perros hacía lo propio cada vez que la mujer se quedaba sin munición y recargaba su arma. En el cuarto de Luis, Rosalía apuntaba con dos Colts, escogiendo con cautela los objetivos y esperando que alguno de sus atacantes se pusiera a tiro. Estaba decidida a proteger a su hermano, no dejaría que ninguno de aquellos malhechores pusiera un pie dentro de aquella habitación. Luis descansaba malherido en la cama, con una escopeta de cañones recortados en su mano, una última defensa si las cosas se ponían feas de verdad y aquellos hombres lograban llegar hasta él. Los jinetes continuaron dando vueltas alrededor del rancho como buitres en busca de carroña, buscando un punto débil para entrar en la casa y pasar a todos a cuchillo. Peter Sullivan ajustó su mira, su respiración entrecortada y sus manos temblorosas le hacían fallar más de la cuenta. Tenía miedo por su padre, por su hermano y por sí mismo.

Sabía que debía ser certero y no desperdiciar munición. Disparó una vez más y derribó a uno de los jinetes, que se desplomó al momento sobre la tierra como un juguete roto.

Desde las caballerizas, Jack mantenía su posición sosteniendo su rifle como una extensión de su propio ser; el cañón escupía fuego sin cesar, rugiendo como una fiera despiadada con ganas de carne. Las balas silbaban por el aire, pero Jack buscaba su objetivo. Tenía la idea de que, si derribaba a Ross Harrigan de su caballo, los demás jinetes huirían con el rabo entre las piernas hacia el agujero de donde salieron.

Ross Harrigan, por su parte, tiró de las riendas con determinación y observó la situación en un breve instante. Algo no marchaba bien y esa inquietud lo perturbaba en lo más profundo de su ser. Los hombres que venían en los coches ya debían estar allí cubriéndolos, pero no había aparecido nadie para dar a los jinetes fuego de cobertura. Clavó las espuelas en su montura y continuó cabalgando a pesar de las dudas que lo asaltaban.

La intensidad del tiroteo parecía no tener fin; las balas se incrustaban en los muros de la casa y hacían saltar las astillas de la puerta y las ventanas. Pronto el olor de la pólvora lo impregnó todo; aquel era el olor de la muerte. Todos sabían que, después de aquello, las cosas no volverían a ser iguales en Henrietta.

Flor Salvaje ya había derribado a un par de jinetes, estaba a punto de abatir a un tercero cuando se le encasquilló el rifle. Por desgracia, Dos Perros todavía no había logrado recargar su revólver. Montado en su caballo, uno de los hombres del *Klan* se dio cuenta y, de un salto, bajó de su montura, fue hacia la entrada trasera y le dio un puntapié a la puerta arrancándola casi del marco. Dos Perros, al percatarse, dejó de recargar su revólver y descargó las tres balas del tambor que atravesaron la puerta, alcanzando al fantasma en un hombro.

Rosalía reparó en que un hombre había logrado bajar de su caballo y llegar hasta el muro de la casa, donde ella no podía verlo. Sabía que estaba allí, esperando su momento para aparecer y disparar sobre ella.

Sin dudarlo, asomó su cuerpo por la ventana, sosteniendo los dos *Colts*. Miró hacia la izquierda y lo vio apoyado contra la pared, esperando el instante para disparar. Por un breve instante, sus miradas se cruzaron; él levantó el revólver, pero Rosalía fue más rápida. Baleó sin piedad al fantasma; uno de los proyectiles le alcanzó en la mandíbula, haciéndole saltar parte de su dentadura, la otra bala se alojó en sus costillas. El hombre se despojó de la capucha y Rosalía

pudo ver su rostro: era John Evans, un granjero cultivador de remolacha.

Rosalía era amiga de sus hijos. Con dolor, Evans se apartó del punto de mira de la muchacha, huyendo a toda prisa.

El *Klan* no encontró dificultad en derribar la puerta trasera, pues ya estaba muy dañada. Sin saber ni cómo, tres hombres vestidos de fantasmas irrumpieron y se lanzaron sobre Flor Salvaje y Dos Perros, mientras otro seguía el pasillo hacia la habitación de Luis, donde se encontraba Rosalía. La lucha con los apaches fue encarnizada, a pesar de la superioridad numérica y la corpulencia de los miembros del *Klan*. La destreza de Dos Perros con un cuchillo era insuperable. Logró contener al primero de los intrusos clavándole su filo en el abdomen. Sin embargo, no pudo evitar que el segundo individuo apuntara su arma hacia él. En ese momento, Flor Salvaje lo vio, saltó a la espalda del intruso clavándole sus uñas en los ojos, impidiendo que disparara a Dos Perros. El tercer hombre se enfrentó a Flor Salvaje, que aún estaba aferrada a la espalda del miembro del *Ku Klux Klan*, y recibió un disparo en la pierna. Dos Perros se abalanzó encima del individuo y lo derribó, elevó su cuchillo por encima de su cabeza y con fuerza se lo clavó en el pecho hundiéndolo por completo. Agarró un revólver del suelo y le disparó en la cabeza al fantasma al que cegó con sus uñas Flor Salvaje.

Mientras, Rosalía continuaba disparando con sus dos *Colts*, completamente absorta en la batalla. No se percató de que alguien entraba en la habitación. Cuando lo vislumbró por el rabillo del ojo, ya era tarde. El tipo comenzó a golpearla y la joven soltó las armas cuando su cabeza impactó contra la pared. El individuo la agarró por la mandíbula y la levantó del suelo. Se quitó la capucha ensangrentada y la arrojó con saña al suelo. Rosalía pudo ver el rostro deforme y grotesco de John Evans; le faltaba media mejilla, un buen número de dientes y parte de la lengua. A pesar de ello, Evans hizo el esfuerzo de lamer de forma repugnante la cara de la joven, creando un sendero de sangre y saliva en la mejilla de Rosalía. Aturdida, luchó por recuperarse de la conmoción y golpeó las costillas de Evans, sabiendo que tenía una bala alojada allí. El hombre gritó de dolor al sentir la bala hundiéndose nuevamente en su carne y arrojó a Rosalía al suelo.

Se abalanzó sobre ella como una avalancha que sepulta todo lo que encuentra a su paso, apretando con violencia su cuello. Evans miró a la derecha y vio cómo Luis, en la cama, le apuntaba con una escopeta de cañones recortados. Desde aquella distancia, era imposible fallar.

Evans se levantó del suelo con las manos en alto en un absurdo intento de rendición, pero observó que Luis perdía la conciencia poco a poco. Evans esperó hasta que Luis cerrara los ojos del todo, dio un par de pasos para arrojarle de nuevo sobre Rosalía, pero el joven los volvió a abrir de golpe y presionó el gatillo. La detonación hizo temblar la habitación. Los sesos de Evans se esparcieron por toda la estancia empañando parte del techo y creando una mancha rojiza que semejaba una gran remolacha.

En la entrada principal las cosas se estaban poniendo feas. Los hermanos Sullivan se quedaban sin munición, mientras los hombres del *Ku Klux Klan* estaban cada vez más cerca de colarse en la casa. La puerta principal era solo un recuerdo. Había recibido tantos impactos de bala que se encontraba medio descolgada. Los Sullivan desenfundaron sus revólveres, sus últimas balas estaban en aquellas tres armas.

Aunque Todd todavía tenía un as en la manga. Algunos de los asaltantes bajaron de sus caballos y daban fuego de cobertura al resto de los jinetes siguiendo las órdenes de Ross. Los Sullivan tuvieron que bajar sus cabezas y parapetarse, lo que permitió que los del *Klan* se acercaran más de la cuenta. Peter observó cómo tres figuras encapuchadas corrían hacia la casa con premura. Cuando sentían las balas sobre ellos, se cubrían tirándose al suelo. Pronto, aquellos hombres se volverían imparables, irrumpirían en la casa y ellos no podrían frenar aquella avalancha. Con un

gesto, hizo que su padre echara un vistazo.

Todd se agachó detrás de una vieja mesa, abrió uno de sus cajones y allí, resguardada de todo mal, estaban los últimos tres cartuchos de dinamita unidos entre sí, formando una potente arma arrojadiza.

Miró a sus hijos con determinación y ellos comprendieron la jugada de aquella acción desesperada. Los tres hombres del *Klan* percibieron que los defensores del rancho se estaban quedando sin municiones; su cadencia de tiro disminuyó de repente, como si tuvieran que ser más selectivos con sus armas. No se lo pensaron dos veces y echaron a correr. Les quedaba poco para entrar en la casa y disparar a todo, cuando Todd lanzó los cartuchos de dinamita hacia ellos con pericia y algo de mala suerte. Justo cuando los cartuchos volaban, dejando su estela de humo y chispas, el vaquero sintió que un proyectil le alcanzaba. Cayó al suelo sin poder presenciar cómo la explosión sacudía la tierra. Se escucharon gritos de dolor; los tres hombres del *Klan* estaban malheridos y aturdidos a causa de la explosión. La sábana blanca que los cubría estaba empapada en sangre, ocultando los miembros destrozados y amputados. Los lamentos se hicieron más y más evidentes.

—Chicos...—dijo Todd llamando la atención de sus hijos.

Mark y Peter vieron la sangre en las manos de su padre, en su camisa, y fueron raudos a socorrerlo. Por alguna extraña razón que no lograban entender, aquella explosión marcó un punto de inflexión, un giro repleto de fortuna. Los atacantes se llenaron de temor y algunos se retiraron cabalgando hacia lo más profundo del desierto, y desaparecieron. Solo Ross, con los más fieles, unos doce jinetes, siguieron acosando a los habitantes del rancho. Jack lo observó; Ross daba órdenes a diestro y siniestro, agitaba con vigor sus brazos para que le obedeciesen con apremio. Él era la presa que el vaquero estaba aguardando. Jack lo quería vivo, lo necesitaba para dar una lección a todos aquellos supremacistas. Esperó su momento, lo escogió con mimo, y cuando lo tuvo cerca, actuó.

Agarró una cuerda y preparó un lazo con un nudo de gancho, como los que se utilizan para apresar al ganado por la cabeza. Era un nudo simple, pero con un gran bucle que se desliza cuando es necesario y se vuelve firme cuando se tensiona. Jack se escondió detrás de la puerta del establo y, cuando Ross pasó cerca cabalgando, Jack salió de su escondite, corrió hacia él al mismo tiempo que hacía volar el lazo en el aire, creando un círculo abierto. Lanzó con precisión el lazo y este fue volando hasta su objetivo, colándose hasta el pecho de Ross.

Tiró con fuerza y aprisionó los brazos del supremacista al tiempo que este salía despedido de su caballo hacia atrás, dando con sus huesos en el suelo. Al ver que su jefe era capturado, los demás encapuchados huyeron como conejos.

—¡Ni te muevas! —le advirtió Jack mientras le apuntaba con su revólver.

Llevó a Ross a punta de pistola al corral y lo colocó en el centro.

Poco a poco, los defensores del rancho fueron saliendo de la casa. El que más y el que menos estaba herido. Los hermanos Sullivan ayudaron a su padre a llegar hasta allí; no era una herida de bala limpia, pero sobreviviría. Rosalía, todavía conmocionada, también fue hacia el corral de doma; le dolía la cabeza debido a los golpes que recibió del señor Evans. Dos Perros ayudaba a caminar a Flor Salvaje; tuvo suerte, la bala que le perforó la pierna salió, pero mantendría una leve cojera durante meses.

La luna, en su punto más alto, iluminaba el corral. Un silencio pétreo se apoderó de la escena. Ross yacía en el suelo, con el lazo, aprisionando sus brazos y su pecho. Su cara estaba desencajada, el rostro de Jack hablaba por sí solo. No habría piedad, la sentencia era a muerte. Su revólver apuntaba a Ross que, por otra parte, no hacía más que maldecir y quejarse por lo bajo.

Los habitantes del rancho tomaron posiciones alrededor del corral, apoyándose en las barandas de madera.

—Peter, ve al establo y tráeme un látigo— ordenó Jack.

Cuando Peter regresó del establo, Ross ya se encontraba despojado de sus ataduras. Jack le ordenó que quitase la túnica y Ross obedeció a regañadientes.

—¡Así lo vas a hacer, Holland! Me matarás a latigazos.

—¡Tal cual como tú mataste a Otis! —respondió Jack sin vacilar.

—No tenía intención de hacerlo, solo pretendía darle un escarmiento, pero ese negro no pidió clemencia ni perdón.

—¿Te extraña? Pasó toda su vida haciendo eso con hombres como tú y ahora era un hombre libre.

—¡Ese es tu problema, Holland, que ves hombres libres donde no los hay!

Jack miró al cielo unos segundos, buscando respuestas que no tenía.

—Te daré una oportunidad, Harrigan. Si logras salir del corral, te dejaré marchar.

Sin más palabras, Jack blandió el látigo, cayendo este sobre el rostro de Ross, produciéndole un corte que cruzaba desde la frente al mentón.

El latigazo cogió desprevenido a Harrigan, se llevó la mano a su rostro y comenzó a moverse, intentando escapar del corral. El vaquero lanzó otro latigazo, que se enroscó en el tobillo del hombre. Jack tiró con fuerza, cosa que hizo que el supremacista terminara con sus huesos en el suelo. Lo arrastró con dificultad tirando del látigo otra vez al centro del corral, sacó el látigo del tobillo de Ross y se dispuso a golpearlo otra vez. Ross comenzó a sudar; no tenía la resistencia de Otis, ni tampoco estaba en buena forma física para largarse de allí. Se sabía condenado; poco a poco su respiración se hizo profunda, le faltaba el aire y el látigo no cesó en fustigarlo ni un momento, hiriendo su espalda, su pecho y todo su cuerpo con profundas laceraciones. La sangre de Ross manchó la arena y, agotado, cayó de rodillas sobre esta. Jack lo miró con una mezcla de asco y odio; no podía sacarse de la cabeza el cuerpo de Otis. Fue entonces cuando vieron llegar a Ted Harrigan corriendo hacia el corral, con las manos en alto.

—¡No lo mates, te lo suplico!

Un leve recordatorio cruzó la mente del vaquero; se vio a sí mismo a lomos del caballo de James Mulligan siendo todavía un niño, cuando le suplicó al bandido que no colgara a su padre. Aquel día le quedaron las cosas claras sobre el bien y el mal y la existencia del Altísimo. Ross Harrigan miró para su hijo y escupió al suelo.

—¡Un Harrigan nunca suplica! Si tienes huevos, dispara, hijo de perra—le dijo a Jack mirándolo a los ojos. Holland desenfundó el revólver y le voló la tapa de los sesos.

—¡Te mataré, Jack Holland! ¡A ti y a toda tu estirpe, lo juro por Dios! —amenazó el joven a Jack.

El vaquero, sin soltar el revólver de su mano, dio unos pasos hacia Ted, lo miró a los ojos y supo que aquella amenaza no era en vano.

Tendrían que andar pendientes de su espalda el resto de sus días y Jack no iba a tolerar eso. Amartilló el arma y disparó ante los ojos incrédulos de Rosalía y de los hermanos Sullivan. Aquel día, Rosalía supo que aquel hombre, tal vez, no era el santo que todo el mundo decía; algo oscuro habitaba en aquel corazón.

Amanecía en Henrietta cuando Laura echó un vistazo a través de la ventana de su habitación. La calle principal estaba en silencio, nada que ver con el jolgorio que se organizó horas antes. Vio un jinete solitario recorrer la calle con lentitud, acompasando su cuerpo con los movimientos de su caballo. El jinete paró a pocos pasos de su casa. Muy despacio alzó la mirada. Era Jack

Holland; Laura no pudo evitar encontrarse atrapada en sus ojos y, por un instante, el tiempo pareció detenerse. Él apretó los dientes y ella le sostuvo la mirada mientras sus mejillas se llenaban de un rubor incontrolable. Despacio, el vaquero tiró de las riendas y el caballo dio la vuelta por donde vino.

Laura pensó que aquello no era una visita de cortesía para ver cómo estaban su hija y ella. Era un desfile de la victoria para decirles al resto de los habitantes del pueblo que la única ley que existía en aquel lugar era la suya.





Aquella mañana el sol, que iluminaba con sus rayos los vastos terrenos circundantes, se alzaba majestuoso en el rancho Holland. Los Sullivan, con sus sombreros de *cowboys* y sus botas gastadas, comenzaron pronto el día, antes de que el calor sofocante hiciera mella en sus cuerpos. Luis, después de algunos meses de recuperación, regresó a las labores del rancho. Sus heridas sanaron con tiempo y cuidados, pero su mente se mortificaba al pensar en Shue, una tierna y tenaz sombra que lo perseguía sin descanso. La tenía instalada en su cabeza, pensaba en ella a cada momento. Había escrito apasionadas cartas de amor donde le explicaba, con pelos y señales, todos sus profundos sentimientos. Se preguntaba la razón por la que Shue no le respondía, ansiaba saber qué hacía, qué pensaba sobre su amor o, ¿acaso ese silencio significaba que todo se terminó entre ellos en aquella fatídica noche en el lago? Shue regresó a ese maldito colegio de señoritas, y Luis se sintió cojo sin su presencia. La necesitaba como el respirar, como el agua necesita el cauce, como el fuego, la madera. Ni tan siquiera el trabajo del rancho, su otro gran amor, logró desterrar aquella melancolía que lo convirtió en una persona callada e introvertida, lejos del joven intrépido y valiente que solía ser.

Aquella mañana, Luis también se levantó temprano. Después de un buen desayuno ranchero, se dirigió al corral. Era un buen vaquero; en la doma era incluso mejor que Dos Perros. Entrenaba a los jóvenes potros rebeldes mostrando una gran dosis de paciencia y destreza sin igual, convirtiéndolos en obedientes caballos. Llevaba un par de días trabajando con un impetuoso y testarudo potro. Se acercó al caballo con decisión y, con un vigoroso salto, se aupó sobre su lomo. El animal comenzó a intentar que el jinete cayera al suelo. Levantaba sus patas traseras lanzando un potente golpe que se perdía en el aire. Luis se agarraba con fuerza a la cincha; el potro giraba sobre sí mismo a una velocidad endiablada, tratando de deshacerse de la carga.

Luis trataba de manejarlo con las riendas y así demostrarle quién diablos mandaba en aquel corral, pero la resistencia de aquel potro estaba agotando la paciencia del vaquero. Alzó su brazo izquierdo intentando guardar el débil equilibrio. Sabía que tarde o temprano terminaría con sus huesos en el suelo; aquel día no lo domaría, pasarían aún unos cuantos intentos antes de hacerlo y lo sabía.

De pronto, en un arrebato descontrolado del caballo, Luis acabó con sus posaderas sobre el polvo. Se sacudió la arena de sus chaparreras mientras maldecía por lo bajo. Fue en ese preciso momento cuando escuchó una voz melódica y femenina. Era la suave voz de Shue, resonando en la mañana como una dulce canción. El joven se volvió con sorpresa y la vio, encaramada sobre las maderas del corral, como si se tratara de un vaquero más. Aquel recuerdo se grabó de forma indeleble en la mente del joven. La recordaría con aquel delicado vestido blanco y con un lazo rosa que recogía su cabello trigueño.

Su sonrisa irradiaba dulzura, y al verla, sintió un escalofrío recorrer todo su ser, como si el mundo se parara de repente y se inclinara ante sus pies para admirarla.

—Shue, ¿qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó mientras se aproximaba a la cerca con un millón de mariposas en su estómago.

Ella volvió a sonreír.

—Solo quería verte en acción, parece que te has recuperado del todo.

— Creí que no querías saber nada más de mí.

—¿Es una broma?

—No recibí ninguna carta tuya a pesar de que yo te escribía a diario.

—Te escribía todas las semanas. Yo tampoco recibí cartas tuyas, pero pensé que era debido a tu convalecencia.

De nuevo se miraron a los ojos y volvieron a descubrir que la llama del amor los seguía devorando a cada latido de su corazón, a cada respiración de sus pechos agitados. Pronto aquellas dos almas se convertirían en una sola, si nadie ponía freno a su amor.

La joven pareja no pudo advertir que, a lo lejos, alguien los observaba con una mezcla de amargura y furia contenida. Eran los ojos de Jack, que notaba con dolor, cómo el amor rezumaba por cada poro de aquella joven pareja, creándole un nudo en la garganta. Cada gesto de los jóvenes le recordaba su propia fragilidad, aquella soledad que lo cercaba cada noche y que lo desposeía de toda emoción. Aquel era un noviazgo que no podía florecer; debía impedirlo por todos los medios a su alcance. Jack conocía la verdad y la vergüenza se apoderó de su persona. Aquel amor era un ultraje a toda su vida, un recordatorio que lo carcomía por dentro y que ponía de manifiesto su oscuro pasado y las verdades que descansaban en tumbas olvidadas. Jack guardaría para sí aquel secreto, aquella losa pesada que lo fustigaba a cada momento, un secreto que amenazaba con destruir su mundo para siempre, su buen nombre y la posibilidad de que, en algún momento, ella regresara a su lado; Laura valía ese silencio, lo valía todo.

Cuando Shue abandonó el rancho, Jack fue a hablar con Luis, que había entrado en las cuadras y

estaba cepillando a los caballos. Con el paso de los años, el joven había llegado a conocer a la perfección los movimientos y gestos de su padre y sabía cuándo estaba contento o preocupado y cuándo se enojaba. Por eso, cuando avanzó hacia él con los puños cerrados y los ojos entornados, supo al momento que algo no marchaba bien.

—Luis, ¿se puede saber qué hacía esa chica aquí? ¡No quiero ver nunca más a una O’Keefe en el rancho! ¡Que sea la última vez que pone los pies en mi propiedad! —gritó Jack enfurecido.

—Pero ¿por qué? No entiendo nada. Shue es una buena chica. ¿Puedo saber qué motivo tienes para que no pueda pisar el rancho?

—Luis se acercó a su padre con cautela, confundido por la reacción de este. Jack respiró profundamente antes de responder. Odiaba tener que dar explicaciones y más aún en aquella situación.

—Los Holland y los O’Keefe somos como el agua y el aceite.

Nuestras familias nunca se han llevado bien y no quiero que eso cambie. Es más, no quiero que la veas ni en el rancho ni en ningún otro sitio. ¿Te queda claro?

—Pero es que nosotros nos queremos...

—¡Me importa un bledo si la quieres o no! No te lo estoy pidiendo, ¡te lo exijo! No permitiré que tengas ningún contacto con esa Shue O’Keefe, ¿entendido? ¡Deja de verla o, de lo contrario, alguien saldrá herido!

—Te he entendido a la perfección. ¡Pero debes saber que hay cosas que ni el gran Jack Holland puede controlar! —dijo Luis.

—¡No te atrevas a desafiarme, muchacho! Te crie para que fueses un hombre de honor y eso significa que debes respetar mis decisiones porque soy el cabeza de familia de esta casa. Jamás oses llevarme la contraria o te aseguro que, por mucho que te quiera, haré que te arrepientas. No volverás a ver a esa Shue O’Keefe y no te lo repetiré, mocoso. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Jack apretó los dientes y se dirigió a su hijo alzando un puño.

—Comprendo, padre... Los hijos estamos condenados a pagar siempre vuestras culpas.

—¡No digo que sea culpa de ella, es por lo que representa, Luis!

¡Por última vez, jamás vuelvas a ver a esa chica! Esta conversación se ha acabado. ¡Y termina de cepillar a los caballos!

Cuando su padre se fue, el joven digirió sus palabras e intentó ordenar sus ideas. En su interior se estaba gestando una tormenta, una lucha entre sus sentimientos y el respeto que tenía por su padre. Su conexión con Shue iba mucho más allá de una simple amistad; la quería como no había amado a nadie en su vida. Todos los encuentros que tuvo con ella le hacían sonreír, su corazón se aceleraba con su simple contacto, la amaba con locura y sentía dentro de su alma que ella le correspondía de igual modo. Acababa de tomar una decisión. Nada ni nadie podría separarlo de Shue O’Keefe, ni siquiera el gran Jack Holland.

En ese momento comprendió que fue él quien hizo desaparecer las cartas que Shue le mandó durante los meses que estuvo convaleciente. Encontrarlas se convirtió en una obsesión y no paró hasta que lo consiguió. No sabía si su padre las habría destruido pero, aun así, las buscó por cada rincón del rancho hasta que las descubrió entre las páginas de un ejemplar de «Guerra y Paz». Cada palabra de aquellas cartas se incrustó en su corazón, cada frase era una promesa de eternidad, y su contenido marcó a fuego su alma como un hierro candente. Cada una de ellas era una devota ofrenda y nadie en el mundo lo separaría de Shue. Comenzó a fantasear con la idea de clavar su rodilla en la tierra y pedirle matrimonio. ¿Qué clase de mal podía desatar con aquello?

Cuando estuviesen casados, Jack vería lo felices que eran y aceptaría a Shue como otra Holland

más.

Pasaron semanas maravillosas entre los jóvenes. Después de cada jornada, Luis ensillaba su caballo, iba al pueblo en busca de la joven y se perdían por aquel vasto territorio, lejos de chismosas miradas y de Jack Holland y sus estúpidas normas.

Al contrario que su padre, a la madre de Shue le gustó Luis desde el principio como marido para su hija, ya que era un joven de buenos modales y no el típico vaquero de piernas arqueadas que esperaba el día de paga para emborracharse y buscar la compañía de arrugadas meretrices. Luis Holland tenía educación y resultaba muy apuesto con aquellos rasgos europeos y mexicanos. La naturaleza lo dotó de lo mejor de las dos razas. Era rubio, de ojos azules y con la piel morena.

Su rostro era casi infantil y de suaves facciones y poseía un cuerpo atlético esculpido a fuerza de duro trabajo y mucho sudor.

Los jóvenes hacían buena pareja. A pesar del origen europeo de Shue y mexicano de Luis; ambos tenían un atractivo similar. Shue también poseía una belleza aniñada que desbordaba encanto. Su cabello trigueño y sus ojos verdes la hacían parecer un ser repleto de ternura. Su sonrisa era capaz de iluminar un mal día y su figura parecía estar esculpida por los mismos Dioses que tallaron a Luis. Ambos eran una sinfonía perfecta en un mundo hostil. Y allí, en aquella inmensidad, encontraron su propio paraíso, un lugar en el mundo donde sus almas se engarzaban como una joya perfecta; un amor que desafiaba los convencionalismos de la época y una pasión que desafiaba a Jack Holland.

Pese a su esfuerzo por mantener su amor en secreto, las habladurías no tardaron en llegar a oídos de Jack, quien se enfureció cuando supo que Luis seguía viéndose a escondidas con Shue y, en un arrebato de cólera se remangó las mangas y se dirigió hacia al chico. Al verlo de espaldas mientras trabajaba, le puso la mano en el hombro y, cuando este se dio la vuelta, le propinó un puñetazo en el rostro que terminó con el muchacho en el suelo.

—¡Te advertí que no volvieras a ver a Shue O’Keefe! —le espetó con su voz repleta de ira.

Luis agitó su cabeza tratando de recobrar el sentido. Se levantó despacio, mirando a los ojos a Jack, desafiándolo con la mirada.

—Y yo te dije que hay cosas que ni siquiera el gran Jack Holland puede controlar —respondió con una tranquilidad exasperante.

—Hoy mismo harás el equipaje, te irás del rancho a Austin para unirme a los *rangers*. Te haré una carta de recomendación, mi nombre sigue siendo importante.

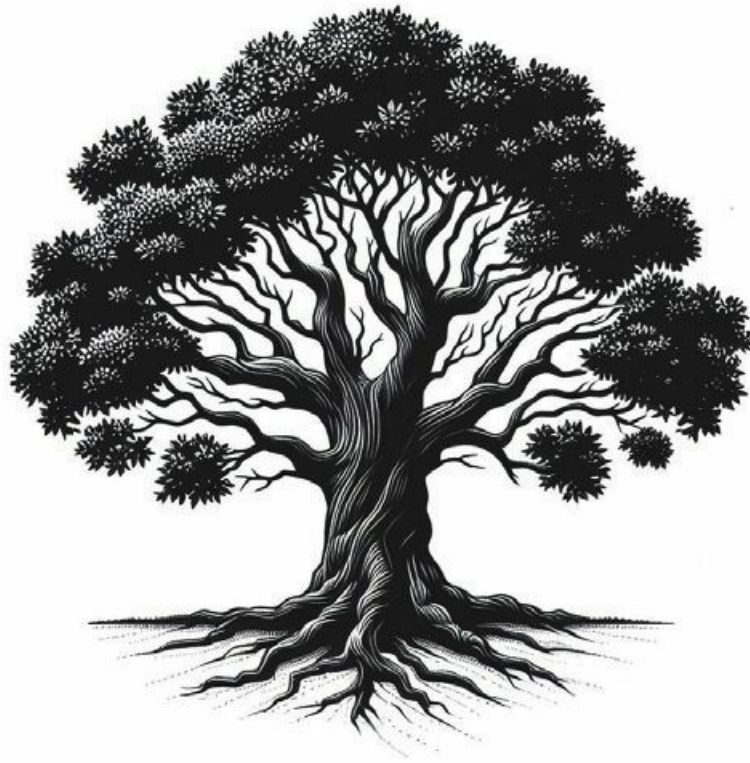
—¡No pienso irme a ningún lado!

—¡Soy tu padre, maldita sea! ¡Vas a obedecerme!

—¡No lo eres! ¡Nunca lo has sido!

Al oír los gritos, Rosalía corrió para ver qué diablos sucedía. Pero solo logró observar cómo Luis se alejaba hacia los establos, se montaba en su caballo y partía del rancho en dirección a Henrietta. Un leve temblor de manos se apoderó de Jack. Quiso pararlo, pero no pudo, estaba demasiado exaltado. Nunca había pegado a Luis, aquella era la primera vez y se sintió mal por ello.





Luis cabalgó hacia Henrietta, asediado por un torbellino de emociones y pensamientos que no podía controlar. Sin embargo, tenía la absoluta certeza de que jamás regresaría al rancho Holland. Si era necesario, buscaría empleo como vaquero en otros ranchos cercanos para ganarse la vida, pero aquella era la primera y última vez que Jack Holland le ponía la mano encima. Al llegar, fue a la casa de Shue y llamó a la puerta. Su corazón latía tan fuerte como los tambores de guerra en la batalla. Cuando Shue abrió, el muchacho no perdió ni un segundo. Clavó su rodilla en el suelo mientras la tomaba de la mano y pronunció las palabras mágicas que cualquier señorita en edad de merecer desea escuchar.

—Shue O’Keefe, hoy no tengo un anillo para ti, pero ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

La muchacha dijo sí.

La noticia de la pedida de mano se propagó por toda la apacible ciudad de Henrietta. Corrió como la pólvora y pronto se convirtió en el acontecimiento social del momento, y no era para menos. Todos allí sabían que los Holland y los O’Keefe no se llevaban bien, cosas del pasado, decía la gente, pero por todos era conocido que Laura abandonó a Jack para casarse con Patrick y eso el vaquero nunca llegó a superarlo. Aquel enlace entre Shue y Luis se convirtió en el principal tema de conversación. Las mujeres se emocionaron por la dulce propuesta de matrimonio y los hombres, en los salones, recordaban lo buen chico que siempre fue Luis y su hermana Rosalía y la suerte que tuvieron al ser adoptados por un hombre tan decente y respetable como Jack Holland.

En el apartado rancho Holland la noticia tardó en llegar un par de días y lo hizo de la peor manera: en boca de un extraño.

—Felicidades, Jack, ya me han dicho que Luis se ha comprometido con la hija de Laura

O'Keefe.

El hombre vio el gesto de contrariedad de Jack y pensó que no todo el mundo estaba al tanto de la noticia.

—Jack, ¿no sabías que Luis le pidió matrimonio a Shue? —preguntó el hombre con un tono de incredulidad.

—¿De qué diablos estás hablando? —gritó Jack, repleto de ira.

Luis ni se tomó la molestia de ir al rancho a decirlo, cosa que dolió sobre todo a Rosalía, pero también al resto de habitantes del rancho.

El hombre le contó todo y una mezcla de enfado, contrariedad e ira cruzaron el rostro del vaquero. Sintió que, de forma inexorable, estaba perdiendo el control sobre la vida de su hijo. A Jack todavía le quedaban un par de cartas en la manga; iría de rancho en rancho a pedir que no contrataran a Luis, de esa forma el joven volvería con el rabo entre las piernas y con aquella maldita idea de casarse con Shue a punto de desmoronarse. Y así lo hizo.

No hubo ni un solo rancho que contratara a Luis en muchas millas a la redonda. Ante aquel panorama, al muchacho no le quedó más remedio que pedirle trabajo a Laura en la clínica veterinaria, y esta aceptó; necesitaba un ayudante y Luis conocía al ganado, pero sobre todo a los caballos. Laura haría con Luis lo que su padre hizo con ella, le enseñaría todo lo que sabía y así, el día de mañana, él continuaría con la actividad.



Pasaron las semanas y el joven no regresó al rancho. Al contrario, la noticia de que ahora trabajaba para Laura corrió por todo el condado y llegó a oídos de Jack. Por añadidura, la fecha del enlace comenzó a tomar fuerza y eso desquició todavía más al vaquero. Decidió ir a hablar con Laura con la esperanza de que pudiera influir en su hija, cosa que lo dañaba en lo más íntimo de su ser, pero no iba a dejar que una infamia como aquella sucediese. Aquel enlace iba contra las leyes de los hombres, contra la ley de Dios.

Aquella mañana, Jack se puso el traje de los domingos y fue a casa de Laura. La encontró en el porche, sentada en una mecedora y leyendo. El vaquero se acercó y se quitó el sombrero por cortesía.

La tensión se pudo cortar en los ojos de Laura. Aquella era una visita que jamás hubiese esperado. Por un eterno momento se miraron, el tiempo pasó inexorable para ambos; ya no eran los jóvenes inconformistas de antaño, la vida los puso en su sitio.

—Laura—dijo él inclinando su cabeza en forma de saludo.

Ella movió también la cabeza en forma de saludo, pero la sorpresa no la dejó pronunciar una palabra.

—Laura, necesito hablar contigo. Es urgente —dijo Jack con una expresión preocupada.

Ella lo miró con cierto aire de desprecio, aunque invitó a Jack a sentarse a su lado para saber lo que el vaquero tenía que decirle. Sabía a la perfección a qué venía, por todo el pueblo ya se sabía que no aceptaba esa unión.

—Laura, necesito que detengas esta boda.

—¿Detenerla? Estoy encantada con ella, has hecho un buen trabajo con Luis, es un buen chico.

—Luis es demasiado joven para dar ese paso y está cometiendo un gran error al casarse. Los dos sabemos que son de mundos diferentes, serán desgraciados.

—¿Cómo lo fuimos nosotros? ¿Te refieres a eso? Aquellas palabras fueron como una estocada en el corazón del vaquero; no se las esperaba. Aquello fue un reproche que apenas pudo digerir.

—Hay cosas que no sabes.

—Pues cuéntamelas, Jack, no tengas tantos secretos conmigo, ahora que vamos a ser familia.

—No puedo, pero si no paras esta boda, habrás cometido un gran error.

—Los muchachos se aman y no voy a interponerme en su felicidad. No voy a cometer el mismo error que mi madre hizo conmigo.

Tú deberías saberlo y entenderlo mejor que nadie. Tienen derecho a tomar sus propias decisiones, aunque sean equivocadas.

Laura notó cómo su negativa estaba enfureciendo a Jack. Sabía que el vaquero pasaría de la súplica a la amenaza en breve, comenza-ría a soltar sapos y culebras en forma de insultos y acusaciones y así lograr su objetivo. Jack se levantó con brusquedad de la silla e inclinó su tronco para poner su rostro a la altura del de Laura.

—¡Pararé esta boda por las buenas o por las malas! —gritó con un tono amenazante mientras retrocedía para marcharse de allí—. Haré lo que sea necesario para detenerla, incluso si eso significa quemar la iglesia con todos dentro.



La tensión se apoderó del rancho Holland. El aire se volvió denso y pesado. Cuando los hermanos Sullivan y su padre se enteraron de los planes de Jack, se negaron en redondo a seguirlo, al igual que Dos Perros y Flor Salvaje. Rosalía, preocupada por su hermano, se encerró en su cuarto y no quiso salir hasta que Jack abandonase esos irracionales planes. Todos se pusieron en su contra, pero, a pesar de eso, su idea de parar aquella boda se instaló en su cabeza y no tenía ninguna razón para abandonarla.

Jack conocía a dos vaqueros de mala reputación dados a las broncas que, por unos cuantos dólares, harían cualquier cosa que les ordenara.

Los hizo llamar y se presentaron en el rancho. Flor Salvaje vio cómo Jack les pagaba y la apache se imaginó la razón por la que aquellos bravucones estaban allí. Eran dos tipos a los que les gustaba armar pelea y amigos de llevar sus manos a la culata del revólver con suma facilidad.

Lo cierto es que se ganaron esa reputación recorriendo todos los tugurios a cien millas a la redonda; nunca le negarían un favor al gran Jack Holland, lo conocían bien. Más de una vez los

salvó de terminar una temporada a la sombra y eso forjó un lazo que no olvidaban. Si bien, agarraron los dólares que les ofreció Jack, lo habrían hecho gratis.

Flor Salvaje comprendió lo que tramaba Jack y se dirigió a casa de Laura. En su corazón seguía siendo su hermana. Pasaron cosas que las alejaron; después del trágico episodio en que la banda Mulligan la raptó y se la entregó a *White Horse*, Charlotte dejó paso a Flor Salvaje. Tuvo la necesidad de saber quién era en realidad, ella no era como Laura y Mary o como sus padres blancos. Era apache, pero, a veces, anhelaba su vida en aquella pequeña granja en la que fue tan feliz, donde la hierba era mecida por el viento y el sol empapaba la tierra con su cálido abrazo en forma calor.

Cuando Laura abrió la puerta, la emoción se reflejó en sus ojos, y se fundieron en un gran abrazo cálido y profundo al que se unieron Luis y Shue. La india les contó todo con pelos y señales.

— Jack Holland planea detener la boda. Acaba de contratar a un par de vaqueros— les contó con expresión seria.

—El odio que nos tiene es más fuerte que él —dijo Laura mientras un gesto de contrariedad se instalaba en su cara.

—No entiendo esa manía por nosotros, todo el mundo dice que Jack es un buen hombre—se quejó Shue.

—Y lo es, sin duda, la mejor persona de este condenado lugar, pero sospecho alguna razón oculta—confirmó la india.

—No permitiremos que Jack arruine ese día—declaró Luis.

A la joven pareja no les pilló por sorpresa la noticia de Flor Salvaje.

A medida que escuchaban su relato, una sensación de desasosiego se instaló en sus ánimos. Pero Laura tenía un plan, algo que el gran Jack Holland, sumido en su propia obsesión y errático comportamiento, no se esperaba.

El día de la boda, un bullicio entusiasta se apoderó de las calles de Henrietta. Incluso muchos de sus habitantes engalanaron sus hogares con guirnaldas y flores. Todos los invitados se prepararon para el enlace vistiendo sus mejores ropas. Las mujeres con elegantes vestidos largos se ayudaban unas a otras, para estar lo más radiantes posible, ajustando corsés o maquillándose. Los hombres, ataviados con trajes de corte clásico y lustrosos sombreros, brindaban con *whisky* en el salón, celebrando aquella unión y dando vítores por la joven pareja.

Incluso algunos hombres disparaban sus armas al cielo en señal de júbilo. En los hogares se preparaban deliciosos manjares para degustarlos después de la ceremonia y fuera de la iglesia se instaló una gran mesa para todos los invitados donde, poco a poco, se fue llenando de aquellos mismos manjares.

En el rancho Holland, Rosalía también se preparaba para la boda.

Con la ayuda de Flor Salvaje se vistió, eligiendo con cuidado los detalles y los complementos que realzaban su belleza en aquel día tan especial. La muchacha estaba radiante; su rostro revelaba cierta emoción por ver cómo su hermano Luis se casaba con Shue.

Las campanas de la iglesia de Henrietta comenzaron a resonar invitando a los feligreses a reunirse allí para celebrar la unión entre los dos jóvenes. La iglesia, pintada de blanco, se alzaba con cierta modestia en las afueras del pueblo de forma inmaculada. Sus paredes de madera, curtidas por el paso del tiempo y las inclemencias del clima, contaban toda la historia del lugar. Era una construcción funcional, los habitantes del pueblo lo decidieron así después de los repetidos incendios de las viejas iglesias. Era una estructura sencilla, con una nave principal con un techo de dos aguas y un campanario que se levantaba al cielo en forma de aguja, orgulloso y elegante; coronado por una simple cruz. Las ventanas, modestas, estaban desprovistas de las

vidrieras de otras iglesias cercanas, pero dejaban pasar un chorro de luz que iluminaba su interior durante las misas. Los bancos, desgastados por los años de oración y asistencia, eran de una madera poco conocida en la zona, testigos de cánticos y oraciones. El púlpito, donde el predicador daba los sermones y compartía la palabra de Dios, era un lugar sagrado donde el predicador despotricaba contra la lujuria y los pecadores.

Los invitados comenzaron a llegar y entraron en la iglesia, donde una música nupcial comenzó a sonar. Todos esperaban que el predicador se dirigiera a ellos dándoles la bienvenida, pero ni siquiera los esperó en la puerta principal como solía hacer, lo que extrañó a muchos de los allí congregados.

El tintineo de unas espuelas sonó en la puerta principal, ahogado por la música nupcial. Nadie se percató de la presencia de aquellos dos hombres hasta que uno desenfundó el revólver y disparó al techo. De forma abrupta, la marcha nupcial cesó al mismo tiempo que el llanto de un bebé comenzaba a sonar. Un hombre de los últimos bancos se levantó y se dirigió a los dos hombres.

—¡Esta es la casa del Señor...!

Pero antes de que pudiera continuar, uno de los hombres le golpeó la cara con el revólver, causándole un profundo corte en el pómulo.

Las mujeres, al ver la escena, gritaron y los hombres se pusieron en tensión; a los niños les invadió una profunda sensación de desasosiego, y pronto su única idea fue la de volver a la seguridad de sus casas.

—¡Venga, señores, se acabó la boda! ¡Vayan saliendo! —dijo uno de los hombres.

El pastor, con su rostro ensangrentado, salió de la sacristía y avanzó en dirección a los hombres. Su camisa blanca estaba rota y manchada de sangre, y casi no se tenía en pie debido a la paliza que recibió minutos antes. Cuando uno de los matones lo vio, se acercó a él y comenzó a dispararle en los pies. El pastor comenzó a bailar entre las balas y astillas que los proyectiles levantaban del suelo. La risa se apoderó de aquellos hombres mientras las familias abandonaban el lugar a toda prisa. Una vez que la iglesia quedó vacía, salieron y se dispusieron a comer los manjares que allí se encontraban.

Horas después, Jack se acercó a la iglesia. Todo yacía revuelto y la sangre seca del pastor todavía manchaba el suelo. Con satisfacción, salió del edificio y se encontró con Laura O’Keefe, elegante y atractiva, montada en una calesa de color amarillo. Miró con cierto desdén al vaquero y con arrogancia comenzó a hablarle.

—¡Tenías que salirte con la tuya! ¡No podías dejar las cosas así! Al final, te has convertido en lo que tanto odiabas. No eres más que otro ranchero con ínfulas. Cada día te pareces más a Erwin Potter, me das asco y pena, Jack —lo miró con cierta tristeza, rememorando a aquel defensor de la ley que fue en algún momento de su juventud.

Jack asintió a regañadientes; sabía que aquello tenía que hacerse.

No podía permitir que Luis se casara con su hermanastra. A Jack le gustaría decirle a Laura la verdad, pero no podía, algo lo frenaba; el amor lo frenaba, el amor por ella, su deseo, sus ansias de hacerla suya de nuevo eran más fuertes que cualquier cosa.

—Por cierto, Jack, los chicos tomaron un tren hace un par de noches, se casaron en *Wichita Falls*, ahora están en su luna de miel, camino de Europa—dijo Laura, cargada de satisfacción, mientras golpeaba con las riendas al caballo y alejándose de allí.

Ese mismo día Jack echó a Dos Perros y a Flor Salvaje del rancho. Supuso que fue la india la que avisó a Laura de sus intenciones.

Les dijo que no volvieran jamás, que si aparecían por sus tierras los mataría sin contemplación. Flor Salvaje le suplicó que no los echara, lo hizo con desesperación, como si aquel pequeño

rancho fuese el Edén y Jack el Dios vengativo que los expulsaba de allí. Cuando los vio alejarse, una lágrima cruzó la mejilla del vaquero. Quería a aquella pareja de valientes apaches. Su orgullo no le dejó rectificar; fue como una pesada losa.

Meses después, los buscó por todos los rincones de aquel territorio. Deseaba que volvieran y así recuperar a sus fieles amigos; fue hasta el último tugurio, hasta la última madriguera, de reserva en reserva, preguntó, pero jamás dio con ellos. Nunca se lo perdonó.

Guerra

En 1914, la guerra estalló en Europa. Casi todas las potencias europeas entraron en un conflicto bélico que llevaba fraguándose desde hacía décadas debido a unas profundas rivalidades históricas. Pronto se convirtió en un conflicto global y los Estados Unidos no tardaron en involucrarse debido al hundimiento del buque de pasajeros RMS Lusitania en 1915, donde perecieron más de cien ciudadanos estadounidenses. En 1917 el presidente Wilson declaraba la guerra a Alemania. Pronto, miles de jóvenes norteamericanos se alistaron para formar «La Fuerza Expedicionaria Estadounidense».

Los jóvenes de Henrietta recibieron la noticia de la declaración de guerra como si se tratara del 4 de julio. Se sentían entusiasmados con la idea de viajar a Europa y defender a su país. Eran patriotas dispuestos a luchar. Las calles se llenaron de júbilo y pronto, delante de la oficina de reclutamiento de *Wichita Falls*, las colas de hombres jóvenes se hicieron interminables. Cuando Shue escuchó que Luis quería alistarse, no podía creerlo. Ella estaba en cinta y Luis se marchaba a jugar a la guerra dejándola sola. Sus súplicas no sirvieron de nada; el conflicto llegaba a sus vidas poniéndolas del revés.

Después del riguroso examen médico, Luis y los hermanos Sullivan se alistaron. Los tres se enrolaron en el Cuerpo de Marines y semanas más tarde, fueron enviados a la Base de Pensacola, en Florida, un importante enclave naval. Los jóvenes reclutas sudaron sangre durante el entrenamiento, que se centró en desarrollar sus habilidades físicas, mentales y tácticas. Vieron a Luis como un líder natural entre el resto de soldados; era listo, disciplinado y sabía disparar. Pronto lo ascendieron cabo. El ejército hizo mejor a Luis; le enseñaron a combatir cuerpo a cuerpo, así como tácticas de infantería, estrategia y trabajo en equipo. Días después embarcarían en el puerto de *Newport News*, en *Virginia*, y tomarían rumbo a Francia para pelear en la guerra de todas las guerras.

Días antes de viajar a Europa, los hombres recibieron unos días de permiso para despedirse de sus familias. Cuando Shue vio a Luis con el uniforme, le pareció el hombre más guapo del mundo. Parecía todo un caballero recién salido de la portada de una revista de ecos de sociedad. La última noche antes de partir a Francia, hicieron el amor, como si fuese la última vez, con pasión, devoción y ternura. Acarició el rostro de su esposa como si las yemas de sus dedos estuviesen esculpiendo su rostro, y así tenerlo para siempre en su memoria. El amanecer los encontró abrazados. Miró a Shue, acarició su vientre y sintió por un momento la vida que su mujer llevaba en sus entrañas.

Mantuvo su mano durante unos largos segundos intentando adivinar la suerte de aquella criatura. Él haría un mundo mejor para ella, un mundo sin guerras donde los hombres fuesen todos hermanos; esa sería la guerra que acabaría con todas.

Observó el rostro tranquilo de Shue, cada rasgo, cada detalle minúsculo de su cuerpo. Así quiso recordarla en su memoria. Hubiese parado el tiempo en aquel mismo instante, pero en pocas horas se marcharía, quién sabe si para no volver. Pero aquel momento era suyo, nada ni nadie podría arrebatárselo. El mundo exterior, lleno de peligros, no importaba. Solo importaba ella, siempre ella y la pasión que compartían. Luis la besó con dulzura y Shue abrió los ojos.

—Prométeme que vas a volver—le dijo mientras lo abrazaba de nuevo.

—No te preocupes. ¿No sabes que a los Holland las balas no nos pueden tocar?

Ella lo miró de reojo; no estaba para bromas.

Luis se puso el uniforme. Deseaba despedirse de Jack antes de partir. Tal vez pasarían años antes de volver a verlo, o peor aún. Bajó hasta las caballerizas y ensilló uno de los caballos de Laura y se dirigió al rancho Holland. Luis cerró los ojos, permitiendo que sus pensamientos lo transportaran a su infancia en el rancho. En su mente pudo recrear los vastos paisajes que rodeaban la propiedad: las praderas infinitas y las montañas majestuosas. Recordó los días de verano cuando aquellos mares de hierba mecida por el viento se cubrían de flores silvestres y una explosión de color llenaba su corazón. Era libre y feliz, gracias Jack Holland. Sin él, nada de aquello hubiese sido posible. Sin embargo, nunca entendió su negativa a que Shue y él se casaran. Sentía una punzada de tristeza en su alma cada vez que recordaba aquello. ¿Cómo podía no querer la felicidad de su propio hijo? Nunca entendió los motivos de Jack; tampoco los necesitaba.

Los parajes de su infancia seguían siendo hermosos, las flores crecían y las estaciones marcaban el devenir de los hombres y de las bestias, su tierra seguiría allí cuando él regresara, aunque fuese en una caja de pino. A lo lejos vio a Jack, se apoyaba en una cerca mientras observaba un caballo; su mirada estaba perdida en sus pensamientos y ni siquiera se percató de que Luis llegaba a caballo a su encuentro.

Cuando Jack lo vio, un resquemor cruzó su corazón. Deseaba abrazarlo y decirle que lo quería. Siempre lo amó. No era un miserable niño olvidado y adoptado por lástima como decían en el pueblo. Era su hijo, sangre de su sangre. En realidad, el famoso *ranger*, era un cobarde por no contarles la verdad a sus hijos. Mientras Luis se detenía a su lado, el joven soldado luchaba con sus demonios para no decirle a Jack todo lo que tenía guardado en su corazón. Aquellas emociones encontradas que se solapaban y que no le dejaban vivir, incapaz de expresar lo que sentía. Se sintió frustrado y vacío. Quería bajar del caballo, abrazarlo, construir un futuro juntos como familia, decirle que lo perdonaba, pero no pudo. No encontró el valor ni la forma de decirle que lo quería. Faltaba tan poco tiempo para dejar atrás su vida que creyó que aquello era una mala idea y que hubiese sido mejor no haber regresado al que fuera su hogar.

—Así que te marchas a una guerra que no es la tuya— le dijo sin demasiada emoción.

—Solo he venido a despedirme.

—Ya, sé que no me has venido a pedir permiso, siempre haces lo que quieres. Esperaba tu visita desde hace mucho tiempo. Tengo algo para ti. Me gustaría que tú lo tuvieses.

—¿El qué?

—Espera un momento.

Jack fue hacia la casa con la mente puesta en el amuleto que *Lazy Bear* le regaló muchos años atrás. Se trataba de una medicina poderosa que protegía a quien lo llevaba. Con los años, Jack creyó en su poder mágico y quería que su hijo lo llevara consigo. Jack lo buscó por toda la casa hasta que lo encontró en un cajón de su habitación, listo para entregárselo a su hijo. Sin embargo, cuando regresó a su encuentro, Luis ya no estaba.





La estación de tren de *Wichita Falls* era un bullicio de gente yendo y viniendo con un ajetreo constante. El lugar estaba atestado de uniformes verdes a punto de subir al tren. Para Luis y los hermanos Sullivan, el viaje hasta Virginia sería largo; desde allí, cruzarían el Atlántico hasta Francia.

Shue acompañó a Luis hasta allí, a pesar de lo abultado de su vientre, necesitaba estar a su lado hasta el final, aunque sintiera un zarpazo en su corazón cuando Luis se alejara subido en uno de aquellos vagones. El jefe de la estación miró su reloj y gritó con fuerza.

—¡Pasajeros al tren!

La locomotora emitió varios pitidos agudos mientras una nube de vapor invadía toda la atmósfera y una gran parte de la multitud allí congregada comenzaba a subir a los vagones. Llegó el momento de despedirse. Luis besó a su esposa con ternura. Shue abrazó con fuerza a Luis intentando retener su presencia en su espíritu, oliendo su dulce fragancia y guardando ese momento en su memoria; sus ojos se llenaron de lágrimas y su mano acarició por última vez el rostro de su amado. De pronto, una súbita sensación de profundo desasosiego invadió a Shue, sintió miedo, un miedo verdadero ante la incertidumbre del futuro, a una vida sin él.

—Siempre estaré contigo, mi amor—le dijo Luis.

—No sé cómo voy a hacer esto sin ti—le susurró al oído Shue.

—Envíame una foto de nuestro hijo cuando nazca.

—O hija—replicó ella.

—Será Laura o Jack. Seguimos estando de acuerdo, ¿verdad?

Shue asintió con dulzura. De repente, vieron a Rosalía avanzar con prisa por la estación. Se encaramó al cuello de Mark Sullivan y le plantó un beso húmedo y profundo en la boca, que el chico no esperaba, ante la mirada incrédula de su hermano Peter.

—Mark Sullivan, más vale que vuelvas de una pieza y me lleves al altar porque si no...—intentó pronunciar unas palabras, pero un nudo en la garganta se lo impidió.

—¿Por qué a mí no me viene nadie a despedir? —se quejó con amargura Peter.

—Siempre te dije que eras demasiado feo—le contestó su hermano.

El tren comenzó su movimiento con lentitud, los muchachos se subieron en el último momento. Cuando Luis separó su mano de la de Shue, esta sintió un pinchazo de dolor agudo en su vientre; en pocos días nacería otra Holland.



La locomotora salió de la estación de *Wichita Falls* e inició su trayecto a toda velocidad por los rieles de hierro. Estos se extendían por la llanura hasta el infinito. Los pasajeros miraban por las ventanillas, disfrutando del paisaje salvaje y agreste, salpicado de pequeñas flores amarillas y rojas que lo dotaba de fuerza natural; también se podía divisar algún mezquite aislado.

—¡Mirad! —dijo uno de los pasajeros.

A lo lejos apareció un jinete cabalgando al galope, espoleaba a su caballo mientras agarraba las riendas con fuerza, se puso paralelo al tren mientras miraba hacia todos los pasajeros, parecía que buscaba a alguien. Los pasajeros comenzaron a jalearlo al vaquero, cosa que llamó la atención de Luis; cuando miró vio a Jack Holland cabalgando a toda velocidad.

—¡Luis, Luis! —gritaba Jack.

Luis asomó su cabeza por la ventanilla, sintiendo la brisa en su rostro. Con el corazón latiendo con fuerza, Jack clavó más fuerte las espuelas a su montura y avanzó unas pocas yardas más; estiró su mano, en ella estaba el amuleto. Luis hizo lo propio, intentó agarrar el amuleto, incluso llegó a tocarlo, pero cuando estaba cerca de agarrarlo, en el último momento, se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo junto a las vías. Jack tiró de las riendas e hizo que el caballo se detuviera, viendo, impotente, cómo el tren se alejaba por el horizonte, sumergido en una sensación de frustración y decepción. Luis recordó ese amuleto; Jack siempre lo llevaba encima cuando había problemas, problemas de revólveres y rifles. Se quedó en su asiento mirando el paisaje pensando en su padre. Suponía que aquella era la forma de decir «te quiero» que tenía Jack Holland. Ya no podía hacer nada, tendría que ir a la batalla con su propia suerte y enfrentarse a lo que el futuro le depararía.

Contrabando

Durante el conflicto armado, el gobierno de los EE. UU. confiscó un gran número de caballos en los ranchos y en las granjas, a lo largo y ancho de todo el país. Todo obedecía a la demanda por parte del ejército de contar con caballos para el transporte de tropas, artillería y equipos de toda clase al frente. Aquellos que se negaban eran señalados por el gobierno y se les acusaba de cargos criminales por obstruir el esfuerzo de guerra.

Jack lloró como un niño cuando el ejército se llevó hasta el último de sus caballos. No le quedó más remedio que volver a ceñirse la estrella en el pecho para traer dinero al rancho y envió a Rosalía a trabajar a una fábrica de municiones. ¿Qué era un rancho sin caballos y sin ganado? Nada. Tuvo que despedir a sus vaqueros, ya que no podía pagarles.

El gobierno le extendió un pagaré por su manada y no vio ni un dólar.

El país estaba en guerra y todos debían hacer sacrificios. Además, se estableció la Ley de Comercio con el Enemigo, que prohibió el comercio con países enemigos y la incautación de todos sus bienes.

Los traficantes de armas alemanes se aliaron con los contrabandistas mexicanos y utilizaban la frontera de Texas con México para hacer llegar armas a los aliados de Alemania en Europa. Se establecieron puestos de control a lo largo de la frontera, se enviaron patrullas y se ofrecieron recompensas por información sobre los contrabandistas.

Dejar el rancho le causó un trastorno a Rosalía; tuvo que tomar una habitación en una pensión de *Wichita Falls* y solo regresaba al rancho los fines de semana. Para ella, el rancho lo era todo; en Henrietta tenía todos sus amigos y todo su mundo giraba en torno a Jack Holland.

La fábrica estaba ubicada a las afueras de la ciudad, rodeada de áridas llanuras y terrenos baldíos. El complejo era enorme, con edificios de ladrillo rojo y chimeneas humeantes que trabajaban sin cesar. Trabajaba en la línea de producción, insertando cartuchos en las vainas y verificando los procesos de carga y ensamblaje.

A veces, ella y algunas chicas se iban a fumar un cigarrillo a la parte de atrás de los almacenes de carga y descarga, lejos de los ojos de los supervisores. Les gustaba hablar allí sobre hombres y reírse de todo y de nada; era su momento de esparcimiento durante una dura jornada de trabajo. Aquella tarde, Carol, una de sus compañeras, se acercó a hablar con ella.

—¿Quieres venir a fumar un cigarro con nosotras? —preguntó con una sonrisa pícara en su rostro.

—No sé qué pensará Bob al respecto, últimamente no me quita ojo—respondió ella mientras levantaba su culo de la silla.

—Eso es que le gustas al bueno de Bob—le contestó Carol.

Las chicas caminaron hasta los almacenes de carga y descarga y se escondieron detrás de unas cajas de municiones vacías. Aquel era uno de los pocos lugares del complejo que se permitía fumar. Encendieron los cigarrillos y comenzaron a charlar sobre sus cosas; hablaron de sus hijos. Los gemelos de Carol empezaban la escuela, de los padres de Jenny que se hacían mayores.

También habló Rosalía, de cómo el gobierno les quitó los caballos. Además, confesó que iba a casarse con Mark después de la guerra. Allí casi todas las mujeres en edad de merecer tenían a sus novios o maridos en Francia luchando en el barro. En la fábrica nadie sabía que era la hija de Jack Holland, el famoso *ranger*, y tampoco ella tenía ninguna intención de decir ni una palabra sobre ese asunto. Allí era la señorita Rosalía Valle.

Cuando regresaban a su puesto, Rosalía quedó un poco rezagada, escuchó unas voces y fue a echar un vistazo. Cruzó un laberinto de cajas de madera mientras estas seguían sonando vivas. La propia estructura del edificio causaba un efecto eco que hacía que las voces se amplificaran.

Entre el espacio que dejaban dos cajas de municiones, pudo observar como Bob contaba una indeterminada cantidad de dinero que venía dentro de un sobre. Había otros tres tipos más, dos mexicanos que hablaban en español y un tipo alto con acento europeo que no pudo reconocer.

Se quedó paralizada al ver lo que estaba ocurriendo. Si sus ojos no la engañaban, Bob estaba llegando a un acuerdo para vender municiones a alguien ajeno al gobierno.

—Esto debería ser suficiente para nuestros amigos alemanes del otro lado del océano —dijo el hombre con acento europeo mientras le entregaba otro sobre a Bob.

—No te preocupes, Hans, el cargamento de municiones estará en la parte trasera del almacén cargado en vuestros camiones esta misma noche—respondió Bob.

—¿Y los vigilantes? —preguntó uno de los mexicanos.

—Harán la vista gorda, a ellos también les cuesta llegar a fin de mes; tampoco les molestarán en la ruta hasta El Paso. Su dinero va a tapar muchas bocas, no se preocupen—sonrió con malicia.

Los tres hombres asintieron con satisfacción y luego salieron del almacén mientras Bob seguía contando el dinero. Rosalía se agachó para que el supervisor no la descubriera. Metió la nariz donde no debía y ahora estaba asustada. ¿Qué podía hacer? Estaba claro que había gente de la fábrica metida en ese feo asunto y también de la oficina del *sheriff*; incluso la policía del estado podía estar involucrada. Despacio se levantó y se dirigió hacia su puesto en la línea de producción, pero sin quererlo se cruzó con Bob.

—¿Qué estás haciendo aquí, Rosalía? —preguntó con una sonrisa falsa en su rostro.

—Estaba buscando el baño —contestó ella, tratando de buscar una excusa convincente.

—Bueno, pero no deberías estar aquí; esta es un área restringida.

Vuelve a tu puesto. Por cierto... Cuando termines el turno podríamos tomarnos una cerveza. ¿No crees?

Rosalía asintió e intentó mantener la calma. ¿Sabría Bob que lo había escuchado todo? Se sintió atrapada en una situación peligrosa y no sabía cómo salir de ella. Solo le quedaba una opción: avisar a Jack Holland.

Al salir de la fábrica, no miró atrás. Suponía que Bob la estaría esperando y prefirió, por miedo, largarse cuanto antes. Se montó en uno de los autocares que la llevaba hasta *Wichita Falls* y recordó que en la estación había una cabina de teléfono. Cuando se bajó en la estación, se dirigió a toda prisa a esta y marcó el número de la operadora.

—Póngame con la oficina de los *rangers* en Archer City.

Pasaron unos eternos minutos antes de que una voz lejana sonara por el auricular.

—Oficina de los *rangers*. ¿En qué puedo ayudarla? —dijo la voz al otro lado.

—Soy Rosalía Holland. ¿Está mi padre por ahí?

—¡Jack, tu hija al teléfono!

En cuanto Jack se puso al aparato, Rosalía le contó con pelos y señales lo que viera en el almacén. Jack pudo observar su nerviosismo; le temblaba la voz y el miedo supuraba por cada palabra que decía.

—¿Estás segura de que viste y escuchaste eso? —le preguntó con voz intensa.

—Más que segura, desde mi escondite podía verlos y oírlos sin dificultad—afirmó.

Justo en ese momento Rosalía vio a Bob, quien la observaba a escasas yardas de la cabina. Bob era un hombre bajo y robusto de Montana, con una enorme barriga que asomaba por encima de sus pantalones. Sus hombros eran anchos y sus brazos flácidos, casi sin musculatura, y parecían estar hechos más para levantar jarras de cerveza que para sostener un fusil. A pesar de su apariencia poco atlética, se movía rápido, con pequeños pasos que hacían balancear su cuerpo en una especie de ridículo equilibrio que causaba cierta mofa, ya que parecía un bebé cuando rompía a caminar. Su rostro redondo estaba enmarcado por unos anteojos de cristales gruesos que le daban aspecto de sapo vicioso. Siempre estaba enfadado o hablando mal de todo el mundo. No llevó bien que no lo aceptaran en la oficina de reclutamiento y durante meses se estuvo quejando con amargura mientras levantaba las jarras de cerveza en todos los bares de *Wichita Falls* que tuvieran paciencia para escucharlo. A Rosalía le parecía un ser vomitivo, siempre mirando de reojo el trasero de las chicas de la fábrica. Era conocido por acosar a las más jóvenes y desprotegidas, siempre, por supuesto, lejos de los ojos de su mujer que malgastaba su tiempo en el coro de la iglesia. Cuando Rosalía lo vio allí fuera, un escalofrío recorrió su cuerpo; se giró para que no pudiera leerle los labios mientras continuaba hablando con Jack.

—Bob está mirándome ahora... está aquí esperando a que salga de la cabina.

—Quiero que te calmes, no te hará nada mientras estés en un sitio público. Tú eres más fuerte que ese petimetre. Yo te he visto montar y disparar, sé bien de lo que eres capaz. ¿Recuerdas cuando tuvimos el tiroteo con los Harrigan? Diste la talla, no temas.

—Ahora mismo no tengo un revólver ni te tengo a mi lado.

—Quería tomar una cerveza contigo, pues dale ese gusto mientras voy hasta ahí.

Rosalía colgó el auricular y salió de la cabina. Sonrió hacia Bob y se dirigió a su encuentro. Rosalía conocía a los tipos como Bob. Era la clase de hombre que tiene un gran concepto de sí mismo; se creía irresistible porque llevaba su cartera con un buen fajo de billetes.

Con una sonrisa lo tendría comiendo de la palma de su mano.

—Creí que había dejado claro que íbamos a tomar una cerveza a la salida de la fábrica—le dijo con cierta seriedad en sus palabras.

—Tenía que hacer una llamada importante—contestó a la defensiva.—Ya veo... Tal vez podríamos salir de la estación, conozco un lugar tranquilo, no muy lejos de aquí, podremos hablar de nuestras cosas.

—Estoy esperando a alguien, no va a tardar mucho...

—Tranquila, yo tampoco tardaré mucho. Podemos ir a la cantina de la estación, no tengo inconveniente.

Se sentaron en una pequeña mesa. Solo había un viajero cansado que removía el fondo de su café sin parar y una camarera con ganas de cerrar e irse a casa. Bob miró a Rosalía con descaro. Se sintió desnuda ante sus ojos, pero disimuló intentando mostrar fortaleza y dignidad con una mirada firme y una postura erguida. Parecía que el tiempo transcurría muy despacio en compañía de Bob y el corazón de Rosalía latía con fuerza. Después de hablar de cosas triviales y sin importancia, Bob comenzó a mirarla de forma feroz.

—¿Sabes, Rosalía? Me gustas, eres una buena trabajadora. Podrás llegar lejos en la fábrica si sabes jugar tus cartas. ¿Quién sabe? Tal vez, dentro de nada, te nombren supervisora y ocupes mi puesto. Te conviene tenerme como amigo. Haré que subas como la espuma si te portas bien conmigo. Para ser mexicana, eres guapa, una pena que tu novio esté en Francia.—Sonrió.

Rosalía tuvo que cruzar los dedos de sus manos intentando que el temblor no la delatara. Veía

moverse los labios gruesos de Bob, pero no se concentraba en lo que le estaba diciendo; Solo quería salir de allí y, a la vez, patearle el trasero a Bob. Lo mejor de la juventud de Henrietta y del país estaba luchando en sucias y húmedas trincheras, repletas de barro y enfermedades como el cólera, el tifus y la disentería, mientras que Bob llenaba sus bolsillos vendiendo balas al enemigo.

—¿Y qué tendría que hacer para subir como la espuma? —preguntó.

Bob posó su mano rechoncha sobre las manos de Rosalía.

—Una de las cosas sería no mentirme para empezar... No te hagas la tonta—le contestó mientras su mano apretaba con fuerza la mano de Rosalía—y no me mientas. ¿Qué hacías por el almacén Rosalía?

—Ya te dije que buscaba un baño—le contestó ella intentando liberarse de la gruesa mano de Bob.

—¿Con quién hablaste por teléfono? Dímelo y todavía podré ayudarte. ¿Qué te crees, que no te vi escondida entre aquellas cajas? Esos hombres no serán tan amables como yo, te harán gritar antes de matarte.

Rosalía se levantó con determinación de la mesa y con un gesto brusco logró soltarse de la mano de Bob. El único cliente miró de reojo, pero creyó que era una escenita de un par de enamorados y siguió dando vueltas a la cuchara de su café, al igual que la camarera que tenía por costumbre no involucrarse en las cosas de sus clientes. La chica se apresuró a salir de la cantina, pero Bob, se levantó e intentó interponerse en su camino. Rosalía no se lo pensó dos veces, le metió un rodillazo en la entrepierna que hizo que este se doblara de dolor; acto seguido, agarró la botella vacía de cerveza y la estrelló con furia contra la mesa. En una fracción de segundo Bob tenía la botella rota en su garganta y un hilo de sangre resbalando por su cuello.

—Yo sí que te daré un consejo, Bob, escapa ahora que puedes. Podría haberte rebanado el cuello aquí mismo. Si vuelves amenazarme, te juro que la próxima vez no lo contarás.

Rosalía, con el corazón desbocado, salió de la cantina y se adentró por la calle solitaria y oscura. Al cabo de unos minutos unos faros se encendieron al final de la calle, y un motor comenzó a rugir con fuerza. El vehículo, una camioneta, pasó al lado de ella, se paró, bajaron dos hombres, y sus imponentes sombras se proyectaron sobre el pavimento. Agarraron a la muchacha y la arrastraron hasta su interior.

La respiración de Rosalía sonaba agitada; sabía que se encontraba atrapada, sin posibilidad de escape o buscar ayuda. La sujetaron con fuerza y la ataron. Una voz se aproximó al vehículo, la reconoció de inmediato, era la voz de Bob.

—Llévala al desierto y metedle una bala en la cabeza.

Rosalía volvía a pensar que solo le quedaba una posibilidad y que su vida volvía a estar en las manos de la misma persona: Jack Holland.

La camioneta se detuvo media hora después y escuchó la voz de los hombres discutiendo acaloradamente. Uno quería obedecer las órdenes de Bob y acabar con su vida; en cambio, el otro tenía la idea de venderla en un prostíbulo de Ciudad Juárez.

—Híjole, compadre, tenemos que hacer lo que nos dijo Bob. Esa mujer nos puede meter en un lío, no mames.

—¡No, pinche cabrón! ¿La has visto? Es guapa, cabrón. ¿Qué te pasa? ¿Quieres matarla así nomás? Eres un hijo de la chingada. Hay otras maneras de sacarnos unos pesos.

—Conmigo no cuentas compa. Te cubro, pero no entro en ese trato. Te va a cargar el payaso. ¿No te das cuenta?

—¡Chinga a tu madre, cabrón! Hay oportunidad de hacer negocio.

Podemos venderla a un padrote de Ciudad Juárez y sacar buena lana.
—He dicho que no cuentes conmigo, tú sabrás cómo te mueves en ese pedo.
Uno de los hombres descendió de la camioneta y el motor volvió a rugir con dirección a Ciudad Juárez.



Cuando Jack llegó a la estación de autobuses no había ni rastro de Rosalía, así que se dirigió a la

cantina, y preguntó a la camarera.

—¿Una chica medio mexicana? Sí, estuvo ahí mismo, no hace mucho. Se ve que es de armas tomar, rompió una botella y se la puso en el cuello a su novio.

El supuesto novio era Bob. En cuestión de unos minutos hizo unas llamadas y obtuvo la dirección. Bob vivía en una hermosa casa a las afueras de *Wichita Falls*, demasiado cara y lujosa para un simple supervisor de fábrica. Cruzó la valla y se dirigió a la puerta principal.

Nada más abrir la puerta, Bob se encontró con el cañón del *Colt* pre-sionando su nariz. Sorprendido, levantó sus manos, y Jack lo empujó adentro hasta sentarlo en uno de los butacones del amplio salón.

—Te doy tres segundos para que me digas dónde está Rosalía—lo amenazó mientras amartillaba el arma.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve...?

—Puedes llamarme *ranger*...uno, dos...

—Vale, de acuerdo, hablaré, pero, baje el arma, mi mujer está a punto de llegar de la iglesia.

—Pues si no lo remedias, se va a encontrar con tus sesos esparcidos por todo el salón.

—Me estoy tirando a esa puta, ya sabe cómo son esas furcias...

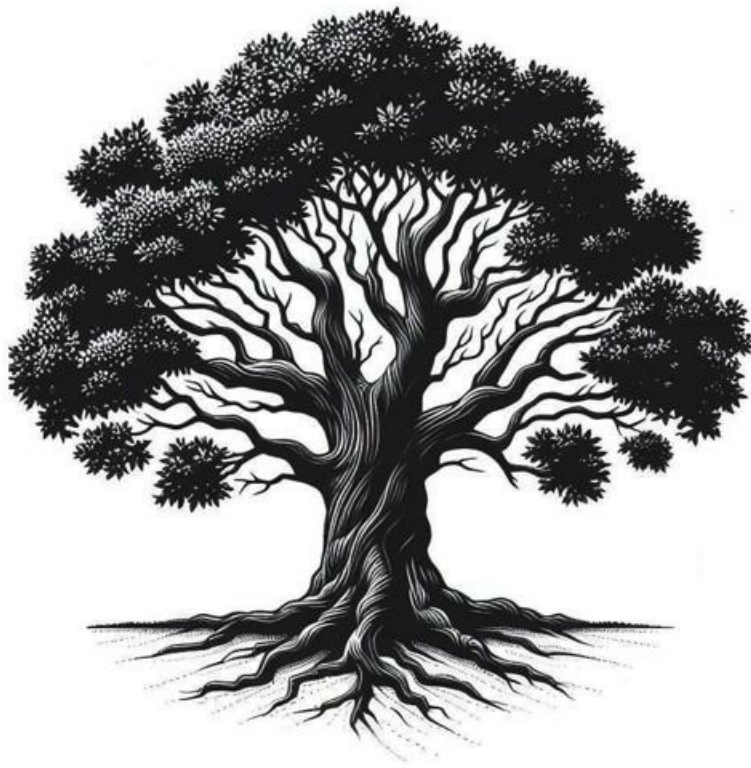
El *ranger* le dio un culatazo en la boca y le hizo saltar varios dientes.

—¡Vamos Bob, no me cuentes milongas, sé que le vendes municiones al enemigo! Tienes suerte de estar vivo, ahora solo me interesa en paradero de Rosalía.

—Se la llevaron, no pude hacer nada por detenerlos. A medianoche irán a por las municiones, tal vez lleven a Rosalía con ellos, no lo sé. —Ponte las esposas, te vienes conmigo. Vas a desear la horca si le pasa algo a mi hija. Te prometo una muerte al estilo comanche.

Hoguera, mutilación y desmembramiento—le dijo mientras le tiraba los grilletas.

Jack no hablaba en broma y Bob, por alguna razón, lo sabía.



Después de asegurarse de tener a Bob incomunicado en los calabozos de Archer City, Jack decidió que tenía que seguir el rastro de las municiones para saber quién estaba involucrado en aquel asunto tan turbio y dar con el paradero de Rosalía. Solo confiaba en los *rangers* de Texas; ellos eran de otra pasta, hombres que no se dejaban comprar, intachables, curtidos y acostumbrados a las estrecheces. Pondría la mano en el fuego por todos y cada uno de sus compañeros. Los conocía a todos, conocía sus debilidades y sus fortalezas como la palma de su mano. Para aquella ocasión, pensó en dos agentes: Tom Roulins y Adam Cooper, dos tipos de gatillo fácil a los que confiaría su vida sin dudarlos. Los puso en antecedentes sobre lo que sabía del contrabando de armas y de cómo desapareció Rosalía. Ambos aceptaron acompañar a Jack. El plan era seguir la ruta del convoy para ver quién estaba metido en el ajo, detenerlo antes de que atravesara la frontera y hacer caer a toda la banda de contrabandistas de un solo golpe.

Tom Roulins era un tipo duro y astuto y de principios inquebrantables. Encarnaba la esencia de un verdadero *ranger*. Portaba un *Colt* modelo 1911 al que llamaba «La Muerte Negra», en una funda elegante y gastada de cuero marrón. Era un tirador experto, siempre listo para desenfundar; su pulso firme y su concentración lo convertían en un adversario temible y un defensor insaciable de la ley. Presenció demasiadas veces el mal y aprendió, de la peor forma, a valorar la verdad y la justicia. Antes de ser *ranger* trabajó como aviador del servicio postal, pero tuvo que dejarlo; decían las malas lenguas que por asuntos de faldas. No era un hombre de muchas palabras; casi siempre sumergido en sus pensamientos, no era raro verlo hablar solo. Jack siempre pensó que tenía un espíritu indomable; le hubiera gustado cabalgar con él durante los años difíciles, pero por aquellos días Tom no era más que un chiquillo. Decían de él que era un

jinete excepcional y que no existía animal, máquina o cosa que Tom no fuera capaz de conducir. Su conocimiento del terreno era preciso, y le gustaba el riesgo, sentir la adrenalina resbalar por todo su cuerpo y apretar el gatillo sin hacer muchas preguntas cuando la situación lo exigía.

Adam Cooper era todo lo contrario a Tom Roulins en cuanto a presencia física. Era de estatura pequeña, compacta. En sus años más jóvenes, fue un reconocido campeón de rodeo. Siempre con el pelo largo y alborotado que ocultaba con un viejo sombrero de *cowboy*.

Portaba una escopeta semiautomática *Browning*, una poderosa arma en sus manos, de cañón corto y diseño robusto de culata de madera gastada por el paso del tiempo, a la que Adam cuidaba con esmero, asegurándose que siempre estaba en óptimas condiciones para entrar en acción; capaz de disparar una sucesión de cartuchos con una precisión letal. También portaba un revólver *Smith & Wesson* bien equilibrado que era su fiel compañero en las distancias más cortas; a la escopeta la llamaba Marlene, en honor a su difunta madre, que parecía que echaba fuego por la boca cuando se lo encontraba borracho como una cuba después de cualquier rodeo, y al revólver Cimarrón, el nombre de su primer caballo, rápido e indómito.

La fábrica se erigía imponente en medio de la oscuridad del desierto, destelleando como un faro gigantesco en un mar de arena. Sus altos muros de ladrillo rojo se levantaban contra el cielo estrellado, y proyectaba una sombra inmensa sobre la desértica llanura. Los *rangers* se apostaron a una distancia prudencial, lo suficiente como para observar toda la operación sin ser vistos. Desde allí descubrieron que las camionetas iban cargadas hasta los topes con cajas de municiones.

Lo sorprendente era que la seguridad privada de la fábrica permitía el paso sin realizar ningún tipo de control. Incluso el ejército, que vigilaba todo el perímetro, parecía hacer la vista gorda. Estaba claro que el bueno de Bob tenía compinches entre la seguridad de la factoría y algún mando militar.

Eran un total de seis camionetas robustas custodiadas por doce hombres armados con algunos *M1903 Springfield* y escopetas *Winchester 1897* de repetición, pero era probable que también ocultaran armas cortas. Se dirigieron hacia el sur, pero no atravesaron ningún pueblo, circulaban por carreteras secundarias y viejos caminos olvidados. Pasaban por delante de algunas patrullas a los que saludaban con complicidad. La fría brisa nocturna del desierto dio paso a un calor sofocante en cuanto el sol se asomó por el horizonte. El convoy cruzó por un largo y estrecho camino polvoriento que atravesaba un terreno impracticable si no se hacía a caballo, repleto de montículos y dunas. A lo lejos, se divisó un *Buick* en un lado del camino. Los *rangers* pensaron que sería otro control que el convoy atravesaría sin problema, pero no fue así. Del automóvil se bajaron dos jóvenes oficiales que daban el alto. Uno de ellos se colocó en medio del camino con una de sus manos levantadas. El convoy se paró y de la primera camioneta se bajó un hombre de aspecto europeo, rubio y alto. Por la descripción que Rosalía le proporcionó era el que Bob conocía como Hans. Se acercó sonriente al oficial, se metió su mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. El joven agente le dio un manotazo y los billetes cayeron al suelo, siendo esparcidos por el viento a todas direcciones. El policía echó la mano a su pistola mientras le ordenaba al hombre europeo que se detuviera, pero este hizo caso omiso y se retiró caminado hacia atrás.

Mientras, en una apartada colina, los *rangers* contemplaban la escena.

—No sé vosotros, pero creo que esos dos muchachos se van a meter en problemas—aseguró Jack.

—Eso parece...— Adam escupió al suelo su tabaco de mascar y asintió. Jack sacó su pistola y la amartilló.

Los tres *rangers* clavaron sus espuelas y salieron al galope hacia la retaguardia del convoy,

levantando una nube de polvo a su paso.

En ese momento el policía desenfundó su arma y avanzó decidido hacia el hombre que estaba al volante de la primera camioneta con el objetivo de impedir que pudiera arrancar y escapar. Disparó dos veces apuntando con precisión. Una de las balas se estrelló contra el parabrisas haciéndolo añicos, mientras que el otro proyectil alcanzó al hombre en el cuello y su sangre comenzó a manar con fuerza sin que sus manos pudieran pararla, hasta que, se desplomó sobre el volante.

Hans, nervioso, trataba de buscar un arma dentro de la cabina de la camioneta.

El sonido de los disparos alertó al resto de los hombres del convoy, que salieron de sus vehículos y comenzaron a disparar en dirección al *Buick*, donde se encontraba el segundo policía. Este, portando una escopeta de repetición, se refugió detrás de su coche para protegerse de las balas que silbaban a su alrededor.

El primer policía, agachado justo delante de la camioneta, vigilaba los movimientos del hombre europeo, que portaba una pistola *P08* semiautomática y buscaba dónde se encontraba el policía. Cuando el europeo se dirigió hacia la parte delantera del vehículo, el policía se movió hacia el lateral. En ese preciso momento, uno de los hombres de la segunda camioneta, apuntó su arma contra el policía quien, en un acto de astucia e improvisación, abrió la puerta de la primera camioneta y la utilizó como escudo, llevándose esta la descarga de perdigones. Acto seguido levantó su arma y, con un certero disparo, voló la tapa de los sesos al atacante.

Mientras tanto, Hans, ajeno a la maniobra del policía, rodeó el vehículo en busca de su objetivo, pero no se percató de que el policía se arrastraba por debajo de la camioneta. El segundo agente, que todavía se parapetaba en el *Buick* a causa de la lluvia de disparos, vio al europeo y descargó su escopeta dos veces, el primer cartucho impactó contra uno de los faros del vehículo haciéndolo estallar en pedazos, mientras que el segundo lo alcanzó en un hombro. Fue justo entonces cuando el primer policía vio a los tres rangers.

La placa de uno de estos emitió un destello, un resplandor leve y fugaz que era como un aviso del cielo de que la ayuda estaba en camino.

Jack, por el lado izquierdo del convoy, agarró su *Winchester*, soltó las riendas y comenzó a disparar a uno de los hombres que portaba un *M1903* y que se apoyaba en el capó de la camioneta tratando de matar al policía que se refugiaba tras el *Buick*. Sin parar ni un segundo, tomó de nuevo aliento y disparó. El proyectil cruzó el aire, alcanzando a su objetivo con letal precisión; mientras tanto, Tom hacía lo propio por la derecha, con su «Muerte Negra» incrustándole una bala en la cabeza a otro de los hombres del convoy. El impacto fue como una pequeña explosión sobre los hombros de este que caía al suelo sin emitir un gemido. Adam desmontó y avanzó con su escopeta entre las manos. Disparó contra uno de los hombres y los perdigones le destrozaron el pecho. En ese momento Jack se encontraba con el agente en la cabeza del convoy.

—Me alegro de verle *ranger*—le dijo este a Jack.

Jack se llevó dos dedos a su sombrero en forma de saludo, asió las riendas, clavó sus espuelas y el caballo comenzó a galopar hacia el final del convoy. Un minuto después, abrumados por la audacia de los *rangers*, los últimos cuatro hombres del convoy se rendían. Jack buscó a Rosalía por todas las camionetas, pero no la encontró. Cuando vio a Hans, comprobó que estaba malherido y sin sentido. Hurgó en su chaqueta y cogió sus credenciales, supuestamente se llamaba Hans Müller, al parecer trabajaba para la embajada suiza. Tras explicar la trama a los policías, estos no se podían creer que muchos de sus compañeros estuvieran implicados. Al poco rato Adam llegó con un mexicano. Tenía información sobre la mujer que estaban buscando y

quería llegar a un trato.

—No voy a ofrecerte ningún trato, pero te aconsejo que empieces a cantar —dijo Jack mientras le ponía el revólver en una de sus rodillas.

—Usted y yo sabemos que no va a disparar, es un pinche policía.

Al escuchar esto, Jack amartilló el revólver y disparó. El grito de dolor resonó en el desierto.

—¡Cabrón... esto no va a... quedar así, conozco... mis derechos, no sabes con quién te enfrentas!—Decía el mexicano mientras se re-torcía de dolor.

Jack miró para los *rangers* y a los policías del estado. Ninguno iba a pararlo, sabían que era lo que tenía que hacer para rescatar a Rosalía.

Volvió a colocar el revólver en la otra rodilla, amartilló el arma.

—Te daré una oportunidad, ahora mismo solo serás un cojo, te podrás ganar la vida con dignidad, pero, si disparo otra vez, tendrás que estar pegado a una silla de ruedas toda la vida. ¿Quieres eso?

El hombre comenzó a cantar «La Traviata». Contó con todo lujo de detalles que Rosalía iba camino de Ciudad Juárez. Su primo Raúl iba a venderla a un prostíbulo y que las gringas, aunque fuesen medio mexicanas, eran demandadas y se pagaban buenos pesos por ellas.

Ciudad Juárez quedaba lejos y les llevaba ventaja. Jack oteó el horizonte, puso sus brazos en jarra y le dio una patada a la tierra levantando una pequeña nube de polvo que arrastró el viento. Sabía que no llegaría a tiempo para rescatar a Rosalía y una lágrima estaba cerca de resbalar por su mejilla cuando Tom se acercó a él.

—¿Estás preocupado, viejo? —preguntó Tom con una sonrisa de compasión en su rostro.

—No llegaré a tiempo para salvarla—negó una y otra vez con la cabeza.

Al decir esto, notó unos temblores en la mano derecha de Jack, mientras la apoyaba en la culata de su arma. Eran espasmos enfermizos, Tom los había visto en otras ocasiones. Imposibles de parar, volvían más humana a la leyenda. Supo de ese modo que los días de Jack en los *rangers* estaban contados a pesar de la exhibición que acababa de realizar.

366

—No te preocupes tanto, viejo. ¿Alguna vez has visto Texas desde el aire?

Ciudad Juárez

El avión de Tom, era un biplano de dos plazas con un gran número de horas de vuelo, que lo había movido por todo el país cuando todavía trabajaba para el servicio postal siendo un joven aviador. Cuando las autoridades iban a desguazarlo para chatarra, lo compró y lo fue mejorando hasta convertirlo en una extensión de sí mismo en el cielo. Poseía una estructura de madera revestida de tela azul para reducir todo el peso posible. Tom lo guardaba en un hangar cerca de su casa, en donde existía una pista de aterrizaje polvorienta. Solía volar para relajarse y recordar los viejos tiempos. Cuando Jack vio el aeroplano tragó saliva, sintió un nudo en la garganta y un leve temblor se apoderó de sus manos. Pensaba que, si Dios hubiera querido que el hombre volara, lo habría dotado de alas, pero miró con admiración el avión de Tom. Era la máquina que lo llevaría a Ciudad Juárez y que lo acercaría un poco más a la idea de rescatar a Rosalía.

—Tom, ¿crees que llegaremos a tiempo de rescatar a mi hija? —Le preguntó Jack con cierta dosis de ansiedad.

—Claro que sí, viejo amigo, te prometo que esta noche dormiremos en Ciudad Juárez. Si hay alguien capaz de rescatar a Rosalía, ese eres tú.

Confía en mí y en mi pájaro azul.

Tom encendió los motores y estos comenzaron a toser como un viejo cansado, emitiendo una serie de pequeñas explosiones y creando una diminuta nube negra hasta que las hélices comenzaron a moverse de forma endiablada. El aparato avanzó hasta la pista y comenzó a moverse hasta que, al fin, se elevó. Poco a poco, fue ganando altura, surcando el cielo como un gran pájaro. Jack miró hacia abajo, observando la inmensidad del desierto, de todo Texas, que se extendía debajo de ellos, libre, salvaje e indómita. A medida que el avión cobraba velocidad, la sensación de libertad se apoderó de sus sentidos. El viento azotaba sus rostros y los motores hacían vibrar los cuerpos de los dos hombres. El tiempo pareció detenerse mientras cruzaban por encima de valles y montañas. Ciudad Juárez estaba cerca, podía tocarla con las yemas de sus dedos.

Aterrizaron en un apartado aeródromo cerca de Ciudad Juárez. En la ciudad, Jack conocía a un abogado llamado Gonzalo Fernández que trabajaba para los gringos que deseaban establecerse en la ciudad.

Gonzalo era un facilitador, cursaba todos los permisos saltándose la burocracia y, gracias a eso, obtenía grandes ingresos. Prosperó rápido en la vida. Tenía una gran casa en uno de los mejores barrios y una bonita esposa de buena familia. Jack lo conoció cuando solo era un chiquillo con los mocos colgando y se apreciaban. Jack lo ayudó en una mala época en la que tuvo ciertas faltas, le hizo ir por el camino recto. Cuando llamó a su puerta de madrugada acompañado de Tom, el mexicano apareció envuelto en un batín negro, armado con una escopeta.

—¿Jack Holland? —preguntó, abriendo los ojos como platos.

Se fundieron en un afectuoso abrazo, hacía años que no se veían.

Jack le explicó la desesperada situación de Rosalía. Los ojos de Gonzalo reflejaron preocupación

y asombro.

—Gonzalo, necesito tu ayuda, eres un hombre influyente en esta ciudad. Necesito encontrar a mi hija antes de que sea tarde—le suplicó con un hilo de angustia en su voz.

El abogado asintió y valoró la situación. El antaño joven ya era todo un hombre. Su apariencia era elegante y refinada, se notaba que se codeaba con lo más granado del lugar. Aquel aspecto pulcro, sin embargo, no ocultaba un espíritu combativo. Seguiría a Jack hacia donde hiciera falta con tal de no fallarle porque el *ranger* era su amigo, pero también fue su mentor cuando nadie confiaba en él.

—Descuida, Jack, haré todo lo que esté en mis manos para averiguar dónde está tu hija. Conozco a ciertas personas que se mueven por los bajos fondos que podrían proporcionarnos información. Los tres hombres se adentraron en las calles de Ciudad Juárez, donde el bien y el mal pululaban en cada rincón. Gonzalo sabía a quién preguntar y qué tipo de preguntas hacer, la ciudad tenía un oscuro entramado y hallar respuestas no era tarea fácil para aquellos que no conocían el terreno. Encontraron una pista muy valiosa. En la ciudad existía un burdel clandestino donde las mujeres eran subas-tadas al mejor postor y el dinero fluía sin parar. Si la mujer venía del otro lado de la frontera, la cifra alcanzaba proporciones astronómicas. Aquel era un lugar sórdido y peligroso donde se traficaba con la desesperación humana y donde los sucios deseos de hombres sin escrúpulos eran satisfechos si los podían pagar con oro. Al parecer, su dueño, un recién llegado de New Orleans con un séquito de personas aficionadas al vudú y a la magia negra, puso mucho dinero para que aquel sombrío lugar fuera frecuentado por las elites de Ciudad Juárez.

Su nombre era Luke Ikfer.

Nadie sabía mucho sobre él, no se dejaba ver demasiado, pero lo cierto es que su llamada fue escuchada por todo lo peor del lumpen, que acudieron a su negocio, como las moscas a la mierda. La forma de acceder a la puja era sencilla, solo debían escribir en un billete de un dólar la palabra «puja».

Al parecer, habría una subasta importante en el burdel a la noche siguiente, así que los tres hombres se retiraron a casa de Gonzalo para intentar descansar y reponer fuerzas después de tan largo viaje. Las pesadillas sitiaron el sueño de Jack, que se vio entrando con sus amigos al lupanar. Los proxenetas se echaban sobre ellos y los descuarti-zaban. Sintió cómo las afiladas cuchillas cortaban sus carnes. Intentó gritar, pero era un grito ahogado por el terror, mientras que su mente solo podía pensar en Rosalía, como un pensamiento recurrente que no podía parar. Se despertó jadeante, envuelto en un pegajoso sudor que empapó la cama. Por instinto echó la mano a su querido amuleto, lo llevaba con él. Aquella magia lo protegería de toda bala, pero en aquel mismo instante decidió que debía hacer caso a su premonitorio sueño.

A la noche siguiente, los tres hombres se montaron en el auto de su amigo y se dirigieron a Sodoma. Ciudad Juárez asemejaba una colmena. Después de la Revolución experimentó un gran cambio, un crecimiento de población perpetrado por la industrialización de la zona. Miles de campesinos, como si se tratara de una gran plaga, emigraron a la ciudad en busca de un futuro mejor al abrigo de una floreciente industria. Tanta opulencia se tradujo en grandes y esplendorosas construcciones, mansiones de estilo neoclásico y neogótico, pero también se creó un peligroso caldo de cultivo. Los vicios de los hombres necesitaban ser alimentados, ellos siempre querían más, como la caldera de una gran locomotora que no cesa de tragar carbón. Estar al lado de la frontera con EE. UU. le supuso grandes beneficios, aunque también era refugio de contrabandistas, buscadores de fortuna y gente de mal vivir que necesitaban dinero rápido. Allí tenía cabida todo el mundo, desde el gran magnate que vivía en su mansión estilo «Art Nouveau» hasta el operario más pobre que se hacinaba con su familia en pequeñas chabolas

a las afueras de la ciudad.

La ciudad lo devoraba todo como el gran monstruo que era, engullía los sueños de las personas y se burlaba de ellos enseñándoles un pedacito de riqueza y gloria para después golpearlos con saña en lo más profundo de sus entrañas.

La calle sombría se adentraba en un rincón olvidado de Ciudad Juárez, donde la moralidad se perdía en el aire enrarecido y viciado.

Toda la calle olía a vino barato y orines. Las mujeres que ya no servían para los lupanares ofrecían en plena calle sus servicios sexuales por poco dinero. Eran como estatuas, inmóviles y serviles, con una máscara de maquillaje que deformaba su rostro hasta transformarlas en sombras, en monstruos. Medusas modernas a las que era imposible mirar a los ojos.

En medio de aquella depravación se alzaba Sodoma, el lupanar que los *rangers* buscaban, una vieja construcción de aspecto decadente. Su fachada desgastada estaba repleta de pintadas, era un fiel reflejo de lo que se escondía detrás de sus puertas.

Los tres hombres se bajaron del auto y fueron a la puerta del lupanar; la entrada poseía una enorme argolla.

—Muchachos, aquí se separan nuestros caminos, no voy a permitir que entren a este lugar.

—Pero...—protestó Tom.

—Pero nada, Tom. Si entras por esa puerta, morirás, y no podría cargar con eso sobre mi conciencia.

—Yo voy a entrar contigo, te guste o no—repuso Gonzalo.

—Querido muchacho, si hay alguien sobre la faz de la tierra al que no quisiera tener en un tiroteo a mi lado, eres tú. ¿Por qué crees que te animé a que estudiaras Derecho? Eres muy inteligente y buen orador, pero con un arma eres un hombre del montón. Es mejor que regreses con tu familia. Aunque te pediré un último favor. Déjame el coche, no sé conducir, pero Rosalía sí.

Gonzalo aceptó a regañadientes, pero sabía que el vaquero tenía razón, al contrario que Tom, que no estaba dispuesto a dejar que Jack entrara solo allí.

—No te vas a deshacer de mí tan fácil, viejo —le contestó con cierta ira en sus palabras.

—Es una orden, Tom. Te necesito en el aeródromo con el motor encendido listo para largarnos de aquí como una centella. ¿Entendido?—¿Y cómo sabes que saldrás con vida?

—¿Sabes el rumor que circula sobre que las balas me esquivan?

Pues es verdad—sonrió el ranger.

—No te dejarán entrar armado—le advirtió.

—Eso no es exacto—lo contradijo Gonzalo—. Esto es México, aquí todo el mundo va armado.

El *ranger* agarró la gran argolla y llamó a la puerta. Un anciano tuerto le abrió al otro lado. Jack le entregó el billete con la palabra «puja» y el anciano señaló una escalera que daba a un segundo piso.

Cuando Jack atravesó el umbral, el aire pesado del humo del tabaco se mezcló con el aroma pestilente de la calle, y la puerta se cerró tras su paso, lenta y pesada como una condena perpetua. La tenue luz de las lámparas de aceite parpadeaba, creando una amalgama de sombras espectrales cansadas que merodeaban por la oscuridad de los pasillos, entre las tinieblas, siempre dispuestas a ganar un peso más. El sonido de las risas falsas, apagadas y los sollozos entrecortados eran la única sinfonía discordante que se aferraba al alma como una garrapata. Las paredes desconchadas eran testigos mudos de los secretos inconfesables que allí se decían.

Los padrotes, con sus rostros pétreos, miraban con desconfianza a los desconocidos. Ellos eran los señores de los bajos fondos, dueños de la desgracia de aquellas mujeres, a las que controlaban a base de golpes y el suave filo de una navaja. La libertad era un lujo efímero en aquel lugar

maldito, alejado de la voluntad de los hombres justos, ajeno a la obra de Dios. Las prostitutas eran flores marchitas, recuerdos lejanos de las jóvenes que antaño fueron, atrapadas en un jardín con forma de infierno. Ellas eran la parte importante de la función, del circo de la carne. Los clientes ocultaban su depravación en aquel lugar donde no existían ni nombres ni linajes, solo deseos inconfesables que el dinero podía hacer realidad.

Jack subió la escalera con cautela; cada escalón crujía bajo sus pies como si fuesen apagados susurros en forma de advertencias. Cuando llegó al último peldaño se dio de bruces con un largo y opresivo pasillo. El aire era denso y enrarecido; le costaba respirar. Era como si cada insuflación estuviese respirando el aliento del diablo. El olor a moho lo impregnaba todo, provocando una repulsión casi enfermiza en el vaquero.

A lo largo del pasillo, las puertas cerradas guardaban los secretos perversos de los clientes. El silencio era abrumador y, en cambio, los oídos estaban a punto de estallarle debido al eco lejano de gemidos y susurros que parecían venir de ningún sitio y que escarbaban en su mente hasta llevarlo al borde de la locura. Jack sabía que era un extraño, un intruso al que aquella maldita construcción no quitaba los ojos de encima, un forastero en territorio vetado.

Su mirada se ancló en la puerta roja del fondo del pasillo, supuraba maldad por su marco, igual que una herida pestilente se impregna de pus y de gangrena. Un hombre negro de proporciones gigantescas y con un inmaculado frac custodiaba la entrada. Su sola presencia intimidó a Jack. El hombre fijó su mirada enigmática en el *ranger*. El guardián permaneció en silencio, pero dejó clara una cosa: el umbral que protegía era un territorio de tinieblas y perdición.

Miró a su derecha y una puerta se abrió sola, muy despacio, revelando una escena macabra. En el centro de la habitación, un círculo de ceniza y polvo marcaba el suelo de madera. Dentro del círculo, extraños símbolos pintados con gran precisión representaban la conexión con el mundo espiritual. Todo estaba iluminado por velas negras y rojas sobre enormes candelabros de plata. Los practicantes de aquel ritual, vestidos con túnicas negras, se movían alrededor del círculo, balanceándose al ritmo frenético de sus corazones. Sus cuerpos se contorsionaban con una agilidad casi sobrenatural, mientras sus ojos se ponían en blanco como si su alma intentara liberarse de la carne. En el centro del círculo, un hombre recitaba una oración en un idioma africano, su voz dura y profunda se metía en las mentes de los participantes del ritual trastocando sus voluntades, atrayendo la atención de espíritus ocultos que acechaban más allá de las sombras mientras degollaba con saña a un pobre perro.

Jack se quedó de piedra ante aquella escena. Su corazón latía con fuerza, su sonido se incrustaba en sus sienes y en sus oídos, al tiempo que el miedo viajaba por sus venas a un ritmo desenfrenado. Sabía que se adentraba en un mundo de sombras, donde las leyes fundamentales de los hombres se desvanecían y la oscuridad era la única verdad. Pese a ello, decidió encarar aquella puerta roja y los misterios que albergaba. Tal vez Rosalía se encontraba al otro lado del umbral.

Avanzó, y el hombre negro le abrió la puerta. Jack pasó a un enorme salón, las ventanas estaban tapadas con gruesas cortinas negras y la luz de las velas era tan tenue que apenas iluminaban la estancia. En medio del salón había un hombre vestido de blanco sentado en una silla roja estilo Luis XV. Tenía entre sus manos un bastón con una cabeza de lobo de plata, portaba anteojos oscuros que ocultaban su mirada. Su pelo moreno, echado todo hacia atrás, era largo y poseía una enorme perilla; sus uñas largas y bien cuidadas sorprendieron a Jack, pues parecían garras. Con una mano pidió al vaquero que se acercara.

— Nos conocemos. ¿No es así? —le dijo el hombre de blanco.

—Se equivoca, nunca olvido una cara. —Jack frunció el ceño intentando hacer memoria.

—El olvido, qué dulce y terrible tortura. ¿No cree usted? —comentó en un tono casi susurrante.

—No sabría decirle. —Jack se encogió de hombros.

—Usted porta una maldición muy pesada sobre sus hombros.

Pronto tendrá que pagar su precio—le advirtió con cierta severidad en su rostro.

—Todos tenemos que pagar un precio en algún momento.

—Veo que lo va entendiendo. ¿Sabe una cosa, señor Holland? Usted me cae bien—le dijo mientras se levantaba de la silla y acercaba su boca a la oreja de Jack—. Huele a sangre.

Jack dio un paso atrás sorprendido y se preguntó cómo aquel ser inmaculado sabía su nombre. Al final, el hombre de blanco tenía razón, se conocían y por alguna extraña razón no lo recordaba.

—No sé de qué me habla, yo soy un agente de la ley, pero...

¿Cómo sabe mi nombre?

—Yo sé muchas cosas de usted, lo de los Mulligan...

—Eso lo sabe mucha gente.

—...lo de O'Keefe y lo de Carline. ¿Recuerda al juez? Usted lo mató a sangre fría.

—¿Quién diablos es usted? —inquirió buscando respuestas de aquel enigmático individuo.

—Tengo muchos nombres, puede llamarme Luke. — El hombre de blanco sonrió y le guiño un ojo al vaquero.

—Esto es una broma de mal gusto. ¿Se cree que me voy a dejar amedrentar por un par de trucos? ¿Luke Ikfer, de verdad? Qué poca imaginación.

—Vamos, Sr. Holland, su alma todavía no es mía, pero puede serlo ahora mismo si usted quiere. ¿Se imagina volver a recuperar a Laura, recuperar su juventud, vivir para siempre? ¡Hijo, sé feliz, recuerda que el amor lo es todo! ¿Harás eso por mí? ¡Crea una familia y vive en paz con tu conciencia y con Dios...!—le dijo imitando a la perfección la voz de su padre—. Yo estaba allí cuando el reverendo Holland colgaba de aquel árbol. ¿Acaso no le va a hacer caso a su padre? Me tiene un poco harto, va usted con su aureola de héroe y no es más que una gran mentira, un burdo asesino. ¿No recuerda a Sheridan o a Madame Lafountain? Usted se metió en su rancho y los mató mientras hacían el amor y después les robó. ¿Qué me dice del pastor Stone? ¿Acaso no le hizo beber de aquella botella? ¿No le arrancó la cabellera al juez Carline para tapar las faltas de su amante? ¡Claro que sí!

—Eso no es cierto, soy un *ranger*, no un asesino—dijo contrariado.

—Sí, es cierto, haga memoria. Recuerde que yo estuve allí. ¿Y qué me dice de sus hijos? Usted los engañó, dejó que se casaran sabiendo que eran medios hermanos. —Sonrió.

Jack bajó la mirada y una sensación de vergüenza se apoderó de su ser. Cuando la levantó, el hombre de blanco desapareció de su vista, al mismo tiempo que otra puerta se abría ante sus ojos. Entró en la nueva estancia y allí se encontró con otro gran salón, pero este estaba decorado hasta el último de los detalles, evocando un ambiente de elegancia y opulencia. Las paredes estaban recubiertas de ricos tapices donde se mostraban escenas de caza y motivos florales que reflejaban la luz y ampliaban el espacio. El suelo de madera emitía un brillo impecable, cubierto por numerosas alfombras persas de colores vivos y diversos diseños geométricos muy elaborados. Los muebles, también de madera, eran obras de arte; sofás y butacas tapizados en terciopelo de color burdeos o verde esmeralda. La iluminación era perfecta y envolvente gracias a imponentes lámparas suspendidas en los techos altos. La luz chocaba contra sus cristales, emitiendo una amalgama de colores que se proyectaban por todos los rincones. Un espléndido piano de cola se destacaba en el salón como el gran protagonista.

En este, tres hombres miraban en todas direcciones e intentando evitar el contacto visual entre sí. Era evidente que eran perfectos desconocidos. El primer caballero era un norteamericano alto y

fornido, lucía un cabello castaño y una barba cuidada y recortada. Vestía un impecable traje negro, propio de los hombres de la frontera, acompañado de una camisa blanca y una vistosa corbata de seda. El segundo caballero, también norteamericano, era delgado y de estatura media. Llevaba el pelo largo y lucía en su rostro una expresión hosca que no invitaba a entablar conversación. Vestía un traje gris combinado con una camisa de rayas. El tercer hombre, de origen mexicano, no destacaba ni por su estatura ni porte. Tenía un rostro común, era delgado y de pelo oscuro.

Portaba un traje negro y lucía en su rostro dos enormes patillas. Juntaba sus manos y jugueteaba con sus dedos, intentando aplacar su nerviosismo. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Jack, se quedó mirando al vaquero.

—¿Usted también viene por la puja? —le preguntó con voz temblorosa.

El *ranger* asintió con su cabeza. Otra puerta se abrió y la silueta oscura de tres personas se acercó a los hombres. Pronto, la luz reveló sus rostros. Eran dos hombres que sujetaban a una mujer y la llevaban, casi arrastrándola, hasta el centro del salón. La mujer era Rosalía. Estaba peinada y maquillada para la ocasión y llevaba un traje típico mexicano de encaje blanco que hacía resaltar su figura.

—¡Espero que tengan los dólares preparados! Esta gata no saldrá barata. La hija de la gran chingada pelea como gato panza arriba. ¡Miren lo que me ha hecho! —exclamó uno de los hombres que la sostenían mientras destapaba su cuello mostrando profundas marcas de arañazos. Cuando Rosalía vio a Jack, sus ojos se abrieron como platos, aunque nadie se percató de su expresión de sorpresa. El *ranger* la miró con tristeza mientras intentaba adivinar por todo lo que había pasado su hija en aquel antro de depravación. Se conocían bien, ambos sabían que aquello solo podía acabar de una manera, los dos estaban preparados.

—La puja comenzará con mil dólares—anunció el segundo hombre. Los tres hombres estaban ansiosos. Cada uno de ellos estaba dispuesto a pagar una fortuna con tal de poseer a Rosalía. La miraban con fuego en los ojos, mientras la exhibían en el centro del salón como una mera mercancía. Rosalía era una mujer muy bella, tenía la fortaleza de las mujeres mexicanas y apaches. Poseía ese toque racial en sus facciones, herencia de su madre y que contrastaba con la parte más europea de su padre. Solo el más adinerado tendría el privilegio de llevarse a la chica. El hombre del traje negro abrió la puja ofreciendo mil dólares.

Continuó el del traje gris, levantando con rapidez un dedo. El mexicano ofreció cinco mil dólares, quería acabar rápido con aquello. Era una suma importante, pero no impresionó a nadie. Los tres hombres eran influyentes hombres de negocios que ganaban miles de dólares al día; tenían tanto dinero que no sabían qué hacer con él. El hombre del traje gris aumentó la oferta sin vacilar, su voz se alzó sobre el salón, quince mil dólares. Cuando los tres estaban dispuestos a entrar en una lucha de egos, Jack emitió un leve susurro que hizo callar al resto de los hombres.

—Cincuenta mil dólares—ofreció.

—¡Maldita sea, ninguna mujer vale eso! —protestó el del traje negro. La queja resonó en el salón llenando el ambiente de profunda frustración. Los tres hombres intercambiaron miradas entre ellos, preguntándose quién era aquel viejo que les acababa de vencer mientras se retiraban del salón. Los ojos de Jack se fijaron en Rosalía, sabía que el destino de ambos estaba en juego en aquel momento crucial.

—Ahorita toca pagar el precio, viejo —le espetó el hombre que llevó la puja con tono desafiante. El vaquero asintió.

—¿Va a pagar en dólares? —habló el otro hombre pensando en su porcentaje.

—¡Con dólares no, solo con plomo! —replicó con determinación, desenfundando su revólver

con destreza y disparando dos certeros tiros que alcanzaron a los dos hombres en la cabeza. El eco de los disparos resonó en el salón, un recordatorio sombrío que les decía que salir de allí no sería fácil. Tendrían que abrirse paso a tiros. Sacó de su chaqueta otro revólver y se lo entregó a Rosalía con rapidez.

—¡Dispara a matar, no dudes! Hemos perdido demasiado tiempo en este condenado lugar—le dijo el vaquero mientras agarraba su mano y la guiaba hasta la puerta que conducía al primer salón.

El *ranger* giró el pomo de la puerta y una extraña sensación se apoderó de su mente. No había rastro del salón donde Luke Ife lo acusó de todas aquellas muertes. Era como si nunca hubiese existido. Un escalofrío recorrió su cuerpo, preguntándose si su cabeza le estaba jugando una mala pasada, creando ilusiones que prefería olvidar y que escarbaban en sus secretos más inconfesables. De repente, se encontró al otro lado de la puerta roja, desorientado y confundido, sin poder procesar sus pensamientos, mientras el enorme hombre negro vestido de frac se abalanzaba sobre ellos con un cuchillo en la mano, dispuesto a hundírselo en las entrañas. El vaquero disparó y el primer proyectil se hundió en el pecho del hombre, pero ni siquiera lo notó penetrar en su cuerpo y continuó corriendo hacia la pareja. Un grito desgarrador, que salió de la garganta del hombre, hizo que Rosalía se estremeciera y temblara, esperando que en breve el cuchillo se clavara en sus cuerpos. Jack soltó la mano de su hija y echó la palma de su mano izquierda al martillo de su revólver. Disparó una, dos y tres veces, estrellándose las tres balas en el pecho del hombre. El negro se cayó de rodillas y fijó su mirada en Jack. Sin detenerse, la pareja pasó junto a él, sin que su último aliento se instalara en los labios de aquel ser descomunal. Avanzaron por el pasillo mientras Jack recargaba el arma. Un leve susurro comenzó a sonar en sus oídos, un susurro que aumentó de volumen hasta convertirse en un grito que perforaba sus almas. Las palabras se mezclaban creando una melodía aterradora.

—¡Sois nuestros!

—¡Sois nuestrossss!

—¡Sois nuestrosssss!

Rosalía se giró casi por instinto y quedó petrificada al ver varias figuras acercándose, envueltas en túnicas negras; sus rostros pintados con la siniestra imagen del mal, parecían emerger de las pesadillas más profundas. Empuñaban cuchillos de grandes dimensiones con los que amenazaban a la pareja y que destilaban una malévola promesa de dolor y muerte. Movían sus cuerpos con una agilidad espeluznante, como arañas gigantes que parecían salir de la boca del mismo infierno. La joven no se lo pensó dos veces y descargó su arma, hiriendo a tres de aquellos seres grotescos. Un coro macabro de dolor se alzó entre ellos al unísono, como si todo el grupo tuviese la misma conciencia oscura y retorcida.

Mientras descendían por las escaleras, uno de los padrotes le salió al paso bloqueando su huida. En sus manos portaba una escopeta de repetición.

Cuando disparó, el estruendo resonó en todo el lupanar, aunque inexplicablemente ninguno de los perdigones alcanzó a Jack, pero aunque sí a Rosalía.

La joven vio cómo el precioso vestido se teñía de rojo. Perdió el equilibrio y rodó escalones abajo. Jack volvió a amartillar el arma y disparó. La bala le entró al proxeneta por la boca, haciéndole saltar varios dientes y salió por su hueso occipital. Jack agarró con fuerza a Rosalía y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Cómo estás?

—Bien...es solo un rasguño —le dijo mientras colocaba la mano en el costado intentando parar la hemorragia.

Jack empuñó la escopeta del padrote caído y echó un vistazo. Nadie más les disparó ni trató de que no salieran de allí. Ante ellos se alzaba la ansiada salida. Jack accionó el pomo y trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada a cal y canto. Apuntó con la escopeta hacia la cerradura y disparó, haciendo que esta saliera volando en pedazos. Una bocanada de aire caliente llegó hasta sus rostros, el callejón seguía oliendo a orines. Jack llevó a Rosalía hasta donde estaba aparcado el auto de Gonzalo.

—¿Podrás conducir? — preguntó mientras evaluaba la herida de la chica.

Entonces lo vio, era Luke Ifer. Estaba parado al final de la calle, su imponente figura era iluminada por la luz de la luna llena roja. Luke colocó su chaqueta por detrás de la culata de su revólver mientras lo tanteaba con su mano.

De pronto, comenzó a llover sobre los dos hombres mientras una sucesión de relámpagos y rayos iluminaban con su potente resplandor la férrea noche.

—¡Viejo, le estoy esperando! Todavía puede firmar el contrato y ser feliz para siempre—le provocó con una sonrisa desafiante.

Jack se mantuvo firme, su mirada desafiante se clavó en los ojos de su rival, su némesis, el mal en estado puro.

—¿Sabe una cosa, señor Ifer? Mi alma jamás ha estado en venta. Es cierto, he hecho cosas terribles, pero es esta tierra que es dura e implacable con los débiles. Quien más o quien menos tiene un cadáver en el jardín. Algunos lo llaman supervivencia.

—Ahgg—emitió Luke, contrariado—. Me desespera usted, señor Holland. Voy a tener que matarlo. Otra alma desperdiciada para el Altísimo.

El viento comenzó a soplar con fuerza, haciendo ondear las ropas de Jack. Amenazaba con derribarlo, pero el vaquero se mantuvo firme e impávido. Los dos oponentes desenfundaron sus armas. Jack sintió, de nuevo, cómo la adrenalina se deslizaba por su cuerpo, por sus venas, por su sistema nervioso, como una poderosa corriente eléctrica.

Notaba cómo su corazón bombeaba con fuerza inyectando poder a cada célula de su cuerpo. Amaba aquella sensación que le convertía en un titán, en casi un Dios con poder para hacer y deshacer a su antojo.

Ambos hombres se mantuvieron en silencio, ahora tocaba que hablaran los *Colts*. Cada uno esperaba el momento oportuno para disparar. Sus miradas se volvieron a entrelazar, buscado una debilidad de su oponente o una excusa para apretar el gatillo y terminar con todo.

Se estudiaban con detenimiento, debían ser cuidadosos. En un fugaz movimiento, los dos oponentes desenfundaron sus armas. Jack fue rápido, como siempre, pero al final, en aquella tensa situación algo falló y lo notó al instante. Luke fue más rápido que él. Comprobó que Luke Ifer manejaba el revólver con mayor destreza y solo pudo contener la respiración esperando a la muerte.

Recordó las palabras del alcalde Morrison: «siempre hay quien te puede ganar» y ese momento llegó en una sucia calle de Ciudad Juárez. La bala de Luke estaba a punto de impactar en su cabeza, cuando como por arte de magia se desvió de su trayectoria. Luke Ifer lo miró contrariado y volvió a disparar ocurriendo lo mismo.

—Alguien debe de apreciarlo mucho en el otro mundo, señor Holland—se quejó Luke Ifer.

Pero, ¿qué ocurrió con la bala de Jack? Él casi nunca fallaba y menos a esa distancia. Entonces se dijo a sí mismo que, tal vez, aquel tipejo era en realidad Lucifer y que un simple mortal como él jamás podría herirlo ni vencerlo. Así que volvió a desenfundar su arma y apretó de nuevo el gatillo, haciendo que su bala impactara en el arma de Luke, saliendo esta disparada al suelo ante los ojos incrédulos del diablo.

Entonces sintió cómo alguien lo zarandeaba y le gritaba. Abrió los ojos y vio a Rosalía.

—¡Te has quedado parado, parecía que estabas en trance! —le dijo ella vociferando.

La situación era extraña y trastocó los sentidos de Jack. La calle yacía desierta, sin rastro de Luke Ifer. El viento apenas soplaba, y en el cielo carecía de cualquier señal de tormenta o luna roja. El vaquero no entendía nada, estaba desorientado. Se montaron en el coche de Gonzalo y salieron a toda velocidad.

Antes de llegar al aeródromo, un par de coches comenzaron a seguirlos. Eran policías rurales pagados por los padrotes. Rosalía pisó el acelerador; el coche de Gonzalo era mejor y pudo mantener la distancia hasta que las balas empezaron a silbar sobre sus cabezas. A lo lejos, ya divisaban el aeródromo cuando su coche comenzó a perder potencia. Si no llegaban con suficiente ventaja, no les daría tiempo a subir al avión y salir de allí de una pieza. Con los coches de los rurales acercándose cada vez más, Jack se deslizó hacia el asiento trasero y apuntó al motor de uno de los autos. El disparo impactó, creando un agujero en la parte delantera del vehículo. Una nube de humo negro comenzó a salir del coche mientras sus ocupantes salían a toda prisa.

Poco después, una pequeña explosión iluminó la noche. El otro coche se situó a la par; dos de sus ocupantes apuntaron con sus armas a la pareja. Rosalía miró con complicidad hacia Jack y le dijo:

—¡Dispara a los neumáticos!

Jack accionó la corredera de la escopeta y disparó. El caucho del neumático quedó destrozado. El auto perdió el control volcando sobre la áspera tierra.

El atronador sonido de las hélices llegó a los oídos de la pareja como una promesa de salvación. Rosalía aceleró y se puso a la par del avión, mientras las balas continuaban silbando a su alrededor, sin que pudieran identificar desde dónde les disparaban. Jack y Rosalía abandonaron el auto y corrieron hasta alcanzar el avión. A duras penas lograron subir hasta la cabina del copiloto e hicieron malabarismos para caber el aquel pequeño cubículo. El avión comenzó a ganar velocidad por la pista mientras algunas balas agujereaban el frágil fuselaje del aparato.

—¡Agarraros fuerte, vamos con demasiado peso! —Gritó Tom desde la cabina delantera.

Debido al ruido de los motores y las hélices, ni Rosalía ni Jack pudieron entender nada y las palabras de Tom se perdieron en el caos.

Sin embargo, entendieron a la perfección el mensaje casi por instinto y se aferraron con fuerza a lo que pudieron mientras el avión seguía ganando velocidad. El aparato se elevó y tomó altura en un vertiginoso ascenso. En pocas horas estarían en casa, el hogar que tanto anhelaban. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios mientras el paisaje se alejaba y se convertía en un mero recuerdo.



El frente

Rosalía y Jack vieron colgar a Bob. Los cargos fueron de alta traición. También el comandante que guardaba la fábrica de armas fue fusilado bajo la Ley Marcial Militar. Los agentes de la policía estatal terminaron en prisión rodeados de reclusos sedientos de revancha.

Incluso alguno se saltó la tapa de los sesos antes de entrar en prisión.

La red de contrabandistas fue desarticulada.

Justo después del juicio, el joven policía de la patrulla de carretera se acercó a hablar con Jack. Era un joven alto y bastante apuesto, de cabello castaño y ojos azules algo apagados. Tenía un llamativo defecto en su labio superior que lo cruzaba de arriba hacia abajo, muy cerca de la comisura.

— *Ranger*, —lo llamó en el pasillo de los juzgados de *Dallas*—quería agradecerle todo lo que hizo por mí y por mi compañero aquel día. Si no hubiera sido por su intervención estaría muerto y mi compañero también.

—Muchacho, usted habría hecho lo mismo por mí. Estoy seguro de ello—le contestó sonriendo.

—Un día, no sé cuándo será, tal vez necesite mi ayuda. No importa ni cómo ni cuándo, allí estaré para cualquier menester.

Mientras, en el frente francés, continuaba sin tregua la guerra implacable. Era como una trituradora de carne que siempre quería un poco más, una vorágine de destrucción que se alimentaba con las almas de los soldados. La vida en las trincheras se convirtió en un verdadero infierno para Luis y los hermanos Sullivan. La guerra ya no era ese romántico ideal que se imaginaron en su juventud, sino una cruda realidad despiadada que los consumía un poco cada día que pasaban en aquel abismo infernal. Luis, con su mente agotada, sabía que el mal campaba a sus anchas en aquel lugar. Lo veía a cada paso, en los rostros cansados de sus compañeros, en las lágrimas que brotaban en silencio y en sus propias manos temblorosas. Los estruendos ensordecedores de los cañones y el siniestro silbido de las balas se convirtieron en una macabra lotería, dónde los soldados más veteranos apostaban sobre qué desafortunado recluta no sobreviviría ese día.

El barro y la humedad se calaban en sus uniformes y en sus huesos cansados que iban minando su espíritu como la carcoma a la madera.

Los sueños de gloria se desvanecieron como las ilusiones de antaño, y ahora, quien más o quien menos, sabía que no saldría de aquel infernal lugar de una pieza. Luis no solo combatía contra el enemigo en el frente, también lo hacía contra el desaliento, la desidia y el deshonor. Sus demonios internos lo acosaban cada vez que cerraba los ojos en busca de algo de paz. Se imaginó tantas veces en aquella estación de tren, bajando con su inmaculado uniforme y siendo recibido por su amada esposa y por su hija, que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras miraba sus fotos manchadas y agrietadas una y otra vez.

El 13 de octubre de 1918, el alto mando ordenó tomar una de las posiciones alemanas. Era una posición bien defendida con morteros y ametralladoras. Ya lo intentaron en varias ocasiones y el resultado final siempre fue el mismo, una carnicería. Cuando el capitán ordenó calar la bayoneta en sus fusiles, los hombres obedecieron sin titubear.

Se colocaron en la línea, dispuestos a salir en tropel y avanzar para tomar aquella condenada trinchera. Algunos se santiguaban, otros besaban crucifijos, rezaban en voz baja o contemplaban

con dolor los retratos de sus seres queridos, maldiciendo su destino.

El capitán, con su revólver en la mano y un silbato en la boca, ordenó avanzar emitiendo un largo pitido. Los hombres escalaron la trinchera y avanzaron mientras las balas y los morteros comenzaban a silbar por todo el campo de batalla, interpretando su macabra canción de muerte. Luis y los hermanos Sullivan nunca se perdían de vista; marchaban juntos, pero sin estar agrupados. Cuando las primeras ráfagas de ametralladora comenzaron a barrer aquel maldito lodazal, se-gando todas las vidas que podían, los tres muchachos se refugiaron en un gran cráter originado por un obús. Era su estrategia habitual, con ella se mantuvieron vivos, esperaban un par de minutos y volvían a la carga, al fragor de la batalla. Cuando Mark levantó la cabeza observó que toda la compañía había sido borrada del mapa, los pocos supervivientes estaban desperdigados y los alemanes seguían dispuestos a seguir machacándolos con tal de que aquella posición no fuera tomada.

En la distancia, un leve silbido se escuchó a duras penas, era el sonido de retirada. Los tres muchachos salieron del agujero y fueron a toda prisa hacia sus líneas cuando las ráfagas de ametralladora comenzaron de nuevo a rasgar el aire. Los proyectiles, al impactar, hacían saltar el barro y se incrustaban en la tierra húmeda, en busca de un pedazo de carne con el que saciar el hambre de los hombres poderosos.

Luis corrió a toda prisa hacia la trinchera y de un salto, se metió en ella. Por fin estaba a salvo. El siguiente en alcanzarla fue Peter, pero justo cuando estaba a punto de ponerse a salvo, una bala le atravesó el muslo. A pesar de la herida, pudo llegar a la trinchera y ponerse a salvo. Sin embargo, esperaron unos tensos segundos a que Mark llegara, pero no lo hizo. Mark se encontraba allí fuera, malherido o muerto. Luis tomó en su mano un periscopio de trinchera y observó el campo de batalla en busca de Mark. Lo vio malherido, enredado en una alambrada que paró su avance. La única solución era ir a por él.

—Esperaremos a la noche y lo rescataremos. Por suerte los alemanes pensarán que está muerto y no malgastarán una bala en Mark—le dijo Luis a Peter.

Horas después, y con el pertinente permiso del capitán, los dos hombres se disponían a salir al campo de batalla en busca de su hermano y amigo.

—Lo siento, Peter, pero tú no vienes, tienes esa pierna malherida, solo me retrasarías.

—¡Es mi hermano! —le replicó contrariado.

—Lo sé, también sé que debe volver a casa y casarse con Rosalía.

Entiéndelo, no puedo dejar que vayas, nos pondrías a los tres en peligro.

Peter entendió que Luis tenía razón, era el mejor soldado que conocía y además eran amigos desde niños, su hermano estaba en las mejores manos. Luis se pintó la cara con betún y salió de la trinchera arrastrándose. Unas doscientas yardas separaban a Mark de la salvación de su trinchera. La noche era oscura y el silencio envolvía la tierra, roto por el crepitar de las llamas. Luis se arrastró despacio, agazapado para no llamar la atención de los alemanes. El olor de la carne podrida se metió en su nariz causándole una profunda repulsión. El silencio era su mejor aliado, sabía que dar un paso en falso podría suponer su fin. Una hora después llegó junto a su amigo.

La alambrada parecía una gran telaraña mortal. Sacó de su bolsillo un alicate y con cuidado se puso a cortar las alambradas que aprisionaban a su amigo. Mark estaba malherido, tenía profundos cortes y había perdido mucha sangre. Poco a poco lo fue liberando de las alambradas. Llegaba la parte más peligrosa, regresar, comenzó a cargar con su amigo tal y como le enseñaran en el campamento de entrenamiento, intentando no agravar su estado. La noche se hizo eterna mientras avanzaban contra el miedo y la incertidumbre. Cada ruido era una promesa de muerte

que le hacía erizar la piel, cada sombra, un enemigo agazapado dispuesto a matarlos de una vez por todas.

Las primeras cincuenta yardas fueron una tortura, el no ver casi nada tampoco ayudaba. Y entonces una bengala iluminó el cielo y un resplandor artificial dejó a la vista a los dos hombres. Luis se apresuró sabiendo que ahora sería un blanco fácil para sus enemigos.

En la trinchera alemana, un hombre, con un immaculado uniforme, un casco prusiano y galones de coronel, se sacaba sus guantes de piel.

Sus botas de caña alta resplandecían y en su mano portaba un bastón adornado con la cabeza de un lobo en plata. Se dirigió hacia una de las ametralladoras y observó el campo de batalla, iluminado por las bengalas. Sonrió de medio lado cuando vio a un soldado enemigo cargando con otro. Montó la ametralladora y comenzó a disparar. Las balas impactaron en Luis y Mark, fueron tantos los balazos que no los dejaron caer al suelo. El alemán soltó la ametralladora, que echaba humo, mientras se tocaba la mano debido a una reciente lesión.

—¡Siempre hay que pagar un precio vaquero! —dijo entre dientes.

Luis, con apenas un hilo de vida, sacó la foto de su pequeña Laura y de su esposa. Se veían felices y eso lo reconfortó en sus últimos momentos. La foto estaba manchada de sangre. La miró con ternura y se apiadó de sí mismo. Recordó a su esposa cuando era solo una chica repleta de sueños, encaramada a la cerca del corral donde Luis domaba caballos, luciendo aquel vestido blanco y una sonrisa que lo iluminaba todo. Por un momento, recordó las llanuras del Condado de Clay, su cielo azul y de Jack Holland, hasta que todo se fundió en negro.



Jack no soportó la muerte de Luis; nunca llegó a superarla. Siempre se sintió culpable por tantas cosas, que su mente se quebró sin remedio, como si hubiese sido su culpa y no la del destino. El remordimiento y la pena lo consumieron y, poco a poco, comenzó a perder la cordura. Solo Rosalía se dio cuenta al principio de aquel deterioro en su mente. La tristeza llamó a su puerta, se instaló en su alma y lo cubrió de una neblina persistente, opaca, que tapó y oscureció sus recuerdos, los trastocó sin remedio y lo condenó a ser un hombre sin pasado, sin futuro, una mera sombra que solo existe.

Al principio, las señales de su mal fueron sutiles. A menudo eran pequeños olvidos sin importancia, como no saber dónde estaba su sombrero o no recordar el día de la semana que era. Rosalía no le dio importancia y lo atribuyó a la tristeza que supuraba por cada poro de su piel. Con el paso del tiempo sus problemas de memoria fueron a más. Comenzó a olvidar el nombre de personas a las que apreciaba, incluso olvidaba con frecuencia el nombre de Rosalía. Ya no podía recordar las fechas importantes, ni siquiera su propio cumpleaños. En cambio, algunas veces recobraba cierto vigor, volvía a ser en breves momentos el que fue; esos momentos eran fugaces y pronto volvía a arrastrar su mal. Otras veces pensaba que todavía era el joven *ranger* y lucía su estrella como si fuese el primer día. En ocasiones hablaba con su hijo Luis como si estuviera vivo, confundiendo el pasado y el presente. La vida cotidiana se volvió imposible para Jack. Caminaba sin rumbo por la casa intentando recordar qué diablos estaba haciendo allí, se enfadaba y se frustraba, rompiendo los muebles a causa de una desesperación que lo sitiaba por todos los rincones de su mente.

Fue doloroso para sus amigos ver cómo su mente se marchitaba y se desvanecía poco a poco, y muchos optaron por alejarse; les dolía ver al revólver más rápido del Condado de Clay en esa situación.

Solo Rosalía permaneció a su lado. A pesar de que ella arrastraba sus propias penas, le brindó su compañía y su amor. Ella todavía lo tenía anclado en su memoria como el hombre que la salvó, que la cuidó y que le dio un hogar; todo lo que sabía de este mundo era porque Jack Holland se lo enseñó. Tal vez no fuera el mejor padre del mundo, pero ella sí supo vislumbrar en aquella fachada de hombre duro y curtido el cariño de un padre. Siempre estuvo ahí para sostenerla cuando caía, con palabras amables que disipaban la tristeza y una sonrisa que llenaba su alma. Jack Holland nunca le dijo «te quiero» pero lo demostró todos y cada uno de los días que fue él. En cambio, durante mucho tiempo su aspecto físico siguió siendo envidiable. Rosalía y él daban paseos por la zona y su vigor atlético no menguaba. Fue durante uno de esos paseos cuando encontraron a Molly, corriendo de un lado a otro, perdida, buscando a su manada y a su madre. Jack le ofreció una manzana y la mula fue dócil a comer de su mano. Él la acarició con mimo y los siguió durante todo el paseo. Desde entonces nunca se separaron de ella. Molly se convirtió en un habitante más del rancho Holland, aunque siempre fue medio salvaje. A veces, Jack la ensillaba y daban un paseo ante la mirada de Rosalía. Solo él podía ponerle la silla. Molly se hizo famosa en el condado; decían que aquella mula había salido del mismo infierno.

Deambulaba por donde quería, entrando en las tierras de los vecinos de Jack y causando algún problema que otro. Muchos le tenían el ojo echado y amenazaban a Rosalía con pegarle un tiro si volvía a poner las patas en sus tierras. Lo cierto es que con Molly, la enfermedad de Jack frenó, e incluso parecía que aquellos momentos fugaces en los que volvía a ser el mismo se hacían mucho más largos. También la ira y el enfado fueron a menos; Jack comenzó a convivir con su mal gracias a extrañas infusiones que los apaches daban a Rosalía. Una tarde de un tórrido verano, un joven doctor llamado Clark Hernández, recién licenciado y conocedor de la enfermedad de Jack, después del pertinente examen médico, diagnosticó la enfermedad que padecía: Alzheimer.

Años más tarde, estando Jack en el porche del rancho, llegó una perra joven a su puerta. Era la perra más fea y escuálida que Rosalía se había echado a la cara. Le dio tanta pena que no pudo hacer otra cosa que ponerle un poco de carne y algo de agua. Después del baño y de descansar, el aspecto de la perra cambió, aunque tampoco era para echar cohetes. Con el paso del tiempo y una buena alimentación, su aspecto se volvió imponente, era una perra de raza mastín, intimidante y grande como un coloso, con un pelaje atigrado que intimidaba a los visitantes. Sin embargo, era tan mansa y buena que se dejaba acariciar por cualquiera que le mostrara algo de cariño. Jack la llamó Petra, no se sabe la razón. Los cuatro formaron una familia.

No era perfecta, pero sí era una familia unida. Es cierto que Petra no tenía demasiada paciencia con Molly, que era mala como un demonio, pero en el fondo se hacía querer, y no era raro verlas corretear por los alrededores del rancho.

Tampoco fueron buenos tiempos para Laura; la muerte de Luis sumió a Shue en una profunda tristeza de la que no quiso salir. Ni siquiera la pequeña Laura era capaz de arrancarle una sonrisa. Quedaba recluida en casa soñando que Luis regresaba del frente y, poco a poco, se fue volviendo loca. Se negó a comer y dejó de realizar las actividades más básicas de la vida diaria. A pesar de eso, Laura siempre se negó a recluirla en un sanatorio mental, y la joven, antaño bella, se convirtió en la loca oficial de *Wichita Falls*. Los chicos más mayores apedreaban su ventana, y los niños más pequeños lloraban de terror cuando alguna madre desesperada la mencionaba en forma de castigo. Eso convirtió a Laura en una persona más dura de lo que era. Pateó el trasero del profesor de la pequeña Laura cuando este la llamó la hija de la «loca» y puso firmes a los muchachos más mayores que no hacían más que meterse con su pequeña, amenazándolos con cortarles la cabellera al estilo comanche; amenaza que permaneció en sus corazones mucho

tiempo.

Una epidemia de gripe se llevó a Shue. No fue mucha gente a su entierro; Rosalía y algunas amigas de la escuela y poco más. Aunque Laura vio en la distancia la triste figura de un vaquero que le recordó a Jack.

Libro 3: canción final

La muerte está tan segura de alcanzanosque nos da toda una vida de ventaja.

Lisel Mueller

El indio gigante

Jack ayuda a salir a Tim del agujero, cuidando de que las hormigas de fuego que aún pululan por su cabeza no lo sigan mordiendo. El joven está febril y desorientado a causa del sol y del veneno de las hormigas. Jack le da algo de agua y busca una sombra para cobijarlo antes de proseguir la marcha hacia el campamento minero Pico de plata.

—Ahora debes descansar un poco y recuperar fuerzas —le dice a Tim, mientras que el muchacho asiente con la cabeza con cierta debilidad.

Petra escruta el aire con su olfato, se mantiene en alerta vigilando el entorno que los rodea. Jack sabe que debe actuar de prisa antes de que los Mulligan se den cuenta de que va a por ellos. Echa un vistazo para ver dónde está *Lazy Bear* y Patrick O’Keefe, pero no los ve por ningún sitio. Esta vez tendrá que entrar en la boca del lobo solo.

Petra ladra tratando de llamar la atención de Jack, y olfatea el terreno. Jack decide seguirla, confiando en el instinto de la perra. Ve un rastro, es el rastro que está olfateando Petra. El vaquero se fija en el tamaño de las huellas; son enormes, su dueño debe medir cerca de seis pies. Jack camina más rápido, las huellas cada vez son más claras y la separación entre huella y huella ha aumentado hasta que, de pronto, desaparecen. Mira a su alrededor buscando al gigante, pero no lo ve.

Hay pocas personas capaces de borrar su rastro de esa manera.

En ese momento, Jack entiende que la persona a la que estaba siguiendo se trata de un indio, alguien que sabe que también lo siguen.

Un indio gigante; un flash repentino llega a su cabeza. *Lazy Bear* le dijo algo sobre un indio gigante una vez, pero no logra recordar lo que era. Se esfuerza para conseguirlo, pero no puede. Detrás de un gran montículo pétreo está el antiguo campamento minero. El indio y Laura se encuentran allí, acompañados de toda la artillería de los Mulligan, y Jack lo sabe con seguridad.

—¡Bien hecho, Petra! —le dice a la perra mientras la acaricia.

Al regresar junto a Tim, este se encuentra mucho mejor a pesar del estado de su rostro a causa de las mordeduras. El trago de agua y el descanso amparado por una buena sombra le han sentado bien. Tim sube a lomos de Molly, mientras que Jack, andando, guía a la mula sujetando las riendas.

—¿A que no has visto mejor caballo que Rin? —le pregunta al muchacho.

—¿Caballo? ¿Esta mula miserable? —contesta Tim.

En ese momento, Molly saca a relucir su carácter y, de un fuerte y potente salto de sus cuartos traseros, catapulta hacia delante al ligero Tim, que sale volando de bruces contra el suelo, ante el rebuzno agudo y repetitivo de la mula, que resuena en el desierto como una hilarante y enloquecida risa.

Mientras tanto, en el poblado minero, Pawnee devuelve a Laura a su prisión ante la mirada complacida de Jese.

—¿Qué ocurrió con *Prettyboy*?

—A estas alturas debe estar muerto. Ahora mismo tenemos otra clase de problemas—contesta el indio.

—¿Qué problemas?

—Jack Holland viene hacia aquí.

—Jack Holland—piensa en alto Jesse—, me suena ese nombre.

Ahh, ese es el hombre que debe tanto dinero a James, seguro viene a pagar el rescate.

—¿Rescate? Si Jack Holland viene hacia aquí es para mataros.

Ni siquiera la *Thompson* podrá detenerlo; una poderosa medicina lo protege.

Jesse sonríe, jamás ha visto ningún problema que no pueda arreglarse con un poco de plomo. Se ríe de las supercherías del indio.

Jesse no cree en esas cosas; en lo único que cree es en una cartera repleta de dólares y en una rubia de tetas generosas en el asiento de atrás.

—¿Qué pasa, es inmortal acaso?

—No, pero las balas no le harán daño.

—Por eso vas a ir tú, Pawnee. Los de tu raza sabéis cómo rajar a hombres a los que las balas no pueden tocar. ¿Verdad? —Vuelve a reír Jesse.

—Es la segunda vez que me pides que mate a un blanco. Dile a tu jefe que esto subirá mucho mi precio.

Pawnee conoce cada grieta y escondite de este inhóspito lugar como la palma de su mano. Creció con el susurro del viento en sus oídos y la caricia del sol en su piel. Ese desierto y él son lo mismo, implacables e indiferentes; tan infinitos como el cielo sin límites.

Sabe cómo caminar por él sin ser detectado; sus pies siempre se desplazan con destreza para no dejar ni la menor huella. También conoce cómo llamar la atención de perseguidores incautos, un rastro de falsas huellas, borrado hábilmente, y puede atraerlos hacia la emboscada perfecta.

El indio sabe que Jack se dirige hasta el poblado minero, así que empieza a preparar su trampa, cree que seguiría su rastro y que el vaquero morderá el anzuelo. Camina hacia unas rocas y luego desanda sus pasos caminando hacia atrás, coloca sus pies con exactitud sobre la misma huella. Pawnee se encarama con la agilidad de un puma encima de una formación rocosa; desde allí puede arrojar sobre el vaquero sin ser visto.

Por un momento, sopesa sus oportunidades para acabar con Jack.

No lo tiene claro; ese hombre pesa demasiado en su cabeza. Creció escuchando su nombre en cada canción, pero en su casa pronunciarlo estaba prohibido, era como mencionar al hombre del saco. Pawnee rezaba por las noches al buen Dios para que Holland no se cruzase en su camino. Pero él conocía su secreto; su madre se lo contó y a esta su primer marido, un indio cheyenne llamado Tala. Solo tiene que arrancar de su cuerpo aquel amuleto que protege al vaquero de las balas y, después, Jack Holland será historia. En ese momento sabe que es el gigante que le arrancará el amuleto del pecho tal y como decía la profecía.

De pronto escucha una voz, es Tim. El indio cierra los puños de rabia al comprobar que todavía no está muerto.

—¡Maldita mula traicionera! —vocifera el joven mientras se levanta del suelo.

Intenta desenfundar el revólver de Jack, pero este, le pone la zan-cadilla y Tim vuelve a caer al suelo.

—No vas a disparar a mi caballo, —le advierte—. No hace tantos años, por eso te hubiesen colgado.

—¿Caballo? Viejo, te ha dado demasiado el sol en la cabeza. ¡Mira bien, no es más que una asquerosa mula!

Jack mira con atención y, en un breve momento de lucidez, ve a Molly tal y como es.

—¡Vieja amiga! —se sorprende al verla.

Tim echa un vistazo, está familiarizado con ese lugar que se encuentra cerca del campamento minero. Sin pronunciar palabra, se dirige hacia allí, intentando despistar al vaquero. Holland

también continua su camino en dirección al campamento minero, hasta que un extraño rastro de enormes huellas llaman su atención de nuevo. En la distancia, Pawnee, sigiloso como una siniestra sombra, espera con paciencia el momento adecuado para actuar.

En un instante el aire se vuelve denso y caliente, cuesta respirar.

Jack sostiene las riendas de Molly mientras sigue aquel rastro a pie.

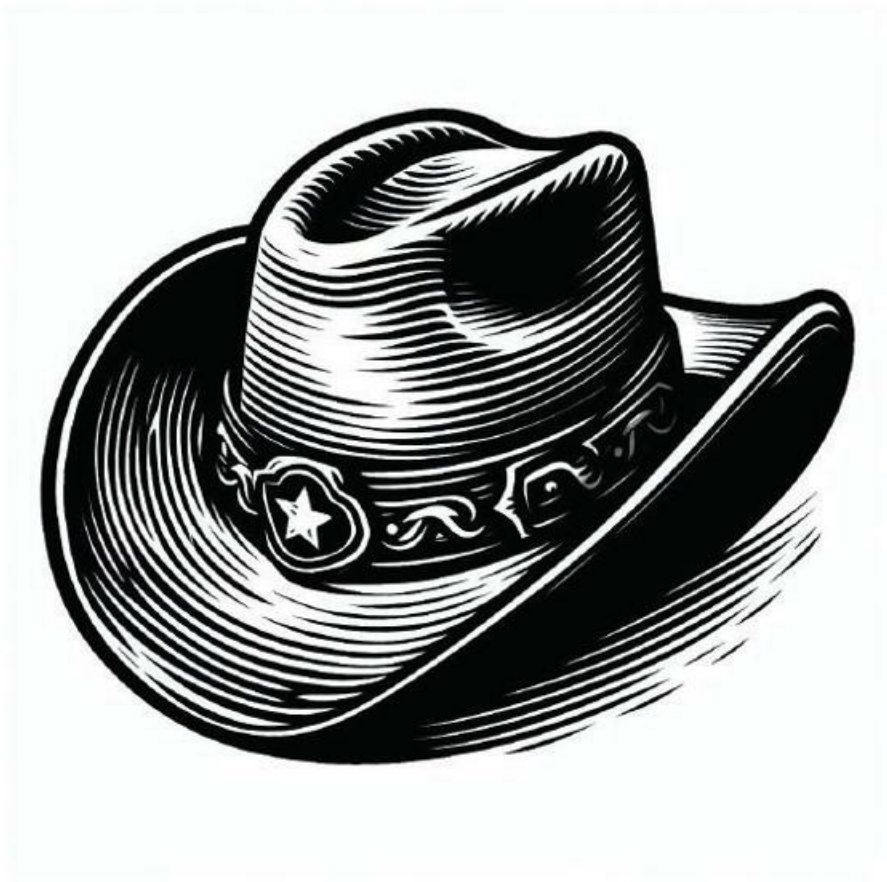
De repente, Petra se queda inmóvil y emite un ladrido que pone en guardia al vaquero. Justo en ese momento, Pawnee salta sobre Jack con la ferocidad de un puma. El vaquero cae sobre el duro suelo con violencia; no es rival para Pawnee, Jack ya es un anciano débil, no queda nada de aquel *ranger*, solo la leyenda y los cuentos de viejas. Pronto aquel miedo infantil se disipa en la mente de Pawnee. Se coloca encima de Jack con todo su peso y, con sus rodillas, le sujeta los brazos, impidiéndole llegar hasta el revólver.

El indio está a punto de hundir su cuchillo en el pecho de Jack, cuando sin saber cómo, Molly se acerca a él y, con su cabeza, le propina un poderoso golpe. Pawnee cae de lado; el golpe le daña un brazo, siente un dolor agudo, pero no está roto. Los relinchos de Molly resuenan como una risa que no tiene fin, mientras que Petra se acerca con rapidez a Pawnee gruñendo con fiereza. En un primer momento, el tamaño de Petra y sus colmillos afilados intimidan al indio, que retrocede unos pasos. Al instante, el viejo pistolero, algo aturdido debido al golpe, logra ponerse en pie.

De nuevo, Pawnee avanza hacia Jack con las peores de las intenciones, pero el vaquero puede reaccionar. Con la misma rapidez de antaño, desenfunda su revólver y el indio se da cuenta de que subestimó a Jack y se sabe muerto.

Suena un disparo; la detonación rebota en todas las rocas y, poco a poco, parece desvanecerse en la lejanía. Pawnee siente un dolor agudo en el estómago, se echa su mano y una mancha sanguinolenta la tiñe de un rojo intenso. El indio sigue avanzando hacia Jack; este vuelve a disparar su arma. Pawnee se precipita encima de él, colocando sus manos en los hombros del vaquero. Jack retrocede y las manos de Pawnee resbalan, enredándose en el amuleto. Al caer el indio al suelo, las cuentas del talismán se dispersan por el suelo. Jack las ve caer, se echa la mano a su cuello, intentando recordar qué era eso que llevó toda su vida, pero no puede. La incertidumbre se apodera de él, mientras la detonación del disparo aún retumbaba en su conciencia.





Tim llega al poblado con una noticia cruda y urgente en sus labios.

Se dirige a la cabaña donde guardan a Laura y que les sirve de cuartel general. Allí se encuentran Jesse, Callum y Spineli. Una mueca de decepción cruza la cara de Jesse cuando ve aparecer a Tim entrar.

«¿Qué diablos pasa con Pawnee? Ese muchacho parece tener mil vidas», piensa Jesse.

—¡Hay un tipo con una mula y un perro que viene hacia aquí! —
les advierte Tim.

—¿Y Pawnee? —pregunta Jessi.

—¿Pawnee? Ese indio cabrón quiso darme matarile. Si lo ves por aquí, quiero que lo mates, es lo

que os ordenaría James. ¿Ves cómo traigo la cara? Es por su culpa.

—Chicos—dijo el matón refiriéndose a Callum y Spinelli—, armaos y escondéos por el poblado. En cuanto aparezca el tipo, si las cosas se ponen feas le disparáis. Jesse se gira hacia Tim y le habla de muy malas formas.—¡Ni te muevas de aquí! Cuando esto terminé, hablaremos.

Jesse va junto a Laura y la agarra fuerte por un brazo. La chica sabe que algo ocurre cuando Jesse la lleva a la calle principal del poblado.

El matón saca su 45 de la funda y se lo coloca a Laura en la sien. A media distancia ven aparecer a Jack y más atrás, a Petra. El eco de los pasos de Jack parecen una sombría canción que marca el compás de lo que está a punto de acontecer.

La tensión en el aire es evidente. Jesse mantiene a Laura como escudo humano, pero cuando observa que el que llega a su encuentro no es más que un viejo con su perro se relaja. ¿Ese es el tipo al que James y Pawnee temen? ¿Un vejestorio acabado que arrastra su anticuado revólver allá por donde va?

Jack y Petra se acercan con cautela, saben que la situación es tensa.

Jack cree que la muchacha es Laura, su amada, y que aquel hombre es uno de los secuaces de la banda Mulligan. Jesse esboza una siniestra sonrisa repleta de satisfacción.

—Así que usted es el famoso Jack Holland—dice Jesse sin dejar de sonreír.

—¿Abuelo? —preguntó Laura.

—Laura, ¿estás bien?

El grupo de Laura y Rosalía fuerza la marcha hasta encontrarse cerca del campamento minero. Los viejos edificios de madera carcomida, testigos mudos del auge y decadencia de la fiebre del oro, se tambalean a causa del fuerte viento desértico como borrachos a punto de dormir la borrachera. Pete saca unos prismáticos de sus alforjas y comienzan a escudriñar el poblado en ruinas, mientras las mujeres expectantes, esperan algún tipo de noticia sobre Jack o la joven Laura. Allí solo hay desolación, edificaciones abandonadas y puertas que crujen a causa del viento. El *ranger* echa un vistazo rápido a través de sus prismáticos al poblado minero Pico de plata. Todo parece estar en calma, es el mismo lugar repleto de fantasmas del pasado. Solo polvo y arena. Tras otro pequeño vistazo a la calle principal observa el rastro de ruedas de vehículos. Aquello le parece un tanto extraño, aunque en los últimos tiempos no es raro ver excursionistas adentrándose en el territorio en busca de algún recuerdo de los viejos tiempos. En ese último vistazo, algo llama su atención por el rabillo de ojo, pero resulta ser solo una planta rodadora moviéndose al son del viento del este. Cuando está a punto de retirar los binoculares de sus ojos, lo ve: es Jack Holland parado en el medio de la calle principal con su mano sobre el revólver y Jesse encañonando a Laura.

—¡Son Jack y Laura! —dice acompañado de cierta euforia.

Jack se para y desenfunda el revólver.

—¡Es mejor que la sueltes, así tendrás suerte de que no acabe contigo en este preciso momento; los Mulligan tienen los días contados!

—¿De qué hablas, vejestorio? ¿Has traído la pasta? No me gustaría meterle una bala en la sesera a esta monada de niña—amenaza Jesse.

Los ojos de Jack permanecen fijos en Jesse, el pistolero va a disparar. Sabe que si Laura tiene una posibilidad de salir de allí con vida, es si él hace fluir su magia, que no es otra que disparar su revólver y colocar en aquel malnacido una bala entre los ojos. Jack levanta su revólver y apunta a Jesse; lo tiene justo donde quiere cuando las balas empiezan a silbar sobre su cabeza. El vaquero se da cuenta de que alguien le dispara desde un cercano tejado, así que tiene que ponerse a cubierto mientras Jesse y Laura hacen lo propio. Jack echa un vistazo a uno de los tejados, ve a

un hombre con un rifle. Es Spinelli, desde aquella posición puede herirlo con facilidad si no se cubre bien. Su única opción es cruzar al otro lado de la polvorienta calle y esperar que Spinelli saque más de la cuenta su cabeza. Así lo hace: corre como una centella y justo cuando está en la mitad de su carrera, Spinelli se pone de pie, apunta a Jack, con tan mala fortuna, que antes que el italiano aprete el gatillo, Jack dispara su arma colocando una bala en su pecho.

Al llegar al otro lado de la calle, Jack vuelve a sentir disparos. El primero pasa cerca de su rostro, pero el segundo lo hiere en el estómago. Una profunda quemazón hace que se lleve una de sus manos a la herida. Le duele, pero sabe que su amada está en peligro y aquel no es momento para desfallecer. Se refugia detrás de una estrecha columna de madera, mientras Callum sigue disparando sobre el vaquero, que ve cómo las astillas saltan sin pausa cada vez que el irlandés aprieta el gatillo. Holland dispara un par de veces. En el segundo disparo hace retroceder a su oponente, que cambia de posición esperando que el vaquero sea un blanco más fácil. A la desesperada, Jack sale de su parapeto y, caminando como Moisés al abrirse las aguas, avanza hacia Callum con su revólver escupiendo plomo. Callum se tambalea cuando de su brazo derecho comienza a brotar sangre. Anda unos pasos hacia Jack, se cae al suelo para volver a levantarse segundos más tarde. Jack se acerca a él y le golpea con el revólver en la mandíbula. Callum respira, pero no le queda mucho.

Entre el humo y el olor a pólvora, Jesse surge de nuevo para advertir a Jack que nada ha cambiado. Todavía tiene en su poder a Laura con una pistola sobre su sien. La muchacha tiembla como una vara verde al sentir las manos poderosas de Jesse sobre su piel. Holland avanza hacia ellos al tiempo que nota la bala moverse entre sus tripas.

—¡Deberías haberla soltado cuando te lo advertí, pronto te reuni-rás con los Mulligan en el infierno! —le grita el vaquero.

Jack apunta, tiene la cabeza de Jesse a tiro. Es un blanco seguro, así que aprieta el gatillo. Clic, dice su revólver. De nuevo la siniestra sonrisa de Jesse ilumina su cara; arroja a Laura al suelo y apunta a Jack. Jesse dispara, la primera bala acierta hiriendo a Jack en un brazo.

Jessi quiere divertirse, apunta de nuevo y le dispara alcanzándolo en una rodilla. Jack se desmorona al suelo muy malherido, con el único consuelo de los lametones de Petra sobre su cara.

—¡Creí que las balas no te rozaban, señor pistolero famoso! ¡Sangras como todos, maldito seas!

—¡No le dispares más! —grita Laura.

—¡Cállate, puta! ¡Este desastre es todo por tu culpa!

Justo está a punto de volver a disparar cuando, como surgida de la fosa abisal más profunda, Molly hace que el reloj se pare para Jesse. El matón no la ve venir, no está acostumbrado a los animales de granja. De pronto, un relincho como recién salido del averno hace que el ambiente se vuelva más denso, desafiando a la quietud del momento. Molly, intuyendo la gravedad de aquel instante, le da una coz tan poderosa a Jesse, que este sale disparado varias yardas. La risa burlona en forma de relincho despiadado retumba en todo el campamento.

Tim, que ve toda la escena desde una ventana, cree que aquel es su momento. Si llegara a *New York* con la noticia de que fue él y no otro el que acabó con aquel vejestorio, su tío James lo colmaría de honores.

Habría una fila de putas esperando para hacerle una felación cada mañana con solo un chasquear de dedos si a James le daba la gana. Era su recompensa, la quería. Así que agarra la *Thompson* de Jesse y sale a la calle principal armado con ella. Cuando escucha el sonido desagradable que emitía Molly, no se lo piensa. Tiene cuentas pendientes con aquella bestia. Aprieta el gatillo y una ráfaga de balas salen del arma para impactar en la mula que, muerta, se precipita sobre el

duro suelo. Petra, al ver a Molly sin vida , se llena de un espíritu de revancha animal, percatándose de que aquella odiosa mula, al igual que Jack, son su familia, su manada.

Comienza a gruñir y a salivar ante la atenta mirada de Tim. Las fauces de Petra se convierten en ese preciso momento en un arma evolucionada durante siglos para ser mortífera; corre hacia Tim como si fuese el Can Cerbero, dispuesta a destrozar al muchacho. Tim apunta el arma hacia la perra dispuesto a repetir el mismo resultado que con la mula, aprieta el gatillo y la *Thompson* dice clic. La perra, que ya está en disposición de saltar sobre el muchacho y clavar sus feroces fauces en su cuello se equivoca; no está acostumbrada a tales menesteres y clava su poderosa mandíbula en el rostro de Tim, llevándole por delante media cara. Los gritos de Tim causan zozobra en Laura que, ante las súplicas del muchacho, tiene a bien intentar apartarle al perro de los Baskerville.

—¡Quítamelo! —parece que dice sin mucho éxito, debido a que la boca de la perra tapa la mandíbula del muchacho.

Petra muerde con tenacidad, sus gruñidos solapan cualquier sonido; se niega a soltar a su presa, que forcejea como una hoja en la tormenta por librarse de aquellas fauces, hasta que, por la insistencia de Laura, libera al muchacho de sus dientes.

El grupo de rescate, al galope, irrumpe cuando ya todo el pescado está vendido. Laura desmonta y va corriendo a abrazar a su nieta, mientras que Rosalía y los *rangers* asisten a Jack.

Por un instante, la mirada de Jack se llena de lágrimas. Por alguna extraña razón comprende que ese es su final; ya no hay más caminos y sendas para él. Una marea de preguntas inundan su mente, pero la que más le importaba es la razón por la que Laura no está a su lado. Su respiración se vuelve lenta, y su voz busca a su tierno amor.

—Laura, ¿dónde estás?

Rosalía, con un gesto, le pide a abuela y nieta que se acerquen.

Jack percibe el suave murmullo de su amante. Al llegar, la anciana agarra la mano moribunda de Jack, pero al ver a la joven Laura, él piensa que es la persona a la que ha estado queriendo toda su vida, su gran amor perdido en el torbellino del destino pero siempre anclado en su memoria; un recuerdo cristalizado en el tiempo que ha perdurado toda su vida. Con un suspiro profundo, mira con ternura a la joven Laura.

—Laura. ¿Qué nos pasó? Podríamos haber sido tan felices, enfrentándonos juntos al incierto horizonte. Eras mi refugio, mi grial y mi promesa, lo supe desde que te vi la primera vez subida en aquella carreta. Fui culpable de perderte, de no saber conservarte a mi lado. La vida fue un infierno sin ti. Pero aún podemos arreglarlo... Podemos arreglarlo y ser felices.

Laura susurra a su nieta y le pide que mueva los labios mientras ella habla como si fuese una especie de ventrílocua. Un dulce y sutil encantamiento tejido en forma de engaño, donde el arte de hablar y el de escuchar se entrelazan en una danza íntima, casi reverencial.

Las palabras salen de la boca de Laura, de su mente a través de su garganta, pero Jack ve a la joven Laura como siempre la vio en sus sueños, joven y hermosa. De esta forma, Laura, su nieta, se convierte en un reflejo de la memoria de ambos.

—Seremos felices Jack, te lo prometo. Nos imagino en una casa con porche sentados en una mecedora viendo el amanecer juntos. Tendremos un jardín repleto de flores y haremos el amor como solíamos hacerlo siempre, como si fuese la última vez. Envejeceremos juntos, como siempre debió haber sido; ya nadie nos separara.

El vaquero sonrío, cierra los ojos y se va para siempre.

El último adiós

Un viento cálido del sur se desliza entre los álamos. Parece llevar palabras de consuelo para los que allí se congregan. Un caballo sin jinete, de pelaje marrón, avanza lento hacia el cementerio, guiado por las riendas que se mecen sin rumbo. En sus estribos descansan unas viejas botas de vaquero en honor al caído. El sonido de los cascos al chocar contra el cemento resuenan como una melodía fúnebre en los corazones de los congregados. Todo el pueblo de Henrietta está allí para despedir a su héroe. La gente se alinea a ambos lados del camino para mostrar sus respetos con sus semblantes repletos de solemnidad.

Rosalía y Laura, su nieta, encabezan la comitiva fúnebre. Las lágrimas silenciosas resbalan por sus mejillas. El ataúd, cubierto con la bandera de Texas, espera para ser introducido en la tumba. Todos escuchan con atención las palabras del sacerdote. Una salva de disparos se eleva en forma de último adiós de sus compañeros de armas.

Tras la ceremonia, la comitiva se dispersa y muchos de los allí congregados, van al bar a brindar por Jack y a contar viejas anécdotas sobre él. Solo quedan Rosalía y Laura, dos extrañas que casi no se conocen, pero unidas por el dolor de aquel instante. Las dos mujeres ven cómo se acerca Petra demostrando un respeto casi reverencial. Se recuesta al lado de la tumba; sus ojos reflejan la lealtad hacia su amigo fallecido. La perra deja escapar un gemido lastimero, que resuena en el corazón de las dos mujeres y que les parece el sonido más triste de la creación. Las mujeres entrelazan sus manos. Ante ellas se abre un nuevo amanecer. Ambas llevan el apellido Holland y la sangre de los Holland corre por sus venas.

La señora O'Keefe contempla la escena desde la distancia. No quiere estar allí, con toda la gente del pueblo. No es el momento para dar que hablar. Con Jack, también se van parte de sus más íntimos secretos, su pasado tormentoso y un ramillete de buenos recuerdos.

Una idea descabellada cruza su mente: volver a vivir en Henrietta, reconstruir la casa de sus padres tal y como ella la conocía y volver a ser aquella chiquilla repleta de ilusiones. Es solo un sueño, pero los sueños están hechos para hacerse realidad.

Cada día, durante mucho tiempo, la tumba de Jack amanece con una rosa. Alguien, no se sabe quién, la deposita allí. Hay muchas teo-rías, algunas muy descabelladas, pero jamás nadie presenció aquel acto misterioso. Algo que, sin duda, ha acrecentado la leyenda del pistolero. La leyenda de Desmemoriado Jack.



Sing-Sing

Cuando Tim escucha cerrar el cerrojo de su celda, sabe que algo terrible está a punto de sucederle. Coloca las mantas encima de su camastro, mientras su compañero de celda no le quita el ojo de encima.

James Bannon no quiso saber nada del muchacho ni que le relacionaran con el «problema» de Texas. El gánster salió limpio de todo aquel turbio asunto contratando a gran un abogado de la Quinta Avenida y sobornando a un montón de gente. Tim no pudo conseguir ayuda legal de garantía y la sentencia fue ejemplarizante. Después de pasar un tiempo en el hospital, intentando reconstruirle parte de su cara, fue condenado a una ingente cantidad años de cárcel por secuestro. La ley Lindbergh estaba en pleno auge y aquellos delitos eran castigados con mucha dureza.

Las paredes desconchadas de la celda parecen caerse sobre el muchacho, creando una sensación de ahogo y claustrofobia en su espíritu. La luz que se filtra por la minúscula ventana, apenas deja percibir la desesperación que tiene anclada en sus gestos y en el rostro. Tim, durante sus tropelías, molestó a mucha gente que le tenía miedo a

«Rompepiernas» Bannon, pero ahora que James estaba ocupado en otros asuntos, la noticia de que *Prettyboy* entraba en prisión, corrió como la pólvora.

Alguien, no se sabe quién, puso muchos dólares para que la estancia en prisión de Tim fuera de todo menos placentera; quién sabe si fue el propio Bannon. Los guardias pensaron en un preso para que compartiera celda con Tim. Aquel no es un preso cualquiera. Posee un cuerpo robusto que se puede percibir a través de su uniforme de rayas blancas y negras. Sus brazos, repletos de tatuajes, cuentan historias sobre sus años carcelarios. Su piel, con una infinidad de cicatrices, es testigo de una vida en la cuerda floja marcada por la más acuciante adversidad.

Aquel hombre es malo; su propia naturaleza lo hizo así. No conoce la piedad ni el perdón y para él la palabra redención no es más que una mera disculpa para salir de prisión. Causar dolor solo es un medio para conseguir lo que quiere. La crueldad y la maldad son sus más fieles compañeras. Nunca va a salir de prisión, lo sabe, no al menos vivo.

Convirtió su vida allí en un juego en el que no tiene nada que perder; todo el mundo lo teme, incluso los guardias y el alcaide. De todas maneras, es un tipo astuto; gracias a eso sobrevivió a varios intentos de asesinarlo. Su comportamiento es impredecible; algunos momentos supura una agresividad desmedida y otros, en cambio, puede estar recogido en su mundo interior. Desarrolló un sexto sentido para detectar las debilidades de los demás. Tim es un libro abierto, un joven del que se puede enamorar.

El chico traga saliva cuando su compañero de celda le habla por primera vez.

—Ahí no puedes poner tus cosas.

—Pero... No hay otro sitio.

—Sí que lo hay, aquí conmigo. Después de todo—piensa en alto

—, aunque seas muy feo, con todas esas cicatrices en tu cara, un culo siempre es un culo.

Mulligan

El coche se detiene elegante frente a la majestuosa mansión. James Mulligan y una señorita rubia pasada de copas se bajan del Ross Royce. James le ordena al chofer que guarde el auto en la cochera. Lleva un frac, un elegante sombrero negro y un abrigo de piel de castor. La mujer, que no para de tambalearse, lleva puesto un vestido largo de fiesta rojo con un montón de brillantes lentejuelas sobre su tela. La reunión ha sido un éxito. Enciende un gran puro para celebrarlo; después se divertirá con la rubia. Pronto los dólares empezarán a brotar en sus bolsillos. El acuerdo al que ha llegado con las principales familias del crimen organizado es muy provechoso para su organización. Después de la abolición de la enmienda que prohibía la manufactura, la venta y el transporte del alcohol, el negocio se fue a pique.

El *whisky* volvía a ser legal y eso le hacía perder mucha pasta.

Vale, sí, la mayor parte del pastel se lo llevan los italianos, pero él se contenta con continuar controlando sus otros negocios y no terminar flotando en el Hudson como sus antiguos socios; en este negocio la codicia no es un buen compañero de fatigas. Las familias le permitían seguir operando en los estados del sur. La frontera con México es un lugar inmenso para traficar con lo que quiera. Mujeres, armas, drogas, cualquier cosa que lo haga más rico de lo que ya es. El mayordomo abre la puerta. El vestíbulo es inmenso, iluminado por una gran lámpara repleta de minúsculos cristales, el suelo recuerda a un gran tablero de ajedrez. La rubia no hace más que mirar hacia todos los rincones maravillada por tanta opulencia.

—Phil, la señorita pasará aquí la noche. El desayuno a las doce. Tómate la noche libre.

Phil inclina la cabeza y se larga, dejando a la pareja sola.

James, posa la mano en la nalga de la rubia y aprieta con ganas mientras, de nuevo, exhala el humo de su puro. Suben al piso superior a través de una gran escalera, a la rubia le cuesta mantener el equilibrio sobre unos tacones de vértigo. El hombre de nuevo sonríe de satisfacción, disfrutando de su influencia sobre la joven. Entran en la habitación. La chica se arroja sobre la cama y una carcajada repleta de alcohol estalla en el cuarto.

—¡Dios mío, solo este cuarto es más grande que todo mi apartamento!

—Ponte cómoda, querida, hay champán en ese mueble bar —señala—. Voy a mi despacho de dejar unos documentos, enseguida regreso.

—¿Me darás lo que quiero?

—Todo depende de lo buena que seas conmigo.

—Seré buena... No tardes.

James atraviesa el pasillo a buen paso. Abre la puerta del despacho, va hacia la mesa y se sienta. Abre uno de los cajones e introduce unos papeles. Apoya su puro en un cenicero y enciende una pequeña luz.

Se siente bien, en la cima. Vive rodeado de lujo. Solo hay que ver ese despacho, maderas nobles, alfombras persas, cristal de bohemia, las estanterías repletas de libros, que por cierto jamás ha leído, esculturas carísimas, pinturas que no entiende... No está mal para un tipejo que llegó de Texas cuando todavía era un mocoso, con una mano delante y otra detrás y una venganza en el bolsillo. Las cosas le han ido bien.

Vuelve a tomar su puro entre sus dedos y se lo lleva hasta la boca, de nuevo exhala su humo, el techo del despacho se llena de una densa nube azul.

—Ha tardado mucho, lo estaba esperando, señor Mulligan.

James gira con rapidez la cabeza hacia uno de los rincones del despacho. Una luz se enciende iluminando una parte de la habitación que estaba a oscuras. Hay un hombre de aspecto amenazador sentado en un sofá orejero de cuero rojo, al lado de una lámpara de pie que acaba de encenderse. Mira a James con cierto malestar. El hombre va vestido con una gabardina gris y con un sobrio traje negro, una camisa blanca y porta un *Colt* modelo 1911 del calibre 45 en una pistolera sobaquera. Lleva el pelo peinado hacia atrás, dejando visibles dos grandes entradas en su frente. Tiene un espeso bigote negro sobre su labio superior que le sirve para disimular un llamativo defecto en su labio superior que lo cruza de arriba hacia abajo muy cerca de la comisura. Su acento no es extraño para James, es el mismo acento texano que tenía él cuando llegó a *New York* para comerse el mundo. Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba.

—No sabe usted con quién se está metiendo...

El hombre de negro se levanta del sofá orejero, da dos pasos hacia la mesa y desenfunda la pistola.

—Esto es por Jack Holland.

El extraño dispara su *Colt*, una, dos, tres veces. Los proyectiles se hunden en el pecho de James, la sangre mancha el caro *smoking*. El texano guarda su *Colt 1911*, arroja una estrella de *ranger* oxidada sobre el cadáver de James y sale del despacho.

La venganza es como una partida de *póker*, siempre hay quien te puede ganar.

FIN